



*Shayla Black*

*Toda  
para él*

*Phoebe*

SHAYLA  
BLACK

*Toda,  
para él*

Traducción de M<sup>a</sup> José  
Losada



*Phoebe*

Título original: *His to Take*

Primera edición: septiembre de 2016

Copyright © 2015 by Shelley Bradley

© de la traducción: M<sup>a</sup> José Losada Rey,  
2016

© de esta edición: 2016, Ediciones  
Pàmies, S.L.

C/ Mesena, 18

28033 Madrid

phoebe@phoebe.es

ISBN: 978-84-16331-92-5

BIC: FRD

Fotografía de cubierta:

Conrado/Shutterstock

Diseño de cubierta: Calderón Studio

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

# Índice de contenido

Portada

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

Agradecimientos

La noche se había metido en su interior junto con la rabia que oprimía su pecho mientras se deslizaba por aquella casa desconocida, oscura y silenciosa. En cada paso que daba para atravesar la sala en sombras invertía unos valiosos segundos en los que podía morir más gente.

Si él no sobrevivía a este esfuerzo, pensaba llevarse consigo a un par de esos cabrones por lo menos. No iba a permitir que esos capullos acabaran con ninguna persona más.



Llegó al pasillo y lo recorrió. Aferraba la Sig Sauer con una mano enguantada mientras se asomaba a cada habitación.

Por fin, llegó al dormitorio principal. Frunció el ceño al entrar. Estaba demasiado tranquilo. No se oían ronquidos ni ninguna respiración. Reinaba un silencio de muerte.

Atravesó el espacio negro como la tinta hasta encontrar la cama deshecha, pero estaba vacía, y se tragó una maldición. ¿Cuándo coño...?

La sensación de algo duro y frío presionando la parte posterior de su cabeza le hizo esbozar una mueca y reprimir una maldición.

—Tienes cinco segundos para

decirme quién eres y por qué cojones te has colado en mi casa a las tres de la madrugada o te volaré los sesos.

A pesar de la sombría situación, la diversión le hizo curvar los labios.

—Podrías, Hunter, pero creo que tu esposa te cortaría las pelotas si comienzas a matar a la familia.

—¿Joaquin? —preguntó el otro hombre, aunque no bajó el arma de fuego con que le apuntaba al cerebro.

—Kata no tiene más hermanos — señaló.

Desde la esquina llegó un grito femenino. Escuchó una manilla y la apertura de una puerta, y unos pies descalzos correteando por el suelo de madera.

—¡Joder, mujer! —recriminó entre dientes Hunter Edgington a su esposa.

En respuesta, ella encendió la luz y corrió hacia él.

—No pasa nada, cariño.

Joaquin Muñoz entrecerró los ojos ante los repentinos rayos luminosos. Mientras se acostumbraba a la luz, se volvió hacia su hermana. Ella se acercaba a él vestida con un camisón rosa de gasa que no cubría más allá de medio muslo y que demostraba claramente que no llevaba sujetador.

Y lo que era casi peor, su protector marido, Hunter, seguía apuntándole a la cara con un arma que, sin duda, el antiguo SEAL sabía usar.

Kata llegó hasta él con otro

femenino grito de placer y se lanzó a sus brazos. ¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que la vio? Casi tres años. Toda una vida.

Pero entonces, sintió la fuerza de su barriga contra el vientre y cualquier idea desapareció de su mente.

—¿Estás embarazada?

Kata dio un paso atrás y se pasó la mano por el prominente abdomen.

—Sí.

—Está de treinta y una semanas. — Hunter bajó por fin el arma, pero su tono le indicaba claramente que no molestara a Kata o se las pagaría—. Nos sentimos muy felices.

—Es cierto —convino ella con una sonrisa—. Salgo de cuentas el 30 de

mayo. Es un chico. Por favor, espero que te alegres por nosotros.

Joaquin no era muy de parejas ni de cosas de críos, pero el embarazo de Kata era una buena noticia para él. A pesar de que no llevaba ni pizca de maquillaje, Kata parecía brillar. Su sonrisa no era lo único que mostraba su alegría, incluso su pelo castaño oscuro parecía refulgir.

Y si ella era feliz, él también lo era.  
—Por supuesto.

Kata se relajó, cogió la bata de una silla y se la puso.

—¿Qué te trae por aquí?

—Sí —intervino Hunter—, ¿qué te trae por aquí en medio de la noche, sin tocar siquiera el timbre? —Los ojos de

su cuñado parecían fríos incluso cuando estaba de buen humor. En ese momento mostraban la calidez de un glaciar.

Kata dio un codazo a su marido con un suspiro de exasperación.

—¿Va todo bien? ¿Necesitas una cama? ¿Cuánto tiempo vas a quedarte?

—¡Detente, cabrón! —Otro Edgington amenazó desde el pasillo, con una semiautomática apuntándole al rostro. Al verlo, parpadeó—. ¿Joaquin?

—El mismo que viste y calza...

—¡Logan, maldita sea! —Kata puso los brazos en jarras—. Baja el arma. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Estaba ayudando a Tara con la comida de las gemelas cuando miré por la ventana. La farola ilumina la valla de

atrás, y vi que alguien se colaba en el interior. Al notar que las puertas correderas del salón estaban abiertas, le seguí.

Cuando Hunter lanzó a Kata una mirada de censura, ella hizo una mueca.

—Lo siento. Se me olvidó cerrarla cuando regresé de regar las plantas.

—Y también se te olvidó conectar la alarma —añadió su marido—. De nuevo.

—Joaquin, por Dios, ¿por qué no has llamado al timbre? —Logan parecía casi tan molesto como su hermano.

—No quería despertar a todo el mundo.

—¿A todo el mundo? —ironizó Hunter—. Si solo estábamos en casa tu

hermana y yo... Porque es evidente que el maldito perro no sirve para nada. ¡Estúpida bola de pelo!

Joaquin se frotó la nuca. Aquello era justo lo que esperaba encontrar. Sin embargo, necesitaba ayuda, no una reunión familiar. En ese momento en concreto, el rollo ese de la familia era solo una opción, pero sonrió a Kata.

—No estaba seguro, y no tengo tiempo para ser educado.

—¿Corres peligro? —preguntó Hunter bruscamente.

A pesar del cabello dorado que caía descuidadamente sobre su frente, las cicatrices en el hombro, donde había sido alcanzado por una bala casi en el mismo lugar dos veces, y los pantalones



de chándal gris con la cintura caída, no dudaba que su cuñado podía matar a cualquiera sin otra arma que sus manos. Y ese era justo el tipo de persona que necesitaba a su lado. Logan, también antiguo SEAL, estaba cortado por el mismo patrón. En ese momento, llevaba el pelo oscuro un poco largo, por lo que comenzaba a rizársele en las puntas, pero jamás cometería el error de confundir al hermano pequeño de Hunter con un pusilánime. Ambos poseían penetrantes ojos azules y el mismo tatuaje de SEAL en el bíceps, un águila con las alas extendidas que sostenía un tridente.

—Sí —repuso con sencillez a la pregunta que le había formulado su

cuñado—. Ya ha habido varios asesinatos, el último hace menos de doce horas.

—¡Joder! —murmuró Hunter antes de volverse hacia Kata—. Vístete y acompaña a Logan a su casa.

—No pienso dejar a mi hermano. —Ella cruzó los brazos sobre el pecho—. Acaba de llegar.

—Ha sido una orden directa, Katalina. —Hunter parecía haberse convertido en una montaña inamovible.

Joaquin notó que su hermana parecía agitada y desafiante. Teniendo en cuenta el collar que lucía en la garganta, no creía que aquella orden se tratara de una simple petición conyugal de un marido a su esposa. Era el

mandato inequívoco de un Amo a su sumisa.

«Interesante...».

Ella cogió aire una vez más bastante alterada, pero vaciló y se volvió hacia él.

—No se te ocurra marcharte sin despedirte o te corto los huevos.

Joaquin sonrió de medio lado.

—Si me lo permiten la seguridad y Hunter, me despediré de ti.

¿Kata estaba preocupada porque era parte de su familia o porque estaba empezando la suya? No lo sabía. Dejando a un lado todos esos rollos de que la sangre tira, ella había seguido su camino. Y él el suyo. Le deseaba lo mejor, pero jamás sería un hermano

perfecto ni en broma.

—¿Necesitaréis más apoyo? — preguntó Logan—. ¿Llamo a alguien para que se quede con las chicas?

Hunter lo miró, dejando que fuera él quien respondiera. Le chocó un poco, pero imaginó que lo hacía porque era el único que conocía la situación.

—Creo que será lo mejor — respondió finalmente.

—De acuerdo. —Logan sacó el teléfono del bolsillo y se puso en contacto con alguien llamado Tyler mientras Kata se ponía las zapatillas y cogía un bolso de asa entre suspiros. Cuando desaparecieron por la puerta, Hunter los siguió con la vista a través de la ventana mientras cruzaban la calle.

—¿Cuándo os mudasteis aquí? — preguntó Joaquín para llenar el silencio hasta que regresara Logan. No quería tener que explicar la situación dos veces.

—Hace casi año y medio. —El tipo observó a su esposa como un centinela, casi conteniendo la respiración hasta que Logan la acompañó al interior de la casa y cerró la puerta—. No voy a molestarte en preguntarte cómo nos has encontrado.

Sí, tenía sus maneras.

—¿Tu hermano vive en la casa de enfrente?

Hunter asintió.

—Se mudó con su esposa hace unos tres meses, justo antes de que nacieran

las gemelas. Pensamos que sería bueno que los niños crecieran juntos.

Más cercanía familiar. Quizá Kata había contagiado a su marido. Pero a él el concepto de gran unión casi le provocaba urticaria, sobre todo en esos días, que no veía más allá de la ira. Sin embargo, se reservó ese dato y se encogió de hombros.

—Es una buena idea.

Unos minutos después, un rubio de enorme tamaño se bajó de una *pickup* negra y se aproximó para llamar a la puerta de Logan. Cuando estuvo dentro, el otro Edgington se dirigió a casa de Hunter. Bien, ahora podrían ponerse manos a la obra. Eso suponía un alivio porque lo necesitaba y... no sabía qué

decir a su hermana pequeña.

Logan cerró con llave al entrar y Hunter aseguró las puertas correderas antes de conectar la alarma. Luego se dirigió hacia la cocina y encendió la luz para poner la cafetera y lo miró expectante.

—Cuenta. ¿Corres peligro?

—No. Pero necesito averiguar quién podría ser la próxima víctima de este asesino.

—¿Estás trabajando en un caso? — preguntó Logan.

Él vaciló.

—Oficialmente no.

Vio que ambos hermanos intercambiaban una mirada como si tuvieran una especie de lenguaje secreto

que solo ellos entendían. Por último lo miraron a él y Logan asintió.

—¿Te han seguido? —se interesó Hunter.

—No. He tenido cuidado. Pero si no me muevo con rapidez, van a morir más mujeres.

Logan frunció el ceño.

—¿Se trata de un asesino en serie?

—No exactamente, aunque este tipo maneja las variables con tanta habilidad que es evidente que ha tenido entrenamiento y práctica. Pero si fuera un simple asesino en serie, se lo dejaría a la policía.

Cuando el aroma a café comenzó a flotar en el aire, Hunter abrió una alacena y sacó varias tazas.



—¿Leche? ¿Azúcar?

Joaquin frunció el ceño.

—¿Es que te piensas que soy una nenaza?

—¡Oye! —replicó Logan.

Hunter soltó una carcajada.

—A la señorita le gusta el café con leche.

—Que te jodan —murmuró él.

—No, gracias. —Aun contra su voluntad, los hermanos Edginton le resultaban entretenidos. Echaba de menos esa clase de bromas y camaradería. Nate había sido un gran amigo; más cercano incluso que cualquier hermano. Todavía no podía creer que ya no estuviera. Pensar en su pérdida alimentó de nuevo su furia.

Reprimió aquella rabia ciega y se concentró en el caso. Nate había hecho lo mismo hasta su último aliento.

—Entonces, ¿qué es lo que está pasando? —indagó Hunter mientras llenaba las tazas con el café caliente y las deslizaba sobre la encimera.

Joaquin dejó escapar un suspiro y se acomodó en un taburete antes de apoyar los codos en la barra, rodeando la taza humeante con las manos.

—Tengo... —¡Joder, no!—. Tenía un amigo... Trabajé con él antes de que se convirtiera en investigador privado. Le llegó un caso. Un día entró una joven en su despacho para decirle que sentía como si alguien estuviera vigilándola. Jamás vio a nadie, pero sabía que la

seguían. Según mi amigo Nate, ella nunca acusó a nadie y no se le ocurría quién podía ser su enemigo. A pesar de que él pensaba que estaba un poco paranoica, aceptó el caso. Era dinero. —Se encogió de hombros—. Luego... unas treinta y seis horas después, no fue capaz de encontrar a la mujer en ninguna parte. Nadie había visto ni oído nada, pero ella no se presentó a trabajar. Así que Nate llamó a la policía. Su casa estaba revuelta, y había signos de lucha por todas partes. Sin embargo, no encontraron ninguna huella, ni muestras de ADN. Nada. Al día siguiente, la chica apareció muerta. Había sido torturada de una forma horrible antes de morir. —Les enseñó la foto de la escena

del crimen en la pantalla de su móvil.

Logan hizo una mueca.

—¿Y después?

—Nate era un buen tipo —continuó él al tiempo que se guardaba el móvil en el bolsillo—. Pensaba que había fallado a su clienta y estaba decidido a averiguar qué había pasado por alto; quería resolver el asesinato. Indagó en las cuentas bancarias, pero la joven tenía una economía saneada. No encontró nada malo en el trabajo, y los registros telefónicos estaban limpios; solo había un número extraño, que resultó proceder de una tarjeta prepago desechable. Por lo que intentar averiguar a quién pertenecía era tan inútil como poner una peli porno a

hombres ciegos.

Hunter resopló.

—¿Y después? Porque me da la impresión de que Nate no está con nosotros.

—No. —Apretó los puños mientras trataba de procesar la nueva oleada de pena—. Llamó al número. No consiguió nada. No dejó ningún mensaje. Me pidió que indagara a ver qué podía averiguar. Lo hice y me echaron una bronca.

—¿Una bronca? —se extrañó Hunter—. Si tú no pudiste...

—Agencia de Seguridad Nacional. —Se encogió de hombros. Por lo general, no le decía a nadie qué hacía o para quién trabajaba, pero si quería que le ayudaran, iba a tener que saltarse esa

regla.

—Eso aclara el misterio —comentó su cuñado—. Kata siempre se lo había preguntado. Continúa.

Les ahorró la aburrida historia de sus anteriores puestos. Había trabajado para diferentes agencias bajo el férreo control del Tío Sam. La Agencia de Seguridad Nacional solo era la última.

—Pinché la línea. La conversación que escuché entre dos hombres me dejó flipado. Traté de ponerme en contacto con Nate para decirle que se estaba metiendo en algo peligroso. —Se aclaró la garganta, preguntándose por qué la notaba atascada de repente. Sin duda era debido a sus malditas alergias—. No respondió a mi llamada, así que fui a su

casa. Le habían ejecutado de un disparo.

La escena se había quedado grabada en su memoria. Nate con las manos atadas en la espalda y la cabeza reventada; sus sesos diseminados por los alrededores. Reprimió un repentino deseo de venganza. Haría pagar a esos cabrones, y le daba igual qué tuviera que hacer para ello.

—Joder —murmuró Logan.

—Estoy seguro de que interrumpí a su asesino. Habían registrado el despacho, pero todavía no habían tocado el resto de la casa. Dado lo que había oído, que su asesinato coincidiera con el de la mujer no fue fruto del azar.

Logan soltó una maldición.

—¿Has averiguado algo más? ¿Hay

algún tipo de evidencia?

—He encontrado un montón de mierda que Nate había averiguado recientemente. Me la llevé de la escena del crimen para enseñársela a mis superiores en la Agencia. Me indicaron que dejara de utilizar el material del trabajo para mis asuntos personales. Los asesinatos no son su jurisdicción, y por ello, si no había encontrado señales de terroristas potenciales capaces de atentar contra la seguridad nacional, debía dejarlo estar.

—Pero no lo hiciste. —Era posible que Hunter no lo conociera bien, pero lo entendía lo suficiente como para no formular aquella frase como si fuera una pregunta.



—No —respondió él con ironía—. Una mujer fue mutilada de tal forma que tuvieron que utilizar los números de serie de sus implantes mamarios para identificarla. Mi mejor (y único) amigo está muerto. Y teniendo en cuenta lo que he oído, nada me va a detener.

Hunter terminó el café y se sirvió otro, luego le miró antes de clavar los ojos en su hermano. Los dos acercaron sus tazas para que también las rellenara. Cuando su cuñado inclinó la cafetera, Joaquin observó fluir el líquido. Tenía la sensación de que el mayor de los Edgington estaba leyéndole los pensamientos.

—¿Las evidencias señalan algún responsable? ¿Tienes alguna teoría?

—No. Necesito vuestra ayuda. La difunta clienta de Nate no sabía quién estaba detrás de ella. El propio Nate no lo descubrió tampoco. Yo he escuchado conversaciones incriminatorias a través de un número sin identificar, y los cabrones no utilizaron ningún nombre. Tampoco indicaron a quién o qué representaban. Uno indicaba a los objetivos mientras que el otro hacía el trabajo sucio. Pero para descubrir su identidad, tendría que tener vía libre para mirar los registros telefónicos, y con un dispositivo desechable, hay pocas posibilidades de conseguir esa información. Tenía la esperanza de que averiguar por qué los mataron podría llevarme a quién.

Logan asintió.

—Si no tienes nada más...

—No lo tengo.

—Entonces, esa es tu mejor opción.

¿Nadie ha llevado a cabo una investigación sobre esas personas muertas...?

—Me han suspendido por un mes. Estoy bastante seguro de que cuando vuelva no tendré ni siquiera trabajo, pero no pienso rendirme. Resolveré esto. Aquí es donde entráis vosotros.

—¿Qué necesitas? —Hunter dio un sorbo a su café.

—Recursos. Cualquier cosa que me pueda ayudar para averiguar quién hizo esto y por qué. —Se encogió de hombros—. E imagino que vosotros los

tendréis.

Logan sonrió con aire de suficiencia. La expresión de Hunter era casi un reflejo de la de él.

Eso era un sí.

—La mujer a la que seguían — continuó con la historia— tenía unos veintiún años, de ascendencia angloeuropea, seguramente del Este, pero nació en Estados Unidos, y fue adoptada en diciembre de 1998, cuando tenía aproximadamente cinco años. Cuando encontré las notas de Nate, vi que había trabajado de forma compulsiva y que encontró una serie de mutilaciones similares durante las dos últimas semanas, repartidas por todo el país. Fueron cuatro en total, pero nadie

las había conectado todavía. Todas las mujeres tenían la misma edad y el mismo origen étnico, y fueron adoptadas casi a la vez. La llamada telefónica que pinché entre esos dos hombres indicaba que han realizado una lista en la que incluyeron a todas las mujeres de Estados Unidos que cumplen esos criterios. Decían que encontrarían a Tatiana Aslanov aunque tuvieran que matar a un centenar de chicas para dar con ella.

Hunter y Logan compartieron otra rápida mirada, pero tampoco dijeron nada.

—¿Qué sabes de ella? —preguntó Hunter.

—Nada. Llevé a cabo las

búsquedas habituales, sin resultados. Es como si nunca hubiera existido.

—A algunas personas les gustaría que siga siendo así —afirmó Logan.

—¿Sabéis algo sobre esta chica?

—Sí —respondió Hunter—. Y te pondremos al tanto en cuanto termines con la historia.

Joaquin asintió, satisfecho por haber seguido el presentimiento que le había llevado hasta allí.

—Hace unas quince horas, volví a pillar por casualidad a los dos cabrones hablando de la caza de la joven Aslanov. Luego, de repente, se quedaron callados, como si supieran que alguien estaba escuchándoles. O quizá se quedaron sin batería. No sé. Pero la

conversación se detuvo bruscamente. Otro cuerpo que corresponde a la misma descripción fue hallado esta tarde en Atlanta. El que busca a la mujer está poniendo empeño.

—Y es evidente que no la han encontrado —especuló Hunter—. Si lo hubieran hecho, no matarían a su víctima y pasarían a la siguiente.

—En efecto —convino él—. Por lo que sé, quieren información. Tiene sentido que si una mujer no es la que buscan, se deshagan de ella. Después de todo, no pueden dejar testigos que hablen.

—Exacto —agregó Logan.

—Pero ¿por qué poner fin a sus vidas de forma tan brutal? —Hunter

parecía perplejo.

—¿Mi opinión? Porque puede. Se trata de un capullo que disfruta torturando. Apuesto lo que sea a que le excita que una mujer suplique por su vida.

—Un puto enfermo. —El desprecio de Logan no podría ser más evidente.

—Los hechos comenzaron en la zona de Washington DC y bajaron por la costa este, hasta el sur de Miami, luego se desplazaron hacia el oeste. Cada uno de los cuerpos está... —Se estremeció cuando pasaron por su mente las fotografías de las escenas de los crímenes, cada una más horripilante que la anterior. Aquellas mujeres habían sufrido una muerte horrible a manos de



aquel «puto enfermo».

Logan le dio una palmada en la espalda.

—No lo pienses. ¿Cómo podemos ayudarte?

—Esos asesinos van dos pasos por delante de mí. Necesito ayuda para redactar una lista de mujeres que cumplan ese perfil y advertirles antes de que se conviertan en víctimas.

—Podemos ayudarte con eso — prometió Hunter.

—Y eso es todo lo que tengo. Ahora decidme qué sabéis de Tatiana Aslanov.

—Nada en concreto, además de su nombre. Estoy más familiarizado con el trabajo de su padre. —Logan ladeó la

cabeza—. ¿Sabes quién es Callindra Howe?

—¿La heredera que desapareció hace una década? Sí, he oído hablar de ella.

—Bien. La conocemos personalmente, así que sabemos lo que tuvo que pasar para escapar de los cabrones que la persiguieron a causa de la investigación de Viktor Aslanov. La historia tiene más miga que lo que se cuenta en las noticias.

—¿De verdad la conoces? —No sabía si creérselo.

—Antes de casarse, Logan tuvo oportunidad de conocerla muy de cerca y en persona —añadió Hunter.

—¿Y pasaste de ella? —Le daban

ganas de llamar idiota al menor de los Edgington.

—¡Oye! —intervino Logan—. Los dos estábamos enamorados de otras personas.

¿Lo decía en serio?

—¿De veras? ¿Viste esa foto en la que la pillaron con su antiguo jefe en Tahití hace unos meses? —Había sido todo un bombazo—. Está buenísima en bikini. Y parece que su novio pasa, es de los que mira hacia otro lado.

Los hermanos Edgington intercambiaron otra mirada. Bien, poseían más información que él no conocía. Ya retomaría el tema más tarde. Ahora, sus objetivos eran vengar a Nate e impedir que murieran más mujeres, no

preocuparse por celebridades de pacotilla.

—¿Sabéis algo del caso Aslanov a través de Callindra Howe?

Logan asintió.

—El prometido de Callie, Sean, todavía hace alguna investigación para el FBI. Y la Agencia está convencida de que ningún científico, en especial uno que realiza un trabajo de genética tan innovador como el de Aslanov, entregaría cada parte de su investigación a su jefe sabiendo que lo destruiría.

—¿Qué? —Joaquin no había podido dedicar demasiado tiempo a las noticias últimamente, y le avergonzaba un poco admitir que sabía más del aspecto que mostraba Callindra Howe

en una playa casi desnuda que de la manera en que se relacionaba con su caso.

—Su padre, Daniel Howe, contrató a Aslanov para encontrar una cura para el cáncer basada en el ADN cuando Callie era una niña —explicó Hunter—. Howe invirtió millones en la investigación del genetista ruso para tratar de impedir que su esposa muriera a causa del cáncer de ovarios. Al ver que no funcionaba, continuó con su propósito, esperando que nadie más tuviera que sufrir como habían hecho él y su familia.

—Cierto. —Recordaba esa parte.

—Luego, cuando Howe descubrió que Aslanov se había concentrado en

otros marcadores genéticos que no tenían nada que ver con el tema para el que había donado su dinero y que el científico había vendido esa información por separado para enriquecerse, el padre de Callie exigió a Aslanov que le entregara sus hallazgos, ya que eran fruto de su dinero. Aslanov entregó a Howe todos los resultados de la investigación que supuestamente había llevado a cabo con su financiación. Pero el final de su relación comercial era claro y el científico debía saber que el multimillonario iba a destruir el trabajo de su vida. ¿Qué crees que hizo?

—¿No piensa todo el mundo que Aslanov dejó una copia en otro lugar?

—Es lo que habrías hecho tú en su

lugar, ¿verdad? —presionó Logan—. ¿Habrías soportado años de estudios, ser condenado al ostracismo en tu propio país por culpa de tus discutibles experimentos, trabajar como un perro durante años, para luego entregarlo todo, sabiendo que se convertiría en humo?

Su orgullo no se lo permitiría. Y estaba seguro de que lo mismo le ocurriría al resto de los hombres.

—No.

—Así que el FBI está convencido de que hay otra copia de esa investigación genética en algún lugar. Lo que sabemos es que Aslanov vendió sus primeras conclusiones a un grupo separatista con buena financiación. Unos putos locos con delirios de grandeza.

Ellos llevaron a cabo sus experimentos en América del Sur con algunos soldados estadounidenses que previamente secuestraron. Cuando volvieron a ponerse en contacto con Aslanov para que les facilitara el resto de la investigación, el ruso les indicó que no había más. Entonces dispararon a su mujer y a sus dos hijos. A él lo torturaron sin piedad durante casi dos días antes de matarlo también.

Joaquin absorbió toda esa información y dejó que diera vueltas en su cabeza.

—Eso es terrible, pero ¿qué tiene que ver con mi caso?

Logan le dio una palmada en la espalda.



—Bueno, los separatistas no tienen en sus manos toda la investigación. Aslanov tenía tres hijos, pero las autoridades solo recuperaron los cuerpos de dos. Puede que los dirigentes de esta organización estén locos, pero no son estúpidos. Apostaría que encontraron la sombría noticia de una niña cubierta de sangre que caminaba por un sendero de tierra el mismo día de noviembre en que cometieron los homicidios, a menos de un par de kilómetros de la escena del crimen, y decidieron que era la hija desaparecida de Aslanov.

—¿Quieres decir que todo esto es por Tatiana Aslanov y que todavía sigue viva? —Notó el impulso de la

adrenalina en la sangre. Por fin, después de semanas de frustración, podía avanzar en alguna dirección.

—Exacto. Sin embargo, no vas a poder seguirle la pista con facilidad. Según Sean, los registros de adopción están sellados. Lo que sí sabemos es que existe una niña de cinco años a la que encontraron junto a un camino en estado de *shock* y que la criatura no podía recordar su nombre. La pareja que la encontró la llevó al sheriff local. Fue adoptada poco tiempo después.

—Debe de ser la que buscan estas personas, para averiguar qué sabe sobre la investigación de su padre o dónde pudo haber escondido sus hallazgos. —Joaquin dejó escapar un suspiro—.

Tengo que dar con ella.

—Antes que ellos —añadió Hunter.

—Lo que significa que no tenemos mucho tiempo. Días como máximo. Seguramente solo horas.

Hunter sacó el móvil del bolsillo de los pantalones de chándal e hizo una llamada. Logan lo imitó. Al cabo de unos minutos, el lugar estaba repleto de gente. El primero en aparecer fue un hombre muy grande con el pelo rubio. Hunter lo presentó como su cuñado, Deke.

El hombre le estrechó la mano.

—No voy a poder quedarme mucho. Kimber comenzó a tener contracciones esta tarde.

—Es mi hermana —le facilitó

Logan, antes de fruncir el ceño—. Todavía no le toca.

—Sí, está de veintiocho semanas, así que es un tema preocupante. Se las detendrán... si pueden.

—No te preocupes —le dijo Hunter—. Si tienes que irte, te largas.

—Jack también en está en camino. A Morgan todavía le queda mucho, así que no habrá ningún problema con él.

Joaquin frunció el ceño mientras los miraba. ¿Qué ceño...? Un montón de tipos duros con mujeres e hijos. ¿Estaban tratando de duplicar la población de Lafayette, Luisiana, sin ayuda extra, o solo querían conseguir batir algún récord del libro Guinness?

—Tu esposa está embarazada —le

indicó a Hunter—. Y también la tuya — señaló a Deke—. La del tal Jack está a la espera también y... —se volvió hacia Logan— la tuya acaba de tener gemelas.

—Sí. —Logan esbozó una sonrisa angelical—. Y no te olvides de mi amigo, Xander. Su hermano y él están esperando que su esposa dé a luz. Le faltan seis semanas.

—¿Su hermano y él?

Logan asintió al tiempo que le dirigía una mirada que hizo que no se atreviera a preguntar más.

Lo cierto era que no le importaba cómo vivían esos chicos, pero...

—¿Qué mierda le echan al agua de la zona? Si me acuesto con alguna mientras estoy por aquí, recordadme que

le diga que no la beba.

Deke soltó una carcajada.

—No es por el agua. Es que follamos mucho.

Logan hizo una mueca.

—No quiero saber nada de eso en relación con mi hermana, ¿vale? Necesito lavarme las orejas.

—No seas hipócrita. —Deke dio a Logan un puñetazo en el hombro—. Mi esposa está muy buena.

Hunter puso los ojos en blanco.

—Estoy haciendo caso omiso a tus comentarios con respecto a mi hermana. En lo personal, creo que todos estamos intentando seguir la estela de Tyler.

—Ellos ya van por el tercer bebé —convino Logan con un gesto de

cabeza.

—Delaney quiere que esta vez sea una niña.

En lo personal, a Joaquin le importaba una mierda el tema de la procreación, pero justo cuando abrió la boca para recordarles que tenían que trabajar en un caso y que varias vidas pendían de un hilo, apareció Jack Cole. Venía acompañado de un muchacho que presentó como Stone, que tenía una frente despejada, mandíbula cuadrada y mirada vacía.

Joaquin puso a los recién llegados al corriente de todo lo más rápido que pudo. A los cinco minutos había varios ordenadores trabajando y en el aire flotaba el zumbido de una conexión

segura a internet. Varios de los hombres hablaban por teléfono con sus contactos, y la lista de niñas de cinco años adoptadas en 1998 crecía con rapidez. Los dedos de Stone volaban sobre el teclado porque, aunque podía parecer un hombre de las cavernas, ese chico era un mago de la tecnología. En pocos momentos, había confeccionado una larga lista de nombres de chicas que se ajustaban al perfil de Tatiana Aslanov.

Por último, cuando el sol surcaba el horizonte de Luisiana, Logan hizo una última llamada a un tipo llamado Mitchell Thorpe. El nombre le resultaba familiar, pero no logró situarlo.

—¿Callie está contigo? —preguntó Logan al tal Mitchell.



—Justo a mi lado —repuso la voz por el altavoz—. ¿No es cierto, gatita?

Se escuchó un suspiro femenino seguido por una risita.

—Sí. ¡Para!

—¿Te gustaría cambiar el tono y expresarlo de otra forma? Parecía una orden —repuso el hombre con voz de mando.

—Lo siento. —Ella sonaba casi contrita..., pero no por completo.

—Porque es una descarada —intervino otro hombre al otro extremo de la línea.

Joaquin frunció el ceño. ¿La Callie que hablaba por el teléfono sería Callindra Howe? Parecía que sí. Así que Thorpe estaba con Callie y... ¿con

alguien más? ¿Con su prometido?

—¿Necesitas hablar con ella, Logan? —preguntó Thorpe.

—Con tu permiso.

«¿Permiso?». ¿Es que ninguno de esos tipos era normal? Daba igual. Si podían ayudarle a resolver esos asesinatos y a encontrar justicia para Nate, no importaba nada más.

—Por supuesto.

El altavoz resonó antes de que se escuchara con nitidez la voz de una mujer.

—¿Logan?

—Hola, Callie. Lo siento si te hemos despertado.

—Estábamos haciendo el vago. Sean está medio dormido, pero no pasa

nada. ¿Qué tal Tara? ¿Le ocurre algo?

—No. Es que necesito tu ayuda.

—La tienes. Pide lo que necesites.

—¿Podrías reunirte con el hermano

de Kata en Dallas para hablar con él?

¿Cuándo es la boda?

—El próximo sábado.

—¿Puedes quedar antes de esa

fecha? Sé que estarás a tope, pero se

trata de algo relacionado con Aslanov.

El asunto aún colea, y desde una nueva

perspectiva.

—¿Qué quieres decir? —La

segunda voz masculina resonó de nuevo

a través del teléfono, ahora mucho más

aguda.

—¿Estás medio dormido,

Mackenzie?

—Ahora ya estoy despierto —  
murmuró Sean—. Dime qué está  
pasando.

—El tiempo es esencial y no quiero  
hablar demasiado por teléfono. —Logan  
hizo una mueca.

Joaquin asintió.

«Nunca se sabe quién puede estar  
escuchando...».

—Podemos arreglar una reunión —  
propuso Callie a Logan.

—Gracias, cielo. Ya te avisaremos.

—Genial —intervino Thorpe—.  
Estaremos esperando.

Logan colgó y le miró.

—Tienen más información que  
nadie. Puedes entrevistarlos con ellos, a  
ver si eso te ayuda a dar otra visión al

caso.

—Gracias.

Logan asintió.

—De nada. Espero que podamos impedir que se pierdan más vidas.

—Lo tengo —intervino Stone.

Dado que el chico apenas hablaba, Joaquin se había olvidado de su presencia. Bueno, salvo por el constante movimiento en el teclado.

—¿Tienes una lista? —preguntó Jack, aclarándose la voz.

—Sí. —Stone asintió con brusquedad—. Lo he reducido a las mujeres que cumplen el perfil y siguen vivas. Luego he ido más allá y he descartado las que no tuvieran los ojos azules, ya que en la única foto que he

encontrado de ella, Tatiana Aslanov poseía ese rasgo. Tenía solo dos años en ese momento, pero espero que los conserve. Eso nos deja cuatro posibilidades: Caitlyn Wells de Mobile, Alabama. Emily Boyle, de Norman, Oklahoma. Bailey Benson, de Houston, Texas. Y Alicia Al en, de Casa Grande, Arizona. He reunido unas breves biografías de ellas.

Stone las había impreso y se las entregó. Lo miró con profunda admiración.

—¿De dónde has salido?

—De prisión —repuso el hombre con expresión inmutable—. Jack me paga para que haga buen uso de mis habilidades en vez de *hackear* al Tío

Sam o jugar con los pagos de los clientes en los grandes almacenes.

No se le ocurrió que fuera una broma. Además de ser bueno con el ordenador, lucía tatuajes en los brazos, y unos fuertes músculos acechaban debajo de la camiseta; parecía un chico malo. Pero era bueno tener a un exconvicto de su parte.

—Gracias.

Stone asintió con la cabeza. Llevaba el pelo muy corto, casi parecía una capa de pintura sobre el cuero cabelludo, lo que coincidía con sus inexpresivos ojos oscuros.

—Por cierto, Logan me pidió que comprobara si todavía tenías trabajo. Aún no te han echado, lo miré. Pero hay

prevista una reunión sobre el tema el próximo martes.

«¡Genial!».

—Gracias, un detalle.

Jack le dio una palmada a Stone en la espalda.

—Buen trabajo.

Joaquin miró la lista. Lo más obvio sería ir a Mobile en primer lugar, pero ¿y si esos cabrones habían cambiado su *modus operandi* o interrumpido su recorrido por el país por alguna razón?

—¿Tengo alguna posibilidad de convencerlos de que nos dividamos la lista entre todos?

—Creo que tomaré un avión con destino a Mobile —se ofreció Jack con una sonrisa—. Hay un lugar donde dan



unas galletas deliciosas, así que cuando termine, me daré un festín.

—Yo iré a Norman —dijo Logan—. He estado antes allí y sé cómo moverme. No me llevará mucho tiempo.

—Yo viví en Houston —señaló él—. Puedo ir y volver con rapidez.

—Creo que eso me deja a mí el próximo vuelo a Arizona —bromeó Hunter—. ¿Dónde está ese lugar?

—A medio camino entre Tucson y Phoenix. Pasé por allí una vez—. Joaquin se encogió de hombros—. Míralo por el lado bueno. No es una gran ciudad. Te va a llevar más tiempo llegar allí que encontrar a la chica.

—El que la encuentre, debe llevarla a un lugar seguro, en el que

podamos vigilarla las veinticuatro horas del día durante los siete días de la semana. Un sitio como el Dominium. — Logan se volvió hacia Joaquín—. Es el club de Thorpe en Dallas. Callie y Sean también estarán allí. Podremos interrogarlos a la vez.

—¿Un club?

—De BDSM. —Logan tensó la mandíbula—. ¿Algún comentario al respecto?

¿Por qué razón?

—Ninguna.

—Excelente.

—Pues mejor que sigas así. —Pero estaba claro que Hunter no bromeaba.

Lo que sea. La impaciencia estaba empezando a revolverle el estómago.

Solo quería conseguir que las cosas se pusieran en marcha.

—Avisad en cuanto lleguéis a vuestro destino y encontréis a vuestro objetivo, da igual que lo identifiquéis o lo descartéis —dijo él.

—¿Qué hacemos con las chicas que sabemos que no son Tatiana? No podemos dejarlas a merced de este sádico hijo de puta y del cabrón que le da las órdenes.

Una pesada losa pareció caer sobre el grupo. Nadie quería poner vidas en peligro... Todos se negaban a abandonar a otra mujer inocente en manos de esos asesinos.

—Cruzaremos ese puente cuando lleguemos a él —sugirió Logan.

—De acuerdo. —A Joaquin no le gustó, pero estuvo de acuerdo—. Ahora tenemos que seguir adelante. Cuanto más tiempo tardemos, más probable es que haya otra muerte.

Después de dormir cinco horas y pasar otras cuatro en la carretera, Joaquin atravesó en coche el histórico vecindario de Houston Heights para acercarse a la dirección de Bailey Benson. El sol que se ocultaba por el horizonte bañaba con su brillo dorado la acogedora casita pintada en un llamativo color azul grisáceo con las ventanas blancas. Las vidrieras originales se conservaban a ambos lados de la puerta principal. Junto con el pequeño porche y la madera oscura de la puerta, dotaban

al lugar de un cierto encanto.

No parecía que pudiera convertirse en el escenario de un asesinato, pero las apariencias podían resultar engañosas.

No vio ningún vehículo en el garaje que había a la izquierda de la casa, pero sí una bicicleta. Se preguntó vagamente dónde estaría la chica en ese momento. Había leído la información que le facilitó Stone sobre Bailey Benson, pero trataba más de danza que de cualquier otra cosa. Nada que le diera una pista sobre cómo era en realidad.

Mientras rodeaba la casa para encontrar la mejor manera de colarse en el interior sin ser descubierto, vibró su móvil.

«Logan».

—¿Qué has averiguado? —No perdió el tiempo con charlas inútiles ni preámbulos.

—Acabo de llegar a Norman. Malas noticias. Al mediodía se denunció la desaparición de Emily Boyle.

Notó que se le encogía el corazón.

—¡Mierda!

—Seguiré buscando a ver si encuentro algo. Pero en lo que respecta a ella, salió del trabajo como secretaria en una inmobiliaria esta mañana para tomar un café y ya no regresó. La policía no la considerará oficialmente desaparecida hasta que pasen otras quince horas, pero...

—Conocemos la causa más probable de su desaparición. —Suspiró

al teléfono—. Es demasiado tarde.

—Por poco que me guste reconocerlo, la situación no pinta nada bien. Pero no pienso renunciar todavía. Estoy tratando de seguir los pasos de Emily y hablar con cualquier persona que la viera antes de que desapareciera.

—Gracias. Mantenme informado.

No podía soportar la idea de que esa joven estuviera sufriendo en ese momento. Que la estuvieran atando, cortando, pinchando y, posteriormente, desmembrando hasta que admitiera ser Tatiana Aslanov o desangrándose hasta morir. En cualquier caso, moriría con el tiempo. Si no era la hija del científico, la matarían sin compasión. Lo mejor que podía hacer ahora era concentrarse en



Bailey Benson, rezando para que fuera la chica desaparecida, y pudiera salvarla de esos cabrones.

Luego llegaría el momento de hacerles pagar por lo que le habían hecho a Nate y a las demás mujeres.

Jack y Hunter se habían subido a los aviones rumbo a sus respectivos destinos. Notó que tenía el estómago algo revuelto a causa de una sensación entre la anticipación y el temor. Esperaba recibir mejores noticias que de Logan, pero en ese momento todo le parecía sombrío.

En cuanto el sol se ocultó por el horizonte, condujo el vehículo un par de calles más abajo, se caló una gorra de béisbol y se puso un impermeable largo.

Cerró el coche y luego se acercó caminando por la acera, fingiendo que era uno de los vecinos dando un paseo nocturno.

No tardó en llegar a la casita de Bailey. Una vez allí, se agachó detrás de una hilera de setos y se aproximó a un lateral de la casa para comprobar las puertas y ventanas. Sin duda la chica se esforzaba para mantenerlas bloqueadas, pero la puerta de la cocina no estaba cerrada con llave. Una rápida maniobra con la navaja multiusos que guardaba en el bolsillo y desatornilló el pestillo. A partir de ese momento, no fue difícil abrirla. Como era de esperar, no había instalado un sistema de seguridad.

Una vez dentro, volvió a colocarlo

todo en su lugar antes de atravesar el espacio en sombras en busca de un buen escondite. Esperaba que aquella chica regresara a su casa y no hubiera desaparecido como Emily Boyle. Pero ya que no debía regresar al lugar donde trabajaba de camarera hasta el martes, no sabía en qué otro lugar buscarla más que en su casa.

Examinó la estancia. Debido a la antigüedad de la casa, no había una despensa o armario en el que ocultarse. Bailey tampoco tenía un salón al uso; lo que sí tenía, sin embargo, eran dos paredes de espejo, brillantes suelos de madera y una barra de ballet.

A esa mujer le gustaba la danza. Él nunca había asistido a una función de

ballet. Ninguna de sus hermanas se había dedicado a ese tipo de cosas. Su hermana Mari había jugado al voleibol. Su madre había apuntado a Kata durante un tiempo, pero a su hermana menor le gustaba más jugar a deportes de chicos: fútbol, *softball*, fútbol americano e incluso *lacrosse*... Si él jugaba a algo, ella se sumaba.

Un ruido le alertó. Alguien acababa de meter la llave en la puerta de entrada. Se metió en un armario que Bailey había instalado en una esquina y se acomodó entre zapatillas de ballet, leotardos, tules y una vieja colección de programas de ballet guardada en una caja.

Justo en el momento en el que se acurrucó con las rodillas casi pegadas a

la garganta, oyó que la puerta principal se abría y se cerraba. Unas llaves cayeron sobre una superficie cercana.

—Blane, ¡no seas así! —dijo una voz—. Ya sabes que te quiero.

Joaquin no podía escuchar la voz al otro lado de la línea, pero Bailey se rio.

—Claro, nadie es más maravilloso que tú. ¿No te seguía a todos lados como un cachorrillo cuando nos conocimos? Y no hago más que decirte lo increíble que eres.

Escuchó sus pasos acercándose. El crujido de plástico le indicó que ella había dejado una bolsa en la encimera de la cocina, que estaba abierta a la sala de baile. Se inclinó dentro del armario hasta que pudo verla a través de una

pequeña franja entre las puertas.

«¡Bingo!».

Vio a Bailey Benson, con el teléfono pegado a su oreja, una sonrisa de oreja a oreja y un par de hoyuelos en las mejillas. Tenía la cara limpia, con las mejillas sonrojadas y el pelo castaño claro recogido en un moño, aunque algunos mechones se habían soltado y le rodeaban la cara y el cuello. Nunca había conocido a una mujer con los hombros y las manos tan delicados. Tenía la piel tan clara que sin duda se le formarían moretones con facilidad. Incluso haciendo algo tan banal como sacar manzanas de la bolsa de la compra, sus movimientos eran elegantes. Podría mirarla durante todo el día.

La sangre bajó a su pene como una riada y apretó los dientes. Un hombre tendría que tener cuidado si se acostaba con una mujer así. A él le gustaba el sexo físico y un poco salvaje. Sería muy fácil hacerle daño.

Sintió en las entrañas un profundo deseo de protegerla.

—Venga, vamos... —canturreó ella al teléfono, haciendo un mohín con los labios que podía imaginar rojos y exuberantes alrededor de su miembro mientras se lo chupaba—. Sería genial. Eres perfecto, Blane. Hacemos buena pareja, sobre todo cuando estamos sudorosos, y lo sabes.

Bueno, ¡joder! Estaba hablando con su novio de sexo. Él era legal, y

excitarse con la chica de otro no era su estilo. El hecho de estar espiándola en ese momento privado a través de las puertas del armario lo hacía sentir un perverso. Sacudió la cabeza.

Ella se rio con los ojos azules y brillantes. ¡Mierda!, era preciosa. Por otra parte tampoco debía sorprenderse; era joven, delgada y con unos ojos muy llamativos. A pesar de su conversación, transmitía un sorprendente aire inocente.

—Vale. Esperaré hasta mañana por la noche. Eres terrible, no está bien ponerle la miel en los labios a una chica y luego dejarla con las ganas, ¿lo sabías?

¿El imbécil con el que hablaba la había rechazado? ¡Toma ya! No era



imbécil, era memo.

Bailey se echó a reír y luego colgó. Terminó de guardar las compras y después recogió la bolsa de la encimera y se dirigió al espacio abierto que había convertido en estudio de danza. Cuando se inclinó para coger unas zapatillas de punta del suelo, él consiguió echar un primer vistazo a su figura completa.

¡Dios! Qué chica más preciosa. Llevaba una especie de prenda gris de baile de licra que la cubría desde los hombros hasta los tobillos, revelando cada ligera curva de su cuerpo. Además de hombros delicados, tenía unos pechos erguidos que se curvaban contra el maillot. Su esbelta caja torácica se estrechaba hasta una cintura diminuta. La

leve curvatura de sus caderas era suficiente para resultar femenina. Muslos y pantorrillas firmes y musculosos, y pies pequeños que lo parecían todavía más en aquellas zapatillas torturantes.

Calculó que pesaría unos cincuenta kilos, y no era demasiado alta. ¿Había besado alguna vez a una chica tan frágil? No. Pero sus labios parecían la parte menos delicada de ella, rosados y llenos. Suaves. Preparados para el sexo.

Esa clase de pensamientos no ayudaba.

En cuanto Bailey terminó de atarse las cintas de las zapatillas, retrocedió y cogió el teléfono. Examinó las listas de reproducción y eligió una canción.

Después de soltar el teléfono, adoptó una pose. Unos acordes de música clásica llenaron la estancia y ella comenzó a bailar como una mariposa, revoloteando, flotando. Parecía muy ligera. Era como si desafiara la gravedad. ¿Cómo podía alguien permanecer en el aire tanto tiempo con las piernas separadas? ¿Cómo podía caer sobre la punta de los dedos de los pies siete u ocho veces seguidas sin perder el equilibrio, marearse o vomitar?

La ropa que la cubría era tan fina y elástica que él fue testigo de cada tensión de sus muslos al saltar, de cada ondulación de sus hombros mientras agitaba los brazos con expresión

elegante. Y su cara... No cabía duda de que ella no podía ser más feliz que cuando se movía al ritmo de la música para expresar la belleza de la danza y la melodía unidas. Resultaba sencillamente impresionante.

No era un hombre al que gustaran cosas delicadas como el ballet, pero verla a ella hacía que casi sintiera dolor por las ganas de tocarla.

El tiempo parecía no tener sentido... ni fin. Cuando ella hizo una pirueta, dejó de verla y se sintió frustrado. Luego regresó y la visión tenía algo que calmaba la bestia salvaje que llevaba en su interior. Le asombraba el control que tenía de su cuerpo. La vio levantar la pierna, sostener el pie con la

mano y subirlo más arriba de la cabeza al tiempo que giraba, con el cuello arqueado hacia atrás, los ojos cerrados..., casi como en éxtasis.

¡Joder! Estaba a punto de reventar la cremallera.

Una canción enlazaba con la siguiente, y esta con otra. Incluso sus gráciles dedos le excitaban, y se imaginó sus grandes manos bronceadas rozando aquella piel clara, acariciándola mientras se dirigía a su dulce y apretado sexo.

Respiró hondo. Objetivo de la misión: salvar a esa pobre chica de ser horriblemente asesinada. No tenía que imaginarse disfrutando del sexo con ella. Tenía novio. Los surcos que él

tenía grabados en el rostro hablaban de severos peligros que ella no entendería jamás. Lo más seguro era que si lo viera, se pusiera a gritar.

Cuando ella levantó la pierna por detrás al tiempo que arqueaba la espalda y movía los brazos con precisa elegancia, comenzó a vibrar su móvil. Agradeciendo que la música de ballet cubriera el sonido, lo sacó del bolsillo. Jack Cole. El cuerpo de Caitlyn Wells había sido descubierto a las cuatro de la tarde. Jack había incluido una imagen en el mensaje que le hizo contener el aliento. Había recibido el mismo tratamiento que las demás: había sido torturada y cortada en trozos, mutilada hasta resultar casi irreconocible. Si la

teoría de Logan y Hunter sobre quién estaba detrás de todo esto era cierta, estos separatistas trabajaban rápido. O quizá solo habían perdido la paciencia. Fuera cual fuera el motivo, no era bueno. Había que localizar lo antes posible a la chica de Oklahoma. Seguro que se pondrían en camino hacia Houston, si no lo estaban ya. Lo siguiente sería secuestrar a Bailey y.... ¡Joder! Ni siquiera podía pensarlo. Eso no iba a ocurrir.

Tecleó a Jack un mensaje con rapidez, y añadió que le llamaría más tarde.

En ese momento, Bailey apagó la música. Las gotas de sudor resbalaban por su cuello y desaparecían entre sus

pechos. Había manchas de humedad en la parte posterior del maillot y tenía empapado el nacimiento del pelo. La miró con fascinación. ¿Trabajaría con el mismo ahínco en la cama con un amante, persiguiendo el placer para crear una experiencia inolvidable?

Ella desapareció de su vista y vio que las zapatillas volaban a través de la habitación, regresando de nuevo al rincón. El repique de sus pasos sobre los suelos de madera se fue haciendo más débil hasta desaparecer. Al poco rato, se oyó el crujido de las tuberías del agua en la pared que tenía al lado. Bailey estaba duchándose.

Empujó ligeramente la puerta entreabierta del armario y se asomó.



Todas las luces estaban encendidas, pero no había moros en la costa. Excelente.

Primer objetivo del día: conocer la ubicación.

Joaquin salió del estrecho espacio y se dirigió hacia la puerta principal. Le entraron ganas de estrangular a Bailey cuando se dio cuenta de que no estaba cerrada con llave. ¿Es que estaba loca? Incluso aunque no supiera el peligro que le acechaba, cualquier violador o asesino en busca de emociones fáciles solo tenía que girar el picaporte mientras ella estaba vulnerable y despistada.

«¡Joder!». Nunca había sentido el impulso de castigar a una mujer, pero

esta estaba consiguiendo que lo entendiera.

Después de asegurar la puerta una vez más, le robó el teléfono y se dirigió hacia el dormitorio. La ropa húmeda de sudor cubría el suelo y se oía correr el agua por el suelo de la ducha. También le llegaba su voz, cantando con un cadencioso matiz de soprano. No reconoció la música; algo vomitivo sobre el amor eterno, pero no lo hacía mal. Tampoco debía sorprenderle demasiado. Sin duda tenía talento para la música.

Se ocultó detrás del sillón que había en una esquina y comenzó a husmear en su móvil mientras esperaba que saliera del cuarto de baño. No tenía

el dispositivo protegido con contraseña y pudo ver el nombre de la última llamada. Blane parecía joven, en forma y guapo. Habían intercambiado también una serie de mensajes de texto llenos de emoticonos en forma de corazón.

De pasada, se preguntó si su novio habría planeado algo incómodo como dejarse caer inesperadamente por allí esa noche. No entendía muy bien qué veía ella en un tipo como Blane, salvo lo obvio e irrelevante.

El móvil que llevaba en el bolsillo vibró de nuevo. Se puso rígido al ver que era un mensaje de Hunter, pero al parecer la chica de Arizona había salido para África y estaría allí durante las próximas seis semanas. Intercambiaron

algunas palabras conviniendo en que, si era así, estaba a salvo por el momento, y que si el caso seguía sin resolver cuando Alicia Al en regresara, se ocuparían de ella entonces. Estaba guardando el teléfono en el bolsillo cuando oyó que se abría la puerta del cuarto de baño.

Bailey surgió acompañada de una nube de vapor perfumado apenas cubierta por una toalla amarilla. Pequeñas gotas de agua resbalaban por su piel pálida cuando atravesó el dormitorio.

Se detuvo justo al lado de la cama y encendió el televisor. Tras hacer *zapping* por algunos canales, se detuvo en uno.

—Demos la bienvenida a Callindra

Howe —decía el presentador con voz engolada—. Gracias por estar con nosotros. Su historia de supervivencia y coraje ha inspirado a muchas personas a la hora de enfrentarse a la adversidad, y todos estamos encantados de que su historia tenga un final feliz.

—Gracias por invitarme.

—Por si no os habéis enterado de lo que ha pasado... —Comenzó a sonar una voz en *off* para explicar la historia de Callie, que había sobrevivido a la muerte de toda su familia y a repetidos intentos de acabar con la suya. El narrador incluyó también una descripción de Aslanov y su investigación, con pistas del papel que había jugado en su trágico pasado. En

ese momento a Bailey se le escapó un pequeño jadeo.

Él subió lentamente la cabeza por encima del respaldo del sillón. Ella estaba inmóvil y miraba fijamente la pantalla. ¿Qué era lo que la había hipnotizado de esa manera? Giró la cabeza para verlo; se trataba de una fotografía de Viktor Aslanov. Volvió a estudiar a Bailey; estaba pálida y parecía asustada.

De repente, ella se precipitó hacia delante para agarrar el mando a distancia de la mesilla de noche, y apretó con furia un botón con el pulgar. No consiguió nada a pesar de los intentos.

—Mierda —la oyó murmurar al

tiempo que bajaba la vista hacia el dispositivo que sostenía en la mano con el cuerpo tenso.

—Mi historia tiene un final feliz — comentaba Callie en la pantalla—, pero la de mi madre no. Las mujeres pueden vivir una vida larga y saludable si se someten a exploraciones regulares. Hay que prestar atención a nuestros cuerpos y comunicar cualquier anomalía al médico. Aquellas mujeres que no podáis permitir os un examen, por favor, poneos en contacto con la Fundación Cecilia Howe. Además de investigar contra el cáncer, nos ocupamos de que las mujeres con escasos recursos disfruten de las atenciones que necesiten.

—Es un objetivo admirable —

decía el locutor—. La información de contacto aparece en la parte inferior de la pantalla. Ahora, hablemos de algo mucho más feliz, señorita Howe. Se casará muy pronto con el agente Mackenzie. ¿Qué puede contarnos sobre su boda?

Bailey volvió a presionar el mando a distancia y la televisión se apagó. Ella suspiró en la habitación en sombras, vaciando los pulmones. Aquella acción pareció desinflar su cuerpo. Sostuvo la toalla contra sus pechos agitada, como si acabara de ver un fantasma.

Y quizá lo hubiera hecho.

¿Sería porque era Tatiana Aslanov?

En aquel momento la probabilidad era bastante prometedora. Dado que de



las cuatro candidatas una estaba muerta, la otra desaparecida y la tercera en África, Bailey Benson era su última esperanza de descubrir la verdad e impedir que esos despiadados hijos de puta mataran de nuevo. Incluso aunque no fuera la hija del científico, esa pequeña y dulce bailarina no estaba preparada para enfrentarse a los peligros que estaban a punto de llamar a su puerta. Joaquin sabía que tenía que ser agresivo y actuar con rapidez para mantenerla a salvo. Así que a la mierda las consecuencias.

El rojo salpicaba su camiseta rosa. Apretó los labios para reprimir un grito.

Si no lograba permanecer en silencio, pasaría algo malo.

El terror hizo que el corazón le retumbara en el pecho, que le palpitara la cabeza. Miró a su alrededor, a la casa saqueada, había manchas rojas en las paredes de casi todas las habitaciones. Le daba miedo fijarse más. Había llegado la hora de salir de allí. Pero mientras corría por el pasillo, resbaló más de una vez en aquella sustancia roja y estuvo a punto de perder el equilibrio. Aquello le lamía los dedos de los pies, la sensación era cálida y untuosa. En el aire flotaba un olor que no le gustaba. Se le revolvió el estómago, pero siguió corriendo.

Por fin, llegó a la puerta y aferró el

pomo. Pero sus manos también estaban rojas, y se vio asaltada por una sensación de horror.

El viento soplaba detrás de la puerta abierta. Con un silencioso grito, se lanzó al exterior. Hacía frío. Había nevado hacía poco. Notó que se le helaban los pies, pero mantuvo el ritmo, moviéndose lo más rápidamente que pudo hasta que ya no fue capaz de respirar, hasta que las lágrimas se le congelaron en la cara. Hasta que llegó a otra carretera.

Caminó durante lo que le pareció una eternidad, pasando entre prados y árboles desnudos. Hacía mucho tiempo que se le habían entumecido los pies, que su respiración sofocada se había

tranquilizado... La ausencia de ruidos, incluso de sonidos de pájaros, la asustaba todavía más.

¿A dónde podía ir? ¿Dónde podía ocultarse? No lo sabía. ¿Seguiría caminando eternamente sin ver a nunca a nadie más?

Poco después, se detuvo un coche azul. Una mujer con cara amable y cabello castaño abrió la puerta y la miró con una expresión que contenía piedad y horror.

—¿Cómo te llamas, niña?

No lo sabía. Debería, pero lo único de lo que era consciente era de que sentía frío y miedo, que temblaba.

Un hombre salió del vehículo y lo rodeó con un teléfono pegado a la oreja.

Le tendió la mano con una mirada de preocupación. Ella la aceptó, aceptó su calidez y seguridad, pero al mirar sus dedos vio de nuevo aquella mano. La que estaba manchada de rojo y le había marcado la piel, la que goteaba por debajo de las uñas.

Bailey abrió los ojos y agarró la sábana. Esa maldita pesadilla otra vez. Incluso a pesar del calor que hacía bajo las mantas se estremeció.

Jadeó en silencio y miró a su alrededor frenéticamente. El sueño aún mostraba vívidas imágenes en su cabeza, como siempre. Había tenido esas visiones casi todas noches desde hacía más tiempo del que podía recordar. Sus padres le habían dicho en repetidas

ocasiones que era solo un sueño, asegurándole que ninguna parte de él era real. Incluso el psicólogo había insistido en que ella veía algo con ojos de niña, explicándole que el subconsciente podía enfrentarse a los mayores temores de una persona y conseguir que la experiencia pareciera muy real cuando estaba dormida..., blablablá... Pero aquellas pesadillas eran tan veraces que le parecía que había pasado por ese infierno de verdad.

Apretó los ojos cerrados y trató de contener el miedo, recordándose a sí misma que no era real, que no era racional. Vivía sola en una pequeña casita cerca del centro de Houston, no en la mitad de una zona agrícola donde

nevaba copiosamente. Jamás había estado cubierta de sangre, por el amor de Dios. Había crecido en las afueras de Houston, disfrutando de todas las ventajas que podían ofrecer unos padres atentos. Su madre la había educado en casa hasta noveno grado. Su padre trabajaba en una empresa en la que creían en la familia, por lo que podían reunirse en casa todos los días para cenar. Había asistido a clases de baile desde que podía recordar y luego a un instituto especializado en artes escénicas. Su vida era perfecta, salvo sus muertes en aquel accidente de coche, poco después de que se graduara en el instituto, y esos malditos sueños.

¿Por qué esas visiones inundaban

sus sueños casi todas las noches en cuanto cerraba los ojos?

Fuera cual fuera la razón, se negó a permitir que el miedo la hiciera salir de la cama. Había sido un duro día de baile y al día siguiente tendría otra ronda de intensos ensayos. No podría superarlos si no dormía.

«Date la vuelta, ahueca la almohada y piensa en algo feliz».

Suspiró. Esa táctica nunca funcionaba, así que no creía posible que lo hiciera ahora.

Arrojó la manta a un lado y abrió los ojos, pensando que podía ver la televisión. Quizá debería ir a la cocina, hacer palomitas y ver una película.

De pronto, una sombra masculina se



cernió sobre ella. Antes de que pudiera gritar, una mano le cubrió la boca. A pesar de todo trató de lanzar un alarido, pero el sonido que salió fue un gemido. Miles de posibilidades inundaron a la vez su cerebro. Se acordó de que las noticias de la semana anterior habían anunciado la presencia de un violador en serie por la zona.

«¡Oh, por favor! ¡Dios, no!».

Vio que se acercaba otra mano. ¿Le arrancarían la ropa? ¿La atacarían? Trató de retorcerse para soltarse. Tenía que escapar de alguna manera. Era una deportista. Una luchadora, ¡maldición!

Al momento, vio que la mano bronceada se acercaba con algo. Y antes de que pudiera luchar o escapar, sintió

un pinchazo en el lateral del cuello.

Se estremeció de pies a cabeza y luego... nada.

Bailey flotaba en sueños, pero la sensación era vaga y lejana; no tenía prisa por despertarse. Sin embargo, algo le indicaba que debía hacerlo. Aunque el ensayo era por la tarde, ¿verdad?

Una cálida sensación y la pesadez de la cabeza la arrastraron de nuevo. No recordaba que su cama fuera tan cómoda; seguía durmiendo en el colchón que usaba cuando era niña, que siempre había sido demasiado blando. Pero este se sentía más firme, perfecto. Parecía fundirse con él. Bueno, salvo los

hombros. ¿Por qué tenía las manos por encima de la cabeza? El camisón se le estaba subiendo alrededor de las caderas. Notaba algo clavado en los antebrazos. Nunca dormía en esa posición.

«Qué extraño...».

Tiró de los brazos hacia abajo, pero no consiguió nada. Los tenía atrapados. No, atados. Retenidos.

Esa certeza consiguió que abriera los ojos. Se encontraba en una habitación desconocida, incapaz de moverse. El corazón comenzó a retumbar en su pecho y contuvo un grito.

La cubría un edredón negro. Las paredes estaban en sombras, igual que la otomana de cuero a los pies de la cama.

Todo lo demás era de madera de diferentes clases y acabados; las persianas de suelo a techo parecían de cerezo, el aparador mostraba un acabado rústico y los oscuros suelos de madera dominaban el enorme espacio, incluso había detalles artísticos en la librería. La mesilla de noche, de líneas modernas, y con una lámpara de diseño actual, ocupaba un espacio junto a la cama. Nada más. No respondía a ninguna imagen personal ni a ningún recuerdo. Era un lugar espartano y absolutamente ajeno.

Un escalofrío de terror la sacudió. Su mente se vio inundada por imágenes del hombre que la había atacado la noche anterior, en su casa, y supo la

verdad: la habían secuestrado.

No pudo seguir reprimiendo el terror y soltó un grito.

La puerta se abrió para dar paso a un hombre que la cerró antes de correr a su lado. Su rostro moreno y sus ojos verdosos no estaban suavizados por calidez alguna, a pesar de que no parecía un secuestrador. Su aspecto era rudo y el pelo oscuro acentuaba su tosquedad. Permaneció erguido en toda su altura, de por lo menos metro noventa; los músculos abultaban una apretada camiseta negra que parecía pintada sobre su pecho. ¡Dios!, era enorme. Y aterrador.

—Bailey, tranquilízate —susurró el desconocido, haciendo que temblara de

miedo.

«¿Cómo voy a tranquilizarme?».

—¿Cómo sabes mi nombre? ¿Quién eres?

—Te prometo que no voy a hacerte daño.

«Le dijo la araña a la mosca...».

—¿Dónde estoy? ¿Qué quieres de mí?

—Salvarte.

¿De qué? ¿Estaría pensando matarla para «salvarla» de ese mundo cruel o cualquier otra tontería por el estilo? El terror hizo que se estremeciera de nuevo.

—Eso ya puedo hacerlo por mi cuenta. Suéltame, por favor. No le contaré esto a nadie.

En el rostro del desconocido apareció una breve expresión de compasión.

—Incluso aunque no lo hicieras, corres mucho peligro. Sé que estás asustada. Lo siento, tenía que actuar de forma drástica, aunque soy consciente de que ignoras un montón de datos.

—Me has confundido con otra persona.

—No lo he hecho. Por favor, escúchame. —La seguridad del hombre hizo que temblara con más fuerza—. Empecemos por el principio. De acuerdo con los informes, eres Bailey Katherine Benson. Llegaste al mundo hace veintiún años, el cuatro de diciembre. En Houston. Pero no creo



que sea verdad.

«¿Qué?».

Era evidente que ese tipo se drogaba o algo así.

—No, es cierto. Sin duda estás buscando a alguien diferente.

—Estoy bastante seguro de que no eres quien pareces, pero tienes que dejar que termine de exponer mi teoría.

—¡Déjame salir de aquí! —exigió ella, retorciéndose contra las ataduras. Pero no consiguió nada y él no se movió —. Tienes que soltarme. La gente me echará de menos.

—No los que consideras tus padres. Están «muertos». —Lo vio hacer unas comillas en el aire.

—Sí, lo están. ¿Por qué me haces

esto?

—Jane y Bob Benson están muertos, al menos sobre el papel, pero sospecho que la gente que había detrás está vivita y coleando. ¿Nunca se te ocurrió que sus nombres eran demasiado simples?

—¿Para qué? ¿Para ser buenos padres?

Siempre habían apoyado sus logros académicos, salvo su extraño amor por la ciencia. Su madre decía que esa parte de su carácter era poco femenina; por el contrario, siempre había apoyado su inclinación por la danza. No habían sido de esos padres que abrazaran o bromearan con frecuencia, pero al menos habían asistido religiosamente a

cada una de sus funciones. Su padre a veces parecía preocupado, supuso que concentrado en su carrera. Su madre había dedicado mucho tiempo a la jardinería y la costura, tareas que no habían despertado su interés.

—Apuesto lo que sea a que eran agentes del FBI cuya misión era criarte y protegerte, pero ya me enteraré.

—No. —Lo negó de forma automática.

Sin embargo, sus palabras resonaron en su cabeza. No se parecía a sus padres, ni siquiera un poquito. Tampoco había compartido sus intereses con ellos. Cuando se había hecho mayor, insistieron en que debía aprender a defenderse por sí misma, saber disparar

un arma, cazar y cocinar lo capturado. Ella no se lo había tomado demasiado en serio. La verdad era que se había sentido dolida porque siempre había supuesto que su padre prefería un hijo y, al no tenerlo, se había conformado con ella. Pero ¿agentes federales?

No, habían sido sus padres. Quizá no hubieran sido perfectos, pero eran los suyos. Y no iba a permitir que aquel psicópata le dijera lo contrario.

—No pienso hablar de esto contigo.

Él se sentó en el borde de la cama y se acercó más, inclinando su rostro justo encima del de ella.

—Lo harás. Estás esposada, ¿recuerdas? Juro que no te haré daño, pero no irás a ninguna parte hasta que te

lo permita. Es por tu propio bien.

Se mordió el labio. Podía estar a su merced, literalmente, pero eso no significaba que tuviera que compartir nada con él.

—Que te jodan.

Él le agarró la barbilla, con firmeza pero sin hacerle daño. Algo que le sorprendió. Si quisiera hacerle daño, podría conseguirlo con facilidad. No tenía forma de detenerlo y, sin duda, era bastante grande. Por otra parte, quizá estaba jugando con ella o esperando su momento hasta que consiguiera lo que quería de ella.

—¿Te has olvidado de quién tiene aquí la sartén por el mango?

Como si eso fuera posible.

—¿Por qué no me dices qué es lo que quieres para que podamos terminar con esto y regresar a casa?

Él apartó sus largos dedos de su rostro y los arrastró hasta sus brazos, donde trazó un cálido dibujo alrededor de sus muñecas esposadas, sujetándola con firmeza contra el colchón. Emanaba un aroma increíble y viril. Algo que la distrajo al momento. El hecho de que el señor Alto, Moreno y Amenazador oliera bien parecía no ser correcto.

Escudriñó su cara. ¿Trataría de decidir cómo proceder?

—¿Cuál es tu primer recuerdo?

«Sueños perturbadores».

—¿Mi primer recuerdo? Pensaba que querías dinero. No tengo

demasiado, por cierto. No estoy de humor para juegucitos estúpidos.

—¿No quieres responderme? Perfecto. Puedo esperar. Tengo toda la tarde. ¿Y tú?

—¿Toda la tarde? —Parpadeó y miró hacia las ventanas alargadas que había en el otro lado de la habitación. En efecto, por detrás de las venecianas cerradas se adivinaba la dorada luz del sol, que se filtraba ligeramente entre las lamas, así como por debajo del marco.

—Es casi mediodía —le informó él antes de retroceder y liberarle las muñecas.

¿Cómo había perdido casi doce horas? El terror la recorrió de pies a cabeza, frío y espeso.

—Por favor, suéltame. Tengo un ensayo a las dos. Y no puedo perdérmelo. La semana próxima tengo una audición en Dallas, para un papel en una de las próximas funciones del Texas Ballet Theatre.

—Entonces te sugiero que hables rápido —gruñó él—. ¿Cuál es tu primer recuerdo?

Bailey no podía creer que la hubiera secuestrado para que le contara cuál era la primera cosa que podía recordar. ¿Es que no se daba cuenta de que parecía una locura? Pero si satisfaciendo aquella extraña curiosidad la liberaba...

—Que me caí en el patio y perdí un diente.



—¿Cuántos años tenías?

—Cinco, creo. ¿Qué importa eso?

—¿Quién estaba contigo?

«¿Por qué le importa tanto?».

—No me acuerdo.

Él la miró con los ojos entrecerrados, como si estuviera diseccionándola. Estaba segura de que no la creía.

—Mira —le dijo—. Espero que encuentres a la mujer que buscas, pero no soy yo. Yo me llamo Bailey Benson, de Houston, como consta en todos los registros. Estoy preparándome para la audición más importante de mi carrera. Además, esta noche espero compañía, él es muy especial y...

—¿Blane?

Al escuchar el nombre de su amigo se quedó helada.

—¿Cómo lo sabías?

—Anoche estuve unas horas en tu casa. Deberías saber que tienes que asegurar mejor las puertas y ventanas.

—A medida que hablaba, esbozó una sonrisa—. Por cierto, cerré la casa lo mejor que pude antes de salir. Necesitas cambiar la cerradura e instalar un sistema de seguridad en el futuro.

Ella quiso preguntarle por qué mencionaba tal cosa, pero no era la pregunta más importante en ese momento.

—¿Eras tú el que me esperaba en mi habitación? ¿Quién se cernió sobre mí en la oscuridad?

Recordó la intensa presencia que había percibido antes de sentir el pinchazo de una aguja en el cuello.

—Sí. ¿Por qué tuviste una reacción tan fuerte al ver la imagen de Viktor Aslanov en la televisión?

—¿A quién?

—Ese científico famoso que fue asesinado. Enseñaron su foto en el montaje anterior a la entrevista de Callindra Howe.

No podía responder a la pregunta de su captor. Había visto la imagen de Aslanov antes, y cada una de esas veces, le molestaba de una forma que no podía explicar.

—No sé. ¿Por qué me has sacado de mi casa en medio de la noche? —

Otro horrible pensamiento atravesó su cabeza—. ¿Vas a violarme?

Aquel enorme hombre se echó atrás.

—La idea de obligar a una mujer me pone la piel de gallina. Además, he sido criado por una madre soltera y tengo dos hermanas. Me cortarían las pelotas si lo intentara.

—¿V-vas a matarme?

Él alzó las manos en el aire.

—¿Es que no me estabas escuchando antes? ¿Cuando mencioné que trato de salvarte?

—¿Y qué? ¿Esperas que te crea? —  
Se lo quedó mirando—. Si eres un hombre legal, ¿por qué drogas a una mujer inocente? Porque me has drogado,

¿verdad?

—Te he sedado. No es como si te hubiera echado algo en una copa en un bar para aprovecharme de ti.

No, solo le había inyectado una sustancia desconocida que la dejó inconsciente durante doce horas. Eso era una actitud mucho más virtuosa.

—¿Qué es lo que quieres de mí exactamente...? ¿Cómo te llamas?

—Eso es irrelevante. Lo único que importa es que mi objetivo es evitar que te maten. —Le puso la pantalla de un iPhone ante la cara, y pasó ante sus ojos la colección de imágenes más terrible que hubiera visto nunca.

Ella gritó.

—Oh, ¿qué demonios...?

Alguien había perforado la caja torácica de una joven varias veces con algo que hacía agujeros simétricos. Le habían cortado las orejas, arrancado los dientes, seccionado los dedos de los pies con tijeras... ¡Dios! No podía mirar más. ¿Por qué alguien le haría eso a otro ser humano?

—No es la primera víctima. De hecho, es la quinta. Por desgracia, están a punto de encontrar a la número seis. Llegué unas horas tarde para salvarla, pero a ti... —Tragó saliva mientras guardaba de nuevo el móvil—. Me niego a permitir que te ocurra lo mismo.

—¿Por qué piensas que alguien quiere hacerme daño? ¿Cómo sé que no es cosa tuya?

—¿Además de que ya te he dicho que estoy rompiéndome la espalda para salvarte? Si quisiera torturarte hasta una muerte lenta, ¿para qué iba a mostrarte antes mis intenciones? ¿Para que lucharas aún más?

—¡No lo sé! Si eres un asesino psicópata, no vas a comportarte de una forma lógica.

Él negó con la cabeza, parecía como si estuviera luchando para conservar la paciencia.

—Digamos que trabajo para una agencia del Gobierno y que soy el que lleva la voz cantante en esta conversación. Por lo general trato de evitar cadáveres, a no ser que sean de los malos. Las bailarinas no suelen

entrar en la categoría de «los más buscados».

—Entonces, explícame una cosa. Me drogaste y...

—Te sedé —la corrigió.

—Lo que digas. Me sacaste de mi casa y de mi vida sin preguntarme primero. Si eres el bueno, ¿por qué no intentaste hablar conmigo para explicarme la situación?

—Bien, vamos a imaginar esa situación. Me acerco a la puerta y llamo. Tu respuesta es tratarme como si fuera un molesto vendedor a domicilio o alguien que intenta que cambies de religión. Me ignoras. Dudo muchísimo que me invitaras a entrar en tu casa para que mantuviéramos una profunda



conversación sobre cadáveres.

De acuerdo, tenía su lógica.

—Así que lo mejor fue secuestrarme. Sin haber intentado siquiera un enfoque más racional.

Él suspiró.

—Sigamos imaginando. Después de cerrarme la puerta en la cara, el verdadero asesino o bien te mata allí mismo o bien te secuestra, y lo siguiente que sé es que estoy viendo otra espantosa foto de un crimen. ¿No te gustan mis métodos? Lo entiendo. Pero no voy a disculparme por querer que sigas viva.

—¿Y cuál es la razón para tratar de convencerme de que soy alguien que no soy?

—Algo insignificante que se llama verdad. —Lo vio suspirar y sacudir la cabeza—. Lo siento. Sé que te sientes confusa. Esta situación es dura y estresante. No es la más apropiada para sacar lo mejor de cada uno de nosotros. No trato de ser difícil ni de comportarme como un capullo. Nos enfrentamos a un psicópata, y el tiempo no corre a nuestro favor. Así que cuando me retas, me pongo borde y sarcástico. No es esta la forma en la que quería que transcurriera nuestra conversación. Sé que te estoy pidiendo una gran dosis de confianza. Me gustaría que esto fuera más fácil y que tuviéramos más tiempo para debatir, pero no es así.

Aquella disculpa la desarmó, y no

supo qué hacer. Sí, él se había comportado como un imbécil, pero ¿y si lo que decía era verdad? ¿Y si alguien estaba yendo a por ella?

—Si escucho todo lo que tienes que decirme y luego te demuestro que soy quien digo ser, ¿dejarás que me vaya?

—En cuanto pueda averiguar quién es el responsable de todas esas muertes y lo detenga.

—¿Por qué haces esto? ¿Por qué no se encarga la policía?

—Los cadáveres no aparecen en el mismo condado, en la misma zona. Y cuando se trata de una cuestión que supone una amenaza potencial para la seguridad nacional, excede del ámbito de actuación de la policía local.

—¿Has dicho seguridad nacional?

—Supo que tenía que estar equivocado

—. ¿Cómo puedes creer que supongo un peligro para el país?

—Tú no, otros. No puedo decir más por el momento. Todavía tengo que confirmar quién está detrás de todo esto.

—Sería lo más conveniente... — replicó ella, arrastrando las palabras.

—Mira, he perseguido a estas personas desde Washington DC a Miami. El último cuerpo lo han encontrado en Mobile. Y dentro de muy poco tiempo aparecerá otro en Oklahoma.

Quien fuera ese tipo, creía de verdad lo que estaba diciendo. De hecho, estaba totalmente volcado con el

tema. Aunque eso no implicaba que estuviera menos loco. Sin embargo, si la única manera de huir de allí era demostrar que ella era Bailey Benson, lo haría.

—No sé qué prueba necesitas exactamente para que te creas que soy quien digo. Tengo un certificado de nacimiento y una cartilla de la Seguridad Social...

—Claro que sí, cortesía de la agencia de adopciones y del Tío Sam.

—No, te equivocas. Yo...

—Bueno, la mujer que busco no es ninguna de las chicas muertas. Si los cabrones responsables de estos asesinatos hubieran dado con la mujer que están buscando, no seguirían con su

sangriento entretenimiento. Por cierto, todas las víctimas eran de tu edad, solo existen unos meses de diferencia entre todas. Cada una de ellas fue adoptada alrededor de diciembre de 1998. También...

—Eso es lo que trato de decirte. No soy adoptada.

—¿Estás segura? Por eso te pregunté por tu primer recuerdo.

—Y te lo dije.

—¿No recuerdas nada antes de perder ese diente? ¿Cualquier cosa?

Nada real.

—¿Tú sí?

—Un par de ellos, pero mis recuerdos son irrelevantes.

—¿Por qué sabes que esto no es

obra de un asesino en serie?

—Estoy seguro de que el responsable de esto ha entrenado en algún momento con la CIA o con otra agencia del Gobierno. Sabe lo que está haciendo y deja señales precisas. Nos enfrentamos al mismo tipo, al mismo *modus operandi*. Y siempre destroza la residencia de la víctima como si estuviera buscando algo. No es el comportamiento que tienen los asesinos en serie. Así que vamos a concentrarnos en tu primer recuerdo, ¿vale? ¿Estás ocultándome algo?

Su pregunta hizo que ella sintiera como si estuviera tratando de conducirla a una respuesta específica. Con el fin de ahorrar tiempo y frustración, fue al

grano.

—¿Qué se supone que tengo que recordar?

Él la miró, la estudió con sus ojos verde avellana, como si tratara de abrirle el cerebro y ver todos los pensamientos que guardaba en su interior.

—Vamos a tratar esto poco a poco... ¿Tienes algún recuerdo de un día muy frío en medio de campos de cultivo? ¿De caminar junto a una carretera en medio de la nieve cubierta de sangre? ¿De ser descubierta por una pareja en un sedán azul que recorría esa carretera?

A ella se le detuvo el corazón. Había descrito un fragmento de sus



sueños, pero... eso era producto de su imaginación. Su madre se lo había asegurado una y otra vez. Su padre, de hecho, había sido inflexible al respecto. Hacía años que había dejado de mencionar sus sueños a nadie.

Entonces, ¿cómo los conocía ese desconocido?

—¿Qué ocurre? —se interesó él—. Te has puesto pálida. ¿Estás recordando algo?

Ella negó con la cabeza de forma automática. Tenía que ser una coincidencia. Una buena suposición. Cualquier cosa que tuviera sentido y no eso.

—Sí, estás recordando —concluyó él—. Trata de concentrarte. Jesús, he

estado buscándote... —Se inclinó de nuevo hacia ella con expresión amistosa—. Continúa. ¿Qué es lo que pasa después?

En su sueño, nada. Jamás pasó del sedán y la pareja que se paraba.

—No puede ser... Solo se trata de un sueño que he tenido un par de veces. —Más bien dos o tres mil.

—¿Y si no fuera un sueño, sino una vivencia?

—No. Entonces lo recordaría. En Houston no nieva. Nunca he estado en una granja ni nada por el estilo. Jamás he visto a esa gente, en mi vida.

—Piensa en ello. Si se tratara de un sueño, uno que has recordado incluso después de despertarte, tendría un gran

impacto en ti. Un impacto enorme. Habría una razón para ello.

Él se inclinó todavía más y su aroma masculino inundó sus fosas nasales. Bailey deseó poder decir que era alguien espeluznante u horrible. Pero no, solo era atractivo. Algo mayor que ella, quizá ocho o diez años, pero cuando lo miraba, se daba cuenta de que todos los chicos con los que había estado saliendo o con los que hablaba eran muchachos. ¿Este? Este era un hombre.

Aquello sonaba estúpido e incorrecto, pero era cierto... Tenía una constitución robusta y era imposible no darse cuenta.

Bailey frunció el ceño. ¿Cuánto

tiempo necesitaba una chica para sentir atracción por su captor? ¿Dependía de su cordura? ¿De su cociente intelectual? ¿De ambas cosas?

—¿Recuerdas algo de tu sueño antes de que se detuviera ese coche? ¿Antes de esas huellas rojas en la nieve?

—¿Cómo sabes que hay algo anterior a eso en el sueño? —preguntó frunciendo el ceño.

—Porque sé lo que ocurrió. Sé lo que pasó antes de que esa niña huyera de la casa y caminara junto a la carretera en estado de *shock*, antes de que esos buenos samaritanos la encontraran y la llevaran junto al sheriff local. Dime qué ocurre en tu sueño y veremos si coincide con lo que yo sé.

¿Y darle algo que pudiera usar para demostrar que tenía razón? ¿Que ella era esa chica desaparecida?

—¿Por qué no me cuentas lo que crees que ocurrió?

—Cuatro personas fueron asesinadas. Espera... —Se dio la vuelta y cogió un archivador que ella no había visto de un aparador cercano. Hojeó el contenido hasta llegar a lo que buscaba, unas fotos. Recogió unas cuantas con la mano y regresó junto a ella—. ¿Alguna de ellas te resulta familiar?

Cuando él puso la primera imagen ante sus ojos y vio que se trataba de una pequeña casa blanca y un prado enorme, se estremeció. Era la casa de sus pesadillas, pero en esa foto no estaba

cubierta de nieve como en su sueño. Sin embargo, era la misma fachada manchada, la puerta blanca con el pomo de latón. Las dos ventanas a ambos lados de la puerta. El pequeño garaje anexo que había a la izquierda.

Sintió que la cara se le quedaba sin sangre.

—¿Es la que ves en tu sueño?

—Er... er... —¿Cómo era posible?

—. Quizá sea una coincidencia, o soy vidente, o tal vez la haya visto en las noticias. No recuerdo ningún asesinato. Me acordaría de algo tan horrible.

—Quizá no. Si eres la niña que vivía allí y que sobrevivió a la matanza, apenas tenías cinco años cuando ocurrió. Es posible que tu mente haya

bloqueado esa vivencia. No es raro que la mente humana «olvide» cosas que resultan demasiado traumáticas.

Ella escuchó lo que decía, y supo que si fuera él, también pensaría que era la chica desaparecida. Pero, sencillamente, no lo era. Tenía buena memoria, ¿cómo iba a haber olvidado el asesinato de cuatro personas? Sus padres habían insistido mucho en que aquellos sueños eran producto de su imaginación, que ella nunca había estado en peligro. Incluso su psicólogo le había asegurado que aquellas pesadillas no eran más que una representación de sus miedos. Algo que tenía más sentido para ella. Cada vez que tenía uno de esos sueños, se despertaba aterrada,

estremeciéndose sin control, y con frecuencia seguía despierta varias horas. Incluso tenía una colección de comedias seleccionadas en Netflix para que la ayudaran a olvidar.

—Te concedo que las coincidencias son muy raras, pero que yo sea esa chica..., lo siento, no me cuadra.

—Потому, что она вмещается вы.  
«¿Te da miedo ser esa chica?».

—Por supuesto que sí —repuso ella de forma automática.

Luego contuvo el aliento. ¿Qué demonios había ocurrido? Él no había hablado inglés. De hecho, no recordaba haber escuchado nunca ese idioma. Y aun así... sabía exactamente lo que había dicho.



—Porque sabes que tengo razón. Y entiendes ruso. —La miró con una sonrisa prepotente.

—Simple conjetura. —Sintió que palidecía mientras luchaba por comprenderlo.

—¡Joder! Eres la mujer que estaba buscando. ¿Quieres conocer tu nombre real?

Eso no podía estar ocurriendo.

—Bailey Benson. No sé cómo has llegado a saber lo que sueño. No quiero imaginar por qué me has elegido a mí para esta broma o lo que sea. Pero no voy a creerme los locos desvaríos de un tipo que ni siquiera sé cómo se llama, que me ha drogado y atado a una cama. Y ahora me quieres convencer de que

los padres que conozco no son mis padres, y de que he sobrevivido a una masacre. No.

—¿Por qué iba a mentirte? ¿Por qué iba a arriesgarme a ir a prisión si no creyera absolutamente que lo que te estoy diciendo es verdad?

—No lo sé. ¡No lo sé! No entiendo nada de esto. Tengo que salir de aquí.

—¿Recuerdas la imagen que te he enseñado en mi móvil? ¿Quieres acabar así? —La desafió, sacando el aparato del bolsillo—. Si no recuerdas lo espantosa que es, puedo recordártelo yo.

«¡No! ¡Dios no!». Bailey cerró los ojos.

—No necesito verla.

—Quizá sea lo que te haga falta

para no enterrar la cabeza en la arena y creer que soy un puto psicópata.

Tenía que serlo. No había una explicación mejor, no se podía confiar en alguien que secuestra a una mujer y la ata a una cama, ¿verdad? No era posible que fuera otra mujer, una que sabía ruso y que tenía unos padres diferentes a los que habían asesinado cuando ella tenía cinco años..., eso no.

Él suspiró y volvió a sentarse en el borde de la cama. Cuando alzó la mano sobre ella, Bailey se encogió, trató de retroceder, pero él solo le apartó el pelo de la cara y le acarició la mejilla.

—No me toques —escupió con el corazón acelerado.

Al instante, él se echó atrás.

—No trataba de asustarte, solo quería que estuvieras más cómoda.

—¿Quieres que esté más cómoda? Entonces déjame en paz. Déjame marchar.

Pasó un buen rato. Él vaciló como si estuviera reflexionando sobre la situación al tiempo que le lanzaba otra de esas penetrantes miradas que la hacían temblar. Por fin, se levantó.

—Puedo darte la mitad de lo que quieres. Te soltaré y te daré un tiempo para pensar. Pero no puedo dejarte marchar. Estarás aquí hasta que encuentre la manera de mantenerte a salvo. Han muerto demasiadas personas ya, y solo te añadirán a esa lista pasando por encima de mi cadáver. ¿Tienes

hambre?

Siendo sincera, la tenía. Y su obstinado orgullo quería negarse a aceptar comida de él. Otra parte de ella sabía que si quería tener fuerza para escapar, no podía rechazar el alimento.

—Sí.

—Tu historial médico dice que eres alérgica a los cacahuetes. ¿Tienes alguna alergia más? ¿Algo que no te guste?

¿Cómo se había enterado de eso? Prefirió no preguntar. Negó con la cabeza.

—Genial. Pediré que te traigan algo.

¿No estaban solos? Quizá quien se presentara se apiadara de ella, quizá se daría cuenta de que ese no era su sitio

y...

—Estoy viendo cómo giran los engranajes de esa bonita cabeza. Aquí nadie te ayudará. Todos saben lo que estamos jugándonos, no te dejarán escapar. De todas formas, no hay manera de salir. —Lo miró mientras se acercaba a los grandes ventanales de suelo a techo y abrió las persianas. El sol entró a raudales y pudo ver... las barras que cubrían las ventanas.

No escaparía fácilmente.

Su secuestrador metió la mano en el bolsillo y sacó una llave. Se inclinó sobre ella. Sus rostros quedaron demasiado cerca cuando él apoyó las manos en la cabecera de la cama y la miró a los ojos. Su respiración se hizo

más profunda y el corazón se le aceleró en el pecho.

—Sé qué piensas que estoy loco —susurró él—. Dame tiempo para hacerte cambiar de opinión.

No se atrevió a refutarlo mientras se acercaba para soltar las esposas. Luego la ayudó a bajar los brazos poco a poco y se los masajeó mientras la sangre se precipitaba en ellos. Su contacto la hizo sentir una oleada de cálida electricidad, que era tan poderosa como aterradora.

Dios, ¿qué le pasaba?

Bailey retrocedió. Siempre había tenido un gusto pésimo con los hombres, pero se negaba a caer tan bajo como para admitir que se sentía atraída por él.

—Lo entiendo. No... —Ella trató de alejarse de él—. No me toques.

Él alzó las manos en gesto de rendición y dio un paso atrás, alejándose de la cama.

—Solo quería ayudarte, nada más... Esa es la puerta del cuarto de baño. —Señaló un lugar a su espalda, a la izquierda—. Antes de que te emociones, la ventana que hay allí también está cubierta por barrotes. Eres libre de vagar por esta habitación. Te traeré algunos libros y revistas dentro de un rato.

Él se giró y le dio la espalda. Ella no podía quedarse allí y esperar a que la convenciera de su locura.

El instinto la impulsó a moverse.



Esa podía ser su mejor oportunidad para escapar.

Bajó de la cama y se arrastró hasta uno de los estantes cercanos a la ventana, cogió una pesada figura de madera y se deslizó de puntillas detrás de él.

En cuanto él abrió la puerta, se irguió en toda su altura y levantó el brazo en silencio. En condiciones normales, nunca sería capaz de golpear a nadie. Pero esta era una cuestión de vida o muerte.

Él se dio la vuelta de repente y le apresó la muñeca con un agarre inflexible. No pudo moverse cuando él clavó en ella sus ojos ardientes.

—Cariño, he trabajado como

agente secreto mucho tiempo, luchando contra algunas de las personas más peligrosas del mundo. Me he movido en la parte menos legal de la vida. ¿De verdad pensabas que me ibas a sorprender?

Su burlona pregunta la hizo sentir pequeña e indefensa, y lo odió por eso.

—Suéltame.

Él le quitó la figura de la mano y luego la soltó.

—Buen intento. Por cierto, el nombre que te dieron tus padres biológicos fue Tatiana. Eres la hija menor de Viktor Aslanov.

Luego se marchó; cerró la puerta con llave de forma sonora.

Ella se quedó mirándolo

boquiabierta, como si hubiera echado raíces en ese lugar. ¿Sería cierto lo que él afirmaba?

En el momento en el que Joaquin salió de la habitación, Mitchell Thorpe, el dueño del Dominium, salió a su encuentro, acercándose y bloqueándole el pasillo al tiempo que arqueaba una ceja. Lo miraba con censura. Joaquin estaba bastante seguro de que Thorpe podía ser un tipo duro a pesar de su impecable traje. Sin embargo, él llevaba demasiado tiempo sin dormir ni descansar, y no necesitaba enfrentarse a otro hombre.

—Soy consciente de que esta es una

situación difícil —soltó Thorpe mientras se ajustaba los gemelos—. En cuanto escuché gritos procedentes de mi habitación, llamé a Logan. Él me ha explicado el asunto en profundidad. He permitido que vengas aquí porque los hermanos Edgington responden por ti y Logan me ha dado a entender que estás protegiendo a una mujer que se ve amenazada por un asesino, pero no me gusta que se secuestre a nadie. El Dominium disfruta de un ambiente consensuado. No puedes retener aquí a esa mujer contra su voluntad.

Joaquin tragó saliva, luchando contra la frustración y el miedo.

—Entiendo que no quieras que nadie se fije en este lugar ni trate de

cerrarlo, pero...

—Sí, tengo muchos problemas referentes a eso. Tanto los evangelistas como los grupos de represión sexual quieren clausurar el club, al parecer no están familiarizados con el orgasmo o le tienen miedo, a saber...

Cien argumentos diferentes daban vueltas en la cabeza de Joaquin. Por fin, se decidió por la verdad.

—Esa chica está en estado de *shock*. Esperaba que una vez que la ayudara a estimular su memoria, recordara el pasado. Pero a pesar de que ha admitido que tiene pesadillas sobre la noche en que fue asesinada su familia, está segura de que no es Tatiana Aslanov. Necesito más tiempo. Si la

suelto ahora, ese maldito psicópata no tardará en atraparla. ¿Logan te ha explicado de qué forma torturó a esas mujeres?

—Quieres mantenerla a salvo. Y es admirable. Pero no puedo permitir que la retengas aquí contra su voluntad. —Su gesto se suavizó un poco—. ¿Estás seguro de que es la hija de Aslanov?

—Es ella. Incluso sueña con la casa en la nieve y la pareja que la encontró vagando junto a la carretera. Necesito unos días para convencerla y averiguar lo que sabe. —Thorpe seguía mirándole con cara de escepticismo—. ¿Y si estos hijos de puta van después a por Callie?

—¿Por qué mencionas a Callie? — La expresión de Thorpe era ahora de

furia—. No metas a mi sumisa en esto.

Joaquin se miró las manos.

—Ella ha tenido que desaparecer durante casi una década. Sabes tan bien como yo que si esta gente le hubiera puesto las manos encima, la habrían torturado y...

—Si terminas esa frase, te quedarás sin dientes. —Thorpe lo decía en serio—. Callie ha sufrido suficiente. Sean y yo estamos intentando que ahora sea feliz. Y haremos lo que sea necesario para mantenerla lo más alejada posible de este asunto.

Había llegado el momento de dar un paso atrás. Esa táctica cabreaba a Thorpe, y necesitaba su cooperación.

—Vale, lo siento. Si me lo



permities, me gustaría hablar tanto con Sean como con Callie. Creo que pueden conocer información que podría salvar la vida de Tatiana.

—Le pediré a Sean que hable contigo, pero depende de él e, imagino, de lo que el FBI quiere mantener bajo estricto secreto. Con respecto a Callie..., Sean y yo debemos decidirlo juntos. Las entrevistas que ofrece Callie nunca son demasiado profundas; en realidad podrían considerarse una cuestión de supervivencia, ya que la mantienen lo suficiente en el candelerero para que nadie se atreva a matarla. Pero un interrogatorio directo sobre los que la persiguieron tantos años podría ser demasiado para ella. Apenas han pasado

tres meses. Y con el estrés de la boda...

—Ayer estabas de acuerdo.

—Antes de añadir el secuestro a este lío.

No le gustó la respuesta de Thorpe, pero la entendía.

—Sé que durante años su vida fue un infierno. Y no os pediría que pasara otra vez por este trago a menos que creyera que la información podría ayudar para salvar vidas. Sean y tú podéis estar a su lado en todo momento.

—Lo consideraré. Me gustaría hablar con Tatiana. —Thorpe lo expresó como si fuera una petición, pero no lo era.

—Seguramente ahora sea mejor que se duche y coma algo. —Prefería

cubrirse las espaldas.

No entendió el instinto de protección que lo invadió de pronto. No, no se trataba solo de que quisiera protegerla..., se trataba de algo mucho más posesivo. Y eso tenía todavía menos sentido.

Por lo que sabía, Thorpe estaba entregado a Callie, por lo que no era probable que hiciera a Bailey ninguna proposición. Además, él acababa de conocer a la hija de Aslanov; solo era otra persona a la que debía mantener con vida.

Pero le gustaba la idea de cubrir su frágil cuerpo con el suyo y llenarla con su pene. De hecho, se endureció al pensarlo. Soltó una maldición.

—Me aseguraré de que recibe comida. —Thorpe lo arrancó de sus pensamientos—. Mientras come, entraré a charlar con ella. Mantendré un tono cordial.

A pesar de esas garantías, Joaquín quería negarse. Pero Thorpe lo tenía cogido por las pelotas; si quería retener a Tatiana en algún lugar seguro y hablar con aquellos que podían darle algún dato sobre el grupo responsable de los asesinatos y el motivo que escondían, tenía que jugar con las reglas del propietario del club. Y estar jodidamente agradecido.

—Tiene miedo.

—Ya imagino. —Thorpe lo miró como si fuera idiota por decir lo obvio.

A pesar de todos los elogios que los hermanos Edgington habían soltado sobre el dueño del Dominium, no estaba seguro de que le gustara demasiado.

—La sacaste de su cama y la trajiste aquí inconsciente —señaló Thorpe—. No me parece bien.

«No te he pedido tu opinión, señor Palo en el culo».

—No tuve otra opción mejor.

—Bien, pues ahora dispones de cuarenta y ocho horas para conseguir su... consentimiento, para que acepte estar aquí, o tomaré el asunto en mis manos.

Joaquin apretó los dientes y observó a Thorpe mientras se alejaba por el pasillo en dirección opuesta.

¿Qué coño debía hacer ahora? Podría estudiar de nuevo las evidencias, pero lo había hecho ya más de mil veces. Sin nuevas pistas ni testigos, no estaba más cerca de averiguar quién había matado a Nate ni por qué. Por lo menos a él no lo habían torturado. Si no quería que la mujer que retenía en la habitación de Thorpe se viera reducida a un cadáver sanguinolento, tenía que morderse la lengua. También necesitaba averiguar cómo demonios podía convencer a Tatiana en menos de dos días para que quisiera permanecer allí. Necesitaba su testimonio, no tenía muchas más opciones.

Se encontró con la barra del club. El lugar estaba cerrado y no vio a nadie,

salvo a un hombre musculoso con la cara cuadrada, un hoyuelo en la barbilla y una actitud beligerante. Estaba sentado detrás de la barra en un taburete y miraba a la cámara de seguridad que quedaba oculta por una cúpula plástica en el techo.

—¿Trabajas aquí?

El enorme tipo no lo miró, solo señaló la burbuja con un destornillador.

—Sí. Soy Axel, jefe de seguridad. Si me hubieran preguntado, no te habría permitido entrar aquí con una mujer inconsciente que no ha dado su consentimiento para estar contigo.

«Ponte a la cola».

—Te satisfará entonces saber que Thorpe tampoco lo aprueba.

—No tolero a los agresores y todavía menos a los violadores.

—Guau... Pero yo soy un agente federal que se encuentra protegiendo a alguien que todavía no sabe que corre peligro. —¿Por qué estaba justificándose ante ese tipo? Porque Axel era quien llevaba la seguridad. ¡Joder!—. ¿Es posible conseguir una cerveza?

—No se sirve mucho alcohol aquí. Donde se juega con esposas, cera y fuego, no se quiere gente borracha.

Joaquin notó que su carácter ardía. Sacudió el taburete de Axel.

—Estoy tratando de salvar la vida de una mujer. No pretendo abusar de ella, ni emborracharla. ¿Por qué cojones



me tratáis como si fuera el enemigo?

Por fin, Axel lo miró con unos penetrantes ojos azules.

—¿Por qué deberían importarme tus sentimientos? Eres un extraño para ella, la has atado a una cama contra su voluntad. No solo eso, como cierren este lugar, me quedaré sin trabajo y la comunidad BDSM se quedará sin un sitio seguro en el que jugar.

No sabía mucho sobre la comunidad BDSM ni sobre sus dificultades para disponer de un entorno protegido. No quería privarlos de nada, pero tampoco podía sacrificar la seguridad de Tatiana.

—La convenceré de que quiere estar aquí, ¿de acuerdo?

—Pues hazlo rápido. —Dicho eso, Axel cortó la conversación.

O lo que fuera. Quizá tomar una cerveza tampoco era una buena idea.

Pero sin nada que beber no le quedaba otra cosa que hacer más que esperar, así que acabaría subiéndose por las paredes. Caminó por el pasillo. ¿Cómo iba a conseguir que alguien como Tatiana confiara en él en solo dos días? Las únicas maneras que tenía eran convertirse en su amigo... o en su amante.

Luchó contra su conciencia y luego la enterró. Si ella no llegaba a entender sus razones, tendría que influir en ella como pudiera. No quería romperle el corazón, solo asegurarse de que seguía

con vida. Y si en el curso de la acción podía tocarla..., aquello solo sería una ventaja añadida.

Sonrió y comenzó a trazar sus planes.

Bailey levantó la mirada y se encontró con un hombre imponente que atravesaba el umbral con una bandeja. No era el mismo que había intentado convencerla de que era hija de aquel científico ruso. Este parecía más refinado, era algo mayor, pero le rodeaba un aura de peligro que la hizo retroceder un paso.

—Siéntate. —Él hizo un movimiento de cabeza, señalando una

mesa que había contra la pared del fondo.

Parecía más decorativa que otra cosa. De hecho, la había intentado utilizar para llegar al exterior sin conseguirlo. Llegada a ese punto, se conformaría con poder usar el código morse, pero nada. Los cajones estaban cerrados, y doce años estudiando ballet y cierta inclinación por la ciencia no habían hecho que desarrollara sus habilidades como ladrona.

Dado que ese hombre tenía un aire que advertía de que no se debía jugar con él, hizo lo que le ordenaba sin decir ni una palabra. Además, había olido la comida desde su posición en el otro extremo de la estancia y estaba muerta

de hambre.

En cuanto se sentó, él puso la bandeja delante de ella y desapareció en el cuarto de baño.

—Es pollo asado con patatas y espárragos —dijo él desde el interior del aseo, antes de aparecer con un albornoz—. Puedes usarlo si tienes frío.

No lo había visto antes, pero después de la ducha había sido incapaz de encontrar un secador, y los mechones mojados le habían empapado la espalda del pijama. No disponía de más ropa, pero no podía quejarse; había encontrado un cepillo de dientes nuevo, cuchillas de afeitar, crema hidratante corporal y toda una gama de artículos de aseo.

—Gracias. —No apartó los ojos del hombre cuando se acercó a una silla y la miró con unos preocupados ojos de un inusual tono gris.

—De nada. Mi novia no usa tu talla, pero es lo mejor que puedo ofrecerte.

Él era casi tan alto como el otro hombre, y no menos musculoso, pensó.

—Entonces... —continuó él—, te traeré algo de ropa suya dentro de poco, pero antes he preferido traerte algo de comer. —Miró el plato sin tocar y frunció el ceño—. Adelante.

Bailey cogió el tenedor. El hombre tenía un aspecto imponente, pero no resultaba amenazador. Todavía...

—¿Quién eres? No pretendo

ofender, pero no confío en ti ni en ese amigo tuyo.

—Me llamo Thorpe.

El nombre le resultaba familiar. No sabía por qué. Por otra parte, ella no estaba en su mejor momento, así que quizá estuviera alucinando.

Él esbozó una sonrisa de medio lado.

—Y ese tipo no es exactamente mi amigo. Joaquin es más bien el amigo de un amigo. No lo conozco bien, así que no puedo decirte nada. Le he dejado claro que no me gusta que estés aquí contra tu voluntad. Y aparte, nuestros amigos comunes son soldados bien preparados y hombres cabales. Si ellos dicen que corres peligro, entonces es

cierto, y te recomendaría que no te convirtieras en un blanco fácil para esos asesinos.

No tenía ninguna razón para creerle. Por lo que a ella concernía, Thorpe y Joaquin se ajustaban al prototipo de macho dominador e interpretaban sus respectivos papeles de «poli bueno» y «poli malo». Todo aquello podía ser una charada que estuvieran representando para ella. Pero su instinto le decía que no.

Pinchó un espárrago y se lo metió en la boca con total tranquilidad. Estaba segura de que no estarían dándole la brasa con que querían mantenerla con vida para después envenenarla.

—No me apetece convertirme en un



blanco fácil. Pero Joaquin no me explicó nada antes de clavarme una aguja en el cuello y arrastrarme hasta aquí.

Thorpe frunció los labios en señal de desaprobación.

—Ya he intercambiado unas cuantas palabras con él sobre sus métodos. Sabe que no me gustan. Este lugar es mío, y le he dejado claro que mientras esté en mi casa, juega según mis reglas. Además, voy a hacerte una promesa. No tienes que hacer nada que no quieras.

—No quiero estar aquí.

—Entiendo. Le he dado dos días para convencerte, a ver si puede resolver el problema para que puedas salir de aquí sin ninguna amenaza sobre tu cabeza.

—No puedo poner mi vida en suspenso dos días.

—Lo siento. Sé que es complicado.

Pero Thorpe no iba a cambiar de opinión ni la ayudaría a escapar.

—Hoy tengo un ensayo. Nunca falto. Y mi amigo Blane iba a venir esta noche a mi casa, es necesario que le avise de que no voy a estar.

—Eso no es decisión mía. Y estoy seguro de que Joaquin no te dará un teléfono para que puedas decir a todo el mundo dónde encontrarte, sin embargo, puedes preguntarle.

—¿Cómo le voy a decir a nadie dónde estoy si ni siquiera lo sé? — argumentó—. ¿Es que no me entiendes? Blane me echará de menos si no estoy,

debo comunicarme con él y decirle que estoy sana y salva.

—Quizá sea lo mejor —opuso Thorpe—. Esos asesinos están vigilándote. Si tú desapareces, quizá duden o cometan un error. No querrás darles ninguna razón para que visiten a Blane y traten de sonsacarle información, ¿verdad?

¿Después de la foto que Joaquín le había mostrado en su móvil?

—¡No!

—Eso es lo que imaginaba. Bien, te dejaré en paz.

Ella retrocedió ante aquel urbanita. A pesar de que parecía un modelo de *GQ*, estaba segura de que había mucho más debajo de la superficie y que la

estaba manipulando.

—¡Espera! —Se mordió el labio hasta que se volvió hacia ella arqueando la ceja de forma interrogante. Le dijo la impresión de que no estaba acostumbrado a recibir órdenes de nadie —. ¿Por qué debo confiar en ti?

Thorpe esbozó una pequeña sonrisa.

—Déjame ponerlo de esta manera: no tengo ninguna razón para mentir y sí mucho que perder si no cumplo mi promesa. Puede que me creas o puede que no, y me da igual, pero aquí estarás a salvo.

Unos veinte minutos después de que

Thorpe saliera, Bailey escuchó de nuevo el clic de la puerta y se dio la vuelta. Vio entrar a Joaquin con una bolsa de plástico del supermercado en la mano. ¡Dios, qué estúpida era! Se lo quedó mirando, sintiéndose tan ridícula como una colegiala. Él se había duchado y afeitado y la ausencia de barba incipiente hacía que fuera visible cada ángulo de la mandíbula y la barbilla. También se había cambiado los vaqueros y era otra la camiseta que resaltaba su físico musculoso. Sin embargo, el hecho de que tuviera un cuerpo de infarto no era el motivo de que le interesara. Su reacción era debida a la nueva calidez que veía en sus ojos.

—Hola —la saludó él antes de

dejar la bolsa en un estante cercano y de cerrar la puerta.

—Hola. —No sabía qué más decir.

—Lamento lo de antes. Si te he asustado... «Si...» —resopló él—. Estoy seguro de que estás aterrada. No sé si me crees o no, pero no quiero que acabes como las demás.

—¿Eso justifica el secuestro?

—Literalmente hablando, no. Pero pensé que era mejor secuestrarte que te torturaran y asesinaran. Era un mal menor. —Lo vio encogerse de hombros—. No fue la mejor elección, pero no tenía muchas más opciones; apenas disponía de unas horas antes de que ese psicópata te localizara.

Imaginó que señalarle una vez más

que podrían haber hablado primero caería en oídos sordos. Además, ¿estaba segura de que le habría escuchado? Lo más probable era que lo hubiera descartado como un pirado.

—¿Esa agencia del Gobierno para la que trabajas condona el secuestro, Joaquin? —No pudo resistirse a burlarse de él.

Él reaccionó tarde, pero finalmente frunció el ceño.

—¿Thorpe te ha dicho mi nombre? Es jodidamente fantástico.

Después de sacar algo del bolsillo, abrió una cartera de cuero y sacó una identificación que indicaba que se llamaba Joaquin Muñoz y que trabajaba para la Agencia de Seguridad Nacional.

Ella examinó la placa; a pesar de que podría habérselo inventado, el documento parecía oficial. Quizá no debería, pero ver sus credenciales la hacía creer que no estaba completamente pirado.

Lo miró de nuevo. Resultaba varonil, exótico, interesante. Y ya estaba comportándose de nuevo como una estúpida.

—¿Has comido suficiente? — preguntó él señalando la bandeja medio vacía.

Ella asintió, feliz de tener una razón para mirar algo que no fuera a él.

—No sé de dónde sacó la comida, pero estaba buena.

—Me dijo que era el rey de la



comida a domicilio. —Joaquin sonrió.

Ella le devolvió la sonrisa, pero luego se puso seria. Sin modificar su expresión cruzó los brazos.

—Tengo que llamar a Blane para decirle que esta noche no estaré en casa. Si no, se preocupará.

—Thorpe me indicó que hablasteis sobre eso. Estoy de acuerdo con él. Que hayas desaparecido pillaré desprevenido al asesino. Quizá cometa algún error que nos dé la oportunidad de actuar. Tengo que encontrar la manera de averiguar quién es el responsable de esos crímenes y, además, ser capaz de demostrarlo. Blane estará más seguro si no sabe nada.

Antes de que pudiera responderle,

el móvil sonó en su bolsillo. Ella miró cómo lo sacaba y leía un mensaje. Por un momento consideró quitárselo de la mano y marcar el 911, pero él se lo quitaría antes de que pudiera completar la llamada. Incluso había retirado la cerradura de la puerta del cuarto de baño; la estaba sometiendo a tal vigilancia que no creía posible que pudiera eludirlo y encerrarse el tiempo suficiente como para enviar la llamada.

Reprimió un suspiro y decidió esperar una oportunidad mejor. Al menos ya no le resultaba tan amenazador. De hecho, casi parecía amistoso. ¿Sería debido a que Thorpe la había engatusado para que confiara en ellos? No quería pecar de estúpida, pero

¿y si era cierto que alguien la perseguía?  
¿Y si de verdad estaba más segura allí?

De pronto, Joaquin soltó un sordo gruñido seguido de una maldición. Lo miró y vio que tenía los ojos clavados en el techo como si estuviera pidiendo paciencia. Cuando bajó la vista, su expresión era sombría.

—¿Qué ha pasado? —murmuró ella. No debería estar preocupada por él, pero parecía realmente intranquilo, y no estaba en su naturaleza dar un paso atrás cuando veía sufrir a la gente.

—¿Recuerdas lo que te conté de la chica desaparecida en Oklahoma? —Ella asintió y él le tendió el teléfono—. Es esta.

Bailey miró la pantalla con rapidez

antes de apartar la vista. La foto fue tan contundente como un puñetazo en el estómago, igual que la última que le mostró... o incluso más. En esta ocasión la mujer no era morena, sino rubia. La habían dejado desangrarse hasta morir, y su cara estaba desencajada por el dolor.

La imagen hizo que se le revolviera el estómago, y se estremeció de terror. ¿Estaría siendo demasiado confiada? ¿Cómo sabía que Joaquin estaba diciéndole la verdad sobre quién era o dónde y cuándo había aparecido esa víctima?

—¿Hay alguna noticia sobre ese asesinato? ¿Algún artículo al respecto que pueda leer?

Él la miró con interés, como si

estuviera adivinando la intención de su pregunta, porque asintió con decisión.

—Estoy seguro de ello, y lo encontraré. Porque de esa forma sabrás que yo estaba aquí contigo y que no podría haber cometido este asesinato.

Bailey quería pruebas, y esperó mientras él buscaba en internet con el móvil hasta que dio con un periódico local de Oklahoma. El macabro descubrimiento era noticia de primera página.

Leyó la historia. El forense había estimado que el momento de la muerte fue entre las nueve y las once de la mañana. Si las autoridades hubieran encontrado a la chica un poco antes... Aunque, dada la imagen que Joaquin le

había mostrado, el asesino había trabajado para dejar su marca personal durante horas.

Dado que ella no sabía si seguía en Houston o en otra parte, no podía estar segura de que Joaquin no hubiera conducido hasta Oklahoma, cometido el crimen y regresado con ella. Por otra parte, si la hubiera llevado a algún lugar cercano a la escena de ese crimen, habría tenido tiempo de regresar allí ya limpio, mantener una conversación con Thorpe y aparecer ante ella tan campante. No creía que Joaquin la hubiera secuestrado, llevado a ese elegante lugar, alimentado y prometido protegerla si su intención fuera convertirla en rebanadas.

—Es horrible —murmuró.

—Yo no lo he hecho. —El tono de Joaquin era tan inflexible como su expresión.

—Te aseguro que me gustaría creerlo.

—No existe manera humana de que matara a esa chica incluso a las nueve, condujera tres horas desde Norman a Dallas, me duchara y apareciera aquí antes del mediodía. No es físicamente posible.

—¿Estamos en Dallas? —Se aferró a ese hecho con esperanza. No era mucho, pero sí algo.

—Sí.

—¿Y cómo puedo estar segura de que no es solo un cuento para que confíe

en ti?

—¿Estás de broma?

«¿Lo estaba él?».

—Ayer a estas horas no te conocía, y solo te conozco ahora porque me secuestraste. ¿De verdad pretendes que confíe en ti como si tal cosa? ¿De verdad?

—No sé si reírme o zurrarte en el trasero.

—¿Zurrarme en el trasero? —Lo miró con incredulidad—. ¿Como si fuera una niña mala a la que hubiera que poner en su lugar?

Mientras hablaba, él tecleó algo en el teléfono, permaneciendo en silencio, sin decir una palabra. Por fin, levantó la cabeza.



—No, como mujer obstinada a la que quiero hacer entrar en razón, y si una buena zurra en el trasero lo consigue... —Se encogió de hombros—. Será un placer.

Bailey se sonrojó. La idea de que él le diera unos azotes la enfurecía, pero también la hacía estremecer, lo que era extraño. Casi tanto como aquel momento.

—No lo harás.

Él le dirigió una sonrisa llena de suficiencia que parecía decir que «ya verían», antes de bajar de nuevo la mirada al teléfono.

—Mira...

Ella clavó los ojos en la pantalla. Era la aplicación «Busca tu iPhone». Él

la había utilizado para determinar su posición. El mapa mostraba que se encontraban en el centro de Dallas.

—¿Ahora me crees?

No quiso darle esa satisfacción. Que él se enfrentara a ella la confundía. La había secuestrado, la amenazaba, y aun así..., todo lo que había dicho sobre los asesinatos y la ubicación parecía ser verdad. Podría ser un engaño, sí, pero habían llegado a un punto en que se trataría de algo muy elaborado. ¿Por qué iba a molestarse tanto?

Pero eso no quería decir que tuviera razón en todo. Ella no era hija de un científico ruso asesinado.

—Si no estás aquí para mostrarme otro cadáver, ¿para qué has venido?

—Para saber cómo te encuentras. Para traerte la ropa que Thorpe te prometió. —Joaquin atravesó la estancia y cogió la bolsa que llevaba cuando entró para ponérsela en las manos—. Para saber si necesitabas un poco de consuelo.

Bailey cogió la bolsa y la abrió. Era ropa, como él había asegurado. La frustración que notó en su voz la hizo sentir un poco culpable, lo que seguramente era una estupidez. Pero si él tenía razón y alguien podía confundirla con Tatiana Aslanov y matarla, Joaquin había arriesgado su vida para salvarla. Se mordió el labio.

—Gracias —murmuró.

—Ve a ver si te vale. Si no, iré a

buscar otra.

¿Trataría de atacarla mientras estaba en el cuarto de baño o solo era una idea paranoica? Si no la había violado ya mientras estaba atada e inconsciente, ¿por qué iba a saltar ahora sobre ella?

—Vale.

Lo miró una última vez por encima del hombro; sus rasgos eran angulosos. ¡Dios!, resultaba muy masculino. Nunca había sido de esas chicas que se fijaban en los tipos más grandes que ella. Siempre había arrugado la nariz ante los hombres musculosos. Claro que tampoco le importaba tener que ponerse de puntillas para besar a un chico, aunque... Movi6 la cabeza. ¿Estaba

realmente pensando en besar a Joaquin? ¿Después de preocuparse de que pudiera atacarla? ¿Se había vuelto loca o qué?

Suspiró y se metió en el cuarto de baño, cerrando la puerta a pesar de que no podía bloquearla. Sacó la ropa de la bolsa... Unas bragas nuevas que todavía conservaban las etiquetas. Le resultaban un poco grandes, pero no estaban mal. Lo mismo ocurría con los vaqueros. El sujetador, sin embargo, era otra cosa. La novia de Thorpe estaba claramente más dotada de tetas. Si se lo ponía, se notaría encaje arrugado debajo de la camiseta, así que desechó la prenda y se puso la camiseta azul sin nada debajo. Como el resto, le quedaba grande, pero le iría bien para tratar de ocultar que no

llevaba sujetador.

Recogió el camisón y abrió la puerta. Joaquin estaba esperándola y la miró fijamente, con intención, evaluándola. La calidez era evidente en sus ojos verdosos, y ella contuvo el aliento cuando sus miradas se encontraron. Sintió que se le erizaban los pezones debajo de la camiseta demasiado grande.

Tragó saliva.

—Todo me queda bien.

No pensaba decirle lo del sujetador.

Él asintió, moviendo la cabeza mientras recorría su cuerpo.

—¿Tienes frío en los pies?  
¿Necesitas calcetines?

Si él fuera un monstruo asesino, ¿le importaría tal cosa?

—Por favor.

—Los traeré luego. —Joaquin se acercó a ella muy despacio, casi como si temiera asustarla, antes de tenderle la mano—. Ven y siéntate conmigo. ¿Te apetece hablar de lo que está pasando? No me pondré borde.

Lo cierto era que ella no quería. Pero si estaba pasando de verdad, era un tema serio. La única manera de escapar de la cautividad a la que la sometía Joaquin era escucharlo y hacer lo posible por cooperar.

Respiró hondo, vacilando, pero puso la mano en la de él. Le subió una corriente eléctrica por el brazo. No

había pensado que fuera posible, pero todavía fue más consciente de él. El corazón se le aceleró. Aquella conexión era demasiado intensa, y tuvo que volver la cabeza mientras él la guiaba a la cama.

Cuando le puso las manos alrededor de la cintura para sentarla en el colchón, ella se puso rígida.

Antes de que pudiera protestar, él se dio la vuelta y cogió la silla del escritorio y la colocó delante de ella. Joaquin se sentó y le cogió un pie, que puso entre sus piernas separadas.

—Cuéntame el resto de tu sueño. ¿Dónde empieza?

Bailey apartó la mirada de la desteñida tela que ceñía sus muslos.



—Siempre es igual. Bajo la mirada y me encuentro con que mi camiseta rosa está roja por alguna razón. Sé que tengo que salir de la casa. No sé por qué, pero sé que tengo que hacerlo. Hay algo en las paredes, no sé si pintura... o sangre. De todas formas, entro en el salón y me dirijo derecha hacia la puerta del fondo, pero esa sustancia roja rodea mis pies y la piso. Está templada. Luego, cuando llego a la puerta, me doy cuenta de que me cubre las manos. Comienzo a sentir pánico. El viento atraviesa la puerta abierta y salgo. —Se encoge de hombros—. Ya conoces el resto.

—¿No ves a nadie?

—No.

—¿Ni vivo ni muerto?

—No —repitió.

Él se cruzó de brazos y la miró durante un desconcertante momento, luego se levantó y salió de la estancia. Bailey miró la puerta cerrada con el ceño fruncido. ¿Qué ha dicho o hecho? ¿Volverá?

¿Por qué la idea de que pudiera no hacerlo le molestaba?

Antes de que pudiera resolver ese rompecabezas, Joaquin regresó con la carpeta llena de fotos que tenía el día anterior. Lo vio hojear en el interior hasta dar con una. En lugar de sentarse y entregársela, Joaquin se la tendió con precaución. Con cuidado.

—Quiero que mires esto y me digas si algo de lo que aparece en la foto te

resulta familiar.

—Si eso ayuda... —Asintió.

Joaquin le dio la vuelta a la foto y la puso en sus manos. Cuando bajó la vista, vio una familia y sintió como si le dieran un puñetazo en el estómago. No pudo respirar, una profunda debilidad se apoderó de ella.

—¿Quiénes son estas personas?

En cuanto las palabras salieron de su boca, reconoció a Viktor Aslanov. La pequeña mujer de elegantes manos que estaba a su lado debía de ser su esposa. Bailey sabía que había visto antes esa cara. ¿Quizá en las noticias? Los rodeaban tres niños. Un niño mayor con el pelo oscuro, le calculó unos seis años. A su lado, sonreía una niña de

pelo castaño claro, mostrando una blanca hilera de dientes de leche. Delante, un bebé de unos dos años con el pelo rubio platino y los brillantes ojos azules de su padre.

—¿Tratas de decirme que la más pequeña soy yo? —preguntó a Joaquin, sorprendiéndose al notar que le temblaba la voz.

—Sí. Esta foto se sacó tres años antes de que murieran los Aslanov. Un miembro de la familia que vive en Rusia se la proporcionó a las autoridades poco después de los asesinatos. Fíjate en el bebé..., sus ojos tienen la misma forma que los tuyos.

Cierto. Quiso argumentar que el color del pelo no era el mismo, pero fue

consciente de que en las fotos que le sacaron sus padres cuando era niña lo tenía mucho más claro. Se le había oscurecido mucho entre los siete años y la adolescencia. Se mordió el labio.

—¿Te resulta familiar? ¿Tus padres poseen alguna foto tuya a esa edad?

—No. Nuestra casa se quemó antes de que yo cumpliera...

—¿Cinco años? —preguntó él con una mirada de complicidad.

Abrió la boca para responder, pero la cerró poco a poco antes de soltar el aire.

—Sí.

—Muy útil, ¿no te parece? Todas tus fotos de bebé se pierden de forma misteriosa. ¿Nunca enviaron una copia

de tus retratos a los abuelos, tíos o cualquier otro familiar que pudieran devolverlas?

—Mi madre siempre me dijo que se había distanciado de su familia, por lo que se consideraba huérfana. Mi padre era hijo único y sus padres murieron antes de nacer yo.

—No digo que sea imposible, pero te pido que consideres la idea de que podrían no haberte dicho la verdad. —Joaquin se levantó y se inclinó sobre la foto para señalar a la mujer de Aslanov —. Te pareces mucho a ella.

Ella ya se había dado cuenta, pero no había querido pensar sobre ello.

—La misma constitución. Idéntico color de pelo y la misma boca

exuberante.

¿Joaquin se había fijado en su boca? Bailey subió la mirada al rostro masculino. Él la observaba con calidez. Ella se humedeció los labios y él siguió el movimiento sin moverse ni cambiar de expresión, pero fue consciente de cada contracción muscular. De pronto, tuvo dificultades para respirar.

Dios, no podía sentirse atraída por él. No después de que la hubiera arrancado de su casa sin su consentimiento. No cuando había vuelto su vida patas arriba. No cuando no sabía quién era a ciencia cierta.

Volvió a clavar los ojos en la mujer.

—¿Qué sabes de ella?

—No demasiado. He estado intentando averiguar algo esta mañana y tengo algunos datos. Aleksandra Aslanov fue bailarina del Bolshói antes de la caída de la URSS. Era preciosa, y fue muy alabada. Conoció a Viktor después de una actuación. Él se quedó prendado; procedía de una familia influyente, y ella había buscado en el ballet la manera de salir de la pobreza. Se casaron con rapidez. Si nos fijamos en las fechas, diría que ella estaba embarazada.

»Justo en la época en que la URSS se derrumbaba, Aleksandra dio a luz a su primer hijo y se fueron del país. En el vacío de poder que siguió, Viktor se quedó sin dinero, y sabía que donde



podía obtenerlo era en Occidente. En un primer momento, Estados Unidos se resistió a dejarlos entrar por culpa de sus controvertidas teorías y experimentos. Pero Viktor convenció al Gobierno de que solo había llevado a cabo sus radicales investigaciones por edicto soviético. Por supuesto, como más tarde se descubrió, no era cierto, pero para entonces, él y su pequeña familia se habían trasladado ya a esa granja de la zona rural de Indiana (donde la gente no hacía muchas preguntas) y añadido dos niños más a la familia.

—Fue entonces cuando... comenzó a trabajar para el padre de Callindra Howe, buscando una cura contra el

cáncer. Pero Aslanov se topó con algo que más tarde hizo que lo mataran. Al menos fue lo que dijeron en las noticias. —Ella frunció el ceño—. Pero ¿qué?

—Quedan algunas lagunas en la historia, sí —repuso Joaquin—. Esa es otra razón de que esté aquí. Thorpe, al que has conocido antes, sabe de otras personas que poseen información, pero yo todavía no me he reunido con ellas.

Bailey frunció el ceño. Quizá Joaquin estaba haciendo tiempo o inventándose todo. Quizá trataba de calmarla proporcionándole una falsa sensación de seguridad.

No quisiera Dios que estuviera diciendo la verdad.

Una oleada de pánico recorrió todo

su cuerpo. No podía imaginar un escenario en el que todo lo que conocía fuera mentira, en el que todos a los que amaba de verdad fueran virtuales desconocidos.

Dobló las rodillas y se las rodeó con los brazos para resistir cualquier impulso.

—No puedo ayudarte.

Joaquin se levantó y se inclinó sobre ella, poniéndole una de sus bronceadas manos en el hombro.

—¿Tatiana?

Ella le miró irritada y sacudió la cabeza. Las lágrimas que llenaban sus ojos escocían como si fueran de ácido.

—Ese no es mi nombre.

Él le acarició el brazo con

suavidad, y con una parte lejana de su mente, ella se maravilló de lo tierno que podía llegar a ser un hombre tan grande.

—Si no quieres que te llame así, no lo haré. Pero es necesario que tengas en cuenta que si no eres Tatiana Aslanov, hay muchas coincidencias.

Ella se agarró las rodillas con más fuerza. Él no estaba diciendo nada que ella no hubiera pensado, pero de alguna manera escucharlo en voz alta era todavía más aterrador.

—Incluso aunque fuera ella, no puedo ayudarte. Si esa soy yo, esa parte de mi vida es... no es siquiera un recuerdo. La tengo en blanco. No hay nada.

Él siguió acariciándole el brazo

hasta el hombro y luego le puso un dedo debajo de la barbilla para levantársela.

—Sé que estoy pidiéndote mucho. Eras muy pequeña. Pero no tengo nada más. Trabajaré contigo lo mejor posible, pero tengo que seguir adelante. Si no lo hago, pueden morir otras personas. Tú correrás peligro. Nunca podrás continuar con tu vida. Y nunca me perdonaría que te ocurriera algo. ¿Podemos estar de acuerdo en seguir investigando quién eres y quién puedes ser?

—Me da miedo —susurró.

Seguramente era una estúpida al admitir eso, pero no tenía ahora a nadie más. Si quería creer a Thorpe, él no era necesariamente de su equipo, pero

tampoco le gustaban los métodos de Joaquín. Por otro lado, si su captor estaba siendo sincero y quería poner fin a esos terribles asesinatos... Y tampoco era que estuviera haciéndole daño. Sí, estaba volviéndose loca. Pero ¿eran realmente tan horribles sus acciones? No quería que murieran más mujeres, sobre todo de una manera tan horrible. Quizá estaba comportándose de una manera muy noble.

No podía pensar eso. No quería. ¡Mierda! ¿Era porque no quería pensar que le pudiera pasar a ella o porque estaba identificándose con su captor? Seguramente un poco de cada cosa. Comenzaba a parecer afectada por el famoso síndrome de Estocolmo. ¡Genial!

—Lo sé, nena. —La voz de Joaquin se volvió más profunda.

Eso, seguramente, debía de haber sonado condescendiente. En cambio, las palabras sonaron casi cariñosas. La hacían temblar.

—Ven aquí. —Él no le dio tiempo a protestar, la rodeó con sus brazos y la estrechó contra su pecho.

Su primer impulso fue luchar para que la soltara, pero entonces se dio cuenta de que Joaquin no la retenía. Podía alejarse cuando quisiera.

Él le apretó la mejilla contra su pecho y sintió que cruzaba sus fuertes brazos sobre su espalda. Comenzó a oír los latidos de su corazón. Se sintió tan rodeada por él, tan poderoso, tan

masculino... que se sintió segura. ¿Qué le pasaba? Luchó contra la sensación. Respiró hondo, tratando de despejar su cabeza.

Pero no, seguía allí. ¿Por qué? ¿Su instinto estaba diciéndole que Joaquin no era peligroso? ¿O quizá sabía en lo más profundo de su alma que él era la primera persona que le decía la verdad?

—Mírame. —La voz de Joaquin se volvió todavía más áspera.

Ella percibió el deje persuasivo y supo que debía resistirse, pero no quería.

Muy despacio, levantó la cabeza de su pecho mientras él le enredaba los dedos en el pelo como para indicarle a dónde debía mirar: a sus ojos. Ella



contuvo la respiración, pensando que era difícil.

—Joaquin... —Ni siquiera sabía lo que estaba pidiéndole.

Él le escudriñó la cara, casi como si estuviera anotando cada detalle. Sus ojos se oscurecieron y comenzaron a arder. Los dedos en su pelo se tensaron.

—Ven...

Entonces, comenzó a bajar la boca hacia la de ella.

Sonó un golpe en la puerta de la habitación y Bailey se apartó de Joaquin justo antes de que sus labios se rozaran. Volvió la mirada hacia la cerradura mientras cogía aire. Cuando la puerta se abrió, en el umbral apareció Thorpe, que los miró con una expresión que decía claramente que sabía qué había interrumpido.

Ella sintió que el calor inundaba su rostro y se dio la vuelta, incapaz de mirar a ninguno de ellos. Con el hechizo roto y sin el sólido aroma a almizcle de

Joaquin nublando sus sentidos, se sintió vulnerable y estúpida. Estaba fuera de su elemento. Si no tenía cuidado, terminaría siendo víctima de la seducción de Joaquin, y con el corazón roto. Era demasiado atractivo.

—Sean y Callie están de vuelta. He comentado el tema con ellos y están de acuerdo en hablar con vosotros. Dicho sea de paso, yo prefiero dejar a Callie fuera de esto, pero Sean quiere intercambiar información. Os llevaré a su lado. Seguidme.

—No es necesario, Mitchell. Estamos aquí —dijo una voz femenina.

¿Mitchell? ¿Mitchell... Thorpe? Ese nombre... Recordó de pronto dónde lo había oído. Era el antiguo jefe de

Callindra Howe. Lo que significaba que Callie debía de ser...

Se dio la vuelta y se encontró con las caras que había visto en televisión al menos una docena de veces. Callindra entró en la habitación con una cálida sonrisa; el cabello oscuro caía sobre sus hombros y llevaba un bolso de Hermès que seguramente costaba tanto como lo que ella ganaba en un año. Reconoció los zapatos de Chanel, que, combinados con una brillante blusa azul, vaqueros y los labios perfectamente pintados de rojo, hacían que la heredera tuviera un aspecto impresionante.

A continuación, otro hombre la miró de soslayo antes de dar un paso y detenerse delante de Callindra.

—Cielo, ¿qué hablamos antes con Thorpe sobre dejarte venir aquí?

Era Sean Mackenzie, el prometido de Callindra. ¡Dios!, el antiguo agente del FBI era tan guapo como parecía en la televisión, pero ella se sintió atraída por la expresión que Sean lanzó a la otra joven. De alguna forma, aquella mirada dominante prometía sexo caliente y salvaje. Sin embargo, en sus ojos se leía también un profundo afecto.

¿Qué se sentiría teniendo un hombre que la mirara de esa manera?

—¿Gatita? —Thorpe arrastró las palabras con una ceja arqueada.

—Me indicaste que permaneciera al margen de la conversación hasta que alguien me hiciera una pregunta directa.

No le he dicho nada. Me he limitado a sonreírle; la pobre chica parece nerviosa.

—Esto es lo que ocurre cuando le dices que sea discreta... —suspiró Sean.

—¿Callindra Howe? —Bailey parpadeó. Esa joven era una celebridad.

—Llámame Callie —repuso asomándose por el ancho hombro de Mackenzie. Luego, con una sonrisa traviesa, le guiñó un ojo a Thorpe.

—Una fresca, ya sabes. —Mackenzie meneó la cabeza.

—Como siempre —convino Thorpe, antes de mirar a Callie con desaprobación—. ¿Qué vamos a hacer contigo?

Ella sonrió de oreja a oreja al tiempo que le miraba de forma penetrante e insinuante.

—Se me ocurren algunas ideas...

Bailey parpadeó y mantuvo la boca cerrada. ¿Mackenzie era consciente de que su prometida estaba coqueteando con otro hombre, quien había declarado con anterioridad que también tenía novia?

Sean se inclinó y depositó un beso en los rosados labios de Callie, sosteniéndola cerca con un brazo alrededor de su cintura.

—A mí también. Ahora saluda a Thorpe, que vamos a empezar.

Callie devolvió el beso a su novio antes de dirigirse a Thorpe, que la

recibió con los brazos abiertos y un beso abrasador. Bailey casi jadeó.

—A mí también se me han ocurrido algunas ideas, gatita —lo oyó murmurar—. Aunque es posible que no te gusten, así que prepárate.

—Mitchell, no te he visto en todo el día. Te he echado de menos —confesó Callie con un puchero—. Pero Sean y yo ya hemos ultimado todo lo de la boda. Estamos preparados para el sábado.

—¿No se os habrá ocurrido una fiesta sorpresa por mi cumpleaños? —La pregunta sonó a amenaza.

El puchero de Callie se hizo más profundo.

—Yo quería, pero Sean se negó.

—Muy bien. —Thorpe la besó en



la frente—. Ahora centrémonos. Alguien quiere haceros unas preguntas.

Callie enlazó el brazo con el de Thorpe y luego también con el de Sean. Los tres quedaron unidos. Juntos. Bailey comprendió de repente que Callie estaba enamorada de los dos. Se le veía en la cara. Y ellos estaban tan locos por ella que no solo aceptaban ese hecho, sino que además la compartían.

Sintió una punzada de envidia. Aparte de una relación de poca duración durante el último año en el instituto, que culminó con una cita para el baile de graduación y la pérdida de su virginidad, jamás había experimentado con el amor. Haber estado encerrada en un estudio de ballet con otras bailarinas

y otros aspirantes que sobre todo se resistían a salir del armario no había sido demasiado bueno para su vida sentimental.

Thorpe empujó a Callie hacia delante.

—Esta chica es Bailey Benson y él es Joaquin Muñoz. Llegaron esta mañana a primera hora desde Houston. Los ha enviado Logan.

—Yo soy Callie Howe. —La heredera les tendió la mano educadamente y ellos se la estrecharon.

—Pronto será Mackenzie — corrigió Sean con una sonrisa, antes de saludarlos de la misma forma.

La preciosa morena ladeó la cabeza y miró a Thorpe con perplejidad.

—¿Nuevos miembros?

«¿De qué?», quiso preguntar

Bailey.

Antes de que lo hiciera, Joaquin lo negó con la cabeza.

—El hermano de Logan está casado con mi hermana pequeña. Estoy trabajando en un caso. Los chicos me sugirieron que hablara con Mackenzie, y en especial contigo, Callie.

—¿Por qué no nos sentamos? —sugirió Thorpe—. No será una charla rápida.

—Gracias. Lo aprecio. —Joaquin arrastró dos sillas hasta una zona de asientos junto a la ventana y ocupó la más cercana a la puerta.

Thorpe se sentó en un extremo del

banco y Sean en el otro. Con una sonrisa de felicidad absoluta, Callie se acomodó en el medio de ambos. El antiguo detective le pasó un brazo por los hombros y ella se apoyó en él. Thorpe posó la mano posesivamente en su muslo, consiguiendo que la sonrisa de la mujer se hiciera todavía más grande.

La honestidad que mostraba el trío sobre su relación sorprendió a Bailey, pero ellos parecían en paz consigo mismos. Como si fuera algo destinado a suceder. Seguramente lo habrían sabido a primera vista y estaban enamorados de forma irremediable. Callie había sido mucho más inteligente con respecto a su vida amorosa que ella, que casi se había recriminado a sí misma por permitir que

Joaquin estuviera a punto de besarla. Si lo que él decía era cierto, su objetivo era protegerla. «Si...». Pero no buscaba en ella amor eterno. No podía ser tan estúpida como para permitirse sentir alguna emoción por un hombre capaz de secuestrar a una mujer, un hombre que poseía una aterradora información sobre cuerpos mutilados.

—Si Logan os envió a hablar conmigo, esto debe de tener relación con la muerte de mi familia —murmuró Callie. Su sonrisa se atenuó—. ¿Esos dos gilipollas del LOSS han regresado de México y vuelven a ir a por mí?

—¿LOSS? —Joaquín se inclinó hacia delante en la silla.

Bailey pensó que era bueno saber

que no era la única que se sentía confundida.

Sean suspiró.

—Liga Oculta de Soldados Secesionistas. Hemos logrado que la participación en el asunto de este grupo separatista de corte paramilitar no salga en las noticias, por lo que no os resultará familiar.

—Deben de ser los putos locos que financian todo eso que mencionó Logan —suspiró Joaquin.

—Lo son —confirmó Thorpe—. Están convencidos de que el país debe ser disuelto, por lo que todos podemos formar nuestras propias sectas basadas en la sangre, la raza y la religión, cuanto más puras, mejor.

—En otras palabras, unos fanáticos —escupió Joaquin.

—Unos fanáticos armados hasta los dientes. —Thorpe curvó los labios, pero su sonrisa no fue agradable.

—Exacto. Como probablemente sabéis, el padre de Callie pagó a un científico ruso para que llevara a cabo una investigación.

—Viktor Aslanov. Lo sé —le cortó Joaquin con tensa ansiedad.

Ella se puso rígida. ¿Realmente quería saber eso?

—Cuando Daniel Howe descubrió que su dinero había financiado una investigación diferente a la que él pretendía, exigió a Aslanov que se la entregara. Pero el ruso...

—Ya la había vendido a LOSS. Pero ¿cuál es la razón de que un grupo separatista desee la investigación de Aslanov?

—Bueno... —Sean arrastró las palabras—. Para derrotar a un ejército del calibre y la sofisticación de las fuerzas estadounidenses, se necesita alguna ventaja. Ellos jamás podrán hacer una inversión mayor que la del Tío Sam, así que ¿por qué no alterar genéticamente a los soldados para hacerlos más fuertes, rápidos e inteligentes?

—Eso es una locura —intervino Bailey, mirándolos a todos—. No puede funcionar..., ¿verdad?

Thorpe se encogió de hombros.



—Ya que nunca hemos tenido acceso a los resultados reales de la investigación, no sabemos qué fue lo que Aslanov vendió. Hemos leído y escuchado rumores, meros cálculos aproximados. Podemos especular, pero...

—Pensamos que ya habían encontrado valiosa otra fase del trabajo de Aslanov, si no, para qué comprar otra parte más avanzada. —Mackenzie hizo una pausa—. Fue en el momento en que Aslanov no la entregó cuando fueron a por él y su familia. Luego fueron a por lo que el padre de Callie había recuperado, pero Howe había reducido a cenizas todo lo que le entregó el científico loco. Por lo que esos idiotas

radicales lo mataron a él y a su hija menor.

Bailey contuvo el aliento. La gente que Joaquin le había dicho que iba tras ella había matado a un hombre y una niña a sangre fría, y también había torturado a todas aquellas mujeres hasta la muerte. No tendrían ningún reparo en matarla de la misma forma brutal. Quizá estaba mejor allí... Con Joaquin.

—Daniel Howe dejó algunas notas sobre los documentos que recibió de Aslanov, pero no estoy seguro de que conozcamos el contenido exacto de la investigación —terminó Sean—. Durante casi una década, estuvieron persiguiendo a Callie. Imaginamos que esperaban que ella supiera algo. O quizá

solo querían cargarse al último testigo del asesinato de su familia. Por suerte, Callie es muy ingeniosa y logró escaparse.

Cuando él miró a Callie con una sonrisa, ella le observaba con muda entrega. Thorpe tensó la mano y la chica se volvió para mirar al dueño del club con otra sonrisa secreta, al tiempo que se tocaba la aguamarina rodeada de diamantes que ocupaba la parte central del collar que llevaba.

—Dos miembros de LOSS la persiguieron hasta que ella se convirtió en un personaje público. Para entonces, era demasiado conocida para que la mataran. Hemos recibido informes de Inteligencia que indican que se

escabulleron a través de la frontera a México, donde se ocultaron. No sabemos nada más. Ahora se está intentando descubrir más sobre su organización.

—¿Sabemos de otras personas o grupos que quisieran acceder a la investigación genética de Aslanov? — preguntó Joaquin, que parecía haber asimilado con rapidez todo lo que había escuchado.

Sean negó con la cabeza.

—Por lo que sabemos, nadie más conocía el trabajo del científico. Tampoco estamos completamente seguros de cómo estaban conectados Aslanov y LOSS. Lo único claro es que la organización compró las primeras

conclusiones, y que experimentaron con humanos.

—¿En algún lugar de América del Sur? —aventuró Joaquín.

—Creemos que en Perú o al oeste del Brasil, pero no lo hemos confirmado.

—Entre otras coincidencias y el hecho de que están dispuestos a matar a familias enteras —intervino Joaquín—, estoy empezando a creer que estamos tratando con los mismos chiflados. Y puedo decir una cosa: no han renunciado.

—No pensaba que lo hubieran hecho. —Pero Sean lo había esperado, Bailey lo supo con mirarlo.

—Thorpe os la presentó como

Bailey Benson. —Joaquin hizo un gesto para señalarla—. Y así es como la conoce todo el mundo. Pero creo que su nombre real es Tatiana Aslanov.

Callie abrió mucho los ojos. Miró a Sean de reojo y le agarró la mano. Thorpe le puso la palma en la espalda como mudo consuelo.

—¿La desaparecida hija menor del ruso? —preguntó Sean.

—Eso es lo que él cree. Yo no recuerdo nada —se apresuró a aclarar ella.

—Entonces habría sido muy pequeña. Sabe ruso y no tiene ni idea de cómo es posible —señaló Joaquin—. Tuvo una reacción muy intensa al ver la cara de Viktor Aslanov en las noticias.

Es bailarina, como su madre, pero posee la profunda aptitud para la ciencia de su padre. Y más revelador si cabe, sueña con la casa donde se cometieron los asesinatos y la escena en la que se encontró a Tatiana, hasta los más pequeños detalles.

—Podría ser una coincidencia —argumentó Bailey, pero sonó poco probable incluso para ella misma.

—Te adoptaron a los cinco años, igual que a Tatiana —argumentó él—. Y tienes sus ojos.

—Los ojos azules son bastante comunes, y mis padres jamás me dijeron que hubiera sido adoptada.

—¿Te dijeron que no lo hubieras sido? —repuso él.

Bailey no podía dejar de luchar por su identidad. La situación era frustrante y extraña. Y lo que era peor, Joaquín había descubierto más coincidencias que la hacían sentir incómoda. Aun así, no podía imaginar ser otra persona distinta a la que había conocido durante los últimos veintiún años. No podía enterrar la cabeza en la tierra como un avestruz.

Sean se inclinó hacia delante con expresión amable.

—Sé que esto debe de ser difícil de aceptar.

—Imposible. —Ella meneó la cabeza—. Supone aceptar que toda mi vida ha sido mentira.

—No toda tu vida —intervino Joaquín, cogiéndola de la barbilla y



girándole la cabeza para que lo mirara —. Sigues siendo la misma chica que bailó en puntas por primera vez a los doce años. La que ganó la feria de ciencias en séptimo. La misma que creció, hizo amigos, la que se enamoró y experimentó con la vida, la pérdida y el amor. El que tu nombre pueda ser diferente no cambia quien eres.

Sus palabras la hicieron llorar. O quizá fuera la montaña de miedo y confusión que por fin se había derrumbado sobre ella. Percibió la lógica en sus palabras y supo que un nombre no debía acabar con quién era ni lo que había experimentado y logrado. Pero de pronto, su nombre era más que un nombre. Sus creencias ponían toda su

identidad en tela de juicio.

—Eso es fácil de decir, porque no se trata de ti —escupió—. Solo tienes que seguir con tu historia.

Joaquin apretó los dientes. De frustración, sí, pero ella no pudo dejar de apreciar su preocupación antes de volverse hacia los otros.

El corazón se le encogió al escuchar a Joaquin explicar la cadena de cadáveres de mujeres que habían aparecido por todo el país, explicando sus similitudes de edad, constitución y color. Al escucharlo de nuevo, Bailey cerró los ojos, preguntándose cómo podía estar sucediendo eso. Hacía menos de veinticuatro horas, era una mujer más de Houston, se estaba

preparando para una audición y elucubrando hacia dónde la llevaría la vida.

En ese momento se encontraba en Dallas, con un hombre moreno y peligroso al que apenas conocía, preguntándose quién era y si lograría salir viva de esa terrible experiencia.

—¿Andan detrás de ti? —Sean concluyó la historia de Joaquin, y la miró de forma penetrante. El novio cariñoso había sido sustituido por un frío agente.

—Eso es lo que piensa Joaquin.

—Sí —repuso él.

—¿Has notado alguna evidencia de que te persiguieran antes de ayer?

—No.

—¿Estabas pendiente de ello? —la desafió Joaquín.

—¿Por qué iba a hacerlo? Jamás imaginé que nadie se interesara por mí. Soy una mujer normal con una existencia normal. Solo me ocupaba de mis asuntos.

—Si eres Tatiana Aslanov y LOSS va a por ti, ya no eres una persona más. —Sean trató de suavizar la advertencia con una mirada compasiva—. Incluso aunque no seas la chica desaparecida, si creen que puedes serlo..., estás en peligro.

Sus palabras resonaron en su cabeza, haciéndose eco de las preocupaciones que poblaban su mente. Bailey se echó hacia atrás en la silla y

parpadeó. Confusión, ansiedad, terror..., todo flotaba envuelto en un manto que la sofocaba. Todo estaba ocurriendo demasiado rápido.

Saltó de la silla y se alejó; le daba igual que Joaquin la siguiera con la mirada. No quería ni pensar en lo surrealista que era todo eso. Pero cada vez le resultaba más difícil ignorar la situación.

Unos tacones repicaron en el suelo, y se tensó antes de sentir una mano en el hombro. Se dio la vuelta para encontrarse con Callie.

—Sé que no es fácil aceptarlo. Están tan concentrados en quién, cuándo, por qué y qué y en cómo aplastar el peligro que se olvidan de que podemos

sentirnos abrumadas y asustadas.

Bailey asintió. Aquella mujer parecía muy tranquila. Tanto por dentro como por fuera. Nadie podía adivinar que se había pasado huyendo casi diez años, que desde que era una adolescente había huido de estado en estado, de identidad en identidad. Pero Callie lo había superado y había encontrado su futuro.

En realidad daba igual si era o no Tatiana Aslanov; ellos creían que lo era e irían a por ella. Era lo único en lo que debería concentrarse. Con suerte, el resto se solucionaría solo.

Bailey apretó los labios para tratar de mantener la compostura y parpadeó para hacer desaparecer las lágrimas.

—Cuando estabas huyendo de esos asesinos, ¿llegaste a llevar una vida normal?

Callie abrió la boca y luego la cerró. Sacudió la cabeza.

—Me encantaría poder hacer que te sintieras mejor, pero es más importante que te prepares para la realidad. No, siempre estaba mirando por encima del hombro. —Le apretó el brazo antes de continuar—. Podemos ocultarte aquí por un tiempo. Sean, Thorpe y Axel harán cualquier cosa a su alcance para mantenerte a salvo. —Miró a los tres hombres que ahora discutían sobre la mejor manera de protegerla—. Y creo que Joaquin haría lo mismo o más.

—Ni siquiera lo conozco. Nos

presentamos cuando me clavó una aguja en el cuello y me drogó para traerme aquí.

—Lo hizo para mantenerte a salvo —señaló Callie—. Es una forma difícil de aceptar y que no inspira confianza. Pero si te hace sentir mejor, los hombres que conoce, Logan y Hunter Edgington, son sumamente protectores. Salvaron a mi amiga, London, de alguien que intentaba matarla. Son antiguos SEALs. No los conoces, y a mí tampoco, pero te juro que si Joaquin tiene algo que ver con ellos, no correrás peligro con él. Además, he visto cómo te mira...

Bailey miró más allá de Callie y encontró la mirada de Joaquin clavada en ella. Protectora. Caliente. Llena de



intención. Cuando sus ojos se encontraron, sintió un impacto en medio del pecho, como si se le parara el corazón. Respirar hondo le resultó difícil. A medida que se hundía en sus ojos verdosos, una oleada de mareo la apresó.

Apartó la vista. ¡Dios!, no podía ser tan idiota como para desmayarse por culpa de un hombre guapo. Era un extraño peligroso, y la arrastraba a una situación peligrosa.

—Estoy concentrada en mantenerme con vida —le respondió a Callie—. Pero oír que podría no ser quien creía... es difícil de aceptar.

—¡Por supuesto que lo es! Mi situación era diferente porque cambié de

identidad de forma voluntaria, pero el resultado es el mismo. Un montón de ciudades nuevas, nuevas vidas..., un nuevo comienzo cada vez. —Callie se encogió de hombros—. Lo importante es detener a esos tipos para que puedas ser quien quieras.

Bailey se mordió el labio mientras digería esas palabras. Callie comprendía lo que estaba pasando mejor que nadie; había atravesado todas las emociones y había ido directa al fondo de la cuestión. Le había dado lo que parecía un buen consejo.

—Sí. Yo. —Esa era—. Si soy esa chica, no sé nada.

—Al menos no recuerdas nada ahora. —Callie la miró con simpatía—.

Tómate un descanso. Todo ha ocurrido muy deprisa. No esperes chasquear los dedos y aceptar sin más que esos terroristas tratan de hacerte daño, que tu familia podría no tener ninguna relación biológica contigo y que no tienes ningún recuerdo de los que te trajeron al mundo.

—En eso tienes razón. —Aunque la situación no le hacía ni pizca de gracia, trató de sonreír. Era eso o volver a llorar. Además, que Callie comprendiera su situación resultaba tranquilizador aunque no entendía por qué.

Bailey no había recibido demasiada simpatía mientras crecía. Su padre había sido distante y su madre, frívola. A

veces se había sentido como una extraña en su casa, y se había preguntado por qué era tan diferente a sus padres; por qué no tenían algo en común.

Tal vez esa fuera la explicación.

—Es igual de difícil, imagino, saber que has perdido una familia biológica que ni siquiera recuerdas que entender esta violenta caza a la que estás sometida. Obviamente, yo recuerdo perfectamente a mi padre y a mi hermana. Pero haberlos perdido en un instante y tener que escapar de sus asesinos en medio de la conmoción y la tristeza, buscar seguridad... Me llevó mucho tiempo sentir que había pasado un duelo correcto. Y todavía más creer que podía seguir adelante, sin mirar

atrás.

—Puedo imaginarlo. —Y tenía la terrible sospecha de que su propia vida podría ser un espejo de los años que Callie estuvo huyendo si no podían alejar a esos peligrosos asesinos de ella. Pero ¿cómo hacerlo?

—Sin embargo, no puedes olvidar que tienes una ventaja —agregó Callie—. Yo no tuve a nadie a mi lado, al menos hasta que llegué a Dallas y conocí a Thorpe.

La joven se volvió para mirar a su antiguo jefe y... lo que fuera a mayores aquel hombre. Él sostuvo su mirada con un gesto tranquilizador antes de concentrarse de nuevo en la conversación masculina.

Por el rostro de Callie cruzó una expresión de arrepentimiento.

—Pero cuando conocí a Thorpe, no le dije quién era. No confiaba en nadie. Con el tiempo se lo imaginó, pero siempre me preguntaré si mi vida hubiera sido... No sé..., ¿más fácil? ¿Más ligera? Menos aterradora si me hubiera abierto antes. A Sean lo conocí cuatro años más tarde. La misma historia. Tuvieron que sacármelo todo con sacacorchos.

—¿Y ahora estás con ellos? — Bailey soltó la pregunta a bocajarro—. Lo siento. No es asunto mío.

—No pasa nada. —Callie sonrió con una pizca de dolor—. Nuestra relación no es convencional, pero a

nosotros nos funciona. Thorpe y yo discutimos mucho, somos muy tercos. Sean es la influencia calmante que tanto necesitamos.

—¿El árbitro?

—Algo así. Los amo a los dos y siempre les estaré agradecida por haber luchado para salvarme. —Callie la miró con seriedad—. Joaquin está luchando por salvarte a ti. No te estoy sugiriendo que te enamores de él ni nada, pero ya tienes a alguien a tu lado. Agradécelo. Supone una gran diferencia.

—En última instancia, soy yo la que tiene que salir de este lío.

—Lo harás, pero luchar sola contra esto está por encima de tus posibilidades, igual que escapaba a las

mías. Estamos hablando de terroristas y asesinos. Tratar de hacerlo sola me supuso un montón de años de miseria, por no hablar de la suerte que tengo de estar viva. A veces, ayudarse a uno mismo consiste en averiguar quién está a tu lado, y hace que el mundo sea un lugar más seguro. —Callie miró a Joaquin.

Bailey reflexionó sobre esas palabras y luego miró a su captor. ¿O debía considerarlo su salvador? No lo sabía.

De pronto, Sean se levantó.

—Veré qué puedo encontrar. —  
Luego miró a Callie—. Enseguida vuelvo, cielo.

Ella sonrió.

—Aquí estaré.



—¿Por qué no vas a comer algo?  
—Él frunció el ceño, reflejando cierta preocupación.

—Ya lo haré. —Cuando él la miró con escepticismo, ella sonrió—. Lo prometo.

Tras apretar la mano de Bailey, Callie regresó junto a Thorpe y se acomodó junto a él, que le pasó el brazo por los hombros y la abrazó.

—¿Sigues sin comer, gatita? —preguntó él con suavidad, aunque no parecía contento.

—He estado ocupada.

Él le dirigió una mirada exigente, que indicaba que se negaba a pasar del tema.

—Vale. Voy. —Ella soltó un

suspiro y se levantó.

Thorpe le dio una palmada en el culo.

—Una comida completa, Callie. No una manzana. Ni un yogur. Te he dejado varias opciones en la nevera. Caliéntalas.

Pareció que la hermosa morena quería protestar, pero no lo hizo.

—Sí, señor.

El respeto en el tono de Callie provocó otra punzada de envidia en Bailey. La heredera había encontrado su lugar en el mundo, la gente a la que pertenecía, los hombres que querían cuidar de ella. Recordando su infancia, Bailey se dio cuenta de que había compartido un nombre y una casa con

sus padres..., pero ningún vínculo real. No había conectado tampoco con ninguno de sus novios, nunca sintió el tipo de amor que fluía entre esas tres personas. Así que se había concentrado en el ballet, y trató de utilizarlo como una salida para ese anhelo insatisfecho.

Pero nada de eso importaba ahora. Alguien quería matarla porque podía ser una niña rusa perdida hacía mucho tiempo. Hasta que no solucionara eso, no podría averiguar quién era, a dónde pertenecía y qué era suyo.

Cuando Callie salió de la estancia, Bailey regresó a su silla y se hundió en el cojín, sintiéndose más sola que nunca.

—¿Estás bien? —preguntó Joaquín.

Él no tenía por qué preocuparse. Se

resistió a ablandarse porque él le hubiera preguntado.

—Estoy bien. ¿A dónde ha ido Sean?

—A buscar otra información que podría ser de ayuda —ofreció Thorpe—. Sigue en contacto con el FBI en este caso. Es posible que le den información que pueda ayudarnos. Por lo menos, pondrá al asesino de esas mujeres en su punto de vista para que puedan empezar a investigar posibles conexiones.

Una buena noticia. Incluso aunque nunca se acercaran a ella, esos locos tenían que ser detenidos para que nadie más tuviera que enfrentarse al temor y el terror que habían soportado aquellas mujeres.

Miró a Thorpe y asintió.

Él frunció el ceño.

—Estoy trabajando también otros ángulos. Joaquin y yo hemos estado hablando. He enviado a Axel, el jefe de seguridad del club, a Houston.

—Va a averiguar si alguien está buscándote y asegurarse de que nadie se acerca a tu novio.

Joaquin debía de referirse a Blane. Ella abrió la boca para explicarle que solo era un amigo, pero se detuvo. Ese hombre la había arrancado de su casa casi la había besado (aunque lo peor era que ella había estado a punto de permitírselo ). Si él creía que estaba pillada... quizá guardara las distancias. Después de todo, un hombre dispuesto a

sacar a una mujer de su cama mientras duerme podría no tener demasiados escrúpulos, pero al menos ella podía utilizar a Blane como excusa si Joaquin intentaba besarla de nuevo. No era mucho, aunque sí todo lo que tenía. Y necesitaba poner límites entre ellos. Ya tenía suficiente tratando de descifrar su nueva identidad y esconderse de los asesinos. Pero eso no era todo. Joaquin destilaba un atractivo sexual que indicaba que estaba más que de vuelta en ese tema. Ella, por el contrario, todavía estaba recorriendo ese camino. Tenía que aprenderlo todo. Así que lo último que necesitaba era acabar liándose con alguien como él.

—Gracias —dijo ella—. Blane lo

apreciará.

—De nada.

Sean abrió la puerta un minuto después con un trozo de papel en la mano. Con paso decidido, se dirigió hacia ella.

—Joaquin dijo que no recordabas nada anterior a cuando tenías cinco años. Y que sueñas con que alguien te recogía cubierta de sangre junto a la carretera. ¿Es así?

¿A dónde quería ir a parar?

—Sí.

—¿Tienes una imagen nítida de la niña que aparece en el sueño?

—No. —Bailey frunció el ceño, tratando de recordar la pesadilla en detalle—. Es todo muy borroso, pero no

veo la cara de la niña. Soy yo, así que solo veo mi camiseta, una mano, unos pies descalzos... Nada más.

Bajó la mirada al papel que él sostenía. Vio que la parte de atrás era brillante. Era papel fotográfico. Él lo estudió antes de volver a mirarla, y soltó un silbido.

—He usado mis contactos en el FBI para obtener esta información de uno de los expedientes policíacos sellados del condado de Crawford, Indiana. No son muchos los que han podido ver esta imagen. Echa un vistazo, Joaquín.

El otro hombre lo cogió de la mano de Sean. Después de una larga mirada, maldijo por lo bajo.

—En tu sueño, ¿de qué color es la



camiseta?

Un escalofrío de terror la recorrió de pies a cabeza.

—Ya hemos pasado por esto.

—Recuérdamelo.

Ella apretó los labios con fuerza y se inclinó hacia Joaquin, tratando de mirar la foto, pero él la puso boca abajo sobre su regazo.

—Quiero verla —exigió.

—Responde antes a la pregunta.

¿De qué color es tu camiseta?

¿Por qué tenía la sensación de que si respondía a esa pregunta abriría la caja de Pandora? ¿Que le caería un montón de mierda encima? Incluso si así fuera, no podía permitirse enfrentarse a ello.

—R-rosa.

—¿En tus pesadillas está limpia o sucia?

—Está manchada de sangre.

—Dime que no eres tú. —Joaquin le tendió la foto—. Mírame a los ojos y dime que piensas de verdad que es otra niña.

Bailey tomó la instantánea con dedos temblorosos y se obligó a mirarla.

En la imagen, había una niña mirando una pared de lo que parecía una comisaría. Sus ojos estaban vacíos y su rostro, pálido. Tenía a un sanitario al lado, cubriéndola con una manta térmica gris para mantenerla caliente. Bajo la manta, llevaba un pijama de color rosa manchado de sangre. Su cara... no podía

negar que era la suya.

Con un grito, dejó caer la imagen de sus dedos entumecidos.

Joaquin se levantó de un salto y corrió hacia Bailey. ¡Joder!, estaba pálida como un fantasma. Sus pupilas estaban casi tan dilatadas como las de la niña que era en la fotografía.

Se arrodilló y la cogió por los hombros.

—Tatia... —¡No! Ella no quería que la llamara así—. ¿Bailey?

Ella no respondió. Lo miraba como si no estuviera viéndolo, y eso hizo que le diera un vuelco el corazón.

—Nena... —canturreó. Ella había

respondido cuando la llamó así antes, le había gustado. No quería pensar en lo mucho que a él también le gustaba decírselo.

—Esa... esa niña... soy yo.

Sus palabras deberían haberlo llenado de triunfo, o emoción, o algo distinto a ese dolor turbio y sordo. Trató de tranquilizarla con voz suave.

—Lo sé.

—N-no entiendo. —Por fin, ella parpadeó y las lágrimas se deslizaron desde sus grandes ojos azules. La desilusión inundó su expresión. Parecía muy frágil, tanto que se le desgarraba el corazón.

—Sé que es mucho para asimilarlo de golpe. —Le acarició los brazos—.

Lo siento mucho.

—Dejémoslos a solas un momento  
—murmuró Sean, dirigiéndose a Thorpe.

El dueño del club asintió.

—Si necesitas algo, dínoslo.  
Ocúpate de ella.

Una sutil advertencia que Joaquin apenas oyó porque Bailey comenzó a sollozar. La puso en pie y la acercó a él, que cayó inerte en sus brazos, como si las piernas no soportaran su peso. ¿Y ahora qué?

¡Joder!, él no hacía llorar a las mujeres. Ni siquiera sabía cómo enfrentarse a las emociones. Lo que necesitaba era un manual, formación, reglas..., algo. Pero Sean y Thorpe ya estaban cerrando la puerta.

Cuando ella se aferró a su camisa y clavó en él aquellos ojos azules pidiéndole algo, supo que tenía problemas. Eso era consecuencia de su deseo de vengar a Nate, y tenía que enfrentarse a ello. Aun así, le acojonaba la idea. ¿Cuándo había sido la última vez que estuvo tan cerca de una mujer, salvo para follar con ella? Mmm... Nunca.

—Me mintieron —gimió Bailey contra su camisa antes de incorporarse bruscamente y darle la espalda, rodeándose la cintura con los brazos.

—¿Tus padres adoptivos? —La estudió mientras cruzaba la estancia y contuvo el impulso de seguirla. ¿Qué coño le pasaba? Debería sentirse feliz al

ver que no seguía llorando sobre su pecho. Pero, en cambio, la culpa lo envolvía como una soga.

Bailey asintió; su cabello castaño claro cubría su estrecha espalda casi hasta la cintura. Era condenadamente pequeña y cargaba demasiado peso sobre sus hombros. Tenía que ser cuidadoso con ella o acabaría rompiéndose. En algún lugar de su cerebro, la parte más lógica, se preguntó qué demonios le importaba. Quiso responderse que era porque siendo Tatiana Aslanov, quizá pudiera saber algo útil, pero no se le daba bien mentirse a sí mismo.

¡Oh, joder! Entendía ese deseo de follar con ella. Pero ese cóctel de



remordimientos mezclados con ansiedad que inundaba sus venas era otra cuestión. No era fácil lidiar con la lujuria. Ya había estado a punto de besarla. De hecho, había estado a punto de arrancarle a Thorpe la cabeza por interrumpirlos, porque en ese momento solo podía pensar en subirle a Bailey la camiseta y apoderarse con la boca de aquellos pezones duros mientras se hundía en su sexo.

En ese momento, quería darse una patada en las pelotas por haber destruido el mundo que ella conocía desde siempre. Al hacerlo, Bailey estaba más segura, más preparada para eludir el peligro. Pero en solo dos horas, había arrancado el barniz que

cubría su existencia, exponiendo a la luz todos los secretos. Ya no podía presionarla más.

Y por alguna puñetera razón que no entendía, quería solucionar los problemas de esa mujer para que pudiera sonreír sin parar.

—¡Pues claro! —gritó ella de nuevo—. Sobre quiénes eran en realidad. Me mintieron con respecto a todo, quién soy, de dónde vengo... —La vio apretar los puños antes de volverse hacia él con la nariz roja y los labios temblorosos—. Me hicieron pensar que estaba loca. Cuando tenía siete años, tuve que visitar a un psiquiatra para tratar mis delirios. Y durante todo ese tiempo, me preguntaban las lecciones de

la escuela, me hacían comidas caseras, me llevaban a clases de baile, me separaban de los niños que no les gustaban... Y todo era mentira. Si no eran realmente mis padres, ¿qué eran? ¿Niñeras? ¿Guardaespaldas? ¿Agentes con la orden de lavarme el cerebro?

A la vista de su furioso dolor, los remordimientos le inundaron de nuevo. Quizá debía haber procedido de forma más suave.

«¿Es que no se te ha ocurrido otra cosa que ladrarle las preguntas, arañando sus recuerdos con imágenes y presionándola hasta que has destrozado la identidad de quien creía ser, idiota?».

Joaquin respiró hondo.

—No he sido capaz de obtener

demasiada información sobre ti antes de traerte aquí. Desde entonces, he tratado de llenar los espacios en blanco. Parte de los datos llegan rápido, pero todavía no tenemos la imagen completa. He puesto a algunas personas a trabajar en ello.

—¿Crees que eran agentes del FBI?

—Es mi mejor suposición.

—Cuéntame lo que sepas —exigió ella con los dientes apretados.

Comprendía la ira. Servía de refuerzo e impedía que uno se desintegrara.

—Obviamente te criaron y te mantuvieron a salvo. Estoy seguro de que tú eras su principal trabajo. Los recuerdos de tu pasado o las pistas de

que pudieras recordar una vida anterior debían ser silenciados. No creo que quisieran hacerte daño. Haciendo desaparecer a Tatiana Aslanov, te mantuvieron a salvo y te dieron la oportunidad de crecer con normalidad. Aunque estés cabreada con ellos en este momento, la posibilidad más factible es que esos agentes aceptaran una misión de trece años sabiendo que nunca podrían volver a hacer trabajo de campo. Tenían que convertirse en los padres de una desconocida hasta que fuera mayor de edad. Puede que no fueran perfectos, pero hicieron su trabajo. Te aseguro que fue mejor eso que crecer en algún tipo de centro gubernamental.

—Yo... yo... —La vio abrir la boca con la respiración agitada, luchando para mantener el control—. Seguramente tienes razón en que se sacrificaron para criarme en un ambiente seguro. Lo consiguieron. Por otro lado, me hicieron creer que éramos una familia y luego me abandonaron, «murieron» poco después de que yo cumpliera dieciocho años. Me abandonaron. ¿Cómo puedes defenderlos?

—No. —«¡Joder!»—. No tuvieron otra opción. Solo quería que vieras la otra cara de la moneda. Lo cierto es que dudo mucho que fuera fácil para ellos.

—Es evidente que no me han echado mucho de menos, ya que ninguno

de ellos ha intentado ponerse en contacto conmigo desde hace tres años.

—Estoy seguro de que se lo prohibieron.

—Lo que me indica que valoran más sus puestos de trabajo que la chica a la que criaron como a una hija. ¿Y qué pasa contigo? Estás aquí con otra agencia gubernamental, así que tu misión es... ¿cuál? ¿Ser mi amante? ¿El Tío Sam considera necesario que te acuestes conmigo para velar por mí?

Joaquín apretó la mandíbula. Eso era un golpe bajo, pero su parte más lógica entendía que ella estaba dolida y que por eso arremetía contra el mensajero: no tenía a nadie más. Sin embargo, eso no impidió que su control

fuera barrido por el ciclón de sus emociones.

—No estoy aquí por orden de nadie. De hecho, seguramente me despedirán por culpa de este caso. Tatiana Aslanov no entra dentro de los planes de mi jefe. Cuando fui consciente de que la Agencia no iba a mover un dedo, me resultó imposible dejar que te mataran de esa horrible manera. Así que aquí estamos. No te equivoques, nena, el Tío Sam no me dice con quién follo. No puedo fingir una erección ni siquiera por el bien de Dios y del país. ¿Recuerdas ese beso que hemos estado a punto de darnos? Pues ese era yo, porque no puedo estar en la misma habitación que tú sin desear quitarte todo lo que llevas



encima y clavarte cada centímetro de mi  
polla.

Cuando se aproximó más a ella,  
Bailey cuadró los hombros y alzó la  
barbilla.

—No te acerques a mí.

Aquel reto le hizo desear ser del  
tipo de hombres que lo solucionaba todo  
con una zurra. Le gustaría realmente  
arrancar esa rigidez de su columna. Si  
ella no iba a permitir que la consolara,  
no le importaría hacerla cambiar de  
actitud con unos buenos golpes en el  
trasero y luego seguir con un buen  
polvo. Sin duda un puñado de orgasmos  
la haría ver el mundo de otra manera.

—Estoy acostumbrada a que la  
gente me mienta —dijo ella entre

dientes.

Eso le irritó.

—¿Crees que estoy mintiéndote? ¿Sobre qué en concreto? ¿Sobre que tus padres eran agentes? ¿Sobre que lo siento? ¿O sobre que me duele la polla por las ganas de llenarte con ella hasta que me claves las uñas en la espalda y gimas de placer?

La vio ruborizarse.

—Tú no sientes nada de eso. Y tampoco me creo ese repentino deseo tuyo.

—Me complacería mucho demostrarte que te equivocas en este mismo momento. —Se llevó una mano al botón de los vaqueros—. Estoy listo si tú lo estás.

En un distante rincón de su cerebro, Joaquin se dio cuenta de que combatir el dolor de Bailey con ese reto no era lo mejor. Por otra parte, que ella hubiera pensado tan mal de él había conseguido que le hirviera la sangre. Si follar era la manera de demostrarle que no estaba mintiendo, adelante. Si ella se lo permitía, estaba más que dispuesto a enseñarle lo que era verdad todas las veces que hiciera falta.

—¡No! —Bailey consiguió parecer indignada, pero sus mejillas estaban sonrojadas. El pulso palpitaba en su cuello. Sus pezones se erizaban contra la camisa.

Joaquin se puso las manos en las caderas. Si ella miraba hacia abajo,

vería la presión que ejercía contra la cremallera.

—¿Sigues pensando que te miento?

—Esta conversación ha terminado.

—Si lo que quieres decir es que no me deseas, entonces la que miente eres tú.

—Ufff... Es posible que conozcas mi vida sobre el papel, pero no me conoces a mí.

—¿Estás diciendo que si tocara tu sexo en este momento no estarías mojada?

Siempre le habían gustado los retos. Era una de las razones por las que adoraba su trabajo. Pero enfrentarse a ella hacía que también se le calentara la sangre.

—No. —La vio negarlo con la cabeza con demasiado énfasis—. Y no vas a tocarme para averiguarlo. Déjame en paz.

—A ti lo que te preocupa es que si te toco te encontraré húmeda y resbaladiza. Tienes miedo de admitir que estás excitada. —Se acercó despacio, mirándola con los ojos entrecerrados.

—Retrocede —le advirtió ella, pero sus ojos decían algo muy diferente.

—Dime que no te sientes atraída por mí. —Estiró los brazos, rápido como una serpiente, y la sujetó por los brazos. La arrastró más cerca y encajó aquel pequeño cuerpo flexible contra el suyo, reprimiendo un gemido cuando

rozó su pene—. Dime que quieres que me detenga. ¿Recuerdas que no te gustan las mentiras? Pues a mí tampoco.

Ella no dijo una palabra, apenas se resistió un poco. Solo abrió los labios y jadeó. Sus mejillas adquirieron un profundo tono rosado y su pecho se movía agitado. Pero no lo miró.

—Mantengo una relación con otra persona.

—Si piensas que lo que tienes con Blane me va a detener... —No se molestó en finalizar la frase; solo se rio.

—¿No vas a aceptar que diga que no? ¿No vas a respetar mis sentimientos por otro hombre?

—Vamos a decir que estoy demostrándote mi sinceridad. —La

agarró con más fuerza. Cuando ella abrió la boca y lo miró a los labios, él sintió que una embriagadora sensación de triunfo inundaba sus venas—. También voy a demostrar la tuya. Es posible que esa preciosa boca pueda mentir, pero tus besos no lo harán.

No le dio oportunidad de protestar de nuevo. Sabía que lo habría hecho. Su regla número uno con las mujeres era no proceder sin su consentimiento expreso, pero la electrizante tensión que flotaba en el aire haciendo que sus pulmones se llenaran de sangre era algo nuevo e intoxicante. Luchar contra Bailey hacía que ella quisiera olvidar su conmoción y su tristeza, por no mencionar el hecho de que también estaba excitada. No era

inmune a él. No lo era. Gracias a Dios.

Le agarró el pelo con el puño y la mantuvo inmóvil mientras bajaba la cabeza. Su boca cayó sobre la de ella. El contacto afectó a todo su ser. Fue como si detonara una bomba en su interior; como si un ariete derribara sus inhibiciones. Gimió al tiempo que la besaba, empujándola contra la pared más cercana, obligándola a separar los labios y hundiéndose en ellos.

Bailey no luchó. De hecho, le rodeó el cuello con los brazos y se entregó a él. Lo atrajo y comenzó a besarlo como si fuera a desintegrarse sin sus caricias mientras le rodeaba una de las caderas con una pierna.

Para él, esa respuesta era un «sí»



rotundo. Y alimentaba su propio deseo con la potencia de un cohete.

Tomó aire profundamente y luego se hundió todavía más en sus labios. La alzó entre sus brazos y apretó su cuerpo con más fuerza contra la pared al tiempo que ahuecaba las manos bajo sus nalgas.

¡Dios!, iba a arder. ¿Cuánto tiempo le llevaría conseguir desnudarla y que gritara su nombre? Cuando ella gimió y le sujetó la cara para darle un beso todavía más salvaje, esperó que no fueran más de treinta segundos. De lo contrario, estallaría por combustión espontánea.

El beso no tenía fin. Podía respirar dentro de su boca. Podía sentirla por completo. Cada vez que percibía los

latidos de su corazón, cada vez que tomaba una bocanada de aire, cada vez que ella lo aferraba con más fuerza, se sentía bien. Sí, Bailey deseaba eso tanto como él. Y su cuerpo se regocijaba con cada célula.

Sostuvo su peso con las manos contra su torso y se giró hacia la cama. Cambió el ángulo del beso y aspiró una desesperada bocanada de aire que le hizo oler la excitación de Bailey flotando en el aire. ¡Joder! Ella era caliente, potente. Y él quería follarla allí mismo.

Se inclinó hasta que la espalda femenina tocó el colchón. Después se arrodilló entre sus muslos y cubrió su esbelto cuerpo con el de él para atrapar

su boca de nuevo. Ella lo rodeó con las piernas y arqueó las caderas hacia su dolorida erección.

Con un gruñido, él la sujetó intentando separar sus cuerpos para desnudarla. ¡Mierda!, tenía que conseguir deshacerse de su ropa, tenía que enterrarse en su interior lo más profundamente que pudiera, pero no quería dejar su boca el tiempo suficiente para quitarse la ropa.

Deslizó la mano libre bajo la camisa y encontró sus pechos sin sujetador. Rodeó uno de los tiernos montículos y rozó el pezón. El gemido de Bailey era mitad súplica, mitad declaración, e hizo que su deseo creciera un poco más. No recordaba

haber deseado tanto a una mujer. Follarla iba a ser un placer increíble.

Pero si seguía adelante impulsado por aquella ardiente pasión, ¿sentiría después que se había aprovechado de ella debido a su estado emocional? ¿Le odiaría al día siguiente?

Se obligó a renunciar a la boca de Bailey. Jadeó intentando respirar y bajó la mirada a sus ojos dilatados y a sus labios hinchados en busca de respuestas. Apenas podía reprimirse para no seguir besándola, estrechándola bajo su cuerpo...

El teléfono que llevaba en el bolsillo de atrás comenzó a sonar. El timbre le resultaba desconocido; se trataba de una música clásica,

cadenciosa y provocativa a la vez.

—¿Qué coño...? —Maldijo entre dientes y sacó el dispositivo, listo para lanzarlo al suelo por haber roto aquel momento entre ellos.

Bailey abrió los ojos azules con dificultad. Aquel beso había sido el de una sirena capaz de seducirlo para conducirlo a un ardiente infierno, y él habría estado dispuesto a dejarse llevar. Entonces, ¿cómo era posible que unos segundos después su rostro se hubiera convertido en la pura imagen de la inocencia?

—Blane —jadeó ella antes de intentar coger su teléfono.

Escuchar el nombre de otro hombre en sus labios le molestó mucho más de

lo que debería.

—¿Cómo sabes que es él?

El timbre sonó de nuevo y ella redobló los esfuerzos para recuperarlo, alargando la mano. Joaquin mantuvo el aparato fuera de su alcance.

—Es su tono de llamada —insistió ella—. Me está buscando.

—Pues va a seguir buscándote. Si es necesario, Axel pondrá pistas falsas. No puedes hablar ahora con alguien de tu antigua vida, tienes que esperar a estar a salvo.

Bien, eso no era exactamente cierto. Casi, pero... que Bailey hablara con su novio mientras él todavía estaba sobre ella... No era que estuviera celoso; bueno, quizá un poco. Pero en realidad

no necesitaba que echaran a perder su investigación... y tampoco podía soportar la idea de que ese bastardo estuviera cerca de Bailey. Estaba seguro de que no lo habría besado con tanta necesidad si Blane estuviera proporcionándole los múltiples orgasmos que se merecía.

—¡Dame el teléfono! —Ella intentó empujarlo y obtener el móvil.

No podía permitirlo, así que la inmovilizó sobre el colchón.

—No. Ya te lo he dicho.

—Quiero el teléfono. Blane se preocupará y...

—¿Qué parte de «no» no entiendes, Bailey? ¿O es juntar la N y la O lo que te desconcierta?

—Es mi teléfono. Tú no tienes autoridad sobre mí.

Su afirmación hizo que notara un frío seco en el interior.

—¿Quieres que te lo demuestre?

El sonido del móvil se detuvo.

—¡Aggg! —gruñó ella, empujando sus hombros—. Eres un matón. Quítate de encima de mí. No puedo respirar.

Si estaba gritándole, es que no tenía problemas para respirar. Pero su rechazo le irritó.

Con una maldición, se puso en pie y le tendió la mano para ayudarla a salir de la cama.

Bailey se quedó mirando sus dedos como si no acabara de confiar en su gesto y se levantó por sí misma. Eso le



cabreó todavía más. En ese momento quiso zurrarle hasta ponerle el culo rojo y... ¿Qué? Se detuvo, al verla desafiante. Sí, ese sería un buen comienzo. ¿Hasta que perdiera esa actitud? Sería muy conveniente. Pero por encima de todo, quiso hacerlo hasta sentir que volvía a derretirse contra él.

¡Joder!, tenía que dejar de pensar con la polla y concentrarse.

Sacó el móvil del bolsillo trasero y miró la pantalla. Blane había dejado un mensaje de voz. Qué interesante.

Apretó los dientes. ¿Por qué le molestaba tanto un imbécil que ni siquiera conocía? Oh, porque ese otro tipo había tenido el placer de acostarse con Bailey.

Pero ya no.

Sí, estar con ella era peligroso para Blane y bla, bla, bla... Pero Joaquin no quería perder la oportunidad de meter a aquella pequeña bailarina en su cama solo porque había pasado antes por la de otro hombre.

—Ahora vengo. —Se dio la vuelta y caminó hacia la puerta.

—¡No se te ocurra largarte con mi teléfono!

Él no le hizo caso y siguió avanzando.

—Vas a escuchar el buzón de voz, ¿verdad?

Sin duda era una chica lista.

—Sí.

No solo necesitaba saber si ese tipo

iba a ser un problema que debían solucionar, ya era hora de darse cuenta de lo profunda que era su relación con ese gilipollas.

Sus pisadas fueron la única advertencia antes de que ella lo agarrara por el brazo y tirara de él.

—Deja de volverme loca para después ignorarme. Puede que sea pequeña, pero no soy una debilucha.

—Te lo advierto. A menos que quieras acabar de nuevo sobre tu espalda, esta vez desnuda y clavada en mi polla, no me toques.

Ella tardó un momento en digerir las palabras. Por fin, abrió los ojos y lo soltó lentamente. Luego levantó las manos por encima de la cabeza como si

fuera un ladrón pillado in fraganti.

Casi sería divertido si su rechazo no fuera tan irritante. ¿Cómo era posible que aquella chica le tuviera pillado por las pelotas con solo un beso? Era demasiado. Sentirse en desventaja no era demasiado bueno para su estado de ánimo.

—Lo siento —murmuró él al tiempo que se frotaba los ojos—. Me he pasado.

—¿Vas a devolverme mi teléfono para dejarme hablar con Blane?

¿Por qué no le daba una puñalada en las entrañas? Sería más rápido y más sencillo que esa tortura verbal. Ya era más adicto a Bailey de lo que quería admitir, e incluso creer, pero eso no

cambiaba nada.

—No.

Antes de que se pusiera a discutir de nuevo con él, lo que le obligaría a escuchar sus gemidos por su novio, abrió la puerta y la cerró con rapidez antes de girar la llave.

Se dejó caer contra la madera, cerró los ojos y suspiró. ¿Qué cojones había ocurrido ahí dentro? Se trataba de convencerla de que era Tatiana Aslanov, no de que acabara con él. Lo peor de todo era que ahora su cuerpo parecía necesitarla, como si fuera una droga que se hubiera apoderado de él y fuera a sufrir horriblemente si no la conseguía. No, era más. ¡Joder! Odiaba esos sentimientos confusos.

Distanciarse de Bailey sería bueno. La puerta no era una barrera suficiente. No podía permitirse el lujo de separarse de ella kilómetros, así que debería conformarse con algunas horas, un par de copas y algunos problemas relacionados con el trabajo. Se pondría en contacto con Hunter, con Jack y con los demás para saber si habían averiguado algo nuevo sobre sus padres adoptivos. Sí, eso sería una buena distracción. Y también ese puto novio que se interponía entre ellos. No podía olvidarse de eso.

Joaquín siguió el pasillo hasta la habitación en la que había dormido la noche anterior. En cuanto entró en el pequeño espacio, encendió el móvil de

Bailey y buscó sus mensajes de voz. Escuchó las palabras de Blane un par de veces. Luego no pudo decidir si estaba furioso o jodidamente emocionado.

Agarró el aparato con tanta fuerza que la pantalla parpadeó. Con una maldición, lo metió en el bolsillo, respiró hondo y contó hasta diez.

Si fuera inteligente, esperaría a estar sereno para digerir eso. Con aquella mezcla de deseo e ira haciendo hervir la sangre en sus venas, parecía como si sus neuronas no hicieran contacto. Quería echar la culpa a Bailey por haber encendido su deseo, pero eso era una tontería absoluta. Era un adulto capaz de asumir las responsabilidades de su polla. Siendo honesto, solo él

tenía la culpa de aquel estado de ánimo inquieto y efervescente. Había querido vengar a Nate y por eso se había metido de lleno en ese caso. Había estado decidido a descubrir la verdadera identidad de Bailey, por lo que la había despojado de la fachada que ocultaba su vida y le había expuesto la verdad que había debajo. Había permitido que su necesidad por ella anulara su sentido común, y la había besado. No, no la había follado, pero sí se había apoderado de su boca. Y ahora...

—¡Joder! —Regresó de nuevo a la habitación que ocupaba Bailey, abrió la puerta y entró. No dijo nada mientras cerraba a su espalda.

Bailey le miró con cautela, pero no



retrocedió.

¿Por qué volvía a estar empalmado?

—¿Qué pasa? —espetó ella.

—¿Es tu novio o no? —la desafió él.

—Mi vida sexual no es asunto tuyo. Lo que ha ocurrido antes entre nosotros no te da ninguna potestad sobre mí. No trates de convencerme de nuevo con esa táctica. Es posible que haya sido lo suficientemente estúpida para caer una vez, pero no más.

Cada vez que abría la boca para desafiarlo, estaba un poco más cerca de acabar sobre sus rodillas. Joaquin apretó los dientes y respiró hondo, buscando un poco de control sobre sí

mismo.

—Responde a la puta pregunta —  
gruñó.

Ella cruzó los brazos y le sostuvo  
la mirada.

—Mi relación con Blane no tiene  
nada que ver con tu caso.

¡Mierda! Tenía razón. No iba a  
conseguir nada con aquella actitud, pero  
no era capaz de contenerse.

—He escuchado su mensaje de voz.  
—Sacó el móvil del bolsillo—. Blane  
parece mucho más interesado en ser mi  
amante que el tuyo. ¿Por qué me has  
mentido?

Ella vaciló.

—Solo he permitido que llegaras a  
una conclusión equivocada.

—¡Joder! Me mentiste.

—No, no lo hice. Te dije que mantenía una relación con alguien. Solo eso. No te aclaré que fuera como pareja de baile.

Él puso los ojos en blanco.

—Entonces, ¿por qué? ¿Acaso se te ocurrió que si creía que estabas pillada mantendría las manos alejadas de ti?

—Algo así —admitió ella.

Él hizo una mueca burlona.

—¿Te ha parecido sencillo ese beso? ¿No te has dado cuenta de que me moría de ganas de tocarte?

Ella no fue capaz de mirarlo a los ojos. Con la cabeza gacha y los rizos claros cayendo sobre sus hombros, parecía frágil y confusa, y quizá un poco

arrepentida.

—No. Parecía que me deseabas, pero eso no tiene sentido para mí.

«Bien, no eres la única».

—No sé qué pensar —continuó ella, casi rogando un poco de cordura.

La ira pareció desaparecer un poco.

—Bailey, sé que he dejado caer mucha información sobre ti. Lo siento. No debería haberte provocado para tener una pelea. —Frunció el ceño; se sentía realmente confundido—. ¿O has sido tú la que me ha provocado a mí?

—Seguramente las dos cosas —confesó ella con una triste sonrisa.

—Sí. Ya... No quería decir que tuviera que ser así.

La expresión de Bailey cambió.

—Tengo miedo, Joaquin. Ahora me da miedo mi vida. Me aterroriza que vayan detrás de mí. —Ella vaciló, pareciendo muy delicada—. Tú me das miedo.

Eso hacía que se sintiera una mierda.

—Nena, yo jamás te haré daño. Sé que no hemos tenido un comienzo demasiado bueno. Hoy he sido muy bruto, un idiota. No tengo excusas, solo disculpas.

Ella movió sus delicados hombros en un leve encogimiento.

—Yo también me he pasado contigo. Es que... me siento abrumada. Han sucedido muchas cosas y solo puedo echarte la culpa a ti.

Él asintió con la cabeza al tiempo que daba un paso adelante. ¿Debía tocarla? ¿Era mejor que no lo hiciera? Por fin se decidió a posar la mano sobre su delgado brazo, aunque quería mucho más.

—No pasa nada. Soy grande y puedo soportarlo. Descárgate sobre mí.

Pero Bailey se limitó a cerrar los ojos y a replegarse en sí misma.

—Incluso aunque me permitieras hacer una llamada, no tendría nadie con quien hablar salvo contigo.

Su primer pensamiento fue que ella estaba exagerando. Luego se detuvo a examinar la situación con más cuidado. Sus padres habían desaparecido. No tenía hermanos. ¿Había alguien más en

su vida?

—Háblame de tu relación con Blane.

—Es mi mejor amigo. A veces digo en broma que es mi marido gay. Es una pareja de baile increíble. Me está ayudando a prepararme para la próxima audición. Me aconseja sobre las peores artimañas femeninas y las políticas de las compañías de ballet profesionales. Yo escucho sus desengaños amorosos. Él me presiona para que me abra un poco más cuando bailo, para que la gente vea mi alma.

—¿Qué coño significa eso? — espetó Joaquin. No le gustaba la idea de que Blane la utilizara, que la presionara y criticara.

—No, tiene razón. Lo que diferencia a una buena bailarina que domina la técnica de otra fascinante es su capacidad para demostrar las emociones con su cuerpo. Yo soy buena técnicamente; lo dice todo el mundo. Pero tengo dificultades para salir de mi concha. Quiero hacerlo. Y lo intento. Blane es... —Bailey sonrió con claro temor—. Cuando baila, transmite su experiencia vital. Su alegría, su angustia, sus luchas. Se abre al público y se entrega a él. Puede conseguir que la gente llore. Trata de ayudarme a que yo también sea capaz de conseguirlo.

—¿Cómo? —¿Habría juzgado mal a Blane? Quizá el chico les daba a los dos bandos y quería proporcionar a



Bailey más «experiencias vitales». Si así fuera, a él le haría muy feliz partirle la cara.

—Me anima a aprovechar las oportunidades aquí y allá. Se trata de que encuentre la forma de reír, de llorar... —Se encogió de hombros—. De enfadarme, de enamorarme. Se preocupa por algo más que por hacer unas puntas perfectas. No estoy segura de ser una buena alumna. Sé que tiene razón, pero no sé cómo seguir sus consejos.

Joaquin era consciente de que ese tema no era su especialidad. Solía evitar las emociones a toda costa. Trataba con gente que caía en servicio. Pero, a pesar de eso, quería ayudarla.

—¿Qué ocurrió cuando murieron tus padres? ¿No sentiste nada? ¿O después de que tu primer novio...? —Se agarró a un clavo ardiendo—. ¿O después de tener esos sueños?

—Siento mucho —lo corrigió—. Creo que me libero a través del ballet, pero todos los que me ven me dicen que parece que no me abro por completo, que empiezo a mostrar algo hermoso antes de recluirme en mí misma. Ni siquiera soy consciente de ello. —Sacudió la cabeza—. Lo siento. Pero eso es lo que hago con Blane. Cuando ensayamos, me presiona hasta el límite e intenta que revele mi alma.

Bien, él no era ningún experto, pero no creía que hablar con Blane fuera algo

productivo. Tenía que haber algo que la llevara a dejar caer sus defensas y entregarse. Si ella reservaba sus sentimientos era por alguna razón. ¿Miedo? ¿Demasiada conciencia de sí misma? Podría ser cualquier cosa.

—Tengo fe en ti. Lo conseguirás.

Claro que hasta que descubriera la manera de detener a aquellos locos que la perseguían, ella no bailarían para nadie más. Sin embargo, era mirarla y saber que había nacido para ello. Su alma se marchitaría si no podía bailar.

Todavía quería vengar a Nate, pero también necesitaba solucionar el problema de Bailey. No sabía cómo ni por qué conseguir eso se había convertido en algo tan importante para

él. No iba a analizarlo, se limitaría a admitir que ella era ahora una de sus prioridades. Haría lo que fuera mejor para ella.

Ella le lanzó una sonrisa temblorosa, que curvó sus labios un poco.

—Gracias. Sabes que me parece muy retorcido que me hayas secuestrado, sin embargo, mis conversaciones contigo son más significativas que las que sostuve con mis tres últimos novios. Soy una especie de Patty Hearst.

Él se rio. Bailey era impredecible y eso le gustaba. Su última cita había sido absolutamente aburrida, sabía lo que iba a hacer incluso antes de que se le ocurriera. Pero esta pequeña bailarina

era una sorpresa constante.

—Quizá sería más útil que no me consideraras un secuestrador, sino alguien que quiere que vivas para seguir bailando.

—Eso me parece bien —repuso ella con los ojos brillantes—. Gracias.

—De nada. —Metió las manos en los bolsillos de los vaqueros para no abrazarla de nuevo y beber su aliento.

Ella dio un paso hacia él como si quisiera hacer eso mismo y él tomó aire. Si la tocaba ahora, perdería el control y la desnudaría. Aunque follarla hasta perder el sentido sonaba muy bien, sería demasiado salvaje. Ella necesitaba procesar su identidad, no necesitaba que él le diera todavía más temas en los que

pensar.

Pero incluso aunque esa lógica perfecta se abría paso en su cabeza, él se inclinó para ahuecar la mano sobre su cara cuando se acercó. Podría ahogarse en sus ojos. Ella conservaba una innata dulzura que casi podía saborear.

¡Dios! ¡Vaya cosas pensaba! Solo le faltaba ponerse a beber una copa de vino tinto y a recitar poemas mientras daban largos paseos por la playa.

Aun así, no le importaba lo estúpido que pareciera, le gustaría saborear a Bailey otra vez.

Se inclinó hacia ella, sus labios se rozaron. Su erección se puso rígida. El corazón se le aceleró igual que la respiración. Unos milímetros más y

podría disfrutar de nuevo de su boca y...

Un golpe en la puerta lo sobresaltó, y se irguió para ver a Thorpe irrumpir en la estancia. Maldijo. ¡Dios!, ese tipo era el más inoportuno del mundo. Sin duda una cualidad poco apreciada en un amo.

—¿Qué quieres? —ladró, acercándose más a Bailey. ¿Se había puesto delante de ella como si tuviera que defenderla de Thorpe? ¿En qué estaba pensando? Bueno, además de colarse debajo de sus bragas...

—He recibido una llamada de Axel. —Thorpe no parecía contento.

Joaquin miró a Bailey por encima del hombro, pero ella tenía la mirada firme. A pesar de las malas noticias que

había recibido a lo largo del día, no se había derrumbado. Esa chica estaba hecha de un material indestructible.

—¿Estás preparada para escuchar esto? —le preguntó, controlado.

—Si tiene algo que ver con la gente que me busca, sí. Tengo que regresar a mi vida para saber lo que me depara el destino.

Tuvo que contenerse para no contarle que ella no tenía que enfrentarse a nada sola. Después de que ese caso terminara, lo que ocurriría en un par de días a lo sumo, no era probable que volviera a verla. Puede que no fuera un blandengue, pero se negaba a hacer promesas que no podía cumplir.



—Bien —comenzó Thorpe cerrando la puerta—. Esto es lo que hay. ¿Tienes algún vecino de edad avanzada?

Bailey se puso junto a Joaquin y asintió.

—La señora Lester. Es muy entrometida, pero tiene buenas intenciones. ¿Por qué?

—Por extraño que resulte, le encantó hablar con Axel.

—No, si a ella le gusta hablar.

—Quizá sea por eso, porque Axel no tiene un aspecto encantador precisamente. La cuestión es que esa mujer lleva todo el día observando tu casa. Parece que los hombres que aparecieron por allí levantaron sus sospechas. Dijo que tanta presencia

masculina estaba fuera de lugar.

Ella no lo negó.

—Menos Blane. Está acostumbrada a verlo.

—Al parecer, la señora Lester vio ayer a Joaquin, cuando husmeaba por allí. Se indignó cuando no lo vio salir, imaginó que había pasado la noche contigo. —Thorpe se rio.

Joaquin no le vio la gracia.

—¿A quién más vio?

—Cuando Blane se presentó en busca de Bailey, la señora Lester supo que no sabía dónde se había metido, por lo que pasó de indignada a alarmada.

—A la señora Lester le gusta hacer galletas para Blane. Dice que le recuerda a su hijo. La pobre no se da

cuenta de que él no puede tomar esas galletas mientras baila.

—Después de que Blane se fuera, ella siguió vigilando tu casa. Entonces es cuando la cosa se puso interesante...

—Hizo una mueca—. Un soldado que nunca había visto antes llamó a tu puerta. Dijo que lo vio rodear la casa y mirar por las ventanas. Estaba a punto de llamar a la policía cuando él llamó a su puerta y le explicó que es tu tío Robbie, que regresa en una visita sorpresa.

—No conozco ningún soldado y no tengo ningún tío llamado Robbie. —La expresión de la cara de Bailey era de horror absoluto.

—Eso es lo que pensé. Axel le

pidió que describiera el uniforme de tu «tío». Y es exactamente igual que los que describió Callie. Parecen los uniformes de la gente de LOSS.

Así que sus especulaciones iban por buen camino. Alguien que había intentado recuperar la investigación de Aslanov, que quería el silencio de Callie, había concentrado su atención en la hija desaparecida del científico. Eso no hacía que Joaquin respirara aliviado precisamente.

—Gracias por la confirmación. Era lo que esperábamos. ¿Sería posible enviar un dibujante a hablar con la señora Lester para intentar identificar a ese tipo?

—Ya estoy en ello —aseguró

Thorpe—. Mañana tendremos algo.

—No me gusta que nadie merodee alrededor de mi casa. —La voz de Bailey sonaba débil y temblorosa. Estaba asustada.

—Hay algo peor. —Thorpe sacó el móvil y abrió los mensajes de texto. El chat que mantenía con Axel contenía imágenes del interior de la encantadora casita de Bailey. Alguien había registrado cada una de las habitaciones, cada superficie, cada rincón. Todo estaba patas arriba. Una silla rota, papeles dispersos, platos hechos añicos...

Ella abrió la boca, pero no emitió ningún sonido. Joaquín sintió como una patada en el estómago al ver la

silenciosa devastación que se reflejó en el rostro de Bailey.

—¿Por qué?

—Las casas de todas las víctimas anteriores fueron registradas. Están buscando lo que puedan encontrar sobre Tatiana y sus vínculos con la investigación de Aslanov. Y ya que no estabas en casa, estoy seguro de que habrán mirado correos electrónicos o planes de viajes, todo aquello que pudiera indicar dónde estás. Eres la siguiente en su lista. —Sin pensar lo que hacía, Joaquin la rodeó con un brazo.

—No saben si soy Tatiana Aslanov.

—Ninguna de las otras víctimas lo eran y eso no los detuvo.

Bailey comenzó a temblar.

—¿La señora Lester vio quién lo hizo?

—Aunque imaginamos que tu «tío Robbie» es el culpable, ella no lo vio entrar en la casa, así que no podemos afirmarlo —murmuró Thorpe, moviendo la cabeza—. Lo siento. El que fuera no dejó ninguna huella capaz de identificarlo. La policía lo revisó todo. Solo encontraron algunas tuyas y de Joaquin.

Otro callejón sin salida.

Apostaría algo a que el «tío Robbie» era también el asesino, o su mano derecha. Sin duda se trataba de alguien de gran interés para el caso, alguien que valía la pena atrapar e interrogar. Pero antes debían averiguar

quién cojones era.

Joaquin encerró la cara de Bailey entre sus manos.

—Mírame. No dejaré que te hagan daño, nena. Encontraré la manera de detenerlos.

—Lo haremos —convino ella—. Es posible que estos cabrones estén arruinando mi vida, pero yo contribuiré a poner fin a las suyas.

Ella poseía garra y coraje. Y eso le gustaba. Pero no iba a dejar que se expusiera al peligro más de lo que lo estaba.

—Lo sé.

—Lo mejor que puedes hacer es permanecer aquí y pasar inadvertida —la aconsejó Thorpe—. Eso hizo que



Callie siguiera con vida cuatro años.

Ese consejo no pareció hacer muy feliz a Bailey, ya que frunció los labios en un gesto obstinado. Sin embargo, no discutió... todavía. Joaquin no sabía cuánto tiempo sería capaz de seguir reteniendo a Bailey; daba igual el miedo que ella tuviera, acabaría presentando batalla por su futuro.

Bailey caminó por la habitación. Joaquin había seguido a Sean y Thorpe fuera de la estancia. Les haría algunas preguntas antes de que se fueran. Eso no serviría para sosegar sus nervios. Cuando Axel llegó de Houston poco después, le enseñó unas fotos de cómo había quedado su casa. Las imágenes todavía la estremecían. Saber que alguien cuyo objetivo era matarla había entrado en su casa la hacía temblar de terror.

La innegable y explosiva atracción

que sentía por Joaquin casi la asustaba lo mismo. Cada vez que se daba la vuelta, allí estaba él, con sus ojos color avellana llenos de deseo y preocupación. A pesar de que hacía horas que no la tocaba, ella lo anhelaba. Todavía podía sentir sus labios en los de ella, su lengua en el interior de su boca, sus cálidos dedos rozándole el pecho, su peso cubriendo el de ella mientras frotaba su pene contra su necesitada carne. Dios, él lo tenía todo grande.

Era oficial. Se había vuelto loca de lujuria por un hombre que conocía desde hacía menos de veinticuatro horas, que la había arrancado del mundo que conocía. Por otra parte, resultaba ser la primera persona que era realmente

sincera con ella en toda su vida, que le había dicho cuál era su verdadera identidad, que la había informado de que había unos asesinos sueltos, de lo lejos que estaban dispuestos a llegar para atraparla..., de que la deseaba.

Nerviosa, tragó saliva y lanzó una mirada a la puerta. ¿Joaquin regresaría a la habitación esa noche con intención de terminar lo que habían empezado antes? Si era así, ¿qué haría ella? Jamás había experimentado nada como lo que sentía con él. Su contacto hacía que le palpitara la cabeza, que le rugiera la sangre, y quería más.

Echó un vistazo al reloj de la mesilla de noche. Eran casi las once. Seguramente pasaría la noche sola. Eso

debería hacerla feliz, pero no era así; se sentía irritada.

Escuchó el sonido de la cerradura a su espalda. La puerta se abrió justo cuando ella se daba la vuelta con el corazón acelerado. Le decepcionó un poco encontrar a Callie en el umbral en lugar de a Joaquin. La heredera llevaba un precioso corsé de color rojo que presionaba sus pechos hacia arriba y una falda tan corta que atentaba contra el pudor. Poseía esa clase de curvas suaves que ella había deseado siempre. Sin embargo, una mirada a sus propios pechos confirmó que en el apartado de tetas se habían olvidado de ella.

—Hola —dijo Callie en voz baja—. ¿Quieres un poco de compañía?

Así no seguiría martirizándose con qué ocurriría a continuación.

—Por supuesto. Adelante.

—Sean y Thorpe están concentrados en todo lo que ha ocurrido durante las últimas horas. —Callie se acercó, andando con sorprendente soltura con aquellos tacones de aguja—. He pasado por lo mismo, así que te entiendo. Si necesitas alguien que te escuche... aquí estoy.

—Gracias. Yo... —«No sé qué decir». En su mente no había cabida para otra cosa que aquellos asesinos... y Joaquin. No creía que aquella mujer pudiera ayudarla a resolver la confusión que sentía—. Es lo que es.

Callie se encogió de hombros.

—Esa es una manera de ver las cosas. Pero ahora que sabes quién está detrás de ti y por qué, ¿preferirías estar en otro lugar diferente?

«¡Guau!». Aquella morena no perdía el tiempo ni tenía pelos en la lengua.

—No. Quizá me moleste no estar en casa, no poder bailar o no ver a mis amigos, pero aquí estoy segura.

—Lo estás. Soy la prueba viviente. Estoy segura de que te preocupan esos hombres que te persiguen.

—Sería idiota si no fuera así.

—Es cierto, pero en este momento no puedes hacer nada —señaló Callie—. Sean, Thorpe y Axel han blindado el club. No conozco bien a Joaquin, pero

parece igual de paranoico, perdón, prudente, que ellos. —Puso los ojos en blanco con aquella demostración de humor.

—Más o menos —admitió ella—. No es culpa de Joaquin que LOSS quiera la información que creen que tengo. Y no, no la tengo, pero dudo que me crean.

—No. Te torturarían hasta que estuvieran seguros de que habías dicho todo lo que sabes y luego te matarían.

Se estremeció.

—Lo sé. Ví las fotos.

—Lo siento. No era mi intención recordarte esa basura. ¿Tienes hambre?

—No. Joaquin se ha empeñado en traerme comida para un regimiento.



Luego frunce el ceño cuando ve que no me la como toda.

Callie se rio.

—Sean y Thorpe seguramente hayan tenido que ver algo con eso. Están convencidos de que no como lo suficiente. Siempre están tratando de tentarme con algo dulce o salado. Pero conozco la manera de distraerlos.

Al verla guiñar un ojo, Bailey no supo si jadear o soltar una risita.

—Ninguno de ellos parece ser de los que son fáciles de manejar.

—No suelen serlo —admitió Callie—. Sean es más comprometido. Pero bajo esa dura fachada exterior de Thorpe, hay un corazón tierno que solo me enseña a mí.

Vio brillar sus ojos azules delineados con perfilador al tiempo que una sonrisa curvaba sus labios rosados. Pero no era el maquillaje de Callie lo que la hacía tan guapa; era su alegría. Aquella mujer brillaba de satisfacción. No solo había encontrado a un hombre que la amaba por completo, sino que era doblemente afortunada de tener a dos. Ese pedrusco que llevaba en el dedo era un símbolo de la reclamación de Sean, y parecía casi tan colada por el agente del FBI como por su antiguo jefe. Bailey no conocía demasiado sobre esa clase de relaciones, pero apostaría algo a que el collar que rodeaba el cuello de Callie se lo había puesto Thorpe.

—¿Qué tal si...? —Callie ladeó la

cabeza, estudiándola—. Has tenido un día infernal. ¿Te apetece salir un poco de esta habitación?

Eso sonaba genial. Estar encerrada en ese espacio durante doce horas era casi como sentirse febril. Pero...

—¿Será seguro?

—Claro. No vamos a salir a la calle ni nada. ¿Qué te parece disfrutar de una copa de vino?

Todavía mejor. Rara vez se permitía beber alcohol. Todas las calorías que contenía relucían cuando se llevaba un maillot. Pero en ese momento en el que se preguntaba cuándo —o incluso si— volvería a reanudar su vida normal, a ponerse unas mallas o bailar para el público, tomar una copa sonaba

mejor que bien.

—Por favor. —Estaba a punto de rogar—. Me siento muy nerviosa.

—Te entiendo muy bien. Sígueme. —Callie la guio a través de la puerta y de un largo pasillo.

Resultaba extraño, pero aquello no se parecía a ninguna casa que ella hubiera visto nunca. Poseía una decoración casi industrial. Pero tal vez solo fuera por aquellos suelos de hormigón y el largo pasillo en sombras. Por otra parte, a algunas personas les gustaba así.

Miró a su alrededor, esperando que Joaquin apareciera por alguna esquina acompañado por los chicos.

—¿Puedo moverme con libertad?

¿Sin un guardaespaldas?

Los tacones de Callie repicaron por el pasillo mientras le lanzaba una mirada sorprendida por encima del hombro.

—Estás conmigo. Además, hay cámaras de seguridad en cada rincón del club. Nos verán y si algo va mal, lo sabrán al momento.

—¿Club? —Aunque siguió caminando, por dentro se sintió helada. Solo se le ocurría un tipo de club en el que a Callie, Sean y Thorpe les gustara pasar el tiempo.

Callie abrió una puerta que conducía a otro pasillo, este con puertas en el lado izquierdo. Cada una de ellas estaba cerrada y poco iluminada.

—¿No lo sabías?

—¿Gatita? —Una voz masculina resonó en el pasillo y una de las puertas se abrió con el eco de las palabras.

Callie corrió hacia allí.

—¿Sí, señor?

Bailey se acercó más despacio y encontró a Thorpe en lo que parecía su despacho, sentado detrás de un enorme escritorio. Sean reposaba en un sofá y sostenía un vaso de whisky en la mano.

—¿A dónde llevas a la invitada de Joaquin, cielo? —preguntó su prometido con una despreocupación que ella no se creyó en ningún momento.

—¿Tienes permiso de Joaquin para acompañarla fuera de la habitación? —Thorpe le brindó una sonrisa que

parecía más un desafío.

—Solo quería tomar un poco de aire fresco. La voy a invitar a una copa de vino. Ha tenido un mal día.

Los dos miraron a Bailey buscando su confirmación en una silenciosa demanda. Se preguntó cómo era posible que Callie no tartamudara ni vacilara bajo el peso de aquellos ojos penetrantes.

—Estoy muy nerviosa, preocupada... —No sabía cómo describir la inquietud que le estaba provocando el miedo.

Sean asintió y tomó un sorbo de su bebida como si sopesara sus palabras.

—Bailey, conoces todas esas cosas malas que te esperan fuera de estas

paredes. No tendrás pensado utilizar a mi bondadosa novia para tratar de escapar, ¿verdad?

«Agg». Podía ser el más tolerante de los dos, pero ella estaba empezando a pensar que las apariencias podían resultar muy engañosas.

—No. No tengo interés en jugar al gato y al ratón con unos despiadados psicópatas empeñados en acabar conmigo. Lo juro.

Los dos hombres intercambiaron una mirada antes de que Thorpe hiciera un gesto de consentimiento y se dirigiera de nuevo a Callie.

—Avisaré a Axel de que estáis abajo. No perdáis el tiempo ni os mezcléis con los clientes. Mantén a



Bailey detrás de la barra, alejada de miradas indiscretas. Nadie debe verla.

—De acuerdo —prometió Callie—. Lo último que quiero es que alguien la reconozca y me arruine la boda.

En ese momento, Sean sonrió.

—Me da igual. Como si el techo se viene abajo y nos persiguen veinte terroristas. No vas a alejarte de ese altar hasta que seas mi mujer.

—Como si tengo que arreglar el techo y dispararles yo misma. —Callie esbozó una sonrisa.

Los dos hombres se rieron antes de que Thorpe volviera a tomar la palabra.

—Tenéis diez minutos. Como no estéis de regreso para entonces...

—Me hago una idea muy clara de

lo que significan esos puntos suspensivos, señor. Me lo has demostrado muy bien durante los últimos meses.

Él sonrió con aire de suficiencia.

—Excelente.

Mientras Callie se daba la vuelta con una risita, Bailey parpadeó. Todavía no entendía muy bien aquella relación tan inusual.

—¿Quién más lo sabe? Me refiero a la relación que mantenéis los tres — murmuró Bailey mientras se alejaban. Conocía los rumores a través de la prensa, pero nunca se imaginó que fueran algo más que insinuaciones o mentiras.

Callie se encogió de hombros.

—No hacemos ostentación de nuestra relación, aunque, por supuesto, no la ocultamos. A Sean le gustan las muestras de afecto en público, así que cuando estamos juntos, es probable que me coja la mano o me bese. Thorpe es más reservado. Por lo general, se limita a sonreírme en público. A veces me pone un brazo en los hombros o me besa en la frente. Algo que puede interpretarse de muchas maneras.

¡Guau! Parecía complicado, pero ya tenía suficiente con preocuparse de su propia vida sin pensar en lo que suponía ser esa clase de novia.

Al final de la última sala, Callie se detuvo frente a otra puerta y la abrió como si pesara una tonelada. La sostuvo

y Bailey se deslizó por debajo de su brazo para acceder a un área abierta. El espacio era oscuro, ruidoso... y público.

—¿Estamos en el Club Dominion?

—preguntó a gritos para hacerse oír por encima de algo que parecían latigazos, gritos y gemidos.

Callie asintió.

—¿Dónde pensabas que estábamos?

—En su casa o...

Callie se rio por encima del estruendo de la música.

—No. Una casa no es tan segura como este lugar. Además, Sean y Thorpe no querían perderos de vista a Joaquin y a ti. No existe mejor lugar que este para

observar a alguien. —Se acercó a ella y la cogió de la mano—. Baja la mirada de modo que tu cara quede oculta.

Bailey no cuestionó aquella sugerencia. Agachó la cabeza y siguió a la otra mujer por un pasillo en sombras. Luego atravesaron una puerta de vaivén. Vio una barra por el rabillo del ojo. La gente se había acomodado al otro lado de ella, bebiendo en su mayoría botellines de agua o refrescos. Los latigazos y los sonidos de placer y dolor resonaban ahora con más fuerza. La realidad hizo que todo encajara en su mente.

—¡Santo...!

Callie la alejó de la barra y de la multitud y la obligó a darles la espalda.

—¿Estás bien?

¿Cómo definir «bien»? Su corazón se había acelerado. ¿Joaquin la había llevado a un club de BDSM donde la gente... hacía lo que fuera que hiciera para darle sabor a su vida sexual? ¡Oh, mierda! Sí, lo había hecho. Estaban rodeados de sexo. Incluso se podía oler en el aire.

—¿Quieres algún vino en particular?

—Mmm... —Su cerebro no funcionaba. Quería darse la vuelta y observar lo que siempre había estimulado su curiosidad—. Uno blanco.

—Claro. —Callie parecía divertida.

Bailey oyó vagamente que Callie

descorchaba una botella, el tintineo de un vaso y el chapoteo de un líquido. En lugar de prestar atención, trataba de mirar por encima del hombro lo que había detrás de ella. Seguramente ninguno de los presentes sería uno de esos chalados de LOSS. Ella no tenía vínculos con el Dominium ni con Dallas, ¿por qué iban a buscarla allí? Eso la hizo sentirse lo suficientemente valiente como para moverse para ver mejor.

Un hombre enorme vestido de cuero tenía a una mujer cubierta solo por un tanga sobre el regazo. Dejaba caer lentos golpes con la mano en su trasero, que había adquirido un brillante color rojo. Después de cada uno, ella se mordía los labios antes de moverlos en

lo que parecía una cuenta. Más allá de esa pareja, un hombre que le resultaba familiar jugaba con los pezones de una magnífica mujer, pellizcándolos con joyas colgantes que resultaban casi tan llamativas como el anillo de bodas que llevaba en el dedo. Vio a una morena de cuarenta y tantos con unas botas hasta el muslo que paseaba a dos jóvenes con correas. Bailey lo observaba todo sin parpadear.

—¿Esto es nuevo para ti? — preguntó Callie en voz baja al tiempo que le daba una copa.

Le dieron vueltas un millón de respuestas en la cabeza, pero solo pudo pensar en una.

—Sí.



—Me lo imaginaba —se rio Callie—. Todavía disponemos de unos minutos, ¿quieres observarlo todo desde un lugar en el que no pueden verte?

Ella se mordió el labio. No debería. No necesitaba más información sobre BDSM o sexo en ese momento. No quería preguntarse por qué Joaquín la había llevado allí. En particular, no necesitaba sentir calambres de deseo en el vientre.

—Por favor... —Tomó un sorbo de vino sin ser consciente del sabor, salvo el hecho de que parecía ligero y afrutado en su boca.

—Vamos. No podemos tardar demasiado, pero sí arriesgaré cinco minutos. La zurra valdrá la pena.

Bailey miró al hombre que golpeaba el trasero de la mujer antes de clavar los ojos en su nueva amiga.

—¿Eso te gusta?

Ella le dirigió una sonrisa misteriosa.

—Si lo hace el hombre correcto de la forma correcta, el placer es increíble.

Miró a la heredera con el ceño fruncido. Supuso que tenía sentido. Callie había vivido allí cuatro años. Estaba enamorada de Thorpe, un hombre que incluso para alguien con un limitado conocimiento de ese mundo como ella era el epítome de lo que debía ser un amo. Era de suponer que Sean tenía inclinaciones similares, ya que aunque al principio parecía tranquilo, destilaba

cierto aire de superioridad.

Lo mismo le ocurría a Joaquin.

Casi dejó caer la copa de vino.

En el último momento, Callie la sostuvo poniendo la mano debajo y sujetándola por el pie.

—¿Ocurre algo?

Ni siquiera sabía cómo responder, ni siquiera podía negarlo con la cabeza.

Callie la condujo a unas escaleras y abrió una puerta, dándole paso a otra estancia masculina en la que había un sofá, unas sillas y un enorme ventanal con vistas a la planta baja... ¿Cómo se llamaba esa clase de lugares?

—Venga, cariño, escúpelos. Tienes un montón de preguntas. —Callie la animó con un gesto de cabeza.

Bailey dejó escapar un suspiro enorme. Un millón. Luego se dio cuenta de que su amiga no llevaba una copa en la mano.

—¿Y tu vino?

La vio arrugar la nariz y enseñarle la botella de agua que sostenía.

—Me siento deshidratada. Llevo todo el día moviéndome. Necesito agua. Además, el sábado el vestido tiene que sentarme como un guante.

Bailey giró la cabeza hacia la ventana y vio que el hombre que antes estaba fijando las joyas en los pezones de su esposa se había puesto detrás de esta para flagelarla con perezosa suavidad.

Bailey observó el éxtasis que

cruzaba por la cara de la mujer. Era evidente que ella estaba disfrutando de cada uno de los lentos impactos de las tiras de tela o cuero o... de lo que fueran. Cada vez que el hombre le acariciaba la piel con el látigo, el cuerpo femenino se movía o resistía. Bailey se tensó también, conteniendo la respiración ante el siguiente golpe.

—¿Quién es ese hombre? — preguntó a Callie con aire ausente—. Me resulta familiar.

—Seguramente lo has visto en las noticias. Es Jason...

—... Denning. ¿Esa es su nueva esposa?

—Sí. Conozco a Jason desde hace años. Jamás pensé que se enamoraría.

Me alegro de haberme equivocado. Y ya sabes..., no lo has visto aquí.

—Claro. —Bailey se encogió de hombros. No tenía demasiado sentido que la privacidad fuera un problema en un lugar como ese.

La pareja que había visto en primer lugar por fin se había movido, y el hombre había terminado de azotar a la mujer que antes tenía en el regazo. Ahora la sostenía entre sus brazos. Su imagen impactó a Bailey de una forma visceral. La ternura que demostraba en ese momento, después de la forma casi despiadada en que la había azotado, no tenía sentido, y, sin embargo, Bailey parecía responder con algo que iba mucho más allá que la curiosidad.

¡Maldición! Estaba empapada y, lo que era peor, casi sentía envidia.

—No lo entiendo. —Señaló a la pareja abrazada sobre el banco.

Callie se limitó a sonreír.

—Lo más probable es que él estuviera disciplinándola. Ahora está consolándola, atendiéndola. Si él le dio una orden que ella pasó por alto o se saltó una regla, entonces su derecho como amo es castigarla. O podría tratarse de una zorra para su mutuo placer. Es algo que los dos quieren. Se nota.

Sí, lo percibía. La mujer estaba pegada a su amo, con la cabeza apoyada en su hombro mientras él le acariciaba la espalda y le susurraba algo al oído.

¿Cómo una azotaina en el trasero podía convertirse en algo tan tierno?

—A veces, cuando sientes que el mundo gira fuera de control, es reconfortante entregarte por completo a un hombre que sabe cómo ayudarte a aliviar tus problemas. Estoy segura de que parece algo anticuado y tonto. De hecho, sé cuidar de mí misma. Y esa mujer también. Tienes que ser fuerte para someterte. Y eso... —Callie señaló a la pareja—. Lo que los dos comparten no tiene precio. No puedo explicarlo. No es algo unilateral. Él tiene el control y necesita sentirse necesario. Créeme, se están entregando algo precioso el uno al otro.

Bailey no sabía cómo funcionaba en



lo psicológico, pero no dudaba de la palabra de Callie. Otra punzada de envidia, ahora totalmente diferente, la atravesó. ¿Cómo sería confiar lo suficiente en alguien como para entregarse por completo y dejar que diera la vuelta a tu mundo? ¿Mostrarse en el momento más vulnerable? ¿Entregar su alma?

—Es algo... hermoso.

—Si se hace bien, con afecto y confianza, lo es —susurró Callie, como si considerara que era algo sagrado.

Así lo sentía ella también. Tragó un sorbo de vino.

—Tenemos que irnos —dijo la heredera—. Me ganaré algo más que unos amistosos golpecitos en el trasero

si no regresamos ya con los chicos.

—¿Thorpe te azotará de verdad?

—Estoy casi segura. A medida que la boda se ha ido acercando, Sean y yo estamos de los nervios. Es como si nos preocupara que algo fallara o meter la pata. Él se ha sentido más que feliz de ayudarme a aliviar esa tensión.

Y no parecía demasiado afectada por ello.

—Vamos —dijo señalando la puerta.

—¿Quieres que te rellene la copa antes de regresar a la zona segura?

Todavía no había terminado el vino.

—No, gracias.

La mujer abrió la puerta y un tipo grande y corpulento con la mirada

inexpresiva y los hombros anchísimos las esperaba con una mirada de irritada expectación. Axel.

—Vaya, supongo que se me olvidó decirle a mi perro guardián que veníamos aquí. ¡Maldición! Voy a tener problemitas... —Una descarada sonrisa curvó los labios de Callie.

Bailey se preguntó si no estaría loca, y luego negó con la cabeza. Loca como una cabra, quizá. Si después de una paliza Callie tenía con sus hombres el tipo de conexión que había visto en la pareja del club, imaginó que estaría dispuesta a desobedecer a menudo.

Cuando su nueva amiga comenzó a bajar las escaleras, Bailey la detuvo.

—¿Por qué me ha traído aquí

Joaquin?

—Tal y como Thorpe lo explicó, necesitaba un lugar seguro para ti, pero también sabía que Sean y yo podríamos ayudaros como nadie más. Así mataba dos pájaros de un tiro.

Eso tenía sentido. Y debería haberse fijado en que él no había pensado en hacer nada pervertido cuando la esposó a la cama de otra persona. Por otra parte, se sentía extraña y no deseada, casi desechada, al comprobar que sus motivos no habían sido lascivos. Además de aquel ardiente beso que habían compartido, él no había perseguido nada sexual ni antes ni después.

—¿Crees que... que Joaquin es...

er... como Thorpe y Sean?

No sabía cómo hacer la pregunta sin parecer demasiado interesada desde una perspectiva sexual, y le ardieron las mejillas.

Callie la miró por encima del hombro.

—¿Un dominante? No lo conozco bien, pero si tuviera que pensarlo... ¡Oh, cariño! Tiene toda la pinta. No sé cuánto sabe sobre este estilo de vida, pero apuesto que si pasarais aquí algunos días sin tener que preocuparos por los psicópatas y el reguero de cadáveres que van dejando, acabarías con el culo bien rojo.

—¿Yo?

—Tú. Él te está protegiendo, y solo

digo una cosa: has salido de la habitación sin decirle nada.

—Pero estoy contigo —protestó ella.

—A un amo, en especial a uno que se muestra casi paranoico sobre tu seguridad, no le valdría siquiera que estuvieras acompañada por todo el Servicio Secreto. Él no lo sabía y no estaba preparado. Fin de la historia. — Vio que Callie se encogía de hombros —. Pero quizá estoy suponiendo demasiado y Joaquin no reaccione de esa manera. Pronto lo averiguaremos.

Quizá lo harían, sí, y las posibilidades que Callie planteaba hacían que se le acelerara el pulso y le palpitara el sexo. ¡Mierda! ¿Por qué la

excitaba tanto ese tipo? ¿Y por qué la idea de que quisiera golpear su trasero desnudo con su mano para disciplinarla la hacía sentir tan revolucionada?

Porque durante las últimas veinticuatro horas se había vuelto loca.

Después de que bajara las escaleras detrás de Callie, notó una opresión en el pecho al ver que Axel gruñía y les hacía un gesto para que caminaran delante de él. Protegía su retaguardia mientras las guiaba de nuevo a la zona más segura y vigilada del club.

Callie parecía un poco nerviosa al mirar por encima del hombro.

—¿Tan malo es?

Axel volvió a gruñir.

—No creo que puedas sentarte el

día de la boda.

Ella hizo una mueca y abrió la puerta que daba al pasillo donde estaba el despacho de Thorpe. En la puerta echó un vistazo al reloj y luego arqueó una ceja oscura. Apoyado en el borde del escritorio de Thorpe, Sean acabó su bebida y luego sacudió la cabeza al tiempo que chasqueaba la lengua. Joaquin se levantó detrás de los otros dos hombres; parecía muy furioso. Bailey tragó saliva.

—¿Acaso necesitas un reloj nuevo, cielo? —preguntó Sean con voz sedosa.

—No —repuso Callie en voz baja, con la cabeza inclinada.

Bailey supo cómo se sentía. Cuando se atrevió a mirar a Joaquin de nuevo,



luchó contra el extraño impulso de disculparse, de mirar hacia abajo... y algo más.

Él se acercó a ella a grandes zancadas airadas.

—¿Te has vuelto loca?

Joaquin cogió la copa medio llena y la olió.

—¿Vino?

—Pensé que me relajaría un poco.

—Se lo arrancó de la mano y se bebió el resto mientras le lanzaba una mirada desafiante.

—¿Tú también has bebido vino? — le preguntó Sean bruscamente a Callie.

—No. —La heredera sacudió la cabeza y mostró la botella—. Solo agua. ¿Ves?

Eso pareció ser una sorpresa para Thorpe.

—Has pasado del vino... ¿Te sientes bien?

—Mitchell... —Callie hizo un mohín descarado.

Joaquin hizo caso omiso del trío y se volvió hacia Bailey.

—Si querías beber algo, podrías habérmelo pedido en lugar de pasar a la zona pública del club, donde cualquiera podría haberte visto.

Ella no quería meter a Callie en problemas.

—Nos hemos servido una copa y luego he acompañado a Callie a una sala de observación segura. Estoy bien.

—Axel las vigilaba —añadió

Thorpe.

Joaquin seguía sin parecer contento.

—No me dijiste que no pudiera salir de la habitación con tus amigos — argumentó ella.

Su declaración hizo que Joaquin rechinara los dientes.

—¿Recuerdas las fotos que te enseñé en mi teléfono? ¿Cómo quedaron esas chicas? ¿De verdad quieres que surja la posibilidad de que te ocurra a ti? Porque si Axel puede llegar aquí desde Houston en solo unas horas, te aseguro que cualquier otra persona a la que se le hubiera ocurrido la misma idea podría estar también en Dallas.

Tenía razón. Y ella se sintió un poco culpable de que se hubiera

preocupado tanto para salvarla y que ella hubiera salido de su refugio porque deseaba beber una copa de vino. Ver que él parecía enojado y decepcionado hacía que ella reaccionara de una manera que no entendía. Apenas se atrevía a sostener su mirada.

—Lo siento.

—¿Te ha visto alguien?

—No lo creo. Nos hemos mantenido en las sombras antes de entrar en la zona pública, y luego hemos ido a la sala privada. Estaba arriba y tenía los cristales tintados. Nadie podía vernos.

—Pero se suponía que no podíais alejaros del lado de Axel —indicó Thorpe, que miraba a Callie como si su trasero fuera hierba y él la cortadora de

césped.

No es que Bailey estuviera preocupada por su nueva amiga. Seguramente la joven disfrutaría del castigo. ¿Cómo sería que Joaquin hiciera lo mismo con ella? La idea la hizo estremecer.

Callie protestó.

—Solo quería que viera...

—¿De verdad vas a sostener ese argumento? —intervino Sean.

Ella vaciló antes de negarlo con la cabeza.

—No. Sentía curiosidad y... no pensé.

—Vamos. —Thorpe se alejó de la mesa.

Sean se puso a su lado e hizo un

gesto con los dedos para que Callie se acercara. Los siguió en silencio hasta la puerta.

—Si necesitáis algo del club esta noche, Axel estará aquí hasta las cuatro de la madrugada. Si necesitáis algo de beber o comer, la recepcionista, Guisantito, os ayudará —indicó Thorpe—. Volveremos mañana por la mañana, pero si hubiera alguna emergencia, tienes nuestros números de teléfono.

—Vale —Joaquin asintió—. Gracias. —Luego miró a Bailey—. Me encargaré de arreglar la situación.

Mientras la tomaba por el brazo, Bailey parecía querer protestar. Antes de que

cometiera tal imprudencia, Thorpe y Sean arrastraron a Callie fuera de la habitación y la llevaron al final del pasillo. La morena se volvió hacia Sean como si quisiera argumentar algo en su defensa, pero su prometido negó con la cabeza. Su amo le dio un azote en el culo.

Y esa sí que era una buena idea...

Joaquin volvió su atención de nuevo a Bailey.

—Ven conmigo.

Ella no dijo nada. Por una vez, se mantuvo sorprendentemente tranquila cuando la llevó de nuevo a la habitación donde había estado hasta ese momento. Cerró la puerta y echó la llave. El suave chasquido resonó en la estancia en

silencio. Le quitó la copa vacía de la mano y se contuvo para no sucumbir a la tentación de dejarla de golpe sobre una cómoda cercana.

—Bien, explícame en qué demonios estabas pensando. —Estaba dispuesto a escucharlo, aunque no le gustara.

—Ya lo he hecho. —La vio encogerse de hombros, pero ella no se atrevió a sostener su mirada—. Ha sido un día horrible. Has puesto mi vida patas arriba. Ahora apenas sé quién soy. Solo quería salir de esta habitación durante unos minutos. Quería una copa de vino..., un momento de paz. Eso es todo.

Joaquin se miró la punta del pie, presa de la ansiedad. Si bien entendía su



deseo de respirar un poco de aire fresco y de tomar una copa, no le gustaba que lo hubiera hecho, porque corrían demasiado peligro. No le gustaba nada. Se había puesto en peligro sin pensar. Reprimió sus nervios. Ninguna otra mujer le había hecho sentir esa comezón, nadie se le había metido bajo la piel con tanta rapidez. ¿Por qué ella sí?

—¿Así que querías...? —No quiso decir esas palabras, pero salieron solas.

Si hubiera seguido sus impulsos, solo porque quería, ella tendría el culo rojo, el sexo dolorido y una sonrisa de satisfacción. Y, ¡maldita fuera!, tenía que dejar de pensar eso.

—Así que se te ocurrió pensar que a ese monstruo que asesina mujeres y las

descuartiza... Ah, sí, que se joda, ¿verdad? —la presionó—. Porque eres ¿qué? ¿Más lista? ¿Más fuerte? ¿O simplemente te gusta correr más riesgos?

Bailey pareció amedrentada durante un momento, pero luego dio un pisotón airado. Apretó los labios y cuadró los hombros. La vio respirar hondo, pero, de alguna manera, eso solo lo cabreó más.

—¿Qué te importa? —escupió ella—. Solo te importa porque nací con el nombre de Tatiana Aslanov, y crees que puedo contribuir a tu estúpida misión, sea la que sea. De lo contrario, no habrías movido un dedo por mí. Si yo hubiera sido cualquier otra persona,

habrías pasado junto a mí en la calle sin mirarme dos veces.

Joaquin la estudió durante un momento, sorprendido. Había pasado el tiempo suficiente en el Dominium observando a Callie y a sus amos y entendía cómo fluía esa relación. Había oído hablar del BDSM, pero nunca lo había visto en realidad hasta las últimas veinticuatro horas. Mentiría si no dijera que se sentía fascinado. Y se dio cuenta con rapidez de que cuando Callie adoptaba su papel de jovencita malcriada, Sean y Thorpe la intentaban disciplinar.

Bailey parecía justo eso en aquel momento.

También había visto cómo un

hombre azotaba a su sumisa esa noche, cuando había ido a buscar a Bailey muerto de miedo. Axel le había explicado la parte racional de aquella disciplina. Una explicación muy breve, sí, pero había entendido la parte de que la sumisión y las endorfinas se mezclaban para enviar a las sumisas al sumiespacio, un lugar en el que se sosegaban su mente y sus emociones.

Tuvo en cuenta todo eso mientras miraba a Bailey, sopesando su próximo movimiento. ¿Y si necesitaba eso y no lo sabía? ¡Joder!, él jamás había azotado a una mujer en su vida, pero en ese momento se sentía como un volcán a punto de entrar en erupción, tenía que golpear ese culo desnudo o acabaría

estallando.

—Ven aquí. —Señaló el suelo delante de él.

Ella se puso rígida.

—Ya estoy lo suficientemente cerca.

Él respiró hondo, cuadró los hombros y apretó los dientes.

—Ven aquí. No es una petición.

Ahora parecía un poco nerviosa.

Pero todavía se atrevía a protestar.

—¿O si no, qué?

Era sorprendente cómo se las había arreglado para cabrearlo hasta ese nivel. Por lo que había ocurrido el último día y si tenía intención de darle un giro a esa situación, tenía que detener ya esa actitud, establecer límites y tomar el

control.

—Genial. Vamos a pasar de hablar de ese «o qué» y voy a demostrártelo.

Cuando dio un paso hacia ella, Bailey trató de retroceder, pero él la detuvo. Antes de que pudiera girar y dirigirse a la puerta, él la agarró por la muñeca y la arrastró hacia la cama.

—Ya he tenido suficiente, Bailey. No puedes salir de aquí. No puedes estar en público. No puedes ponerte en peligro. No es una cuestión de por qué me importa. —Aunque le importaba y no sabía siquiera explicárselo a sí mismo —. ¿Quieres un poco de paz? Pues te la voy a dar.

Tiró de ella contra su cuerpo, apretándole la espalda contra su pecho.

Bailey contuvo el aliento. Él estaba duro, toda su sangre se había dirigido hacia su pene al sentirla contra él, al pensar que solo unos segundos después golpearía su culo con la palma de la mano. Parecía que el momento no llegaba lo suficientemente rápido.

Con la mano libre le abrió el botón y la cremallera de los vaqueros. Le quedaban un poco grandes, igual que las bragas que llevaba debajo, así que deslizarlos por sus caderas y sus muslos fue mucho más fácil de lo que esperaba. Ella lanzó un grito de sorpresa.

Joaquin lo ignoró y la lanzó sobre la cama. Se sentó en el borde y, a continuación, la puso boca abajo en su regazo, intentando contener cualquier

movimiento de ella. ¡Hostia puta!, tenía un culo precioso. Pálido, firme y tan delicado como el resto de su cuerpo.

—¿Qué estás haciendo? —gritó ella—. ¿Qué...?

Él interrumpió su diatriba con el chasquido de la palma de su mano sobre la nalga izquierda. Su piel era muy suave. La palmada resonó primero en sus oídos y luego en su cerebro. El sonido se reprodujo una y otra vez en su cabeza. Comenzó a hervirle la sangre casi a punto de ebullición. Su pene se puso todavía más duro. Algo dentro de él creció como un maremoto, se veía impulsado por la necesidad de tomar, tocar, controlar, dominar. Poseer.

Cuando levantó la mano, vio la



huella roja en su piel. La imagen le fascinó. Era brillante. Bonita. Perfecta. Volvió a bajar el brazo y la frotó, amasándola con suavidad.

—¿Qué te pasa? —exclamó ella—.

¿Es que te has vuelto loco?

Seguramente. Para su sorpresa, le importaba una mierda en ese momento.

En lugar de responderle, repitió el proceso. Levantó la mano y la dejó caer con contundencia en la nalga derecha. El impacto la hizo estremecerse y gritar.

«Sí, joder, sí».

Siempre había supuesto que unos azotes podían resultar eróticos, pero nunca había imaginado cuánto. Esto estaba excitándole de una manera que jamás había experimentado. La pasión le

hacía arder, la sangre hervía en sus venas. Solo podía pensar en hacerlo una y otra vez hasta que gritara, hasta que dejara de palparle la cabeza, hasta que ella le rogara que la follara.

Era así de simple. La necesidad de hundirse en su sexo era brutal, pero también sabía que follarla un par de veces no iba a cortar eso. Tenía que reclamarla como suya, acariciarla, excitarla..., poseerla. ¡Dios!, aquel impulso estaba matándolo.

Tragó saliva y levantó la mano otra vez, buscando otro lugar donde dejar caer la palma para poner su piel roja. En lo más profundo de su mente, sabía que ella rechazaría eso. Por lo que había observado antes, ni la sumisión ni las

endorfinas llegaban en un abrir y cerrar de ojos, así que sería necesario algo más que unos azotes para que eso fuera correcto para ella. Sabía que eso era por él.

En el momento en que la lógica atravesó su cerebro, encontró el lugar perfecto para dejar caer el siguiente azote, en lo alto de la nalga izquierda, en un punto alejado de su cadera. Miró ese lugar como un objetivo, un blanco. Con un siseo, dejó caer el brazo. El golpe se produjo justo donde él quería. Al instante el sonido de su piel impactando contra la de ella inundó sus oídos. Y las sensaciones que lo inundaron fueron increíblemente excitantes. ¡Joder!, estar con ella le hacía sentirse como si

midiera tres metros. Una nueva sombra brillante y roja apareció en la piel de Bailey, y él la frotó de nuevo, fascinado.

—¡No! —jadeó ella sin aliento—.

¡Basta! No puedes hacer esto.

La voz de Bailey llegó a lo más profundo de su interior. Sonaba confundida y asustada, y desinfló toda la excitación y confianza que había estado sintiendo. Le pareció que estallaba igual que un globo pinchado por una aguja.

—¡Por favor...! —gritó ella.

Joaquin se encogió.

—¡Joder! ¡Mierda! —Trató de sujetarla contra él. De tranquilizarla. La culpa provocó una montaña de pesar en su interior—. Lo siento.

Ella se alejó de él y lo miró de

forma acusadora mientras se colocaba la ropa.

—No me toques.

Él sacudió la cabeza. ¿Qué clase de monstruo era al golpearle el culo y disfrutarlo? Quizá no lo había hecho bien. Tal vez había malinterpretado lo que había visto antes. Era posible que le hubiera gustado la idea de azotarla por la forma en que había proyectado su deseo sobre Bailey. Fuera lo que fuera, era evidente que ella no deseaba eso.

Al verla estremecerse con el sonido de sus sollozos, sintió el impulso de acercarse a ella y ofrecerle refugio. Pero Bailey no quería tener nada que ver con él.

Se apartó y se volvió hacia la

puerta.

—Lo siento de verdad.

Se obligó a alejarse de ella mientras maldecía por lo bajo. Cuando cerró la puerta con llave, respiraba con dificultad. Tenía el estómago revuelto. Cada paso parecía que pesaba más que el anterior. Sentía una dolorosa opresión en el pecho.

Cuando entró en el pequeño cubículo que utilizaba de habitación, se dirigió hacia la cama, se sentó y ocultó la cabeza entre las manos. ¡Dios! ¿Era posible que tantas misiones secretas, que tantos años de mierda y violencia, de tanta maldita muerte, lo hubieran convertido en un perverso?

A la mañana siguiente, Joaquin se encontraba esperando inquieto ante el despacho de Thorpe, paseándose de un lado para otro. Había pasado casi toda la noche en blanco y había tomado algunas decisiones. No le gustaba, pero la debacle que resultaron los azotes de la noche anterior le había indicado que a lo largo del camino se había desviado de su objetivo y era necesario enderezarse antes de que jodiera más la vida de Bailey.

Por fin, Thorpe apareció al fondo

del pasillo, camino del despacho. Sean y él avanzaban hombro con hombro, con las cabezas inclinadas mientras conversaban. Se detuvieron de pronto y Callie, que los seguía algo más atrás buscando algo en su bolso, les sonrió. Cada uno de ellos se giró para besar sus brillantes labios rojos, antes de que se dirigiera al fondo del club con un alegre gesto de despedida. Ella se detuvo en seco al verlo, y él hizo una mueca. Seguramente tenía un aspecto de mierda, que era como se sentía.

—¿Bailey está todavía en la habitación? ¿Puedo verla?

—Sí. —Tragó saliva—. He indicado que le lleven algo de bollería y un poco de fruta. ¿Te gustaría



acompañarla mientras lo toma?

Callie ladeó la cabeza.

—Claro. ¿No quieres...?

—Será mejor que no.

Ella arqueó las cejas al escucharle, pero no hizo ningún comentario.

—De acuerdo.

Cuando ella desapareció de nuevo en la zona de la cocina, Thorpe le lanzó una mirada fulminante.

—¿Qué ha pasado?

—¿Ha ocurrido algo nuevo con los que quieren asesinar a Bailey? —preguntó Sean.

No, llevaban unas horas sin dar señales de vida, y eso no le gustaba un pelo. Pero eso era solo un punto a añadir a la lista negra antes de seguir

adelante.

—No, nada. Esto es algo personal. ¿Podemos entrar y hablar a solas? — Señaló la puerta del despacho de Thorpe. Sabía que era mejor confesar el fiasco de la noche anterior. Primero hacer una evaluación de daños y luego intentar solucionarlo.

—Por supuesto.

Hasta ese momento, el dueño del club parecía relajado, pero de pronto acusó una repentina tensión. Mientras Thorpe se dirigía al elegante y sofisticado sillón de detrás del escritorio, Sean cerró la puerta. El eco del clic resonó en la estancia silenciosa. Joaquin escuchaba un tictac en su cabeza según pasaban los segundos. Sus

miradas expectantes solo servían para que él estuviera cada vez más rígido. Era preciso que les contara lo ocurrido antes de que Bailey hiciera un lacrimógeno relato a Thorpe y el hombre le echara sin contemplaciones.

—Cuando llegué aquí con Bailey, me dijiste que todo lo que ocurría en el Dominium era consensuado, que ella tenía que aceptar estar aquí por voluntad propia en las siguientes cuarenta y ocho horas. Pues bien, anoche la cagué y quería decirles que voy a hacer las cosas bien.

Ya sentado, Thorpe le perforó con la mirada.

—¿Cómo la cagaste exactamente? Explícate.

El tono de desaprobación del amo hizo que Joaquin se tensara.

—Anoche, cuando estaba a solas con Bailey, perdí la cabeza. Yo...

—No la habrás forzado, ¿verdad?  
—preguntó Sean con brusquedad.

—¿Estás preguntándome si la violé? No. —Apenas logró reprimir un grito mientras buscaba la mejor manera de explicarlo con calma y delicadeza. Pero siempre se le había dado mejor la fuerza bruta que la diplomacia—. Er... sé que vosotros sois los amos de Callie. Que los miembros del club practican BDSM en las instalaciones. Lo capté desde el principio.

—Pero... —lo presionó Thorpe.

—Creo que he interpretado mal las

señales de Bailey. —Negó con la cabeza mientras la vergüenza lo inundaba por completo—. Estaba enfadado y le zurré.

El dueño del club se puso en pie con el ceño fruncido.

—¿La has castigado mientras no tenías control sobre ti mismo y tus actos?

El tono de su voz sugería que la mejor respuesta era «no».

—Tenía pleno control sobre mí mismo —insistió él—. Estaba irritado, no loco de furia. Me detuve en cuanto ella me lo pidió.

Sean intercambió una mirada con Thorpe y este se sentó de nuevo.

—¿Llegasteis a acordar una palabra de seguridad?

Joaquin no sabía a qué se refería, pero por el contexto imaginó que se trataría de una palabra a la que Bailey podía recurrir para detener lo que estuvieran haciendo.

—No era consciente de que debíamos establecerla. Nada de lo que ocurrió fue planeado.

—La próxima vez, debéis poneros de acuerdo para tener una palabra de seguridad. Algo que se pueda decir con facilidad, pero que no surgiría durante una relación sexual. Sería como un semáforo de tráfico. Rojo, te paras; verde, sigues adelante.

—No habrá ningún semáforo en verde para nosotros. Estoy convencido de que la he cagado por completo. —

Suspiró. La idea de haberla asustado le molestaba casi tanto como la certeza de que no volvería a tocarla.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Sean—. Nunca se debe golpear a una sumisa cuando estás lleno de ira, es cierto, pero estoy seguro de que si lo habláis...

—Es que... —Joaquin se encogió de hombros—. No tengo experiencia en la materia. Pensaba que Bailey podría ser sumisa, pero cuando me suplicó que me detuviera, me di cuenta de que no lo es. Es evidente que no sentía lo mismo que yo cuando estaba dándole los azotes.

Thorpe y Sean intercambiaron una mirada.

—¿Crees que no es sumisa? — preguntó el dueño del club frunciendo el ceño.

—Me suplicó que me detuviera como si yo estuviera... torturándola. ¿Qué otra cosa voy a pensar?

—Es una sumisa —aseguró Sean.

—Claro que sí —convino Thorpe.

¡Genial! Así que a lo que se oponía Bailey era a él. Bueno, lo cierto era que se habían conocido porque él la había drogado y secuestrado.

«Sí, claro, pregúntale si también quiere que le zurres en el trasero».

—Bueno, sea como sea, si quiere someterse a alguien, no es a mí. —Se puso en pie y se frotó los vaqueros con las palmas de las manos—. Hablaré con



ella esta mañana y le prometeré que no voy a volver a tocarla. Obtendré su consentimiento para que permanezca aquí por su propia seguridad hasta que podamos atrapar a esos asesinos de LOSS.

—¿Qué es lo que te dijo exactamente cuando le pegaste? — Thorpe quería diseccionar la situación. ¿Por qué no lo dejaba estar? Se había explicado y disculpado. Volver a revivir su humillación no estaba entre sus actividades favoritas.

—Me dijo que no. Que me detuviera. Que no podía hacer eso. Lo que se suele decir antes de llegar a un «quítame tus putas manos de encima». Lo siento. Me dejé llevar. Ver lo rojo

que mi mano había dejado su culo hizo que sintiera algo. Algo que...

—¿Algo así como altísimo e invencible? —propuso Sean con una sonrisa.

Joaquin no esperaba que ninguno de ellos le comprendiera.

—Sí.

—Ese es el espacio dominante —informaron.

—Mentalmente estabas en ese lugar en el que el acto de someter a tu sumisa te hace sentir poderoso y necesario; como si hubieras encontrado no solo tu lugar, sino tu razón de vivir. ¿Te suena la sensación? —Thorpe cruzó los brazos sobre el pecho.

—Exactamente. —No se lo podía

creer. Aquel tipo había leído su mente casi palabra por palabra.

—No cabe duda, eres un amo.

Pero eso no le servía de mucho si Bailey no estaba dispuesta a someterse a él. Y tampoco podía culparla.

Sean se inclinó hacia delante en su asiento y apoyó los codos en las rodillas.

—Ella necesita tiempo —dijo en voz baja—. No estáis en las mejores circunstancias. Bailey corre peligro y no te conoce. Pero te aseguro que está interesada en lo que tú podrías proporcionarle.

Thorpe asintió.

—Es posible que Bailey no se haya dado cuenta todavía de que es una

sumisa. Aunque su mayor problema es la confianza. Puede llevarte cierto tiempo conseguir agrietar sus defensas y que se deje llevar. Estoy convencido de que la zurra la sorprendió más que la repelió.

—¿Te fijaste en si estaba mojada?

—No iba a meter los dedos en su vagina cuando estaba gritándome que la dejara en paz —señaló él, deseando que interrumpieran de una puta vez aquel tercer grado.

—Entiendo —aseguró Sean—. Ten en cuenta que quizá su yo más racional la llevaba a rechazar ese tipo de «abuso» por parte de su captor. En circunstancias adecuadas y confiando en ti, casi puedo garantizarte que esa chica disfrutaría de la zurra.

Joaquin los estudió a los dos, sopesando sus palabras mientras movía la cabeza. ¿Existía alguna posibilidad de que tuvieran razón? Era evidente que había encontrado su espacio dominante y que le había resultado impresionante y adictivo. Había alterado su vida. Pero ¿qué había sentido Bailey? Le habían gustado sus besos. Ella no se opuso un ápice ni siquiera cuando fue más brusco y la apretó contra la pared. De hecho, antes de que la pusiera sobre su regazo, cuando discutía con él, Bailey parecía claramente excitada. Quizá... no estaba dispuesta a confiar en él, y ¿podía culparla por ello?

¡Oh, joder! ¿Qué más daba? La había llevado allí para protegerla, no

para iniciar una relación con ella o explorar su lado más dominante. Era mejor dejar atrás cuanto antes ese episodio de su vida. Esperaba atrapar a aquellos psicópatas de LOSS en pocos días, o al menos llegar a alguna conclusión. Entonces, Bailey y él seguirían caminos separados. Fin de la historia.

Pero a una parte de él no le gustaba ese final.

Frunció el ceño. Era la primera vez que quería algo más que un revolcón con una hembra, y no sabía qué hacer. Por lo general, actuaba con decisión. Profundizaba en la situación, se fijaba un objetivo e iba a por todas. No había daños colaterales, no había errores, no

le preocupaban los sentimientos de nadie. Pero la idea de volver a hacerlo le provocaba una opresión en el pecho. No podía ser. No sabía por qué le importaba tanto, solo que así era.

¿A quién tenía en su vida? Se reclinó en la silla. Su mejor amigo había muerto hacía un par de semanas. Apenas había tenido tiempo para enterrar a Nate cuando se vio sorprendido por el hecho de que su amigo llevaba casi una década sin hablar con su familia. Ninguno de sus parientes se había quedado sorprendido por la noticia de su muerte ni había demostrado tristeza. ¿Era así como quería que reaccionaran su madre y sus hermanas cuando lo encontrara la bala de algún idiota?

No debería importarle. Nunca le había importado antes..., pero por alguna razón, ahora sí parecía afectarle. Y también quería importarle a Bailey.

«¡Alto!». ¿Cómo era posible que su más que probable inclinación por zurrar a mujeres pudiera estar relacionado con su familia? ¡Dios!, estaba perdiendo el norte.

—Gracias por la charla, pero es una idea discutible. Dudo mucho que vuelva a darle unos cachetes. Ella lo ha dejado muy claro, y necesito su consentimiento para estar aquí mucho más de lo que necesito zurrarle. Solo quería ser consecuente y contaros lo que pasó.

—¿Ella jadeaba? ¿Respiraba con



dificultad? —preguntó Thorpe, ignorando su discurso.

—Sí. Estaba asustada.

—Puede que sí... —El dueño del club se encogió de hombros—, puede que no.

—¿Tenía las mejillas sonrojadas? ¿Los pezones duros? ¿Mostraba alguno de los signos de excitación habituales? —intervino Sean.

Francamente, no había pensado en eso cuando ella le rogó que dejara de tocarla.

—Me dijo que la soltara. Y lo hice.

—Claro, y eso es lo que querías. —Thorpe le lanzó una mirada displicente que decía que era idiota por no haber seguido adelante—. Lo cierto es que

creo que necesitas esto en tu vida, y sospecho que ella lo necesita todavía más. Siente miedo por todo lo que está fuera de su control. Estoy seguro de que anhela la oportunidad de estar con alguien que la haga sentir protegida y que asuma las responsabilidades por ella. Pero no lo sabrás con seguridad hasta que no os comunicéis.

Sí, la comunicación no era precisamente su punto fuerte. A menudo se olvidaba de que se cazan más moscas con miel que con vinagre. Hizo una mueca cuando se imaginó lo que ocurriría si le sugiriera a Bailey que le había gustado pegarle en el culo y que no le gustaba que le hubiera hecho sentir un gilipollas por ello. ¡Dios!, eso haría

que pareciera una especie de capullo machista y maltratador. No, gracias.

—Buen consejo. Ahora tengo que hablar con ella. —Algo que le parecía tan divertido como clavarse un destornillador en un ojo.

Se dirigió hacia la puerta, pero lo detuvo la voz de Thorpe.

—Habla con ella... o lo haré yo.

Se dio la vuelta para enfrentarse al amo del club con una mirada cabreada. Estar bajo ese techo mantenía a Bailey a salvo, pero conllevaba un precio demasiado elevado.

—No te metas en mi vida —le advirtió—. He tenido la cortesía de informarte, no te he pedido ningún consejo.

—No era un consejo. Ni tampoco una sugerencia. Tienes hasta el almuerzo para hablar con ella o la llevaré a un lado y le haré todas las preguntas personales que necesite para llegar al fondo de la cuestión.

—¿Por qué cojones quieres hacer eso? Ya os he dicho que no volveré a tocarla.

Thorpe alzó la cabeza y arqueó una ceja.

—No hagas esa promesa. Si tenemos en cuenta la forma en que la miras, no creo que puedas mantenerla. Además, quiero que solo se preocupe por esos gilipollas que la persiguen. No estoy dispuesto a que le dé por llamar a la policía.

—Usa la cabeza. —La voz de Sean podía ser más suave, pero su mensaje no lo era—. ¿Qué ocurre si esos psicópatas dan con ella? ¿Si tienes que huir con Bailey de forma repentina... y ella no confía en ti lo suficiente para seguirte ciegamente? ¿No podría costaros la vida? ¿Quieres correr ese riesgo?

Bailey estaba sentada en la cama secándose el pelo con una toalla cuando escuchó un golpe en la puerta. Se puso tensa, pero se levantó para abrirla. Luego recordó que Joaquin había cerrado con llave la noche anterior, después de que le hubiera dado una azotaina y huido.

«¡Cabron!».

Se acercó a puerta con cierta cautela. Si él había vuelto para reñirle o para continuar donde lo había dejado, se encontraría con que no tenía mucho que decir al respecto. Tras asegurarse de que la bata le cubría lo esencial, se apoyó contra la madera.

—¿Quién es?

—Soy Callie. Te he traído el desayuno.

¿Así que Joaquin ni siquiera se dignaba a llevarle la comida? ¿Sería porque estaba preocupado? ¿Indeciso? ¿Avergonzado? No debería importarle, pero le gustaría saber la respuesta.

—Adelante —respondió a la otra mujer.

Un momento después, Callie abrió la puerta. Llevaba un plato en una mano y una bolsa de papel con compras en la otra.

Después de guardar las llaves en otro bolso de marca, la joven la miró sonriente.

—¿Un *bagel* y un poco de fruta?

Bailey cogió el plato con el ceño fruncido. Tenía hambre, y aquel no era el mejor momento para andar mirando que contuviera un elevado índice de proteínas y pocos azúcares.

—Gracias.

—Y te he traído algo de ropa. La he comprado para ti, espero que te esté bien.

Cualquier cosa que Callie le

hubiera llevado sería mejor que la ropa de la que disponía. Por no mencionar que la joven tenía un gusto excelente.

—Muchas gracias. —Cogió la bolsa que le tendía Callie. En el interior había unos pantalones flojos de yoga, camisetas de deporte, tangas y sujetadores de la talla correcta y un par de chanclas. ¿Cómo había sabido Callie el tipo de prendas que le gustaba usar? —. Es perfecto. Muchas gracias.

—De nada. Conozco lo que se siente cuando te encuentras en un lugar desconocido sin apenas ropa; a mí siempre me hizo sentir mejor tener algo cómodo que ponerme. También he incluido algunos productos para la piel y maquillaje. Me figuré que te vendrían



bien...

Ella se asomó y miró el interior de la bolsa y vio que además había una preciosa cajita con el anagrama de Chanel. Esos no eran artículos de primera necesidad, sino pura decadencia.

—No creo que te hayas visto en esta situación, pero aprecio mucho tu gesto.

Callie sonrió al tiempo que le brindaba una mirada cálida y comprensiva.

—He estado en tu lugar más veces de las que puedo recordar. No quiero decir que me haya visto secuestrada, pero sí en un lugar desconocido, con gente que no conocía, en una situación

inabordable. Durante mucho tiempo no dispuse de dinero, apenas el necesario para sobrevivir. Y no tenía ningún amigo, aunque lo hubiera necesitado.

Bailey no era capaz de imaginar que pudiera existir alguien que no apreciara a la heredera. Por otra parte, la vida que había llevado Callie, siempre huyendo, no le había permitido formar demasiados lazos afectivos.

Se dejó llevar por un impulso y la abrazó.

—Yo ahora necesito una, así que aprecio mucho tu compañía.

—De nada. ¿Qué tal has dormido esta noche?

—Apenas he logrado conciliar el sueño. He tardado mucho porque... —

Bailey se interrumpió. Seguramente a Callie no le interesaba lo dividida que se encontraba ante la zurra que le había propinado Joaquin— tenía demasiadas cosas en la mente.

—Claro. Es comprensible. —  
Callie ladeó la cabeza y la estudió—. ¿Te importa si te hago una pregunta...? ¿No has podido dormir porque eres Tatiana Aslanov o por Joaquin?

Eso era ir al grano; pensar que quería tener un solo frente...

—Si soy sincera, por las dos cosas. Y no puedo hacer demasiado con respecto a ninguna de ellas.

—¿Joaquin estaba enfadado?  
—Sí. ¿Lo estaban también Sean y Thorpe? —Un pensamiento terrible la

asoló por completo—. ¿Te he metido en líos? Sé que te gusta provocarlos un poco, pero...

Callie se rio, un sonido ligero que rezumaba felicidad.

—Digamos que un poco de desobediencia puede venir acompañado de muchas recompensas. Se llama «divercastigo» por una razón. Además, sé que esta noche tendré más.

—¿Por qué piensas eso? ¿Qué ha pasado?

—Tengo un as en la manga. Solo debo esperar un poco. —Le guiñó un ojo antes de que su expresión se volviera más seria—. ¿Quieres que hablemos de lo que pasó con Joaquin?

«Me ha dado una zorra y me ha

gustado mucho. Quería que siguiera y me odiaba por ello».

—No. —Entonces cayó en la cuenta de que podía haber resultado grosera—. Lo siento. Es que...

—No es necesario que te disculpes. Si cambias de opinión estaré aquí.

—Gracias. —Hizo acopio de valor. Durante las horas que había pasado insomne la noche anterior, se le había ocurrido una idea y se moría por preguntar a Callie al respecto—. En realidad, me gustaría hacerte unas preguntas sobre Aslanov. Es como si lo hubiera borrado de mi memoria, pero al parecer entiendo ruso y sus caras me resultan familiares. Los recuerdos, sencillamente, no están...

—Eras muy pequeña. Y si estabas en la casa cuando los mataron, como todos sospechan, debió de resultarte muy traumático. Es posible que deseen que recuerdes, pero yo entiendo que no puedas. Es pedir demasiado para una niña.

Ella asintió, aliviada de nuevo por la compasión que mostraba Callie.

—¿Cómo era mi familia biológica? ¿Los conociste?

Una expresión de pesar pasó por la cara ovalada de la heredera.

—No llegué a conocer a la mujer y a los hijos de Viktor. En realidad, a él lo vi solamente algunas veces, la última cuando tenía unos diez años. Me acuerdo de su acento, de... —Sonrió—.

Me acuerdo de su bigote y su barba. Bromeó al respecto con mi hermana y conmigo, aseguró que se estaba entrenando para ser Santa Claus cuando tuviera el pelo blanco. Todo el mundo le consideraba brillante, incluso mi padre, y no era un hombre propenso a usar esa palabra a la ligera.

El hombre que Callie describía no parecía el mismo científico loco que llevaba a cabo experimentos poco éticos para alterar la genética humana.

—No sé qué clase de hombre era.

Callie se encogió de hombros.

—No creo que estuviera investigando todas esas anomalías genéticas como dicen, al menos según las notas que dejó mi padre, basadas en

las investigaciones que llevó a cabo el tuyo antes de quemarlas. Creo que su idea era realmente encontrar los genes que provocan el cáncer y curar a la gente. No creo que quisiera hacer mal a nadie. Necesitaba dinero, y tenía tres hijos...

Con el fin de alimentarlos a sus hermanos y a ella, su padre había decidido llevar a cabo un acto reprobable y vender unos descubrimientos accidentales a terroristas.

—¿Sabes si era consciente de la clase de gente con la que trataba?

—No sé si fue así en un primer momento, pero con el tiempo tuvo que llegar a imaginarlo. Según las notas de



mi padre, esa gente le daba miedo. En un momento dado, le rogó a mi padre que le prestara dinero. —Callie volvió a encogerse de hombros—. A menudo me he preguntado si mi padre lamentó habérselo negado al conocer la muerte de los miembros de su familia. O cuando irrumpieron en mi casa y mataron a la mía.

—Es de imaginar que sí. Igual que yo tengo que creer que el mío deseó haber tomado otras decisiones. Sin embargo, nunca lo sabremos a ciencia cierta.

—No, pero me consuela la idea de que todo ocurre por una razón. No pude averiguar en su momento cuál era el propósito de su asesinato. Pero quizá

formaba parte de un plan más amplio para impedir que la información que averiguó sobre el ADN llegara a manos de gente que no la hubiera utilizado bien. Sé que si mi vida hubiera sido diferente, no habría conocido a Sean y a Thorpe.

Cierto. Bailey se mordió el labio. ¿Cuán diferente habría sido su camino de no perder a su familia biológica? Había crecido en Houston, no en la Indiana rural. Había sido criada como hija única, y le entristecía pensar que, en otras circunstancias, podría haber disfrutado de sus hermanos. Quizá sus padres biológicos la habrían hecho apreciar su herencia rusa. ¿La danza habría formado parte de su vida? No

tenía respuestas a esas preguntas. Una cosa era cierta: si los Aslanov no hubieran sido asesinados, jamás habría conocido a Joaquin.

¿Por qué la turbaba tanto aquella idea?

—Gracias. Te agradezco que hayas compartido conmigo lo que sabes.

—El placer ha sido mío. ¿Por qué no desayunas y te vistes? Te daré un poco de privacidad.

Ella no quería que Callie se fuera, pero con la boda a la vuelta de la esquina, no podía esperar que la atareada novia se quedara a pasar el rato con ella. Sin embargo, todavía deseaba hacer otra pregunta más.

—¿Has visto a Joaquin?

—Sí, justo antes de venir aquí. Se dirigía al despacho de Thorpe para lo que parecía una conversación difícil.

Quiso preguntarle qué aspecto tenía o si parecía molesto, pero se dio cuenta de lo superficial que sonaría. Lo cierto era que se había dejado llevar por el pánico cuando la tocó porque le gustó demasiado, y no había tenido el valor de admitirlo. Había permitido que él huyera después de pedirle disculpas, pensando lo peor. Pero ¿qué otra cosa podía haberle dicho? «¿Por favor, sé que apenas te conozco, pero me gusta que me pegues?».

—Gracias.

Callie asintió.

—Vendré dentro de un rato.

En cuanto la joven se marchó, ella se dirigió al cuarto de baño para cambiarse de ropa y cepillarse el pelo. Deseó que Joaquin hubiera cogido sus planchas para el pelo cuando la secuestró, pero, por desgracia, no era probable que hubiera dedicado a nada de eso un solo pensamiento. Tratar de domar sus ondas naturales no era algo que le gustara, y tomó nota mental para preguntarle a Callie si podía facilitarle algún secador en el futuro.

Después de intentar arreglar su pelo, volvió a salir a la habitación dispuesta a averiguar cómo eran exactamente los juguetes sexuales que había en la mesilla de noche o ver la televisión. Estaba a punto de abrir el

cajón cuando escuchó otro golpe en la puerta, este más firme y decidido.

Era Joaquin. De alguna manera, supo que había regresado.

Bailey respiró hondo, presa del nerviosismo; la anticipación y el temor le hacían sentir mariposas en el estómago.

—Adelante.

En efecto, la puerta se abrió de golpe y él llenó el umbral con su más de metro ochenta y cinco y sus anchos hombros. Llevaba una ceñida camiseta de cuello en V que hacía patente un torso tan duro como el hormigón. Besaba como un hombre que sabía derretir a una mujer, y sus azotes poseían el don de dominar. Era insistente, seguro de sí

mismo, y no se parecía en nada a los chicos que conocía. ¡Mierda!, eso la excitaba.

—Buenos días. Tengo que hablar contigo de lo que ocurrió anoche.

Ella cruzó los brazos. Iba a ser una conversación muy embarazosa.

—¿No podemos olvidarlo sin más?

—No. —Él entró y cerró con llave la puerta a su espalda—. Te molesté, aunque no era mi intención. Jamás había golpeado a una mujer en mi vida. Tampoco le había dado una zorra a ninguna. Tú... —Sacudió la cabeza—. Da igual. No tengo ninguna excusa. Te presioné. Te asusté. Te hice daño. Lo siento. No volverá a ocurrir.

Ella se sintió culpable. Era posible

que él la hubiera presionado, pero no había llevado a cabo nada que ella no hubiera disfrutado.

—No me asustaste. Tampoco me hiciste daño.

Él pareció quedarse paralizado.

—Entonces... ¿qué te hice sentir?

—En realidad, nada. —«Solo me calentaste la sangre e hiciste que te deseara». No se atrevía a mirarlo a los ojos. Incluso en ese momento, la mentira era un peso en su conciencia—. Estoy bien.

Joaquin hizo desaparecer la distancia que quedaba entre ellos y la sujetó por la barbilla.

—Mírame. No te hice daño, pero ¿mis actos te ofendieron?



—No. —Jadeó, incapaz de mirar nada que no fueran sus ojos. ¿Por qué sentía que podía perderse allí, como si siempre fuera a sostenerla y apoyarla, incluso aunque la hiciera perder el equilibrio?—. Me sorprendiste.

Él asintió con la cabeza como si fuera un hecho comprobado.

—Yo también me sorprendí. Sobre todo porque me gustó mucho.

«¡Guau! Eso era ser sincero».

Abrió la boca para decirle que a ella también le había gustado, pero las palabras no salieron de su boca.

—¿Y a ti? —exigió él.

Ella dejó escapar un suspiro. ¿Qué se suponía que debía responderle? «¿Me pusiste tan caliente que tuve que

masturbarme varias veces?».

—No es que... lo odiara.

Él le apretó la barbilla un poco más. Lo vio fruncir el ceño y mirarla de forma penetrante, como si quisiera leerle los pensamientos.

—¿Te excitó?

¿Por qué él no podía ser como otras personas que había conocido durante sus años de aprendizaje en el ballet? Educado y discreto; gente que rara vez le pedía una respuesta que a ella le incomodaba dar. Incluso Blane la dejaba en paz con ese tema.

Tragó saliva, tratando de eludir el agarre de Joaquin y su mirada. Él no se lo permitió.

—Déjalo            estar            —murmuró,

consciente de que no era ella quien tenía el control de la situación.

—No te soltaré hasta que me respondas. Y si no lo haces, repetiremos lo que ocurrió ayer por la noche hasta que lo descubra por mí mismo.

Ella contuvo la respiración a pesar de que no quería. Recordar el impacto de aquella mano en sus nalgas hizo que se le acelerara el corazón, que sus entrañas ardieran.

Joaquin la miró sin perder detalle. Examinó sus mejillas rojas; luego dejó caer los ojos sobre su pulso, que le martilleaba en la base del cuello. Por fin, aquella mirada ardiente bajó hasta sus pechos, concentrándose en las puntas erizadas que hormigueaban y se

apretaban desesperadas contra la tela de la camiseta.

Él lo sabía. Ese conocimiento hizo que agrandara sus ojos color avellana, que parecían verdes bajo la luz del sol que inundaba la habitación e iluminaba su rostro. Ella no tenía adónde huir para ocultarse de ellos.

Apretó los párpados con fuerza y se reprendió a sí misma. Joaquin se merecía que le dijera la verdad. Pero, ¡mierda!, era demasiado humillante admitir que la excitaba el hombre que la había secuestrado de su casa, el que le había dado unas palmadas en las nalgas.

—¿Bailey? —la presionó—. Yo he sido sincero contigo.

—Lo sé. —Pero no podía mirarlo.

—Abre los ojos —le exigió él, y esperó a que le obedeciera—. ¿Mis azotes te resultaron excitantes? Porque si necesitas que sea yo quien lo confiese primero, me satisface decirte que ver cómo cae mi mano sobre tu piel me excita como ninguna otra cosa. El enrojecimiento que queda después de cada golpe, ver cómo te marco, me impulsa a ponerte sobre el colchón y follarte sin descanso. ¿Eso hace que te resulte más fácil decirme la verdad?

Ella sintió que se le abría la boca y que el deseo crecía en su interior.

—No puedes decir eso.

—¿Por qué? —Joaquín subió la mano libre hasta su cintura, recorrió su caja torácica y más arriba.

Se le tensaron todos los músculos del cuerpo. Bailey apenas podía respirar. ¿Se atrevería él a...? Un segundo después tuvo la respuesta cuando acunó su pecho con la mano y rozó el pezón con el pulgar.

Soltó el aliento con un suspiro.

—Estás excitada. —No era necesario que lo preguntara, resultaba más que evidente.

Por extraño que pareciera, se sintió aliviada.

—No tiene sentido.

—Quizá... —Lo vio encogerse de hombros—. Pero así es. Te deseo y tú me deseas también.

—No estoy preparada para mantener relaciones sexuales. —Bailey

movió la cabeza.

¿De verdad se creía que apenas veinticuatro horas después de que la hubiera secuestrado iba a abrirse de piernas y a darle la bienvenida dentro de su cuerpo? Siempre había sido muy tímida en esas cuestiones. Había tenido un amante muy torpe cuando aún estaba en secundaria. Las relaciones sexuales siempre habían sido algo prescindible para ella, aunque intuía que con Joaquín no serían así.

Él asintió.

—Lo respeto. Lo entiendo. Ni siquiera deberían ocupar un lugar importante en nuestra agenda en este momento.

Dios, él por fin le había lanzado un

hueso, y ella lo había recogido.

—Exacto.

Joaquin se acercó más, y ella olió su aroma almizclado a madera. Sintió que se le debilitaban las rodillas y que se mareaba, en especial cuando él se inclinó sobre su oreja.

—Pero eso no significa que no esté pensando en ello —le confesó al oído—. Al parecer es imposible que me concentre en otra cosa cuando te tengo cerca.

Sus palabras fueron como un roce en el punto más sensible de su cuerpo. ¿Cómo era posible que una simple frase hiciera que palpitara su sexo?

—Todavía tenemos que averiguar quién va detrás de mí y cómo vamos a



detenerlo.

—Tengo un equipo trabajando en eso. Estoy esperando a que me envíen el boceto de «tío Robbie» para cotejarlo con algunas bases de datos federales, a ver si hay alguna coincidencia. Hasta entonces, tendremos que estar juntos. Y necesito que seas sincera conmigo.

—En lo que respecta a cualquier cosa referente a ese asunto, lo seré. Pero no entiendo por qué tengo que confesar si me excitas o no.

—Bueno, si quieres que te recuerde la realidad, podría decirte que en situaciones de vida o muerte, nuestra capacidad para confiar en la honestidad de otra persona podría decidir si vivimos para ver otro día. —Se encogió

de hombros—. Estoy dispuesto a admitir que es algo más. Me gustas. Te deseo. Tengo intención de llevarte a la cama. Pero no será antes de que tú estés lista —aseguró él—. Aunque puedes estar segura de que lo haremos.

¿Quién demonios se creía que era?

—¿Es ese el rollo que le sueltas a todas las mujeres?

—No. Es solo contigo. Compartimos una intensa atracción, tenemos química. No lo voy a negar. —Rozó de nuevo su pezón—. ¿Por qué no lo reconoces?

Un nuevo brote de deseo hizo que su cuerpo hormigueara, y se apartó.

—No he venido aquí para follar, así que quítatelo de la cabeza.

Joaquin dejó caer la mano y dio un paso atrás. Al instante, ella echó de menos el calor de su contacto. Le dolía todo el cuerpo. Sus pezones se erizaron ante su pérdida.

Lo vio tensar la mandíbula; no parecía contento.

—Tampoco estoy aquí para follar. Estoy para salvarte la vida y averiguar quién quiere tanto a Tatiana Aslanov como para que no le importe dejar un reguero de cadáveres a su paso. Todavía estamos a la espera de información importante para poder resolver el caso. Hasta que eso ocurra, no tengo mucho más en lo que ocuparme que en lo mucho que te deseo.

Él había decidido ser brutalmente

sincero. Ella, por su parte, había evadido sus preguntas, negándose a responder con la verdad.

—Joaquin, ¿no puedes entender que han pasado demasiadas cosas en las últimas horas como para que las asimile sin más? La mitad del tiempo no sé ni lo que pasa. No te conozco. No conozco el ambiente que me rodea. Casi no entiendo lo que ocurre dentro de estas paredes.

Él pareció ablandarse. Se acercó de nuevo a ella y le tendió una mano para que se perdiera en su abrazo. Ella necesitaba demasiado su consuelo y su comprensión para rechazarlos. Callie había sido un bálsamo para ella, un precioso espíritu afín, por no hablar de

una especie de alma gemela. Pero la satisfacción que le daba la presencia de la otra joven no la tranquilizaba de la misma manera que Joaquin.

Dio un paso hacia él y le rodeó el cuello con los brazos. Con un pequeño suspiro, cerró los ojos y apoyó la mejilla en su pecho, recreándose en los latidos de su corazón. Para otros, podía parecer una estupidez que mirarlo la calmara, pero Joaquin era sólido y protector. Se había arriesgado mucho por salvarla. Mientras él había sido abierto y sincero al exponer sus deseos, ella se había asustado y permanecido en silencio. Aquella certeza la hizo sentir avergonzada.

Él le pasó la mano por el pelo.

—Sé que todo esto ha sido demasiado para ti. Si hubiera tenido más tiempo, te habría explicado con más suavidad que eras un objetivo y que tenías que acompañarme por tu seguridad. Lamento haberte asustado al principio, y no dejo de pensar en lo difícil que debe de ser para ti. Estoy seguro de que sentirte atraída por el tipo que te arrancó de la cama en medio de la noche te parecerá una idiotez. Incluso puedes sentir asco de ti misma.

—En efecto —confesó ella, abrazándolo con más fuerza. Él la entendía. A pesar de que no había sido sincera con él, Joaquin le ofrecía su consuelo. Y eso era justo lo que ella necesitaba.

Él le rozó la mejilla con los dedos, luego la cogió por la barbilla y la obligó a alzar la vista.

—Lo sé. Pero la sinceridad es muy importante entre nosotros.

Bailey se mordió el labio inferior. Procedía del mundo del arte, donde las sensaciones eran mucho más importantes que la realidad. Nadie del público veía las ampollas de sus pies durante una actuación, no sentían los calambres que ella tenía en las piernas, no sabían lo machacados que tenía un bailarín las rodillas y tobillos. Solo disfrutaban de la elegante coreografía. Incluso la infancia que recordaba era algo así como una actuación; una función en la que habían jugado un papel fundamental

dos agentes que no había llegado a conocer en realidad. Así que agradecía que él fuera tan sincero.

Se sentía más avergonzada que nunca.

—Me gustó lo que hiciste anoche, pero no lo entiendo. Nunca he experimentado nada parecido y me dio miedo. Me sentí estúpida y avergonzada por querer más. Lamento haberte hecho sentir mal por lo ocurrido.

Él le encerró la cara entre las manos.

—Gracias. Necesitaba saber la verdad.

Joaquin hizo una pausa y luego la miró a los ojos. No podía ocultar el deseo, pero su expresión era más



contenida. Leyó en él un profundo deseo de abrazarla, una necesidad de protegerla, un afán posesivo que no podía ocultar... Y contra su voluntad y su lógica, una intensa emoción invadió su vientre y se instaló un poco más abajo.

Cuando él inclinó la cabeza, ella sintió que se ponía rígida, excitada y a la vez cohibida. Se le cerraron los párpados al tiempo que alzaba la cara, anticipándose a su beso. Quizá no fuera lo más inteligente. Quizá cualquiera podría considerarla un ejemplo de libro del síndrome de Estocolmo, pero en ese momento, lo único que sabía era que Joaquin era la parte más sólida de su vida y que no podía esperar a que su

boca cubriera la de ella.

En cambio, él se limitó a rozarle la frente con los labios antes de apartarse. Ella trató de no parecer decepcionada.

—Tengo que llamar a Hunter y a los demás chicos que están investigando. Un par de cosas más antes de irme. Thorpe me dejó claro cuando te traje que solo nos permitiría quedarnos si tú consentías en estar aquí. Tenemos hasta mañana al mediodía para convencerlo de que no estoy forzándote a quedarte contra tu voluntad.

Por supuesto que no la forzaba. Ella había visto lo que le esperaba si volvía a casa y no, gracias.

—Hablaré con él.

Joaquin asintió con la cabeza.

—Eso me tranquiliza.

Ella le brindó una sonrisa.

—¿Y además te lo quitarás de encima?

—Eso también —admitió—.

Thorpe ha hecho hincapié en que el Dominium es un ambiente totalmente consensuado. Lo entiendo y lo respeto. No me gusta que las mujeres mantengan relaciones sexuales contra su voluntad. Me niego a que se plantee siquiera esa cuestión entre nosotros. Así que hasta que esté seguro por completo de que estás dispuesta a ello, no volveré a tocarte.

Sus palabras la dejaron helada.

¿Estaba hablando en serio?

—¿Qué quieres decir?

—¿No he sido claro? —La estudió irguiendo aquellos hombros imponentes, todo aquel porte de enormes proporciones.

Ella puso las manos en las caderas.

—¿No has sido tú el que aseguraba hace cinco minutos que va a llevarme a la cama?

—Sí. Y lo decía en serio. La atracción que existe entre nosotros no va a desaparecer. No me rendiré hasta tenerte debajo de mí con la polla hundida en tu sexo. Pero no pienso dar ni un solo paso para que ocurra hasta que tú me lo pidas.

Esa misma noche, Joaquin recorría su habitación en el Dominium como un tigre enjaulado. La tarde había sido demasiado tranquila, lo que le había dejado mucho tiempo libre, tanto como para desear que pasara algo. Pero no había ocurrido nada; en casa de Bailey no había aparecido ninguna huella desconocida y el boceto todavía no estaba listo. Sean se había ofrecido para averiguar si alguien podía conseguir alguna pista sobre la localización de LOSS y sus actividades recientes. Tal

estancamiento en la investigación comenzaba a ponerlo de los nervios.

Luego estaba la situación con Bailey. Le había llevado el almuerzo con un nudo de ansiedad en el estómago. Él, que había luchado contra criminales, que se había enfrentado a un huracán y llevaba cazando terroristas casi una década. ¿Por qué tenía ese poder sobre él una mujer que apenas le llegaba al hombro?

Porque había puesto la pelota en su tejado y le había prometido que no la tocaría hasta que ella se lo pidiera. Eso no impedía que el deseo le corroyera las entrañas. ¿Y si nunca se lo pedía? No quería imaginar que nunca llegaría a sentir aquel delicado cuerpo contra el

suyo, que sus corazones no latirían el uno junto al otro, no volver a reclamar sus labios...

«Esos pensamientos no te llevan a ningún sitio. Cambia de tema».

Un golpe sordo en la puerta le hizo girar hacia el sonido.

—¿Sí?

Cuando se abrió, Sean asomó la cabeza.

—¿Puedes reunirte con nosotros unos minutos? Bailey está con Callie. Podríamos necesitar tu ayuda.

Él no sabía de qué se trataba, pero cualquier cosa que rompiera el ritmo de las últimas horas y le hiciera salir de aquellos veinte metros cuadrados sería bienvenida.

—Por supuesto.

Siguió a Sean por el pasillo. Pasaron por delante del despacho vacío de Thorpe y, a continuación, salieron de la zona de seguridad para llegar a la zona pública de las mazmorras. Al instante, comenzó a hervirle la sangre. ¿Era un lugar abierto? Seguramente, ya que se escuchaban voces. ¡Joder! Bailey había mostrado su rostro, se había puesto en peligro de nuevo. ¿Qué haría esta vez? Saber que darle unos azotes estaba fuera de cuestión le irritaba mucho.

Pero a medida que se acercó, una luz cenital inundó el pasillo. Alguien había puesto una pegadiza canción pop, y el roce metálico contra el suelo



llenaba sus oídos. Cuando doblaron la esquina y entraron en la enorme sala, se detuvo en seco.

Las únicas personas en el interior del espacio eran Callie, Bailey y Axel. La hermosa morena estaba subida a una escalera y Bailey le entregaba una brillante serpentina azul. De hecho, toda la estancia estaba llena de papeles de todos los colores que colgaban del techo, había mesas repletas de comida y un montón de globos. A un lado, un pastel de varios niveles, con unas esposas de plástico de adorno, sostenía unas enormes velas negras con el número cuarenta.

—¿Crema italiana? —preguntó Axel, señalando la tarta.

Callie asintió.

—Su postre favorito.

—¿Qué coño es esto? —ladró

Joaquin.

Todos los presentes se volvieron hacia él. Callie frunció el ceño.

—Una fiesta de cumpleaños —repuso Sean—. Necesitábamos que alguien más alto terminara de colgar las serpentinas y se nos acaba el tiempo. Llegará dentro de quince minutos.

—¿Quién? —Se sentía cada vez más irritado. No conocía a nadie allí, y le importaban una mierda ese tipo de celebraciones a menos que sirvieran para salvar la vida de Bailey. Que algo le distrajera de su propósito le molestaba.

—Thorpe. —Callie lo miró con expresión desafiante, como si le retara a que dijera alguna palabra o se negara.

Puesto que era el hombre que le había ofrecido un lugar seguro para ocultar a Bailey, no lo hizo. Se obligó a relajarse y asintió.

—Claro. ¿Cumple cuarenta?

—Hoy mismo.

—¿El día de los Inocentes<sup>1</sup>?

—«¿Quién iba a pensarlo?».

—¿No resulta irónico? —señaló Sean, que parecía que estaba divirtiéndose de lo lindo con aquella coincidencia.

—Me ordenó que no le hiciera ninguna fiesta sorpresa, pero ¿quién se resiste a gastar una broma el día de los

Inocentes? —Callie le dedicó una sonrisa traviesa.

Joaquin no era capaz de recordar la última vez que celebró un cumpleaños, y menos el propio. Debía de haber sido hacía muchos años. ¡Joder!, si había cumplido treinta en una misión en un pantano al sur de Texas, con gafas de visión nocturna y esquivando balas. No recordó que tenía un año más hasta dos días después. Si no hubiera estado en una misión, ¿con quién habría pasado la noche? Repasó mentalmente la lista de sus amigos. No tardó ni dos segundos. Ninguno de ellos era de los que asistían a fiestas de cumpleaños. Incluso Nate — la única persona de la que se había sentido cerca durante los últimos años—

se habría limitado a ofrecerle una cerveza por un acontecimiento así. Se habrían pasado la noche charlando.

Mientras estudiaba la estancia, casi sintió envidia; Thorpe estaba rodeado de gente que le quería. Aunque eso nunca le había importado demasiado, ahora se preguntaba si no lo echaría de menos.

—Aquí tienes. —Sean le dio una palmada en la espalda antes de entregarle un rollo de serpentina blanca y un poco de cinta adhesiva—. Ponlo en aquella esquina. Parece que Callie y Axel tienen este lado cubierto.

Tres minutos después, Sean y él habían colgado la última decoración del techo. Callie comprobó de nuevo la tarta

y los platos y cubiertos de la mesa, luego echó un vistazo a los aperitivos y bebidas que había en una mesita cercana. Axel trajo una bolsa de hielo de la cocina y Bailey le ayudó a volcarla en un congelador, detrás de la barra.

El ambiente era festivo, lleno de anticipación. Joaquin frunció el ceño; se sentía fuera de lugar.

—Creo que eso es todo. —Callie miró a su alrededor con satisfacción—. Me gustaría que todos hubieran llegado ya.

—¿Todos? —preguntó él.

En el teléfono de Sean entró un mensaje de texto.

—¿Es él? —le presionó Callie.

—No —murmuró Sean, leyendo las palabras—. Se trata de los Edginton. Dicen que llegarán dentro de cinco minutos.

—¿Hunter y Logan? —preguntó Joaquín.

—Acompañados de sus esposas.

—¿Va a venir mi hermana aquí? —  
Miró a su alrededor. Más allá de los paneles y las decoraciones, seguían viéndose los equipos de juego, un banco para azotes, una cruz, una mesa acolchada. látigos, fustas y cosas por el estilo que no pudo identificar estaban colgadas en la pared—. No tiene nada que hacer en un sitio así.

Callie le miró con ironía.

—Pues es miembro del club.

—Los hermanos Santiago y su mujer no tardarán mucho más que ellos.

—Bien... —Callie se apretó el estómago con manos temblorosas—. A ver si se dan prisa.

Sean sonrió y se inclinó para besarla en los labios.

—Todo saldrá bien, cielo.

—¿Está todo bien puesto? —preguntó con ansiedad.

Sean lanzó una mirada sardónica a su alrededor.

—Estoy seguro de que es mucho más de lo que espera Thorpe.

Eso hizo que Callie sonriera y, por un momento, se miraron el uno al otro como si no existiera nadie más. Joaquín pudo sentir el amor que sentían el uno



por el otro, una emoción que los envolvía de una forma que casi le producía urticaria. Nunca había visto nada igual.

Aunque verlos le resultaba incómodo, no podía apartar la mirada. ¿Cómo sería sentir que una persona es el centro de tu mundo? Su padre había muerto cuando era muy joven y su madre se volvió a casar con un capullo integral. Se había sentido aliviado cuando se enteró de que se había divorciado.

Miró al otro extremo del salón; Bailey estaba detrás de la barra, mirando a Sean y a Callie con tanto anhelo que él sintió como si le hubieran golpeado en el estómago. ¡Joder! Incluso

aunque ella encontrara el valor suficiente para que volviera a besarla, cualquier hombre con algo de inteligencia la rechazaría.

Claro que hasta ese momento, en lo que se refería a Bailey, no había demostrado ser demasiado brillante.

Un instante después, se escucharon voces en el vestíbulo. Una aguda voz femenina a lo Betty Boop hizo el recibimiento; la mujer que todos llamaban Guisantito. Hubo más saludos, y él hizo una mueca al escuchar a su hermana un momento después. Todavía no estaba muy seguro de qué le diría. «¿Hola, espero que estés siendo feliz?». Aquel pensamiento no solo le hizo sentir incómodo, sino que le también le

produjo una fuerte sensación de culpa. Le recordaba mucha mierda de la que no quería acordarse.

Cruzó la habitación hasta Bailey.

—Vámonos.

Ella le miró con sus grandes ojos azules, en una silenciosa súplica.

—No quiero volver a la habitación. Me aburro y no estoy acostumbrada a estar encerrada. —Alzó la barbilla—. Además, quiero conocer a tu hermana.

Era una idea horrible. No quería ni pensar lo que podía decirle Kata.

—Nadie puede saber que estás aquí.

—En la fiesta habrá menos de veinte personas, y tú las conoces a todas —razonó Callie—. Bailey me ha

ayudado mucho con los preparativos. Me encantaría que se quedara. — Parecía un poco insegura—. No tengo demasiados amigos. Creo que no les caigo demasiado bien a las mujeres de los Edginton.

—No te conocen bien. Dales tiempo —la reprendió Sean antes de volverse hacia él—. Te lo prometo, nadie dirá ni una sola palabra sobre la presencia de Bailey. Como puedes imaginar, somos una comunidad que sabe guardar secretos.

Joaquin miró a su alrededor de nuevo, deteniéndose un poco más en todos los juguetes de BDSM. Estaba seguro de que Sean decía la verdad, pero eso no significaba que le gustara

arriesgarse a que Bailey conociera a su familia.

Apretó los dientes. Sin embargo, antes de que pudiera coger a Bailey y sacarla de la habitación, apareció Kata, con una bolsa de regalo y un vestido negro que ceñía su barriga de embarazada. Caminaba moviendo las caderas como un pato.

—Lo volviste a hacer —dijo su hermana, poniendo los brazos en jarras—. No te despediste.

—Era una situación de vida o muerte —protestó él.

Ella frunció el ceño. Era evidente que no le gustaba, pero lo entendía.

—¿Has encontrado a la mujer que debías proteger?

Él se volvió hacia Bailey, que dio un paso adelante, deteniéndose bajo la luz, que arrancó destellos dorados a su pelo castaño claro.

—Soy Bailey Benson. ¿Eres la hermana de Joaquín?

—Sí, cuando recuerda que tiene familia —respondió ella, mirándolo de soslayo. Después clavó unos ojos más amables en Bailey—. Soy Kata. Encantada de conocerte —dijo, tendiéndole la mano.

Bailey se la estrechó. Se la veía muy pequeña al lado de su hermana, que además de ser bastante alta estaba muy embarazada.

—Yo también estoy encantada de conocerte. Tenéis los mismos ojos.

—Eso dice nuestra madre. Por cierto, ¿sabías que se ha vuelto a casar? —le preguntó Kata.

No, no lo sabía. Su madre le enviaba cartas a un apartado de correos que casi nunca abría. A veces, le dejaba mensajes de voz en el móvil, pero como le habían dado un teléfono nuevo con un número diferente y apenas tenía vida personal, rara vez miraba su número privado.

Su ignorancia debió de reflejarse en su expresión, porque su hermana continuó hablando.

—Sí, se ha casado con el padre de Hunter y Logan, Caleb, en septiembre.

«¡Guau!».

—¿En serio? ¿Se ha casado con el

padre de tu marido?

—Sí. Y son la mar de felices. Si te pusieras en contacto con nosotros de vez en cuando, lo habrías conocido ya —agregó Kata con una sonrisa sarcástica antes de volverse hacia Bailey—. ¿Necesitas algo? ¿Estás bien? ¿Mi hermano está tratándote bien? —añadió con una mirada de complicidad.

Un profundo rubor inundó la tez blanca de Bailey y bajó la mirada.

—Es-stoy bien.

—Oh, Dios... —murmuró Kata con una mirada de incredulidad—. Ha tratado de llevarte a la cama, ¿verdad?

Joaquin no sabía si lanzar un grito a su hermana para que se metiera en sus asuntos o preguntarle cómo lo sabía.



Hunter le salvó.

Su cuñado puso sus grandes manos en los hombros de Kata.

—Tranquilízate, cariño —dijo con calma—. Estamos en una fiesta. Thorpe llegará en cualquier momento. Intentemos pasárnoslo bien; puedes hablar con Joaquin más tarde.

«Ni de coña».

—Gracias, amigo.

Hunter le brindó una alegre sonrisa.

—De nada. Tengo un gran respeto por sus hormonas, y tú también deberías tenerlo.

Kata dio un codazo a su marido antes de suspirar.

—Genial... Voy a dejar el regalo de Thorpe y a beber una copa de

ponche. ¿Dónde está Tara...?

Su hermana echó un vistazo a la habitación hasta que dio con una pequeña pelirroja que hablaba con Logan. Estaban hablando con Callie. Incluso desde la distancia a la que se encontraban, notó que la conversación no era natural, y que Logan estaba haciendo todo lo posible para suavizar las cosas.

—¿Ocurre algo entre ellos? —preguntó Bailey.

—Tara siempre ha pensado que Callie quería a su hombre —explicó Kata—, aunque mi opinión era que estaba loca por Thorpe. Yo tenía razón. Voy a ver qué puedo hacer para que no llegue la sangre al río. ¿Por qué no me

acompañas? Así podré advertirte sobre mi hermano.

Antes de que Kata diera un paso más, Callie esbozó una sonrisa. Tara se la devolvió y las dos se abrazaron. Sean se acercó a su novia, intentando participar de la alegría. Logan y él se estrecharon la mano y todos se rieron después de que Logan dijera algo. Kata y Bailey llegaron junto a ellos en ese momento, con Hunter pisándoles los talones.

Kata presentó a Bailey a los presentes y Tara sonrió con calidez antes de entablar conversación. Logan puso una mano en el hombro de la pequeña bailarina y le hizo un par de preguntas. Ella asintió con la cabeza, pero también

murmuró una respuesta con timidez. Era tan guapa que Joaquin se empalmaba con solo mirarla. Y no le gustaba que los hermanos Edgington revolotearan a su alrededor. Aunque su razón le decía que estaban casados, a su parte más visceral no le importaba; no quería que nadie más la tocara.

Jack Cole y su pelirroja esposa llegaron un momento después. Él la guiaba con una mano en la parte baja de su espalda. Lo vio inclinar la cabeza hacia ella para susurrarle algo al oído, haciendo que ella deslizara la mano por su barriga casi oculta por una ligera blusa de gasa. Después de dejar otro regalo en la mesita, la mano de Jack se unió a la de ella sobre el emergente

montículo.

Joaquin hizo una mueca. ¿Dónde estaba el atractivo de trabajar detrás de un escritorio y después regresar a casa con la misma mujer cada noche? ¿A ayudar en casa y tener un mocoso tras otro que acabarían convirtiéndose en adolescentes desafiantes? Siempre se lo había preguntado..., ¿pero ahora qué?

Miró a Bailey y sintió como un puñetazo en el pecho... que bajó a sus pelotas. ¿Qué cojones...?

—Hola, tío. —Vio que Logan ponía la mano en el hombro de Jack—. Morgan, ¿qué tal va todo?

Jack le estrechó la mano mientras Logan sonreía a su esposa.

—Muy bien. Este embarazo está

siendo mucho más fácil que el anterior —repuso ella.

—Imagino que controlas mejor la sobrecarga hormonal —bromeó Jack.

Morgan le dio un puñetazo en el hombro antes de concentrarse en Logan.

—¿Qué tal están tus preciosos bebés?

Logan se frotó la nuca.

—Insomnes. Tara necesita dejar de preocuparse y relajarse. Mandy y Macy están pasando la noche con los abuelos, así que...

—Así que esta noche iréis a la mazmorra, ¿no? —Jack sonrió—. No hagáis nada que yo no haría.

—Eso deja muchas posibilidades —se burló Morgan.

—Puede que no seamos capaces de jugar con látigos y azotes, pero la privación del orgasmo no está descartada, *mon cœur*. —La sonrisa de Jack no fue nada agradable.

Logan se aclaró la garganta y disimuló una tosecilla que, obviamente, era una risa.

—¿Quién vigila el fuerte esta noche? ¿Deke?

—No. —Jack puso un brazo sobre los hombros de Morgan y adoptó una expresión más seria—. Han estabilizado a Kimber, pero debe guardar reposo absoluto en la cama durante al menos una semana. Stone ha accedido a quedarse en Oracle y avisarme si hay alguna noticia. Cuenta con la ayuda de

Tyler y del compañero de Xander, Decker McConnell.

Joaquin no debería sorprenderse de que un hombre como Jack Cole no dejara desatendida la empresa de seguridad privada que poseía a medias con Deke. De hecho, se sentía aliviado. Stone había demostrado ser muy útil. Quizá pudiera descubrir algo más.

—Gracias por las noticias. Pasaré mañana a ver a mi hermana.

—Agradecerá las visitas —aseguró Morgan con una sonrisa.

Joaquin miró a su alrededor. Si Kata hubiera tenido una amenaza de parto prematuro no lo habría sabido. No era algo que debiera preocuparle; después de todo, Hunter era más que



capaz de cuidarla. Pero la muerte de Nate le había hecho ver algo con brutal claridad: la vida podía cortarse de forma inesperada en cualquier momento. Kata era una de las pocas personas del mundo que sabía que se preocupaba por él, si la dejara.

—No llegamos demasiado tarde, ¿verdad? —preguntó un hombre enorme de aspecto latino que lucía un traje y una amplia sonrisa. Venía de la mano de una rubia muy embarazada.

Los seguía otro hombre con el pelo oscuro y también de traje, que llevaba una botella envuelta en la mano izquierda. Su cara parecía seria y con líneas de experiencia, pero cuando sonreía, proyectaba su felicidad a toda

la sala.

—Si es así, es culpa de Xander. Mi hermano pequeño tarda más tiempo en arreglarse que yo y nuestra esposa juntos. —Cuando la rubia soltó una risita, él la empujó—. Venga, apóyame en esto.

Xander hizo una mueca.

—Javier, te quiero. Pero me acojo a la quinta enmienda.

—Di la verdad —exigió Javier a la rubia. Un «o te castigaré» flotaba en el aire.

—No tienes que decir nada, *belleza*<sup>2</sup> —aseguró Xander con aire de suficiencia.

Ella soltó sus manos y frunció el ceño de forma remilgada.

—Conocéis las reglas. Nada de discusiones delante de mí, arreglad las cosas antes. Solo hay una forma de que esté entre los dos.

Javier puso la mano sobre su hinchada barriga con una amplia sonrisa.

—Lo recordamos.

—Lo recrearemos esta noche. —  
Xander le acarició el cuello.

La rubia se rió y luego se acercó a Callie al tiempo que sacudía la cabeza. Las dos mujeres se abrazaron y la pequeña morena le preguntó si podían hablar en privado. Cuando la otra mujer aceptó, Callie se volvió y le presentó a Bailey.

El nombre de la rubia era London. Lucía el anillo de boda con el pedrusco

más grande que él hubiera visto y una enorme sonrisa de felicidad. El hermano mayor dejó la botella con los regalos y luego los dos cogieron unos botellines de agua y observaron a su esposa con sonrisas indulgentes.

Joaquin estaba ahora en una esquina, solo, viendo cómo todo el mundo se relacionaba a su alrededor. Había buen rollo en el ambiente. Muchas sonrisas. Amistad. Las parejas se tocaban con suavidad de vez en cuando o se cogían de las manos. En el aire flotaba alegría. Estas personas no solo estaban contentas por celebrar el cumpleaños de un amigo, sino por estar juntos.

Este tipo de situaciones siempre le

molestaban, se sentía extraño y presionado. ¿Acaso esas personas sabían algo de la vida que él no sabía?

Un vistazo a Bailey le demostró que encajaba a la perfección; hablaba con fluidez con London y Callie. Tara y Kata se unieron a ellas un momento después. Por fin, Jack soltó la mano de Morgan y también ella se sumó al corrillo que formaban las mujeres. No mucho tiempo después, los hombres habían formado otro grupo cerca de la puerta, y hablaban de compras y muebles. Él se quedó solo. Por lo general lo prefería. Ese día se sintió... apartado, por raro que pudiera resultarle.

Frunció el ceño. No importaba. Al cabo de unos días, no volvería a ver a la

mayoría de esas personas.

Sean se acercó a él con una cerveza en la mano.

—¿Estás bien?

Se preguntó por qué le importaría.

—Genial.

—Pareces cabreado.

«Estoy confuso».

—Thorpe es un gran tipo y todo eso, pero se supone que mi labor es salvar la vida de Bailey, no colgar serpentinas y pasar la noche en una mazmorra.

«Esperando a que me haga una señal una mujer con la que no debería tener nada que ver».

¡Joder!, aquellos pensamientos eran patéticos.

—¿Tienes otra? —Señaló con la cabeza la cerveza de Sean.

El antiguo agente del FBI indicó a Axel, que estaba detrás de la barra.

—Será quien se encargue de las bebidas. Antes de que pidas una, ¿has hablado con Bailey sobre lo ocurrido la noche pasada?

Le irritaba tener que responder ante nadie, pero sabía que Thorpe y Sean lo tenían pillado por las pelotas.

—Sí. Hemos hablado.

—Bien. Ya sabes que las cosas podrían seguir... calentándose esta noche.

Joaquin apenas hizo una mueca.

—Bailey y yo nos iremos antes de que ocurra.

Sean se limitó a sonreír, como si pensara que estaba loco.

—Lo que tú digas.

De pronto, Sean sacó el móvil del bolsillo. La pequeña pantalla se iluminó y él hizo callar a la multitud. Cuando todos guardaron silencio, apretó el botón para responder.

—Hola, Thorpe. ¿Ya estás de vuelta?

Lo que fuera que respondiera el otro hombre hizo aparecer una sonrisa misteriosa en la cara de Sean. Callie le lanzó una mirada interrogante que solo consiguió que la sonrisa se hiciera más grande. En sus brillantes ojos azules apareció una mirada llena de malicia.

Callie se volvió hacia Bailey y



London.

—Oh, oh —les susurró.

Tara trató de reprimir una sonrisa.

—Me parece que te has metido en líos.

—Quizá Thorpe haya decidido que su mejor regalo de cumpleaños sea encontrar una nueva forma de torturarme.

Bailey clavó los ojos en Joaquin y cuando lo sorprendió mirándola, ella volvió la vista hacia Sean.

—Creo que tu otro hombre está en ello.

—No me sorprendería nada. — Callie le guiñó un ojo a su prometido.

—Me parece genial —repuso Sean —. Nos vemos dentro de unos minutos.

En el momento en que colgó, Sean guardó el móvil en el bolsillo.

—¿Cuánto tiempo tenemos? — preguntó Callie.

—Menos de cinco minutos.

Ella asintió.

—Estamos preparados. Al ser una fiesta pequeña, ha sido más fácil guardar el secreto.

Sean ladeó la cabeza.

—Thorpe va a querer ponerte el culo rojo por esto.

—Las únicas personas que he invitado son las que quieren ayudar a Joaquin en su caso. Si los acompañan sus mujeres, pues más diversión... — Ella se encogió de hombros como si el asunto estuviera fuera de sus manos.

—Buen intento. Pero creo que te has metido en un buen lío, cielo.

—No he invitado a todos los miembros del club —se quejó ella con un mohín.

—Todavía no. ¿Quieres que te recuerde lo que has planeado una vez que regresemos de la luna de miel?

Ella se mordió el labio. Su expresión era tan vulnerable que Joaquin se sorprendió. La mujer parecía tan segura de sí misma en todo momento que la inseguridad que apareció en su rostro le tomó por sorpresa.

Si Callie, que tenía dos hombres locos por ella, podía sentirse insegura, ¿qué estaría sintiendo Bailey?

—Espero que su regalo de

cumpleaños sea justo lo que quiere.

Sean la atrajo contra su pecho.

—Oh, cielo. Ya hemos hablado de esto. Lo será. Confía en mí.

Callie respiró hondo antes de asentir.

—Lo hago.

—No te olvides de eso antes del sábado —le sugirió él tocándole la punta de la nariz.

Ella se rio y se besaron.

Joaquin se los quedó mirando. Una oleada de envidia lo atravesó, lo que no tenía sentido alguno. No sabía qué era el regalo de Thorpe, pero sí sabía que los tres iban a ser ridículamente felices. Joaquin estaba seguro de que moriría solo. Por primera vez en su vida,

aquello le molestó.

Bien, ¿quién parecía tan alegre como un cascabel?, pensó con ironía.

—Apaga las luces —susurró Sean a Axel, que seguía detrás de la barra.

El gigante asintió y la habitación, que no tenía ventanas, se quedó a oscuras un momento después. Joaquín escuchó el grito ahogado de Bailey y contuvo el extraño impulso de ir a su lado para consolarla. Era una mujer hecha y derecha, y un poco de oscuridad no le haría daño. Estaba a salvo con esa gente. Pero la lógica no disminuyó la necesidad que le impulsaba.

Atravesó la oscuridad en dirección al punto donde la vio por última vez. Allí estaba, justo donde él pensaba. La

reconoció por su olor. Le rodeó la cintura con un brazo y apretó su cuerpo contra el de él. Tenerla cerca de ella lo tranquilizó al instante.

Ella se tensó, tratando de escapar.

—Tranquila —susurró él—. Soy yo.

Luego hizo una mueca para sus adentros. Seguramente eso haría que intentara de zafarse con más fuerza.

Sin embargo, Bailey se relajó, casi fundiéndose con él. Aquella inconsciente confianza hizo que todas las piezas de su mundo encajaran.

Ese mismo día había escuchado a Thorpe y a Sean hablando sobre lo difícil que resultaba ser un amo, las responsabilidades que se tenían con la

sumisa y los pros y contras del BDSM. Cuanto más hablaban, más quería que siguieran describiendo. Se daba cuenta ahora de que había buscado en gran medida el control sobre sus parejas. Había fantaseado con la dominación y la sumisión desde su adolescencia, pero había contenido sus ganas cada vez que se había llevado a una pareja a la cama. Conversaciones sobre cuerdas y esposas no eran casuales con un ligue, y jamás había estado el tiempo suficiente con una mujer para explorar esa parte del sexo. Sin embargo, la naturaleza sumisa de Bailey, junto con su tranquila personalidad, había provocado cierto cambio en él. Y ello sin apagar el deseo de estar con ella en todos los aspectos

que podía imaginar.

Le acarició el brazo para tranquilizarla con suavidad cuando la puerta se abrió y luego se cerró. El sonido de las pisadas del hombre resonó sobre el hormigón y se escuchó un suspiro.

—¿Por qué está tan oscuro? ¿Dónde coño está todo el mundo? —Tocó la pared, seguramente en busca del interruptor de la luz.

De pronto, una brillante claridad inundó la estancia.

—¡Sorpresa! —gritaron todos al unísono.

Thorpe los miró; parecía completamente desconcertado. Parpadeó, pasó la vista por la multitud,



por la decoración, por Sean y..., a continuación, su mirada se posó en Callie.

—Gatita... —dijo, arrastrando las palabras—. Agradezco el gesto, pero habíamos hablado de esto.

Su voz de amo cabreado sonaba tan afilada como el borde de una navaja de afeitar.

Joaquin notó que, bajo sus brazos, Bailey se ponía tensa. Sí, ella odiaría decepcionar a nadie.

—Es el día de los Inocentes... — Callie sonrió, pero buscó la mano de Sean en busca de apoyo moral.

Thorpe no dijo nada durante un tenso momento.

—¿Qué es lo que te ha llevado a

pensar que mis deseos sobre mi cumpleaños eran una broma?

La morena parecía inquieta.

—Es algo importante, Mitchell. Por favor, sé feliz. Este fin de semana todo se concentrará en Sean y en mí, con la boda.

—Como debe ser.

—Quería que tu día también tuviera su celebración.

Thorpe clavó su penetrante mirada en Sean.

—¿Estás involucrado en esto?

—Culpable. —Sean se encogió de hombros—. Llevamos planeándolo un par de meses.

El dueño del club estuvo a punto de parecer impaciente y molesto, pero la

insinuación de una sonrisa lo delató.

—¿Por qué la has alentado?

—Venga, tío. Callie tiene razón; intenta pasarlo bien. —Sean se encogió de hombros otra vez—. Puedes soportar ser el centro de atención durante una noche.

Thorpe cruzó los brazos sobre el pecho y los miró impasible.

—Recuerda que donde las dan, las toman. —Luego miró a Callie—. Y tú, mi dulce gatita..., prepárate para tener el culo como un tomate. Cada uno de los cuarenta azotes de mi cumpleaños será para ti esta noche.

Bailey se puso rígida y se apartó. Joaquin la dejó ir, lamentando que se alejara. Ella confiaba en que él la

mantuviera a salvo, pero no quería que la tocara. Las cosas estaban bien jodidas y no sabía cómo cambiarlas.

—Ya contaba con ello. —Y Callie no parecía muy angustiada por ello.

Ahora, Thorpe parecía más bien ansioso, y Joaquin lo entendió. Bailey estaba a apenas dos metros de él y se dedicó a pasear la mirada por su espalda, posándola en su culo respingón. Notó que se ponía duro y maldijo para sus adentros. Esa brecha entre los dos podían ser dos océanos porque no sabía cuándo, o incluso si volvería a tocarla.

Y de eso solo él tenía la culpa.

—Pero antes... —Callie atravesó el salón y cogió un margarita con el borde impregnado en sal de la mano de

Axel y se lo ofreció a Thorpe. Luego levantó su botella de agua—. Un brindis por tu cumpleaños. Eres un gran amigo, protector, socio y persona. Fui muy afortunada el día que atravesé la puerta del Dominium. No sé si estaría viva si no fuera por ti. Sin duda, sé que no sería libre ni feliz. Espero que este sea tu mejor cumpleaños hasta el momento.

—¡Chin, chin! —Sean levantó su cerveza—. No podríamos haber empezado de peor manera —Sean sonrió y todos le respondieron—, pero no existe otro hombre con el que quiera compartir mis días y mi esposa. *Salud*<sup>3</sup>.

Aquel hombre estaba rodeado por la familia que había elegido, era objeto de respeto y devoción. De amor. Joaquin

escuchó las palabras con creciente malestar. Contuvo un suspiro y se dio cuenta de que no sabía lo que sentía ninguno de los presentes. Y en ese momento, quería.

Miró de nuevo a Bailey, que observaba los procedimientos con expresión de anhelo. Para ser una chica que se había quedado dos veces huérfana en la vida, sin duda aquellas amistades y personas que se preocupaban las unas por las otras eran un foco de atracción. Por lógica, sabía por qué ella no quería tener nada que ver con él. Conectar con el hombre que la había secuestrado cuando lo que tenía que hacer era velar por su vida no era la mejor jugada. Pero ¿se alejaría de él

porque emocionalmente sabía que no era el tipo de hombre capaz de darle lo que buscaba?

Joaquin apretó los dientes y clavó la mirada otra vez en Thorpe, que parecía sospechosamente conmovido antes de dar a Callie un beso apasionado.

—Esta es, seguramente, una de las cosas más increíbles que han hecho por mí. Me siento conmovido. —Luego frunció el ceño—. Pero te daré igual los azotes.

Ella gimió y Sean dio a Thorpe una palmada en la espalda.

—Antes tienes que abrir algunos regalos.

Tara y Kata cogieron sus regalos de

la mesa. London y Morgan las imitaron, y así todos los que habían asistido. El chico del cumpleaños los abrió para descubrir botellas de licores añejos, gemelos, guantes para conducir y una fusta de piel de ciervo.

Por último, cuando la mesa estuvo vacía, Callie tragó saliva con nerviosismo.

—Sean y yo tenemos dos regalos para ti.

Axel desapareció y luego regresó con una enorme muñeca hinchable en ropa interior que parecía la reina del mal gusto. Sobre el vientre de plástico había escrita una palabra con letras rojas: «Empótrame».

Todos los presentes estallaron en



carcajadas. Incluso Joaquin sonrió, porque no era posible que alguien tan sofisticado y adorado como Thorpe tuviera que recurrir a practicar relaciones sexuales con un objeto inanimado, en especial uno tan feo como ese. Su sonrisa se convirtió en una risa al tratar de imaginarlo.

—Gatita, quieres que esos azotes se conviertan en un doble o nada, ¿verdad?

—Thorpe arrastró las palabras.

—Oh, tengo que sacar una foto de esto. —Logan se acercó con la cámara en la mano.

Antes de que Thorpe pudiera protestar, Sean empujó la muñeca hacia su amigo, pegándola al cuerpo de Thorpe. Logan sacó la foto y soltó un

grito al ver la imagen en la pantalla.

Thorpe murmuró una amenaza por lo bajo, pero Callie se interpuso entre sus dos hombres y los rodeó con sus brazos. Thorpe acabó besándola en los labios.

—Estás en un lío, mi dulce malcriada.

—Pero soy tu dulce malcriada — bromeó ella.

—Claro que lo eres. Por fortuna, te adoro. De lo contrario, no te sentarías durante un mes. Tal y como van las cosas, y a pesar de que estoy seguro de que te has recuperado de la noche pasada, no me importaría reforzar el dolor en tus nalgas para que el sábado no me olvides.

—Nunca sería capaz de olvidarte, señor. —Se dio la vuelta, de repente muy seria—. Nunca. Sé que nunca lo haré. ¿Quieres ver el segundo regalo?

—Ah, sí —dijo al tiempo que asentía—. ¿Qué me has preparado ahora?

—Qué te hemos preparado —le corrigió—. Nosotros tres.

Joaquin pensó qué podía ser y clavó los ojos en ellos.

Thorpe se quedó paralizado, como si tuviera la misma sospecha, mientras Callie le entregaba una caja.

—Ábrela.

El hombre no movió ni un músculo durante un momento, y pareció perderse en el profundo amor que brillaba en los

ojos azules de Callie; luego volcó su mirada en Sean, que asintió, participando claramente de su alegría.

Thorpe arrancó el lazo del paquete y destrozó el papel; luego abrió la caja. En el interior, había una diminuta prenda de vestir totalmente blanca con unas letras negras dentro de un gran corazón rojo.

—«*I love Daddy*» —murmuró con una expresión de sorpresa absoluta. Luego buscó la mirada de Callie con urgencia—. ¿Estás embarazada?

Ella le cogió la mano y se la puso en el estómago con un suave movimiento.

—De siete semanas. Creo que cuando nos escapamos a la playa... —

Parecía muy insegura ahora, tenía una mirada suplicante—. Espero que eso te haga feliz. Todo lo que siempre he querido era llenar tu corazón y...

Thorpe la aplastó contra su pecho, interrumpiendo su discurso. Él recorrió su rostro con la mirada.

—No he sido más feliz en mis cuarenta años de vida. Eres lo mejor que me ha pasado. —Se acercó para dar una palmada en el hombro de Sean—. Gracias a los dos. Gracias. Un bebé es el mejor regalo que podríais haberme hecho.

Mientras Thorpe besaba a Callie de forma apasionada, Joaquin se preguntó de quién sería ese bebé. ¿Lo sabría? Incluso aunque no lo supieran, a ninguno

parecía importarle. Juntos eran felices, y pronto formarían una familia.

Una mirada en dirección a Bailey le demostró que estaba conmovida por los hechos; unas lágrimas de felicidad resbalaban por sus mejillas revelando las ganas que tenía de tener familia propia. Un pensamiento repentino atravesó la mente de Joaquin: ¿y si la dejaba embarazada? Dejó escapar un suspiro. Menuda idea... Pero, por alguna extraña razón, no la rechazaba por completo.

Hunter se acercó a él mientras Thorpe y Sean se estrechaban la mano, sosteniendo a Callie entre ellos.

—Incluso yo estoy un poco emocionado.

Joaquin se negó a admitir que la escena le había afectado.

—Tal vez puedas encontrar algo en la farmacia que te lo cure.

—¿Quieres seguir siendo idiota? Genial. A mí solo me preocupa mi esposa. Está a punto de tener un bebé y quiere tener cerca a la familia. Quiere que nuestro hijo conozca a su tío, y no me refiero solo a Logan. —Hunter miró a su hermano, que metía un dedo en el agujero de la boca abierta de la muñeca hinchable de Thorpe y soltaba un aullido, y sacudió la cabeza—. En este momento entenderás perfectamente por qué. Por Dios, menudo idiota.

Era difícil no mostrarse de acuerdo con eso.

—¿Qué es lo que quieres proponerme?

—Entiendo la adrenalina que suponen las misiones y estar fuera de la normalidad. La sensación de estar siempre al límite. Pero eso no es una vida real. Sí, la seguridad del país es importante, pero es necesario tener intereses personales también, o si no todo comienza a dar igual. Kata quiere que estés cerca, y no pienso dejar que sufra. Si quieres visitarnos cuando puedas y ser su hermano de hecho, estoy abierto a ello. Eso la haría feliz. Y a tu madre también le encantaría saber de ti. Puesto que ahora es mi madrastra, me siento un tanto protector hacia ella. Pero si quieres seguir aislado y comportarte



como un gilipollas, vete de una puta vez.  
Y no vuelvas.

---

1 Se refiere al *April's Fools Day*, el día de los Inocentes anglosajón, que es el uno de abril (N. de la T. )

2 En español en el original (N. de la T.)

3 En español en el original (N. de la T.)

Una hora después, Bailey se encontraba en un rincón de la mazmorra y lo miraba todo con los ojos muy abiertos.

London parecía demasiado embarazada para respirar, qué decir de participar en cualquier tipo de juego de dominación, por lo que sus maridos se habían retirado con ella a un sofá en el fondo de la sala. Xander le masajeaba los hombros mientras Javier le frotaba los pies y los tobillos hinchados. La mimaron con besos. Por desgracia, Morgan había pasado una semana muy

dura entre las patadas del feto y su hijo pequeño, por no mencionar los mareos, así que Jack la había llevado a casa. Thorpe había propinado los cuarenta azotes más provocativos del mundo en las nalgas de Callie y ahora le daba de comer un poco de tarta. Después de algunos besos muy apasionados y de que Sean deslizara de forma furtiva la mano por debajo de la falda de Callie, los tres desaparecieron, supuestamente para trabajar en la reposición de los aperitivos. «¡Sí, claro...!».

Kata, tan agotada como London, pasó la noche acurrucada en el regazo de Hunter en un sillón, muy cerca del lugar donde Guisantito se arrodillaba a los pies de Axel. El jefe de seguridad

parecía una montaña junto a la pequeña recepcionista.

Él se quitó la camiseta y ordenó a la joven que se deshiciera de su vestido *vintage* y del sujetador de color rosa oscuro. Una vez que ella cumplió sus deseos, le puso unas pinzas en los pezones erguidos y comenzó a jugar con ella a «Simon dice...», premiándola cuando seguía sus órdenes cada vez más específicas y exigentes. Si fallaba, él la castigaba privándola de sensaciones y alabanzas. Ambos tenían la piel brillante por el sudor. Axel observaba a la chica con una absoluta concentración mientras trazaba pausados círculos a su alrededor, como si esperara su próxima oportunidad. Ella parecía ensimismada:

se notaba que contenía la respiración y que estaba desesperada por complacerlo.

Su juego la tenía absorta, pero otra escena a pocos metros de distancia capturó su atención.

Logan había despojado a Tara de su ropa hasta dejarla cubierta con un sujetador de lactancia y un diminuto tanga. Lo vio besarla en la boca con suavidad, antes de adorar su clavícula y el escote con el roce de sus labios. Siguió avanzando lentamente hasta acariciar las estrías rojizas que atravesaban su estómago.

—No, Logan. —Ella se retorció para alejarse cuando él comenzó a dibujar con su lengua las líneas que

bajaban hacia su vientre.

Él la sujetó por las muñecas.

—No vamos a empezar con esto otra vez, ¿vale? Yo tampoco soy perfecto, lo sabes. Tengo cicatrices.

—Eso es diferente —murmuró ella, evitando su mirada.

—Mírame. —Logan esperó hasta que lo hizo—. Claro que es totalmente diferente. Tus estrías son un hermoso recordatorio para mí. Tengo dos hijas perfectas gracias a ti, así que no seas tan consciente de ti misma. No me obligues a zurrarte de nuevo.

Cuando él se inclinó para besar de nuevo sus marcas, ella se estremeció y se retorció.

—Es que no me parece...

—Eres preciosa, como siempre — le aseguró él—. Y te lo he advertido ya. Así que has vuelto a meterte en un buen lío... En esto no vas a ganar nunca, Cherry.

Cogió a Tara entre sus brazos, se sentó en una silla cercana y la puso boca abajo sobre su regazo. Al instante, él bajó la mano para golpearle el trasero. Ella gritó, se sacudió y se tensó. En su piel pálida apareció la brillante huella roja de su mano. Sin parar para tomar aire, Logan lo hizo de nuevo.

Bailey los miró con la boca abierta. ¿Es que todos los allí presentes iban a permitir que ese hombre golpeará a una mujer solo porque ella había tenido un momento de inseguridad? Comprendía

que la baja autoestima no era sana, pero ¿por qué se enfadaba tanto él... ?

Agarrándose las manos, miró a su alrededor para ver cómo reaccionaban los demás. Unos miraban con interés, como Joaquin, otros no prestaban atención. De ninguna manera iba a quedarse de brazos cruzados mientras Tara soportaba aquello.

Se levantó y se acercó para detenerlos. Alguien tenía que hacerlo.

Kata abandonó el regazo de Hunter y la interceptó con movimientos torpes.

—No lo hagas.

—¿Estás loca? —Ella sabía lo que se sentía cuando la golpeaban de esa manera. Era un dolor intenso y primario. Perturbador y caliente.



—¿Conoces el BDSM?

—He leído un par de libros sobre el tema. Lo entiendo. Pero es evidente que eso... —Hizo un gesto señalando a Tara.

—Por lo tanto es que no. Tu cabeza te dice que lo que estás viendo es incorrecto, pero ¿qué responde otra parte de ti?

Bailey giró la cabeza hacia la hermana de Joaquin.

—¿Cómo lo sabes? —Las palabras salieron sin querer y se quedó aterrada. Cerró la boca y suspiró—. Parece demasiado.

—Eso es lo que yo sentí cuando me enfrenté por primera vez a este estilo de vida. —Kata sonrió—. Yo no sabía nada

del tema hasta que conocí a Hunter. Era algo que me atraía y me aterraba al mismo tiempo. Me parecía que debía odiarlo y protestar por todo lo que él me hacía. Pero en el momento en que estuve a punto de perderlo, tuve que ser sincera conmigo misma. Me encanta todo esto. —Lanzó una mirada por encima del hombro—. Mira ahora.

Cuando lo hizo, fue testigo de una escena completamente diferente. Logan seguía dando azotes ligeros a Tara con la palma de la mano y a un ritmo casi cadencioso, pero todo lo demás había cambiado. La joven ya no estaba tensa, sino que se había derretido contra él. Sus músculos estaban laxos, la piel roja. Sus gritos eran de pasión en vez de

dolor. ¡Dios!, si parecían respirar juntos en una unión casi simbiótica, parecían haber conectado el deseo de Logan de tocarla con la necesidad de Tara de sentir su preocupación.

Bailey dejó escapar el aliento que estaba conteniendo.

—Lo que estoy viendo... no tiene sentido.

—Lo tendría si estuvieras en el lugar de Tara.

—Lo he estado, pero... —Buscó a Joaquin con la mirada, pero se dio cuenta de que estaba hablando con su hermana e hizo una mueca—. Lo siento.

—¿Mi hermano te dio azotes?

Kata parecía realmente fascinada. ¿Por qué no se había mordido la lengua?

Por otra parte, si veía normal que su cuñado se los diera a su esposa, quizá estaba más que de vuelta de eso.

—Sí —admitió ella en voz baja—, pero lo detuve en la mitad.

Kata lanzó una mirada furtiva hacia Joaquin.

—Está interesado, ¿lo sabías?

—¿En mí? —Kata y Callie pensaban lo mismo. ¿Por qué no se daban cuenta de que los hombres como él, que se jugaban la vida a cada paso, no se fijaban en bailarinas tontas como ella?—. Lo cierto es que no. Soy importante para el caso, pero...

—Eres importante para él como mujer —aseguró ella—. Mira, voy a ser sincera contigo. Llevo años sin ver

demasiado a mi hermano. Cuando éramos pequeños, nuestro padre falleció en acto de servicio al intervenir en una disputa doméstica. Recibió una bala en el pecho. Los médicos trataron de reparar el daño que sufrió su corazón, pero la hemorragia era enorme.

»Después de que ocurriera eso, Joaquin comenzó a desconectar de todo lo que le rodeaba. A veces siento que ese día perdí a más de un miembro de mi familia. No asistió cuando me gradué en el instituto o en la universidad. Hunter y yo nos fuimos, pero Joaquin solo estuvo una hora en la ceremonia que realizamos para la familia. Ni siquiera sabía que nuestra madre se había casado con el padre de Hunter el

otoño pasado. Ver que se interesa por otra persona es alentador.

Seguramente estaba siendo estúpida, pero sintió una opresión en el corazón. Joaquin había perdido a alguien importante a una edad temprana. ¿Se había vuelto un solitario a partir de entonces? ¿Cuánto dolor habría sufrido por ello?

Bailey deseaba poder ayudar a Kata —y a Joaquin— porque sabía lo que se sentía al no tener familia. Conocía el dolor de pasar las vacaciones de Navidad sola ante el árbol, viendo cómo pasaban las fechas importantes sin gente amada con la que compartirlas. Sabía que Kata estaba recurriendo sutilmente a ella para que la

ayudara a curar a Joaquin. Le dolió mucho negar con la cabeza.

—Está tratando de resolver un caso. Quizá quiera acostarse conmigo, a fin de cuentas estoy a mano y no soy horrible. Pero no está buscando ningún tipo de conexión emocional conmigo.

—¿Por qué te dio esos azotes? —preguntó Kata.

—Lo puse furioso.

—¿Cómo?

—Pensaba que me había arriesgado demasiado cuando entré en la zona pública del Dominium. Estaba con Callie y nadie me vio, pero...

—Estaba preocupado por ti —la interrumpió Kata con una sonrisa—. No quería que nadie te hiciera daño. Eso

indica que le importas.

Bailey odiaba hacer estallar su burbuja.

—Él no quería perder a la única persona capaz de ayudarle a entender por qué está muriendo toda esa gente.

Kata agitó un dedo ante su cara.

—Si no le importaras, te hubiera encerrado en una habitación y te habría ignorado por completo hasta que quisiera interrogarte. En cambio, te puso sobre su regazo y comenzó a darte azotes en el trasero desnudo, ¿tengo razón o no?

—Sí. —Entonces, ¿qué quería ella demostrar?

—Ese castigo es muy personal. Quería someterte él mismo. Quería



sentir cómo te rendías. Muchos años habrían elegido el aislamiento como castigo, sobre todo porque era una forma de mantenerte a salvo, pero en vez de hacer eso, te dio unos azotes él mismo. Estás en esta fiesta, hablando con su hermana. Y te está mirando en este mismo momento... Me da un poco de asco ver lo mucho que te desea, pero prefiero eso a su indiferencia habitual.

Bailey se tragó un nudo de deseo. Ella no quería desearlo. No quería ser responsable del estado emocional de Joaquin o lo que fuera que Kata estuviera insinuando.

—Mi mujer es muy inteligente. Y tiene razón —murmuró Hunter, acercándose a ellas y rodeando la

cintura de Kata con el brazo.

Bailey se dio la vuelta y dio un paso atrás para incluirlo en la conversación. En el rostro de Hunter no había el menor rastro de burla. Él creía realmente lo que acababa de decir, e igual que Kata y Callie, estaba seguro de que Joaquin la veía como algo más que un testigo en un caso.

—Yo solo habría administrado unos azotes en esa situación si hubiera tenido una necesidad visceral de ver la reacción de mi sumisa ante mi disciplina.

¿Por qué un amo necesitaba sentir eso? Frunció el ceño, confusa, y Kata sonrió.

—En otras palabras, Joaquin solo

te habría castigado de esa manera si hubiera querido ver y sentir por sí mismo lo que había conseguido de ti — explicó Hunter—. Recibir tu dolor y tu placer, experimentar la caída de tus barreras y sentir que te entregabas a él, eso le ayudaría a creer que no ibas a volver a arriesgarte de una manera tan idiota. Aislarte habría sido lo más fácil, y seguramente lo más efectivo. Pero no le habría otorgado ninguna garantía de que tú lo habías entendido. Si no le importaras, no le habría preocupado eso.

Las palabras de Hunter fueron como un bofetón en la cara. Kata había dicho más o menos lo mismo. Por alguna razón, quizá porque Hunter era un

hombre y estaba interpretando las acciones de otro hombre, todo lo que decía tenía más sentido. Más peso.

Bailey se llevó los dedos a la garganta y movió la cabeza. ¿Estaba diciendo que Joaquin no solo quería llevarla a la cama, sino que ella le importaba aunque fuera inexplicable? Pero si la única manera en que él podía demostrar su preocupación por ella era propinándole unos azotes, ella debía resistirse a ello, daba igual lo atractiva que le pareciera la idea.

Echó otro vistazo a la habitación y vio que Logan estrechaba a Tara contra su pecho, sujetándola todavía en su regazo. Ella se puso a sollozar y él la abrazó con más fuerza al tiempo que le

decía algo al oído. La joven no parecía enfadada, su expresión mostraba una emoción entre agradecimiento y éxtasis.

Bailey recordó la escena que había presenciado el otro día, cuando estaba con Callie. La mujer había mostrado una expresión muy similar. Su sensibilidad resultaba, de hecho, conmovedora.

Bailey no podía negar de ninguna manera que quería que alguien se preocupara de ella. No, no quería que fuera cualquiera. Lanzó una mirada de soslayo a Joaquin, y se lo encontró observándola con una penetrante concentración. Parecía beber cada uno de sus gestos y matices. Sin duda, después le preguntaría qué había visto y cómo se había sentido, y ella no iba a

saber qué decirle.

Kata dejó escapar un suspiro de alivio.

—¡Gracias a Dios! Logan ha conseguido por fin que Tara se desahogara.

—Sí —añadió Hunter con gravedad.

—Ha estado muy presionada desde el parto —explicó Kata—. Trata de ser la mejor madre y la mejor esposa del mundo. Hace unas semanas volvió a trabajar y no duerme lo suficiente. Ha estado tan preocupada por ser capaz de abarcar lo que eso concierne que ha dejado todo lo demás de lado. Logan ha tratado de conseguir que se abriera, que liberara su estrés, que se apoyara más en

él.

—Y por fin lo ha conseguido. —  
Hunter sonrió.

—¿Quieres decir que... le ha dado esos azotes porque era lo mejor para ella? —Bailey se sentía muy confundida.

—Bueno, dudo que Logan lo haya pasado mal —repuso Hunter arrastrando las palabras—, pero sí. Tenía que hacer que bajara sus defensas para llegar a la mujer que hay debajo. Ahora que ella se ha abierto, serán capaces de comunicarse mejor y de resolver sus problemas. De lo contrario, Tara iría volviéndose cada vez más frágil hasta que se rompiera.

Bailey lanzó otra mirada a la pareja y supo que Hunter tenía razón. A pesar

de lo extraño que era, le vio la lógica al asunto. Si Tara no estaba en guardia, Logan podría llegar hasta el verdadero problema y solucionarlo. No podía negar que la joven parecía estar mejor.

Se mordió el labio, preguntándose... ¿Joaquin había tratado de llegar a ella?

—Al mirarlos ahora, puedo afirmar que Logan adora a su esposa. Claro que quería ayudarla —argumentó Bailey—. Pero si Joaquin quiere que me abra y baje la guardia, es solo para que recuerde todo ese pasado que he olvidado. Necesita la información que puedo facilitarle.

—Es cierto, pero el sometimiento sirve para enseñar una lección, no para



refrescar la memoria. Mientras sigas en peligro, ¿volverás a salir de la zona de seguridad designada sin hablar antes con él?

Su primer impulso fue recordar a Hunter que era una mujer adulta y que haría lo que quisiera, pero su expresión hizo que lo pensara mejor.

—Seguramente no.

—Pues misión cumplida —ironizó él.

Pero cuando Logan había dado los azotes a Tara había parecido una escena tan emocional como sexual. Revivió lo ocurrido unos días atrás; cuando Joaquin le zurró en el trasero, ella había experimentado algo a un nivel muy profundo, y sí, también había tenido

carácter sexual.

Abrió la boca para preguntar si habría entendido mal el objeto de la zorra de Joaquin, pero la cerró. Había conseguido comprenderlo. Y si su reacción había sido paralela, él también se había excitado. ¿Qué significaba eso?

Hunter le susurró algo a Kata al oído y ella lo miró de forma insinuante. En el fondo de la sala, Logan se levantó con Tara en brazos y la besó de una forma que hizo que Bailey supiera, sin lugar a dudas, lo que iba a ocurrir. Lo vio dirigirse a la parte de atrás del club, abrir una puerta y cerrarla de golpe una vez que entraron.

En un rincón, Axel abrazaba ahora a Guisantito, que parecía agotada pero

tranquila. Era curioso, pero su abrazo parecía ofrecer consuelo, no tenía carácter sexual. La pequeña recepcionista, de nuevo cubierta con su vestido *vintage*, le dirigía al jefe de seguridad una sonrisa de agradecimiento. Él le acarició el pelo al tiempo que murmuraba algo que la hizo inclinar la cabeza con los ojos brillantes. Lo que compartían era diferente, pero parecían conectados de una forma conmovedora.

Por fin, Sean, Callie y Thorpe salieron de la cocina, con algunos refrescos y botellas de agua. La morena se ajustaba la falda y tenía las mejillas encendidas. Mostraba una expresión tan sumamente satisfecha como los dos

hombres.

Bailey sintió una punzada de envidia. Quería lo que tenían todas aquellas personas: consuelo, sentir que pertenecía a alguien, que conectaba con alguien. Amor. Sus padres no se habían comportado como unos verdaderos padres; la habían criado a cambio de un sueldo antes de desaparecer sin ningún arrepentimiento. Nunca había sentido un gran amor, salvo por la danza. Jamás había tenido una verdadera conexión con otra persona, ni siquiera cuando pensó que sí la tenía. La destrozaba pensar que siempre había estado sola.

La soledad era como un peso en el pecho. Pero también la maltrataban más sentimientos que no sabía definir. Trató

de procesar todo lo que había presenciado en el Dominium, insegura de por qué echar un vistazo a eso la hacía pensar en Joaquin. No, lo sabía. Era porque lo deseaba mucho más de lo que debería. Deseaba poder afirmar que sus sentimientos eran tan solo querer a alguien en su vida, pero sabía muy bien lo que anhelaba. Era algo intenso y totalmente concentrado en él.

Joaquin hacía que lo deseara de una forma que no entendía. Era algo que no remitía, y no sabía por qué. Él no había sido precisamente tierno con ella; la había desafiado a todos los niveles, la había asustado, enfadado... La había obligado a cuestionarse su identidad y toda su vida.

Pero al mismo tiempo había provocado algo, y mucho se temía que no iba a poder prescindir de él.

Desvió la mirada. Aquello era una locura; si no conectaba con su propia familia, alimentar la esperanza de que compartiera con ella lo que acababa de presenciar en el Dominium era una estupidez.

El futuro se extendía ante ella vacío, sin Joaquin. Ella no tenía familia ni apenas amigos. Sintió que la embargaba la tristeza.

¡Mierda! Iba a acabar llorando solo de pensarlo. Un buen momento para que se dejara llevar por la autocompasión.

—Creo que por hoy me retiro. Me alegro de haberos conocido —les dijo

con seriedad a Kata y a Hunter—. Espero que todo vaya bien con el bebé.

La pareja intercambió una mirada antes de que Kata le pusiera la mano en un hombro.

—¿Estás segura? Me encantaría que te quedaras un rato más. Es bueno tener refuerzos femeninos.

Su oferta era muy amable, pero Bailey no soportaba ser la obra buena del día de Kata.

—Estoy muy cansada. Quizá volvamos a vernos algún día.

Antes de que pudieran volver a protestar, sonrió y se dio la vuelta antes de recorrer la sala. Se dirigió hacia Thorpe, que hablaba con Xander y Javier junto al sofá. London se había

acurrucado en los cojines y dormía profundamente.

Esperando que saber que iba a ser padre le hubiera puesto de buen humor, dio a Thorpe un toque en el hombro. Él se excusó con sus amigos antes de volverse hacia ella.

—Feliz cumpleaños —murmuró ella—. Callie tenía muchas ganas de darte una sorpresa. Espero que no estés muy enfadado con ella.

La mirada del hombre se suavizó, y ella tuvo la sensación de que muy pocas personas veían aquel lado tierno de ese imponente ejemplar masculino.

—Gracias. No te preocupes por Callie. Cada día me hace más feliz. Siempre la protegeré como a un tesoro.



Él recorrió la estancia con la mirada hasta dar con su mujer y Sean, que estaban hablando tranquilamente en un rincón, cogidos de la mano. Sean jugueteaba con el anillo de compromiso de Callie y luego lo hizo con el collar. Ella sonreía mientras intercambiaban miradas de amor sincero. Thorpe los observaba con una expresión entre tranquila y orgullosa.

Se preguntó si Callie sabía lo afortunada que era de ser objeto de tanta adoración, y esa idea hizo que volvieran a llenársele los ojos de lágrimas.

—Buenas noches.

Thorpe la miró de nuevo.

—¿Qué te pasa?

Ella no se molestó en decir que no

era nada; sabía que no la hubiera creído.

—Es que quiero estar sola.

—¿Joaquin sigue reteniéndote aquí contra tu voluntad? Si es necesario intervendré.

—No. Gracias, pero me ha convencido de que aquí estoy más segura. —Al menos físicamente. Sin embargo, su corazón acabaría destrozado—. Estás muy ocupado con una boda a la vuelta de la esquina y un bebé en camino. No te preocupes por mí.

—No me pidas un imposible. Sé que Joaquin te mantendrá a salvo de esos psicópatas que te persiguen. Le aconsejé que contuviera su ira, pero si vuelve a dejarse llevar, dímelo de

inmediato. Yo me ocuparé.

—Estoy bien —insistió ella—. De verdad. —Bueno, salvo por haber llegado a la terrible conclusión de que no tenía a nadie, por saber que el hombre que anhelaba solo quería de ella un polvo rápido, y que una vez que hubiera pasado aquel peligro espeluznante seguiría estando sola—. Buenas noches.

Cuando se giró, él la retuvo por el brazo con suavidad, pero sin permitirle escapar.

—¿Necesitas ayuda, Bailey? ¿Un abrazo? ¿Un oído que te escuche? Dime.

Él había adoptado el rol de hermano mayor con tanta facilidad y amabilidad que odiaba rechazarlo.

—No —sollozó—. Soy... mmm... una de esas personas que les da muchas vueltas a las cosas.

Thorpe respiró hondo; era evidente que no le gustaba su respuesta, pero la soltó.

—Vale. Si la situación cambia, espero que acudas a mí. Estás bajo mi techo, y eso te convierte en mi responsabilidad. No pienso permitir que encima de estar en la situación que estás, sufras más molestias.

Era tan amable que ella intentó contener las lágrimas.

—Soy consciente de ello. Espero que sigas disfrutando del resto de la fiesta de cumpleaños. Ya sé que vas a tener una vida increíble con la gente que

quieres. ¡Felicidades!

Tomó aire de forma entrecortada mientras se alejaba. Miró a su alrededor y se encontró con que Joaquin estaba mirándola. Apartó la vista y se dirigió directa al pasillo que llevaba a su habitación. Antes de que lograra escapar, él se puso a su lado.

—Estás llorando.

¿Qué quería que dijera? ¿Que una parte de ella, la más ridícula, quería estar cerca de él? No lo iba a entender. ¡Ni siquiera se entendía ella! Mejor dejarlo pasar.

—Síndrome premenstrual.

—No me mientas —gruñó él.

—Estoy cansada. ¿Es que no puede apetecerme estar sola? A fin de cuentas,

han sido unos días muy difíciles.

Él dejó de insistir y le lanzó una mirada comprensiva.

—Te he hecho sufrir mucho. Dime cómo puedo ayudarte.

—No quiero tu compasión. —Dios, la idea la hacía llorar de nuevo.

Él entrecerró sus ojos color avellana.

—No es eso lo que estoy ofreciéndote.

Ella no sabía si creerlo o no. Se sentía demasiado confusa para asimilar esa declaración en ese momento. La puerta de la habitación donde había dormido las últimas noches estaba a unos pocos metros. Solo unos pasos más y podría encerrarse allí. Entonces sería

capaz de pensar, de respirar un aire en el que no flotara la esencia de ese hombre. No lo sentiría a su alrededor, haciéndola ser demasiado consciente de todo lo que estaba perdiéndose.

Aquello era una locura, se sentía sola y aun así huía de gente que se había ofrecido a pasar tiempo con ella. Un vistazo rápido a Joaquin le indicó por qué: quería calidad, no cantidad. No conocía a Kata ni a Thorpe; sus intenciones eran buenas, pero... no podía seguir conformándose con más interacciones superficiales, que era como resultaban todas sus amistades salvo la que mantenía con Blane. Necesitaba algo real, profundo y duradero. Algo de verdad.

Lamentaba no llegar a conseguirlo nunca con Joaquin.

—Si quieres hacer algo por mí, pasa un rato con tu hermana. Te necesita.

Lo vio apretar los labios; no parecía contento.

—¿Acaso Hunter o Kata han dicho algo que te ha molestado?

—No, pero no deberías olvidar que tienes una familia. Te lo dice alguien que ha pasado sola las tres últimas navidades. —Apretó los dedos en torno al pomo de la puerta y tiró de ella, tratando de abrirla.

Vio que le temblaba la mano. La imponente presencia de Joaquin a su espalda hacía que se estremeciera sin control.



—Estás temblando.

«¿En serio?», pensó con ironía. Suspiró, segura de que si él no dejaba de presionarla, de preocuparse, acabaría derrumbándose. Tenía que dejar de hacer que se sintiera culpable, o la próxima vez que mostrara interés por ella, acabaría teniendo un momento de debilidad.

—No importa. Me has traído aquí para mantenerme con vida. Y todavía no he muerto. Así que déjalo estar.

Él la obligó a girar para que se enfrentara a él y le puso un dedo debajo de la barbilla para que lo mirara. Ella contuvo la respiración.

—Eso no va a funcionar conmigo, nena. Te voy a dejar una hora a solas.

Luego regresaré, y hablaremos. Y no es negociable.

Joaquin apenas podía respirar por la ira que lo inundó en el momento en que dejó a Bailey en su habitación y recorrió el pasillo de regreso a la fiesta. Recordó lo que había visto, sabía con quién había estado hablando ella cuando comenzó a sentirse mal. No era que estuviera ansioso por charlar con su hermana, pero a Dios tenía por testigo de que iba a hacer todo lo posible para averiguar qué cojones había hecho daño a Bailey.

Se acercó a Kata como un tren desbocado, sin detenerse hasta que estuvo casi nariz con nariz.

—¿Qué le has dicho a Bailey para que se muestre tan molesta?

Kata se echó hacia atrás al tiempo que se encogía de hombros.

—Nada.

—Le has dicho al menos que dejo de lado a la familia.

A pesar de esas palabras, él sabía que siendo Bailey huérfana como era, vería el distanciamiento con su hermana como un gran desperdicio y un terrible pecado.

—No te pongas así. Solo le dije que no te veíamos el pelo demasiado. Después, comenzó a parecer molesta. Traté de hablar con ella, pero... no esperaba que confiara en mí. Apenas me conoce.

Evidentemente, Bailey también había hablado con Thorpe. Joaquin no podía negar que la joven lo había mantenido al margen por completo cuando la siguió a su dormitorio. ¡Joder!, seguro que lo consideraba un capullo sin corazón.

Se quedó mirando la pared del fondo mientras respiraba de forma entrecortada. Miró el reloj..., faltaban cincuenta y ocho minutos para que pudiera regresar a la habitación de Bailey. Incluso aunque pudiera verla en ese mismo momento, ¿qué le diría?

—Tienes que hablar con ella —le dijo Kata—. Creo que a ella le vendría bien.

—Lo he intentado —repuso él entre

dientes.

—Mi esposa trató de ayudarla, así que deja de intimidarla —intervino Hunter en tono amenazador—. No necesita que la presiones ni la molestes, sobre todo ahora, que está de casi ocho meses. ¿Por qué no dejas de ser un imbécil y das un paso atrás?

Joaquín miró a su hermana. Kata no los estaba mirando a ninguno de ellos. Era evidente que no quería contradecir a su marido, pero su expresión decía claramente que era porque no podía estar en desacuerdo.

Joaquín se pasó la mano por la cara y suspiró.

—Lo siento, Kata. Bailey ha sufrido mucho durante los últimos dos

días, y lo que le queda. Sé que no podré evitar su dolor por completo, pero quiero...

¿Cómo expresar con palabras algo que ni siquiera él mismo comprendía?

—Quieres evitarle todo el que puedas. Lo entiendo. Bailey es importante para ti —aseguró Kata en voz baja.

Él frunció el ceño. ¿Cómo había llegado su hermana a esa conclusión? Es más, ¿cómo había llegado a preocuparse tanto por Bailey con tanta rapidez?

—Algo así —susurró.

—Ella cree que para ti no es más que un caso. Si eso es cierto, deberías aclararlo y mantener las manos alejadas de ella.

Que su hermana pequeña le dijera cómo tenía que llevar su vida no era lo mejor para su estado de ánimo, y solo le hizo falta echar una mirada a su cuñado para darse cuenta de que Hunter estaba totalmente de acuerdo con su esposa. «¡Vaya mierda!». Pero ¿no era eso lo que debería hacer?

El móvil de Hunter emitió un pitido, haciendo que lo sacara del bolsillo y leyera el mensaje antes de volver a guardarlo en los vaqueros.

—Stone está aquí. Tiene algo.

«¿Esa noche?».

—¿Ha venido desde Lafayette? Pensaba que estaba a cargo de Oracle.

—Dice que es urgente —explicó Hunter al tiempo que asentía con la

cabeza—. Jack también está de regreso, y siempre podemos recurrir a Tyler si hubiera alguna urgencia. Le voy a pedir a Thorpe que nos deje usar su despacho.

Un momento después, vio que Hunter y el dueño del club intercambiaban algunas palabras. Sean se unió a ellos, y, treinta segundos más tarde, Thorpe cogía la mano de Callie y la besaba en la frente mientras Hunter y Sean se dirigían hacia él.

—Esperadme en el despacho de Thorpe. Voy a buscar a Stone —explicó el novio.

Los dos asintieron y Joaquin hizo una mueca. Si Stone había viajado más de cien kilómetros para ponerlo al corriente de algo, sin duda no se trataba



de una buena noticia.

Se sentó en una silla, frente al escritorio de Thorpe. Hunter permaneció atrás, cerca de la puerta. No había pasado mucho tiempo cuando Sean hizo su aparición acompañado de Stone. El antiguo agente del FBI ocupó el sillón de Thorpe, lo que le hizo pensar que parecía más bien un trono, mientras que el experto en informática de Jack se hundía en la otra silla frente a la mesa.

Joaquin se volvió a mirarlo.

—Gracias por venir. Es muy importante para mí.

Muchos hombres dudarían antes de impartir una mala noticia, pero Stone no era uno de ellos.

—Ya está listo el retrato robot del

tipo que irrumpió en casa de Bailey. Estoy seguro de que tenían intención de enviárnoslo mañana, pero ya que estaba revisando expedientes, pensé ¿qué coño...? Así que lo he impreso y lo he traído. —Le pasó una hoja de papel—. ¿Te resulta familiar?

—No —repuso Joaquin tras echar un vistazo. Pero no era él quien podía recordar haber visto ese rostro en el pasado.

—¿Puedo? —preguntó Sean tendiendo la mano.

Le pasó el papel y observó cómo el otro hombre estudiaba el dibujo de un tipo calvo con rasgos comunes que llevaba un uniforme con un desconocido escudo militar. Sean lo diseccionó

visualmente con el ceño fruncido.

—Podría ser uno de los tipos que nos persiguieron a Callie, Thorpe y a mí en Las Vegas el pasado noviembre. No pude estudiarlo con detenimiento porque se trató de una persecución de coches. Pero sí, me resulta familiar.

—Jodidamente fantástico. —  
Joaquin reprimió el impulso de golpear una pared. El estrés comenzaba a pasarle factura, así como las conexiones entre Bailey y los cabrones que habían perseguido a Callie durante una década. Seguramente los que habían tratado de matar a la heredera eran los mismos que habían matado a su familia. ¿Serían también los que habían acabado con los padres de Bailey y sus hermanos?

—Quiero enseñárselo a Callie, a ver si a ella le resulta familiar. Y creo que Bailey debería verlo también.

A Joaquin no le gustaba la idea, pero se mostró de acuerdo.

—Ya lo había pensado.

—Bueno, y también me gustaría enseñársela a mis antiguos compañeros —indicó Sean—, y comprobar si obtenemos alguna coincidencia con el software de reconocimiento facial; lo mismo coincide con alguno de los delincuentes que tenemos fichados.

—Me he adelantado —intervino Stone—. Lo han identificado como Joseph McKeevy. Es miembro conocido desde hace mucho tiempo de LOSS. Por lo que se ve, es un verdadero hijo de

puta. Conocido por un par de encarguitos a mano a armada en su historial de antecedentes penales. Sin embargo, tiene más inclinación por atacar a mujeres. Lo encerraron cuando era menor de edad por violar a una amiga de su hermana pequeña. Cuando salió a la calle después de pasar unos años en un reformatorio, reincidió. Fue el sospechoso principal de una serie de casos de tortura, violación y asesinato cerca de su ciudad natal, Springfield, en Misuri. Se le perdió la pista en México durante un tiempo. Creemos que estuvo por Juárez, y que allí contribuyó a aumentar la cuenta de las mujeres asesinadas que aparecen enterradas en el desierto. Regresó al país hace unos

años. Supongo que LOSS le ha dado luz verde para continuar con su enfermiza obsesión en nombre de la liberación de Estados Unidos. Una gente muy maja.

—¿Está en busca y captura? — preguntó Joaquín.

—Por favor... —Stone puso los ojos en blanco—. Lleva años. LOSS se las ha arreglado para mantenerlo oculto. Si tuviera que elucubrar, diría que es su principal brazo ejecutor. No será fácil que caiga en nuestras manos.

—¿Alguna idea de dónde se encuentra ahora? ¿Seguirá en Houston?

—Esta mañana lo captó una cámara de tráfico saliendo de la ciudad por la 45 en dirección norte.

Hacia Dallas. Joaquín sintió como

si Stone le hubiera dado un puñetazo en el pecho. Se le detuvo el corazón un instante. No podía respirar. ¿Por qué McKeevy se dirigiría a Dallas? Su mayor temor era que ese maldito psicópata estuviera suelto buscando a Bailey con idea de convertirla en su próxima víctima.

Todo su ser se opuso a esa idea. Haría cualquier cosa por mantenerla a salvo. Sí, quería que el capullo que había acabado con Nate pagara por su crimen, pero su instinto le decía que ya no se trataba únicamente de vengar a su amigo. Si le ocurriera algo a Bailey... ¡Dios!, no podía dejar de pensar en ella.

—Ahora vuelvo —se disculpó Sean, desapareciendo con el boceto.

—¿Puedes darnos un minuto a solas? —preguntó Stone a Hunter, que se encogió de hombros antes de seguir a Sean.

—¿Qué pasa? —preguntó Joaquin en cuanto se quedó solo con Stone en el despacho de Thorpe.

El musculoso informático se encogió de hombros, aunque no como disculpa.

—¿Recuerdas esa reunión de la que te he hablado, en la que iban a determinar si te despedían por utilizar los recursos del Gobierno para trabajar en un caso personal?

Se quedó paralizado.

—Sí.

—Pues has salido perdiendo. Lo



siento.

Le habían despedido.

«¡Joder! ¿En serio?».

Sin embargo, la expresión de Stone no le hacía pensar que se tratara de una broma.

El trabajo había sido su vida durante la última década. No recordaba un día desde que era adulto que no hubiera estado preparando un caso o trabajando de forma secreta en otro. Había dejado a un lado todo lo que no estuviera relacionado con su labor para volcarse en la aplicación de la ley. Y después de un solo paso en falso —para resolver el asesinato de un amigo e impedir que murieran más mujeres—, le habían desechado.

Se estremeció y suspiró. No sabía qué cojones iba a hacer ahora con su vida.

—Me gustaría que me hubieras dado mejores noticias, pero gracias por decírmelo.

Stone volvió a hacer un encogimiento de hombros.

—No me gusta andarme con rodeos. ¿Qué vas a hacer ahora?

No lo sabía. En realidad, no había previsto nada. Sí, no tenía trabajo, pero tampoco ninguna responsabilidad. Su apartamento era una pocilga, sobre todo porque nunca estaba en él el tiempo suficiente para ocuparse de que estuviera cuidado. Cada lugar en el que había residido había sido un sitio

temporal. No tenía mujer ni novia a la que le importara si no podía permitirse salir con ella de cena el sábado por la noche. No tenía hijos que alimentar, vestir ni llevar al médico. Llevaba más de una década sin disfrutar de lo que ganaba, por lo que podía permitirse el lujo de no trabajar durante años. Hasta ese momento, no tener un caso en el que trabajar le hubiera vuelto loco, pero ahora, bueno, eso le daba más tiempo para hacer que el tipo que había matado a Nate pagara por lo que había hecho. Y para mantener segura a Bailey.

—Resolver este caso. Poner a un par de hijos de puta tras las rejas. Y luego... ya se verá.

Encontrar un nuevo trabajo era algo

que resolvería en el futuro; ahora tenía que neutralizar el peligro que corría Bailey. No había ninguna duda de qué era lo más importante.

A su espalda, la puerta se abrió y entró de nuevo Sean con Hunter pisándole los talones. Los dos parecían bastante agitados.

—Tenemos más datos —comunicó Sean mientras rodeaba la mesa para sentarse de nuevo.

Callie entró en ese momento en la habitación con una expresión entre preocupada y muy furiosa.

—Este capullo nos va a arruinar la boda, ¿verdad?

¿De qué cojones estaba hablando Callie? Se volvió para mirarla con gesto

inquisitivo.

—Cielo... —Sean se levantó de nuevo y alargó un brazo hacia ella.

Callie se acercó a él con un suspiro y le cogió la mano. El antiguo agente la atrajo hacia su cuerpo antes de volver a sentarse en el sillón de Thorpe con ella en el regazo.

—He trabajado mucho para que todo saliera bien —señaló ella.

—Deberías estar más preocupada de por qué intentan sabotearla.

—¿Quién? —intervino Joaquin—. ¿Tengo que saber algo más?

Sean lanzó el boceto de la policía sobre la mesa.

—McKeevy. Hemos obligado a todos los proveedores de la boda a que

nos presenten información detallada de cada empleado que participe en el evento. Parece que este tipo fue contratado la semana pasada como ayudante del fotógrafo cuando el que tenía desapareció de forma misteriosa. Lo han contratado con el nombre de Timothy Smith.

—Sin duda un tipo muy creativo — dijo Stone arrastrando las palabras.

El alias que hubiera utilizado el asesino era la menor de sus preocupaciones, en especial cuando Sean dejó caer en el escritorio una imagen que correspondía de forma casi extrañamente exacta con el retrato robot.

—Esto lo tenía Callie entre sus archivos. Como veréis, es su viva

imagen.

Sin duda.

—¿Creéis que sabe que Bailey está aquí, en el Dominium? ¿O sospecháis que planea hacer algo gordo en la boda?

—Podría ser cualquiera de las dos cosas. —Y Sean se había quedado lívido ante la posibilidad.

—He eludido a esa gente durante años. Creo que es muy probable que quieran vengarse y hacerme daño —intervino Callie—. ¿Cómo podrían saber el paradero de Bailey?

—Hemos tenido mucho cuidado con eso —añadió Sean.

—Salvo la noche que las chicas accedieron al club en hora punta, mientras la gente jugaba. ¿Hay una lista

de todos los que estaban presentes esa noche?

—Sí. Se la pediré a Axel. Mientras tanto, sería mejor que le enseñaras a Bailey este retrato. Quizá llegó a ver a este individuo merodeando alrededor de su casa o del estudio de ballet antes de que tú intervinieras —le dijo Sean—. Es una posibilidad remota, pero, quizá, si él estuvo implicado en la muerte de su familia, ver su rostro haga que se aclaren sus recuerdos.

Joaquin tomó el boceto mientras deseaba poder alejar a Bailey de ese peligro, de cualquier problema y agitación. En ese momento en concreto, prefería no mostrarle el rostro de un asesino peligroso y evitar cualquier



pregunta sobre su pasado lejano. La había notado muy frágil esa noche, no quería destrozarla; el investigador que había en él debía haber percibido su debilidad, y debería aprovecharla. Pero el hombre que era no podía soportar la idea de volver a hacerle daño nunca más.

Por desgracia, no tenía otra opción si quería mantenerla a salvo.

—Me pongo a ello. Os comunicaré lo que me diga. ¿Algo más?

Sean sacudió la cabeza.

—Por mi parte no —intervino Stone—. Me largo. Conozco a una *stripper* que me hará una buena mamada por cincuenta dólares y no suele trabajar los martes. Nos vemos.

Mientras el hombre desaparecía, Sean se dirigió hacia la puerta con Callie en brazos; una vez allí miró a Hunter.

—Menudo empleado tienes.

—Dímelo a mí —ironizó Hunter—.

Jack contrata a exagentes muy brillantes, pero algunos tienen una personalidad tan agradable como un grano en el culo.

—Por lo que tu hermano habla de ti, la tuya no es mucho mejor —bromeó Sean.

—¿De verdad? Pues Logan puede besarme el culo.

Los dos se rieron antes de que Sean estrechara la mano de Hunter.

—Gracias por venir a la fiesta que hemos preparado para Thorpe. Creo que

Callie y yo vamos a recoger a nuestro viejales favorito para irnos a la cama.

Ella sonrió como si nada pudiera hacerla más feliz.

—Gracias por la invitación — repuso Hunter—. Yo voy a llevarme a mi esposa a un hotel. Es demasiado tarde para regresar a casa.

—Quedaos aquí. —Sean metió la mano en el bolsillo y sacó unas llaves—. Nosotros nos vamos a casa y tenemos seis habitaciones. Thorpe, Callie y yo no tardaremos mucho en llegar. Así que si ves a tu hermano, dile que Tara y él también pueden quedarse. Xander, London y Javier van a dormir allí también.

—¿Estás seguro?

—¿Para qué están los amigos?

Hunter se guardó las llaves.

—Gracias.

—Regresaremos por la mañana —

añadió Sean, dirigiéndose a Joaquin—.

Si necesitas algo...

—Tengo tu número.

—Bien. Hasta mañana.

Sean y Callie desaparecieron, presumiblemente en busca de Thorpe, para poder descansar. Joaquin sintió cierta envidia. ¿Cómo sería tener una casa que compartir con tus seres queridos? ¿Invitar a los amigos para que se quedaran a dormir? ¿Instalarse y tener un lugar que llamar hogar?

—¿Me haces un favor? —preguntó

Hunter al quedarse solos.

—¿Qué?

—Sé que hay que enseñarle el boceto a Bailey esta noche. Pero no la presiones.

—Esta noche no haces más que dar consejos útiles. —Su cuñado se acercó a su espalda—. Es evidente que me consideras un cabrón insensible. ¿Pero sabes qué? Contento un poco hasta que me conozcas bien.

Hunter parecía igual de irritado que él al cruzar los brazos sobre el pecho.

—Estoy bastante seguro de que te conozco, y no hubiera dicho que eres un cabrón insensible. Aunque, ya que estamos..., ese adjetivo describe más o menos cómo te has comportado.

—No entiendes la situa...

—Lo hago. Mira, perdiste a tu padre. Eso duele... Lo entiendo perfectamente. Yo también perdí a mi madre y...

—Cierra la boca ya. —Joaquin se sentía cada vez más furioso. Jamás hablaba de su padre, y se negaba a hacerlo ahora—. El tema ahora es Bailey. La muerte de mi padre no es relevante.

—Por lo que dice Kata, es relevante para todo. Pero supongo que estás tan metido en la mierda porque te gusta cómo huele. Así que tú mismo, tío. —Hunter se encogió de hombros—. Bailey no es responsabilidad mía, y sé que Thorpe se ocupará de ella si es necesario. Créeme, puedes seguir

rebozándote en ella.

—En primer lugar, me has alejado de mi propia hermana y ahora tratas de decirme cómo... —¿Qué era Bailey para él? Poco más que un rehén. Pero no era su novia ni su amante. Quería hacer algo más que protegerla. No había pensado en nada temporal, pero no era capaz de imaginarse dejándola marchar — cómo manejar a Bailey.

—No trato de darte ninguna lección, solo te diré una realidad. Ella te desea. Se siente unida a ti. Le has hecho pasar un martirio. Si no vas a seguir con ella, recházala ahora. No la destruyas.

Hunter no esperó una respuesta, se limitó a salir del despacho. Joaquin se quedó allí solo, sintiéndose culpable y

con la sangre hirviendo en sus venas. ¿Su padre se sentiría orgulloso de él en ese momento? La idea salió de la nada, pero ni siquiera tuvo que pensar la respuesta.

No.

Eduardo Muñoz había trabajado muy duro. Incluso había dado su vida en acto del deber, pero siempre había sido un hombre volcado con su familia. Había amado a su esposa y adorado a sus hijos. Cada día les había hecho saber lo mucho que le importaban. Recordó los días especiales que había pasado con su padre en verano. Su padre podría haber elegido pasar ese tiempo de asueto con sus amigos tomando una cerveza o haciendo horas extra, pero



había elegido pasarlo con su hijo. Su padre no habría aprobado la adicción que tenía al trabajo, no le habría gustado la forma en que se había alejado de la familia e incluso de los amigos.

Odió a Hunter por haberse dado cuenta.

Soltó una maldición antes de coger el dibujo y la imagen que reposaba sobre el escritorio de Thorpe y salió del despacho. Caminó bruscamente por el pasillo hasta la habitación de Bailey. Echó un vistazo al reloj. Había pasado casi una hora. Era el momento perfecto.

A medida que se acercaba a la puerta, respiró hondo para intentar calmar su ira, concentrándose para recuperar el control. Hunter tenía razón

también con respecto a Bailey. La chica no necesitaba más mierda, y él no tenía ninguna duda: habría mucha más antes de que el caso quedara cerrado. Se negaba a provocar más dolor del necesario.

Había llegado el momento de... ¿pescar o cortar el cebo? ¿Debía perseguirla y probar que aquello podía ser algo más que sexo o limitarse a protegerla manteniendo la distancia?

Mientras se acercaba al dormitorio, era muy consciente de lo que le impulsaba a hacer su instinto. Al levantar el puño para golpear la puerta, escuchó en el interior unos sollozos desgarradores. A la mierda la educación. Tenía que entrar ya y llegar

hasta ella. Era responsabilidad suya darle lo que necesitaba y hacer que el mundo fuera un lugar mejor para ella.

La puerta del dormitorio se abrió de forma repentina y Bailey se incorporó en la cama cuando Joaquin entró en estampida, con un papel en la mano y cara de preocupación.

Se secó las lágrimas de los ojos y las mejillas, deseando poder ocultar la rojez de la nariz y los ojos hinchados.

—¿Qué pasa?

Él dejó el papel en la cómoda, junto a la puerta, y se dirigió hacia ella.

—Nena...

Su compasión le dolió. Joaquin era

un hombre complicado. No resultaba fácil entenderlo ni tratar con él. Pero era innegable que lo había arriesgado todo para mantenerla a salvo. A pesar de que él odiaba no tener el control, le había permitido decidir si quería dar el siguiente paso en su extraña relación. La forma en que la miraba en ese momento, como si fuera a atravesar mares y llanuras para llegar a ella, le aceleraba el corazón.

Y eso era muy, muy peligroso...

Él se sentó a su lado y ahuecó las manos sobre sus mejillas. Su expresión le decía que en ese momento no había nada en el mundo que le importara más.

—Cuéntame...

¿Qué quería que le contara?

—No tengo nada que decirte.

—Bailey, sé que te sientes sola, pero no lo estás.

¡Dios, qué rápido había descubierto lo que le pasaba! Seguramente debería sentirse avergonzada, pero estaba demasiado triste para que le importara.

Él la miraba a los ojos como si quisiera meterse dentro de su cabeza y leer cada uno de sus pensamientos. Sus iris color avellana parecían casi verdes por el contraste con las espesas pestañas que los rodeaban. Eran casi demasiado bonitos para pertenecer a un hombre tan rudo. Por lo general, ella caía bajo el influjo de su brillante mirada con facilidad, y esa noche en concreto, la compasión que inundaba las

profundidades de sus pupilas estaba siendo muy difícil de rechazar.

—Tengo a Blane. Cuando todo esto haya terminado, puedo regresar a casa, con él.

Joaquin frunció el ceño.

—Puto Blane...

—Si pudiera crecer una cuarta, tener los hombros como un leñador, barba y una «herramienta» distinta, quizá Blane estaría interesado en mí. Pero dado que es imposible...

Vio que en el rostro de Joaquin aparecía una sonrisa de medio lado.

—Me alegra saberlo. Y no trates de cambiar de tema. Ya no estás sola, porque yo estoy contigo.

Ella sospechaba lo que él quería

decir con eso, pero no sabía si creérselo. Después de todo, Joaquín necesitaba conseguir cierta información de ella que estaba perdida profundamente en sus recuerdos. No la había presionado al respecto, pero debía de habersele acabado la paciencia. Además, si Joaquín no era capaz de comprometerse con su propia familia, dudaba que quisiera involucrarse con ella a un nivel profundo.

Trató de zafarse. Si se dejaba envolver por él, el consuelo que encontraría en sus brazos sería demasiado difícil de rechazar. Quería fundirse contra su pecho y sollozar en su hombro, pero él solo sentía pena por ella. Notó que los ojos se le llenaban



otra vez de lágrimas. Eso no era positivo.

Joaquin la retuvo con fuerza.

—No te preocupes. Estoy bien —le aseguró ella antes de inclinarse hacia la mesilla de noche y coger una caja de pañuelos de papel que había encontrado en el cuarto de baño. —Él no la soltó—. Tu hermana parece agradable.

—Estás volviendo a cambiar de tema —replicó él en tono de advertencia.

—Joaquin... —Ella buscó las palabras adecuadas para conseguir que él se callara sin tener que mostrar demasiada preocupación o sentimientos —. Déjalo ya, ¿vale? Estoy demasiado cansada. Esta noche había mucha gente

desconocida, y siempre me siento incómoda cuando estoy con extraños.

Él la miró de forma especulativa.

—¿Te has sentido fuera de lugar?

—Un poco. Apenas conocía a nadie. Soy muy introvertida, así que me resulta difícil entablar conversación.

—Si querías irte antes, lo único que tenías que hacer era decirlo. Pensaba que estabas pasándolo bien en la fiesta.

—Al principio sí. Luego...

Ser la extraña en una habitación llena de amor había llegado a abrumarla. Bien, tenía que poner fin a ese hilo de pensamientos autocompasivos.

—Sigue... —la animó él.

—No sé. Callie me dijo que sería

una celebración con poca gente, pero no me lo pareció.

—Sí, es posible que su concepto de «poca gente» no coincida con el tuyo. Su boda será algo íntimo según ella, pero la «pequeña» recepción tendrá al menos doscientos invitados. —Él le puso un mechón de pelo detrás de la oreja—. ¿Te sientes mejor ahora que estás lejos de la fiesta?

—Sí. —Aunque más deprimida de lo que quería admitir. Estaba viva y tenía una gran posibilidad de seguir así gracias a Joaquín. Tenía que dejar de pensar en una familia que no tenía y recobrase para seguir adelante.

Él seguía teniendo el ceño fruncido.  
—¿Te traigo algo? ¿Tienes hambre?

Ella lo rechazó.

—No he hecho más que recriminarme que me comí el *bagel* que Callie me trajo con el desayuno. Jamás ingiero carbohidratos de esa clase. Y hace un montón de días que no ensayo.

—No te preocupes por eso, nena. —Él le acarició de nuevo el rostro—. Para mí estás perfecta.

Bailey no pudo evitar ablandarse ante su gesto. Quizá si él dejara de tocarla y mirarla como si le importara, pudiera dejar de hacerlo. Él no iba a tomar la iniciativa; su contacto no tenía un cariz sexual. La certeza de saber que no estaba tratando de presionarla, la llevó a preguntarse si parte de sus lágrimas no serían debidas a ello.

—No tienes por qué quedarte conmigo. Vuelve a la fiesta.

Él sacudió la cabeza como si hubiera dicho una tontería.

—No pienso dejarte sola. Vi cómo los mirabas, parecía que querías formar parte del grupo.

Nuevas lágrimas aparecieron en sus ojos. ¿Por qué no se marchaba?

—Por favor, no sientas lástima por mí.

—No lo hago. Pero sé lo difícil que es para ti no tener familia.

Ella intentó restarle importancia a la verdad.

—Sé que tú no quieres estar con la tuya, pero la mayoría de nosotros queremos mantener conexiones con las

personas que tienen experiencias y valores similares. Saber que alguien me apoya es muy importante para mí.

—Lo sé. —Él le brindó una sonrisa tan tierna que a ella le dio un vuelco el corazón.

—Lamento lo de tu padre. Tu hermana me ha comentado que solo eras un crío cuando murió. ¿Cuántos años tenías?

—Casi trece, así que han pasado muchos años.

—Kata me ha dicho que fue un duro golpe. ¿Es esa la causa de que ahora apenas veas a tu familia?

—Bailey... —Le sujetó la barbilla con la mano para obligarla a mirarle a los ojos—. Estoy bien. No era yo el que

estaba llorando.

Pero había alguna razón para que se mantuviera alejado de las personas que lo amaban.

—El que no estuvieras llorando no significa que no estuvieras sufriendo.

La soltó y emitió un largo suspiro.

—Pero cuando alguien llora, está sufriendo seguro. Yo te he metido en este lío. No ha sido fácil para ti. Lo siento. Por favor, déjame ayudarte.

Un par de protestas atravesaron su mente. Joaquin había hecho suya la responsabilidad de mantenerla a salvo, pero su estado emocional era otra cosa. No quería ser una carga para él. No estaba muy segura de por qué a él le importaba su estado de ánimo. Lo

estudió, tratando de desentrañar el misterio. Él aseguraba que no sentía lástima por ella. ¿Se sentiría aburrido? ¿Solo? ¿Excitado?

—Esta noche me he sentido sola — admitió—. Pero no es inusual. No había estado cerca de alguien desde... —A continuación rebuscó entre sus recuerdos y se dio cuenta de que era mentira que hubiera compartido algo con sus padres adoptivos—. Quizá nunca lo he hecho. Joaquín, en tu vida hay gente que se preocupa por ti. Es posible que tu trabajo sea importante, pero no lo es todo.

—Sobre todo porque acabo de enterarme de que me han despedido. — Él trató de esbozar una sonrisa.



Ella contuvo el aliento y lo miró espantada.

—Es horrible. Lo siento mucho. ¿Cuál es la razón?

—Da igual. No cambiaría los hechos que lo provocaron. Entonces no te hubiera conocido.

No es que ella le hubiera pedido que la secuestrara, pero se sentía algo culpable.

—Lamento que te haya costado el empleo. Solo estabas tratando de hacer lo correcto, de evitar que tanto yo como otras mujeres fuéramos asesinadas.

Él se encogió de hombros.

—Los dos estamos ahora desubicados. Quizá... ha llegado el momento de que piense en que hay una

vida más allá del trabajo. No me he dedicado a otra cosa en casi una década. Sí, en serio. Conseguí mi primer trabajo a los dieciséis años para ayudar a que mi madre llegara a fin de mes.

—¿Le resultaba difícil llegar a fin de mes con un solo ingreso después de que tu padre muriera?

Él se quedó paralizado, pero luego asintió lentamente.

—Poco después, se casó con un tipo que resultó ser un capullo integral, pero nos dio un techo bajo el que cobijarnos. Cuando mi padre estaba todavía vivo, me decía todo el rato que si él no estaba en casa, yo era el cabeza de familia. En su funeral, supe que partir de ese momento me tocaba asumir esa

posición de forma permanente.

Bailey sintió una gran ternura por él. Había sido solo un niño.

—¿Cómo te sentiste al respecto?

—Era una responsabilidad de enormes proporciones. Mi madre volvió a trabajar poco después de su muerte, por lo que me tocó cocinar y lavar la ropa. Mis hermanas me ayudaron, por supuesto. Solo le llevo veintiún meses a Kata, y en el medio está Mari, nuestra otra hermana, y aun así me convertí en una especie de padre, árbitro y cuidador.

—¿Con doce años?

Él se encogió de hombros. Parecía pensativo, y ella deseó poder leer sus pensamientos.

—Fue un mes antes de que

cumpliera trece años.

—¿Esa experiencia no te unió más a tus hermanas?

Después de considerarlo un rato, lo vio negar con la cabeza.

—Viéndolo de forma retrospectiva, soy consciente de que me hice cargo de mi familia, me preocupé por ella y lo hice lo mejor que pude. Mari era buena estudiante, por lo que a menudo la incluían en grupos de trabajo. Creo que la escuela fue su escape para la ausencia de nuestro padre. Kata siempre fue jodidamente independiente. Desaparecía, estaba con amigas, coqueteaba con los chicos... Durante su adolescencia llegué a pensar que acabaría con el pelo blanco por su

culpa. Al final todo salió bien. En cuanto estuvieron encaminadas, quise vivir mi vida.

—Mientras crecías, echaste mucho de menos a tu padre, ¿verdad?

Él asintió.

—Además de que desapareció de mi vida cuando necesitaba cerca a un hombre, echaba de menos su sentido del humor y su sabiduría. Siempre parecía saber qué decir para que me diera cuenta de mis errores, y al mismo tiempo me hacía reír.

—Estoy segura de que a tus hermanas les hubiera gustado hablar contigo sobre él. Es muy probable que también lo echaran de menos.

Ni siquiera tuvo que abrir la boca.

Ella sabía que no solo había evitado hablar con sus hermanas sobre su padre, sino que no había hablado con nadie. Entonces, ¿por qué lo hacía con ella? Había venido a consolarla, pero quien necesitaba realmente que lo animaran era él.

¿Estaría interesado en ella para algo más que un revolcón?

—Las dos están casadas ahora. Mari tiene dos hijos. Kata está embarazada y pronto dará a luz. Han encontrado buenos trabajos, lazos en la comunidad, amigos. No tenemos nada en común.

—Salvo que sois una familia. ¿Eres consciente de lo que daría yo por conservar la mía?

Él le apretó las manos.

—Bailey, estoy seguro de que tus padres de verdad se sentirían muy orgullosos al verte ahora. Realizada, independiente, lista, preciosa, amable...

A ella se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Odio no recordarlos. Cuando veo imágenes de Viktor Aslanov, es como si me dieran un puñetazo en el estómago. Fue una sorpresa descubrir que me parezco a mi madre. Casi no sé nada sobre ella o mis hermanos. Y eso me duele. ¿Cómo habría sido mi vida si mi padre no hubiera vendido sus descubrimientos a LOSS? Jamás lo descubriré.

Él sostuvo una de sus manos y

volvió a apretársela.

—No. El destino tenía otros planes para ti, nena.

—Tuve lo que pensaba que era un hogar normal. Mis padres adoptivos me guiaron y se encargaron de mí. —Se le llenaron los ojos de lágrimas otra vez y se dio la vuelta—. Es difícil quedarme aquí sentada y no preguntarme si lo que hicieron o me dijeron durante los últimos años era fruto del deber o del amor.

Joaquin ahuecó la mano sobre su mejilla y la obligó a mirarlo.

—Resulta poco creíble que no les importaras. —Le pasó el pulgar por el labio inferior—. Es imposible resistirse a ti.



Ella notó mariposas en el estómago. Parpadeó sin apartar la mirada, perdiéndose en sus ojos. Le dio un vuelco el corazón. Para ser un hombre que apenas había hablado con su familia durante años, que se había apartado de todo, que no mantenía contactos personales desde la pubertad, se estaba abriendo a ella.

Respiró de forma entrecortada.

—Joaquin...

Si era sincera consigo misma, no sabía si estaba protestando por su contacto o invitándole a seguir. Aunque era posible que él se preocupara por ella de verdad; la esperanza de que lo hiciera llenó su corazón y le susurró en silencio que lo abrazara.

Su parte más racional no quería ceder. Dejando a un lado las opiniones de Callie y Kata, el principal interés de Joaquin en ella seguía siendo el caso. Incluso aunque hubiera perdido su empleo, ese hombre no iba a tomarla en sus brazos y a confesar de repente que quería pasarse el resto de su vida con ella. De hecho, estaba bastante segura de que incluso acostarse una noche con él le demostraría que su cabeza tenía razón.

Antes de que pudiera aceptar la idea, vio que Joaquin la miraba con expresión de arrepentimiento y retrocedía. La oportunidad se evaporó. Se sintió decepcionada a pesar de saber que lo mejor era alejarse de él.

—¿Te sientes demasiado cansada para ver algo? —preguntó él con un tono menos personal—. Es algo referente al caso.

Ella odió que su vacilación pudiera haber ahogado la necesidad que mostraba Joaquin de compartir sus sentimientos por primera vez en dos décadas. Pero incluso aunque no estuviera interesado en ella, ayudarlo a solucionar los asesinatos haría que los dos pudieran seguir adelante.

—En absoluto.

—Gracias. —Se levantó de la cama y se dirigió de nuevo a la cómoda para regresar con el papel en la mano y mostrárselo.

Era el boceto de un hombre.

—¿Quién es?

—¿Te resulta familiar?

Ella lo estudió durante un minuto.

—Quizá. Si se tratara de una foto real, podría...

—¿Como esta? —Le puso delante otra imagen; en esta ocasión era una fotografía a color de un tipo calvo con una franja de pelo rodeándole la cabeza. Su cara redonda y sus vacíos ojos azules dominaban el retrato. Por alguna razón que no podía comprender, aquella visión le hacía sentir un profundo terror.

—Sí —susurró. Respiró hondo; le temblaba la voz.

—¿Dónde lo has visto? —La sujetó por los hombros.

Ella buscó entre sus recuerdos sin

encontrar nada.

—No lo sé.

—¿Fue recientemente?

Bailey volvió a pensar en toda la gente que había conocido a través de la academia de baile, en cada uno de los benefactores y patrocinadores. Nada. Ninguno de los clientes que hubiera atendido como camarera tenía esa cara. El recuerdo parecía lejano y difuso.

—No.

—Piénsalo bien. Con atención. Si puedes imaginar su cara, es posible que puedas situarlo en el lugar donde lo has visto.

Ella lo intentó. No había sido un profesor, ni un vecino ni un pastor. Ningún amigo ni ningún compañero de

trabajo de su padre.

Pero sabía que lo había visto en algún lugar en el pasado.

—Lo siento. ¿Quién es?

—Se llama McKeevy. ¿Te resulta familiar?

Jamás lo había escuchado antes.

—No. ¿Debería?

Él se encogió de hombros.

—Es el asesino de LOSS. Creemos que tratará de sabotear la boda de Callie el fin de semana.

Bailey contuvo el aliento.

—Quiere matarla. ¿Qué van a hacer Sean y Thorpe? No puedo creer que vayan a permitir que se acerque a ella. Verlo ha hecho que se me acelere el corazón. El miedo me oprime el pecho.

He asociado su cara con peligro antes de que dijeras nada sobre él. Tienen que proteger a Callie.

—Lo harán. —Joaquin dejó en la mesilla de noche tanto la imagen como el boceto y luego le puso las manos en los hombros—. Por ahora vamos a hacer circular esa fotografía. Respira hondo. Relájate. —Esperó hasta que ella le obedeció—. ¿Existe la posibilidad de que lo vieras cuando eras una niña?

Bailey volvió a rebuscar en sus recuerdos: sabía que no lo había visto en un pasado cercano.

—Seguramente. Es lo único que se me ocurre.

—Pero ¿puedes situarlo? —Al ver que ella negaba con la cabeza, él le

acarició los hombros con los pulgares en un gesto reconfortante y suave—. Todo va bien. Lo tienes olvidado. Quizá vuelvas a recordarlo, pero no tengas miedo; conmigo estás a salvo. Yo te protegeré.

Le creyó. Mientras Joaquin estuviera con ella y llevaran un paso de ventaja a los psicópatas de LOSS, estaría a salvo. Pero ¿cómo sería su vida?

—Me encantaría, pero creo que no ocurrirá. Quizá deberías dejar aquí la foto durante toda la noche para que pueda estudiarla.

Joaquin vaciló, y su expresión dijo que no le gustaba la idea. Al final, prevaleció su parte más racional.



—Vale.

—Sean y Thorpe deben de estar preocupados por Callie.

—Estoy seguro de eso, pero moverán montañas para evitar que le hagan daño.

—Ya lo han hecho antes —convino Bailey.

—Yo haría lo mismo por ti.

Ella se tragó el nudo que tenía en la garganta.

—No es necesario que digas eso. Voy a cooperar, así que no es necesario que seas tierno conmigo.

—¿Eso es lo que crees que estoy haciendo? —preguntó él con una expresión salvaje. Frunció las oscuras cejas hasta que pareció que sus ojos se

iluminaban con un rayo de ira.

—Tu caso depende de mí. Parece de sentido común...

—Nena, en lo que a ti respecta tiré la toalla hace mucho tiempo. Si no lo hubiera hecho, todavía estaría interrogándote día y noche. Dormir y comer pasarían a un segundo plano. De hecho, te llevaría al agotamiento solo por ver si así te soltaba la lengua o si empezabas a soltar inconsistencias. En resumen, estaría haciendo todo lo posible para hacer que te mostraras inestable y desequilibrada, y todo con la esperanza de que pudieras ayudarme en mi caso.

En cambio, se preocupaba por su bienestar mental y físico,

anteponiéndolos por encima de todo.

—Nada de eso haría que recordara el pasado más rápido.

—Es posible que acabara sorprendiéndote.

Ella se echó atrás.

—¿Has empleado antes esas tácticas?

—He hecho cosas que te harían estremecer de horror. Y las hice sin parpadear. Respondiendo a tu pregunta, era mi trabajo. Lo hice. Pasé. —Suspiró—. Y luego llegaste tú.

—Me has dicho que yo no tenía nada que ver con tu trabajo.

—Y nunca lo has hecho. Este caso no es una misión de la Agencia, es algo personal, y quería evitar que fuera

sacrificada más gente. Lo cierto es que me importa una mierda que el Gobierno de Estados Unidos me haya despedido. Así puedo dedicar mi tiempo y mi energía en mantenerte a salvo. Hay más trabajos, pero solo una Bailey.

«¡Oh, Dios!».

Él sabía qué decir exactamente para hacerla creer que le importaba, que la quería. Supo desde el principio que Joaquin era más de lo que podía manejar. Su única experiencia, en la parte trasera de una limusina la noche de su baile de graduación, no la había preparado para aquella ofuscación masculina. Él le daba miedo, lo temía a pesar de que la excitaba más de lo que creía posible.

Tragó saliva. ¿Qué debía hacer?

¿Proteger su corazón o lanzarse a las llamas? ¿Resguardar sus sentimientos haría que su vida fuera mejor? Ryan Fuller, el capullo que la desvirgó, no se había preocupado por ella. La había humillado y herido, pero se recuperó. Era posible que Joaquin no fuera el príncipe azul, pero la testosterona que exudaba hacía difícil que lo rechazara. Si era sincera consigo misma, se sentía muy atraída por él. Cuando se trataba de hacer lo más correcto, su brújula moral parecía estar fijada en él, como si fuera el norte verdadero. Los métodos que utilizaba podían ser poco ortodoxos, pero Joaquin buscaba la justicia, incluso por encima de su carrera y las relaciones personales. Debía admitir

que lo encontraba muy atractivo.

Además, que un asesino estuviera tras ella hacía que no pudiera dar por hecho que hubiera un mañana. ¿O simplemente estaba dejándose llevar por su lógica racional para rendirse a Joaquin?

—En serio, no es necesario que digas eso para que colabore en la investigación.

Él la acercó más.

—¡Joder! Ya hemos hablado de eso. Sabes la verdad. —Él le apretó los dedos—. Y si no lo recuerdas, yo puedo refrescarte la memoria. Pídeme que te bese.

Joaquin se acercó más. Su cabeza permaneció inmóvil sobre la de ella y su

aliento le calentó los labios. Sus ojos color avellana la miraron fijamente, exigentes y urgentes. Sin embargo, siguió tocándola con ternura. Se había abierto a ella. De hecho, le había revelado uno de sus mayores sufrimientos, lo había compartido con ella. Eso tenía que significar algo.

Bailey se obligó a apartar la mirada de sus ojos y bajó la vista por los huecos de sus mejillas y el hoyuelo que dividía su barbilla. Sus labios, gruesos y muy cercanos, parecían esperarla.

¡Dios! Estaba segura de que acabaría lamentándolo...

—Bésame —jadeó.

Se le detuvo el corazón cuando él la tumbó de nuevo en la cama. En cuanto

su espalda tocó el colchón, él enredó su pelo con los dedos, hasta cerrar el puño a la altura de su nuca. Joaquin le movió la cabeza para colocarla a su gusto y comenzó a devorarle los labios. Notó su pecho contra el suyo. Sus caderas ubicadas entre sus muslos, como si hubiera encontrado su hogar.

Bailey no se mentía a sí misma diciéndose que no le gustaba la sensación. Cuando él hundió la lengua profundamente en su boca y tomó el control del beso, cualquier rastro de contención y resistencia desapareció. Él no se detuvo ni buscó su consentimiento. No, se limitó a aplastar sus labios con los de él mientras tomaba el mando.

Él sabía a hombre, a cerveza y a



deseo. La barba incipiente que le cubría la mandíbula le arañó la piel con suavidad mientras él le agarraba las muñecas y se las subía por encima de la cabeza. Una vez arriba, las sujetó con una sola mano y tomó profunda posesión de su boca, enredando su lengua con la de él, seduciéndola. Al mismo tiempo, le clavó los dedos de la otra mano en la cadera para acercarla todavía más.

Ella se arqueó sin descanso debajo del enorme cuerpo masculino. Su asalto era tal y como lo recordaba, implacable e insistente. O incluso más. Más voraz. Entre ese beso y el siguiente, ella soltó un largo gemido saboreando su dulce persuasión. Habían pasado menos de veinticuatro horas desde la última vez

que la besó, pero, por el anhelo que demostraba, parecía que había pasado toda una vida.

Le daba vueltas la cabeza. Se le aceleró el corazón. Su única ancla en ese deseo vertiginoso era Joaquin. No podía rodearlo con los brazos, así que le envolvió las caderas con las piernas y se arqueó contra su gruesa erección. Buscó la fricción con su sexo, disfrutando del ramalazo de deseo que ardió entre sus piernas.

El gemido apreciativo que emitió Joaquin la inflamó todavía más. Él sabía perfectamente cómo engatusarla, y utilizó ese conocimiento sin ningún tipo de titubeo. Bailey se encontró flotando en un espeso mar de necesidad que solo

había creído posible en libros o películas. La lógica se esfumó y solo pareció existir su cuerpo en llamas.

Gimió y abrió más la boca. Joaquin se apoderó de ese espacio al instante. Todo su mundo se redujo a él mientras sus lenguas se acariciaban. Frotó los pezones erizados contra su duro torso al tiempo que seguía moviendo las caderas contra el miembro hinchado que se había acomodado entre sus piernas.

Cuando Joaquin arrancó sus labios de los de ella, respiraba con dificultad. Él buscó su mirada, volvió a cogerla por la nuca y bajó la vista a sus labios hinchados como si estuviera a punto de conquistarlos con un nuevo beso.

—Pídeme que te quite la camisa —

murmuró él antes de ceder.

Ella ansiaba sentir el roce de sus dedos sobre la piel desnuda.

—Tócame.

—Lo deseo tanto que estoy a punto de explotar. Pero antes vas a tener que pedirme que te arranque la camisa y deje al descubierto tus pezones. Antes de que te ponga un dedo encima, o tengo tu consentimiento o no hago nada.

Ella apenas podía respirar. Le hervía la sangre, ardía, se movió contra él. Mientras le pasaba los labios por el cuello y la mandíbula camino de su boca, supo que diría cualquier cosa para sentirlo dentro de ella.

—Quítame la camisa —jadeó—. Quiero que me veas.

Joaquin no vaciló. No se molestó en abrir los botones o quitársela por la cabeza. Él no le soltó las muñecas, cogió la tela justo encima de sus pechos y tiró con fuerza. El material cedió con facilidad y se rompió al instante.

El aire le erizó la piel, pero la ardiente mirada de Joaquin ahuyentó el frío. Sus pezones se irguieron debajo del sujetador. La forma en que la miraba, como si fuera a explotar si no la tomaba, hizo que ella se arqueara hacia él.

En el momento en que le puso la mano en el hombro, deseó que también él estuviera desnudo. Bajo el algodón, su cuerpo parecía duro e inflexible. Estaba familiarizada con buenos físicos masculinos: los bailarines poseían

músculos desarrollados. Necesitaban fuerza y disciplina para realizar los saltos y giros, y eso se manifestaba en torsos esculpidos, hombros y abdominales abultados. Pero el cuerpo de Joaquin la excitaba más. No había desarrollado su musculatura usando mallas o levantando mujeres que pesaban apenas cincuenta kilos, la había ganado en las calles, luchando, tratando de que el mundo fuera un lugar más seguro.

—Quítate esto —le pidió tirando de la manga.

Él arqueó una ceja negra, pero no se movió.

—Por favor... —le suplicó, besándole la barbilla hasta rozar la

comisura de sus labios.

—Si nos desnudamos, deberías saber que es muy probable que acabe follándote.

—Todavía no he dicho que sí —le recordó con una sonrisa llena de malicia.

Él apoyó el codo en el colchón, junto a su cabeza, y bajó su rostro sobre el de ella.

—No pararé hasta encontrar la manera de que grites tu consentimiento. Si piensas negarte, házmelo saber antes de que empiece a desnudarme.

Ella supo que debía prestar atención a sus palabras, pero su diablo interior la impulsaba a seguir adelante.

—Pensar que puedes hacerme gritar

me parece muy ambicioso por tu parte. Es posible que no llegues a conseguirlo.

Joaquin se quedó inmóvil.

—Si tienes intención de detener esto, no te burles de mí. Porque me hará sumamente feliz demostrarte que te equivocas.

Sus palabras solo la lanzaron a un frenesí más intenso. Tenía pocas dudas de que no pudiera hacer justo lo que amenazaba. Y la idea la hizo arder.

—Por favor, quítate la camiseta.

Una sonrisa lobuna se extendió por el rostro de Joaquin.

—Estás metiéndote en un buen lío, nena. Voy a disfrutar mucho de esto, y pienso asegurarme de que tú también lo hagas. No descansaré hasta que haya



exprimido de tu cuerpo hasta la última gota de placer.

—¿Me lo prometes?

Al escuchar su burla, él se rio por lo bajo. Al momento, se incorporó y se puso a horcajadas sobre ella. Para quitarse la camiseta llevó la mano detrás de la cabeza, agarró la tela con el puño y de un tirón la arrojó al otro lado del dormitorio.

Ella contuvo el aliento. Cada centímetro de su cuerpo se tensó con el movimiento. La piel bronceada cubría como satén los duros músculos. Una ligera capa de vello cubría su pecho y bajaba como una flecha señalando el tesoro que se escondía tras la cremallera, dividiendo en dos el

cincelado abdomen. Tenía que reconocer que si hubiera imaginado a su hombre ideal, este se habría parecido mucho a Joaquín.

—Es tu turno —dijo él con la voz ronca al tiempo que deslizaba el dedo por debajo del tirante del sujetador—. Pídeme que te lo quite.

Ella se tragó los nervios. Siendo bailarina de ballet, no estaba precisamente dotada de una buena delantera. Los pechos pequeños eran mucho más funcionales bajo los maillots, y jamás había tenido que preocuparse por curvas que desdibujaran sus líneas. Incluso eran bienvenidos cuando quería llevar alguna prenda de ropa sin espalda o sin

tirantes, porque no tenía que preocuparse por encontrar un sujetador que no se viera. Pero ante un potencial amante... Un hombre tan masculino como Joaquin seguramente sentía inclinación por los pechos grandes. Estaba convencida de que tenía que haber disfrutado de muchos en el pasado.

—Prefiero ver cómo te despojas del resto de tu ropa.

—Es posible, pero no creo que me sienta motivado para quitarme los pantalones hasta que vea tus pezones. Pídeme que te quite el sujetador.

Parecía tener la mirada clavada en sus pechos. La ropa interior no ocultaba demasiado, y tenía que saber ya que no

había mucho que ver. Sin duda estaban mucho mejor sus piernas y su trasero.

—Parece que eres el tipo de persona que siempre consigue lo que desea, y me gustaría mucho hacerte esperar. —Fingió un suspiro—. Pero después de haberme zampado el *bagel* y otras cosas que casi nunca pruebo, los vaqueros me quedan más apretados.

Él la miró jugar con el botón de la cintura.

—¿De verdad? Es posible que te sientas incómoda. ¿Quieres que te ayude a quitártelos o prefieres hacerlo sola?

Si se deshacía de los vaqueros, las posibilidades de que mantuvieran relaciones sexuales crecían de forma exponencial. Dudaba mucho de que él se

mostrara conforme con hacer el amor sin descubrir sus escasos pechos. Por otro lado, quizá podría entretenerle de otras formas antes de tener que exponerlos.

—¿Por qué no me ayudas? —Dejó que los dedos bajaran a la cremallera y la deslizó con un silencioso siseo.

Él agarró el pantalón y la miró como si no pudiera esperar a quitárselo. Bailey sintió que se le aceleraba el corazón, que su sangre se precipitaba a lugares en estado de excitación. ¡Dios! La espada pendía sobre su cabeza, entonces ¿por qué tentaba a la bestia? Porque la hacía sentir deseada y atractiva, le deseaba de forma incontenible.

—No puedo resistirme a una

damisela en apuros. —Joaquin le deslizó la tela por las caderas.

Mientras ella sujetaba sus bragas de encaje, él le bajó los vaqueros por los muslos, las rodillas y, con un último empujón, más allá de los pies. Los arrojó al fondo de la habitación, en dirección contraria a donde había tirado su camiseta.

Cuando Joaquin bajó la mirada hacia ella, sus ojos se oscurecieron, brillantes de lujuria. Le puso las manos en las caderas; eran tan grandes que sus pulgares casi se rozaban justo encima de su monte de Venus. Ella contuvo la respiración. Casi la tocaba allí, y su cuerpo reaccionó como si hubiera recibido una descarga. No quería

imaginar cómo se excitaría cuando lo hiciera en realidad.

—Son unas bragas muy bonitas, pero inútiles. Quiero ver la belleza que ocultan debajo.

Joaquin tenía tanta habilidad con las palabras como en la cama. Seguramente habría hecho eso cientos de veces, pensó ella mientras se sentía caer bajo su hechizo. Se preguntó cómo debía responder.

—Ya tengo menos ropa encima. Te toca. Creo que tus pantalones estarán mejor en el suelo.

¿De dónde había sacado esa voz? Sonaba casi seductora.

Él la miró con dureza.

—Al parecer en algún momento te

has hecho a la idea de que el sexo conmigo es una cuestión igualitaria. Permíteme que te asegure que no es así.

—¿Crees que vas a dirigir este *show*?

—No solo lo pienso, nena. Antes de que llegásemos hasta aquí, he mantenido un par de conversaciones con Thorpe y con Sean. Podríamos decir que ahora soy consciente de un par de cosas sobre mí mismo.

La seguridad con la que Callie había afirmado que Joaquin era un amo inundó su cabeza.

—Oh...

—¿Te molesta? Porque, si es así, deberíamos parar ahora y mantener una larga conversación.



Ella podía detener aquello con una pequeña mentira. Así no se vería obligada a exponer sus pequeños pechos ni su necesitada alma a un hombre que probablemente la destrozaría en una sola noche.

Pero aun sabiendo que tarde o temprano pagaría las consecuencias, se limitó a sacudir la cabeza.

—Me excita.

En el rostro de Joaquin apareció una expresión de alivio.

—Bien. No ha sido fácil que lo admitieras.

—El último año en el instituto alguien me desafió a que bebiera directamente de la botella de salsa de tabasco. Eso fue mucho más fácil que

esto.

Él se rio.

—Eres tan impredecible... Me gusta que seas así. Esperaba que fueras más melindrosa. Más contenida en la cama. La verdadera tú es todavía más sexy.

Joaquin apretó el pecho contra el suyo, haciendo que sus abdomenes desnudos se rozaran mientras le besaba el cuello y el escote antes de volver a apoderarse de sus labios. Ese contacto la volvió loca. Cayó en un vertiginoso deseo que la arrastró todavía a más profundidad, a un lugar donde el equilibrio y la moderación no existían. Se sujetó a sus hombros poderosos para sostenerse cuando se abrió a él por

completo.

A la vez que arrasaba su boca, Joaquin arrastró los dedos por su caja torácica hasta detenerlos debajo de un pecho. El pezón se erizó casi dolorosamente por la anticipación. Él alzó la cabeza y clavó los ojos en ella.

—Pídeme que te toque —ladró.

Joaquin quería tener el control, pero le había prometido que no iba a hacer nada hasta que no le diera luz verde. Por un momento, Bailey fue presa de una intensa sensación de poder que equilibró un poco la balanza. No creía que fuera a durar mucho tiempo; estaba segura de que él acabaría ejerciendo todo el control para arrancarle todos los gemidos y jadeos del mundo antes de

dejarla saciada.

—No estoy segura de estar preparada —admitió en voz baja.

Él redujo el ritmo de inmediato, bajando la palma de la mano hasta su cintura.

—¿Cuándo estuviste por última vez con un hombre?

Hacía tanto tiempo que casi le daba vergüenza confesarlo.

—Hace algunos años.

—¿Años? —Joaquin la miró aturdido antes de rozarle la mejilla—. No te pongas nerviosa. Me encanta todo lo que he visto hasta ahora. No tengo ninguna duda de que me harás sudar cuando vea el resto. ¿Confías en mí?

¿Cuando la miraba así? Asintió.

—Bueno. Se supone que debemos tener una palabra de seguridad. Es algo que tienes que decir para detener el juego si te resulta demasiado duro, pero también la puedes utilizar si te sientes incómoda o demasiado consciente de ti misma. ¿Te es de ayuda?

—Sí. Gracias.

—¿Qué te parece si... es algo relativo a los semáforos? Si tú dices «Rojo», yo dejo de tocarte hasta que hablemos. Y ahora, ¿puedes deshacerte de este maldito trozo de encaje que te cubre los pezones antes de me vuelva loco por completo?

Totalmente masculino y decidido. Y eso era algo que una mujer no podía resistir. Ella intentó dejar a un lado sus

preocupaciones.

—¿Lo harás por mí?

—¡Joder! Claro que sí. Siéntate. —

Tiró de ella para incorporarla y se elevó sobre su cuerpo de tal forma que sus pechos casi se rozaron.

Él le recorrió de nuevo el pelo con los dedos hasta cerrar el puño para obligarla a arquear el cuello bajo sus labios. Bailey jadeó cuando él se inclinó para cubrirle los labios de nuevo, saboreándolos con placer.

Ahora que la tenía donde quería, la mano con la que le había sujetado el pelo bajó por su espalda, haciéndole cosquillas. La otra fue a su hombro para deslizar el tirante del sujetador.

De forma vaga, pensó que él debía

de poseer una gran fuerza para mantener esa posición sobre ella sin ningún otro apoyo que el colchón. Pero justo cuando se formó el pensamiento en su mente, él desabrochó los corchetes que cerraban la prenda en su espalda, liberándola.

Él no se fijó en el sujetador. Bajó la cabeza al tiempo que empujaba las copas y las bajó para capturar su pezón izquierdo y chuparlo con todas sus fuerzas.

El contacto le hizo sentir una corriente en el clítoris.

Le clavó los dedos en la espalda, y él contuvo el aliento cuando ella suspiró, pero no despegó los labios de su pecho. Tuvo que obligarse a respirar porque se le nubló la mente.

Entonces enredó los dedos en su espeso cabello para acercarlo todavía más. Seguir respirando se convirtió en algo irrelevante cuando pasó al otro pezón y le dio un juguetón mordisco antes de capturarlo con su cálida boca.

Con rapidez, se dio cuenta de que aquel contacto con sus dientes la hacía estremecer y, a la vez, hacía más sensible su carne a las sensaciones. Se le escapó un desigual gemido. Su única experiencia sexual en la parte trasera de un coche en movimiento no la había preparado para Joaquín,

—Tus pezones son... —La empujó hacia atrás, contra las almohadas, y le apoyó la espalda en sus antebrazos, colocando los dedos en los hombros,



para situarla justo como deseaba antes de concentrarse en el primer pezón—jodidamente increíbles. Están incluso más duros que hace un minuto, y no pienso permitir que estén de otra forma.

Cuando dijo eso, Bailey sintió que le palpitaban y que el fuego que crepitaba en sus venas hacía que sintiera un intenso latido en su sexo.

—¡Joaquin! —Parecía que estaba suplicando más.

—Pídeme lo que necesitas, nena.

Ella no sabía. Quería que lo hiciera más fuerte y otra cosa... Pero no podía decir una palabra, se limitó a jadear y a apresarle los cabellos.

Él soltó un gruñido gutural.

—Respóndeme.

—No lo sé. Necesito...

—¿Quieres que te dé lo que necesitas? —preguntó él al tiempo que llevaba los labios al otro pezón y lo apretaba con una fuerza implacable.

Ella gritó, pero de placer. No solo se ahogaba en ese éxtasis, además una corriente viciosa la apresaba para llevarla más y más abajo.

—Sí. Por favor..., ahora...

—Voy a hacer que sea jodidamente bueno para ti. —Volvió a rasparle el pezón con el filo de los dientes—. Después de hacerte sufrir un poquito.

«¿Después de sufrir?». No le había pedido eso.

—¿Cómo?

—Me has dicho hace un momento

que estabas de humor para hacerme esperar. Me pasa lo mismo.

Antes de que pudiera protestar de nuevo, le bajó el tirante del sujetador por el brazo, le agarró la mano y se la subió. Luego se estiró sobre ella y cogió algo que había más arriba. Un segundo después, sintió el suave roce de una tela y algo resistente que le rodeaba la muñeca. Un leve chasquido resonó en la estancia.

—¿Unas esposas? —La idea la aterrorizó y excitó a la vez.

—Quiero que estés completamente a mi merced.

Lo cierto era que deseaba que no la hiciera sufrir mucho. Sin duda la abrumaría, y ella apenas podía esperar

más.

—Dime que sí. —Los ojos color avellana se clavaron en ella cuando dictó aquella orden amenazadora.

—Sí —susurró.

Antes de que pudiera parpadear siquiera, él bajó el otro tirante por el brazo que le quedaba libre y colgó la prenda de encaje en uno de los postes de la cama. Ella quedó expuesta ante él, cubierta tan solo por unas bragas diminutas y una nerviosa sonrisa, mientras le sujetaba la otra muñeca a la cama con un clic.

Se le detuvo el corazón. ¿Estaba preparada para eso? ¿Sería capaz de soportarlo? Joaquin iba a jugar con una fantasía que le rondaba en la cabeza,

pero la realidad...

—Relájate —murmuró él—. No haré nada que no puedas tolerar, pero cuando terminemos, no habrá un solo centímetro de tu cuerpo que no haya tocado. No te haré daño.

Ella no estaba preocupada por que le hiciera daño físico, pero ¿y emocional? ¿Era una mujer capaz de acostarse con un chico sin preocuparse de nada más? Su experiencia anterior no contaba. Había estado colada por Ryan y un poco borracha. Había sido fácil dejarse llevar por una fantasía con la que llevaba tiempo soñando, pero elegir entregarse a Joaquin había sido algo consciente, mientras estaba totalmente sobria. No había llegado a imaginar ni

por un segundo que tuvieran un futuro juntos. Esa noche se dejaría llevar por el placer y así tendría una razón para sonreír cuando volviera la frialdad del invierno. Podría disfrutar de haber sido poseída por un hombre que sabía tratar a una mujer. Se trataba de sexo puro y duro.

—Lo sé.

Él la acarició con la mirada, tranquilizándola y gratificándola a la vez. Bajó los ojos por su cuerpo y acarició cada músculo tembloroso, cada valle y cada sombra. Se demoró más tiempo en la punta de sus pezones, erizados e hinchados, pero anhelantes. Cuando Joaquin arrastró los dedos por su piel en una ligera caricia, ella se

estremeció, y se arqueó ante su contacto.

Él aprisionó un pecho, tragando la carne con su mano. Muy despacio, rozó la punta con el pulgar. Bailey jadeó, tensando todo su cuerpo.

—Tienes unos pezones muy sensibles. Me encanta. Tus tetas son magníficas, pero su punto fuerte son los pezones, literalmente. Apenas puedo esperar a torturarlos y ver cómo empapas las bragas. A no ser que... ¿Estás ya mojada, nena?

Lo vio arquear una ceja interrogativa al tiempo que comenzaba a deslizar los dedos por su vientre. La tenue iluminación había ocultado lo excitada que estaba, al menos hasta ese momento. Pero él solo tendría que pasar

los dedos por la seda para saberlo.

—¡Espera!

Él se detuvo, con la palma de la mano un poco más abajo del ombligo.

—Si sientes miedo o estás incómoda, dímelo. Pero no permitiré que me ocultes nada. ¿Hay algún problema?

—Es que... —Bailey dejó escapar un suspiro. No entendía el pánico que se extendía por su cuerpo. ¿No era acaso normal que él comprobara si la excitaba, si la mojaba, para poder tener relaciones sexuales?—. No, no hay ningún problema.

—Perfecto. Pídeme que toque tus bragas.

Su voz ronca, junto con su hipnótica



mirada, la hizo obedecer. Que él supiera que la había excitado lo haría poderoso. Pero ya había mantenido relaciones sexuales decepcionantes; quería que en esta ocasión la volviera loca de placer.

Tragó saliva para reunir valor.

—Tócalas. Tócame.

Notó que la expresión de Joaquín se suavizaba un poco antes de que entrecerrara los ojos y comenzara a jugar como el depredador que era. Sus dedos volvieron a rozarle la piel caliente, y se estremeció ante el contacto. Cada vez que la tocaba, lo sentía en todo el cuerpo. ¿Cómo era posible? ¿Cómo podía hacer tal cosa?

Nada de eso importó, ya que él siguió bajando, rozando la cinturilla de

encaje de las bragas, y más abajo. Por fin, rozó la seda, empapada por su excitación.

Joaquin aplicó un poco de presión que ella agradeció con un gemido.

—Estás tan mojada..., eres tan tierna... Apenas puedo esperar a poner aquí la boca... —dijo trazando un pequeño círculo sobre su clítoris—. Lo tienes duro... Estás preparada para correrte, ¿verdad?

Ella se arqueó ante su contacto con la esperanza de hacer más intensa la presión.

En cambio, el efecto fue el contrario.

—Responde a la pregunta.

Con un gemido de angustia se

apoyó en las esposas, tratando de alzar las caderas sin conseguir nada, porque él se retiró por completo.

—¿Bailey?

—Sí.

—Di la frase completa.

—Estás haciéndome sufrir —lo

acusó.

Él asintió con la cabeza.

—Y también estoy asegurándome de que sé perfectamente lo que estás dispuesta a dejarme hacer.

Si no hubiera estado tan excitada, se sentiría mortificada. Pero la promesa de volver a sentir sus dedos bailando sobre el sensible nudo de nervios era todo lo que necesitaba para olvidar cualquier vergüenza.

—Por favor, haz que me corra.

—Qué dulce súplica. Sin duda lo consideraré... dentro de un rato.

Apenas pudo digerir sus palabras antes de que él se colocara sobre ella y capturara su boca con exigencia, separando mucho sus labios sin paciencia ni disculpa. Con aquel beso, pareció dominar todo su cuerpo. Se sintió suspendida por un hilo de deseo que la mantenía a flote, contra él, conteniendo el aliento, esperando...

Se perdió en la habilidad de sus labios, en el urgente aumento de ritmo de su lengua. Bailey cerró los puños deseando poder tocarlo, acercarlo más, cualquier cosa que aliviara el palpitante dolor que sentía en su clítoris.

Joaquin apartó la boca y la miró a los ojos fijamente con la respiración acelerada.

—No sé por qué me excitas tanto. No me refiero solo a que quiero tocarte. Jamás había deseado tanto a una mujer.

Seguramente no tenía ninguna razón para creerlo, pero lo hizo.

—Jamás pensé que llegaría a confiar en ti —confesó ella—. Pero has sido muy sincero conmigo.

Él hizo una mueca.

—Al principio fui muy duro. Lo siento.

—¿Se puede solucionar? —preguntó ella sin aliento.

—Estoy en ello.

Las palabras apenas habían

abandonado los labios de Joaquin cuando volvió a cerrar los labios alrededor de su pezón. La atrajo hacia él sin soltarla. Ella gimió ante aquella profunda succión al tiempo que movía las piernas sin descanso, abriéndolas y cerrándolas.

Joaquin no necesitaba que lo tentara o engatusara. Deslizó los dedos sin vacilación por encima de su clítoris mientras mordisqueaba de nuevo la cresta de su pecho. El doble avance la dejó sin aliento. Su sexo se mojó todavía más, preparándose para facilitarle la penetración en su interior.

Los juguetones círculos que trazaban sus dedos no se apresuraron. No hubo más presión. Su contacto era

una burla sin fin, un ardiente placer que parecía llevar a una explosión incendiaria. Sus leves gemidos parecían excitarlo más. La erección que se apretaba contra su muslo se hizo más gruesa, más dura. ¡Maldito fuera! Lo quería sentir dentro.

Bajo sus dedos, los latidos se precipitaron, inundando sus sentidos. Una oleada de euforia le privó momentáneamente de la cordura y soltó un grito.

—¿Te gusta?

—Ha sido genial. —Era mejor que cualquier placer que se hubiera dado a sí misma. Sin duda superaba cualquier sensación que Ryan Fuller le hubiera proporcionado la noche del baile.

—¿Ha sido?

Vaciló.

—Sí. El orgasmo ha terminado.

Joaquin esbozó una sonrisa burlona.

—Eso no ha sido un orgasmo.

—Claro que lo ha sido.

Tenía que serlo. El placer no era ahora tan agudo como antes. ¿A qué otra cosa podía deberse?

—¿Es eso lo que piensas? —Retiró los dedos del necesitado capullo.

Al instante, la necesidad del deseo regresó con toda su fuerza. Ella abrió la boca y lo miró con los ojos como platos.

—Exacto —gruñó él—. ¿Por qué piensas que has tenido un orgasmo?

—Es que nunca había... —Dios, qué vergüenza darse cuenta de que él



sabía más sobre su cuerpo que ella.

—¿Nunca? ¿Tu último amante fue realmente tan inepto?

Mucho, sí. No sabía si fue por el momento, o porque habían ido a ciegas los dos, pero su confusión tenía sentido.

—Era inexperto.

Él le besó el lateral del pecho.

—Oh, oh..., la de cosas que voy a hacerte...

Aquel pensamiento la hizo sentir débil. Ya le había hecho mucho más de lo que jamás experimentó. Y si además le daba más placer..., bueno..., ¡genial!

—¿Podemos apresurarnos?

—Oh, qué impaciente. No sé, nena. Tú estabas dispuesta a hacerme esperar.

Pero llevaba esperando toda su

vida. Solo Joaquin había sido sincero sobre su identidad, y ahora le estaba mostrando el verdadero placer entre un hombre y una mujer.

—Estaba equivocada

—Sí, lo estabas —convino él—.

Puedes empezar por pedirme que te quite las bragas.

Bailey se moría por despojarse ella misma de la prenda, pero con las manos atadas a la cama era imposible.

—Quítame las bragas, por favor.

Ahora...

—Mmm... —Él se frotó la mandíbula como si estuviera reflexionando al respecto—. Me ha sonado más a impaciencia que a sinceridad.

—Lo he dicho en serio. Lo necesito. —Estaba suplicándole, y no le importaba. El orgullo desaparecía ante aquel anhelo. Odiaba que él hubiera sido capaz de excitarla de tal forma, pero, con sinceridad, ¿tenía que esperar más? No.

—Estoy de broma —aseguró él; luego cogió la cinturilla y comenzó a arrastrar la ropa interior hacia abajo.

El aire frío le rozó los huesos de las caderas antes de que él se detuviera sobre su montículo. Su cuerpo se tensó en la espera... Lo deseaba. Pero se arqueó suponiendo que si iba a continuar, eso le ayudaría a decidirse. Por fin, él siguió deslizando la tela hasta las rodillas, donde las bajó de golpe

poniendo un pie en la entrepierna. Con una patada terminó su labor.

Bailey observó cómo él miraba su sexo inflamado. Sintió su mirada como si fuera realmente un contacto. No pudo contenerse y frunció los labios mientras subía las piernas, demasiado sensible para contenerse.

Él le pasó los nudillos por los pliegues.

—Estás depilada.

—Tengo que hacerme la cera. Los maillots son a veces muy finos y claros. Lo revelan todo. Espero que no te decepcione...

—Joder, no. —Volvió a pasar el dedo por la carne húmeda, haciéndola sentir un aleteo en el estómago que

alimentó todavía más su deseo—. Me encanta. Separa las piernas.

—¿Por qué? —Le tembló la voz. Tanto por el miedo como por la excitación.

—Porque te lo he pedido. Si no puedo ver tu sexo, no puedo pensar en todas las formas pervertidas y perfectas en que lo voy a devorar.

Ella no pudo respirar. Literalmente.

—Es que... —El resto de la frase no llegó a materializarse. Sin duda parecía una idiota con la boca abierta. Y sí, sabía que los hombres hacían eso a las mujeres. Pero no se lo habían hecho a ella.

—¿Es un sí? —Él le lamió el pezón mientras sus ojos avellana perforaban

los de ella, oscuros y ardientes.

—Sí. —El sonido fue más un jadeo que una palabra.

—Bien. Pues lo haré muy pronto. Lo primero que quiero es conseguir que te corras para verte la cara. —Bajó la cabeza de nuevo y cubrió el otro pezón, que chupó de forma rítmica mientras deslizaba un dedo por su vientre hasta detenerlo justo encima de su dolorido sexo—. Separa las piernas. No volveré a pedírtelo.

Ella no dudó. Si nunca había tenido un orgasmo de verdad, quería sentirlo ya. Y quería que fuera Joaquin quien se lo hiciera alcanzar. Si iba a sentirse ahogada y abrumada de todas formas, bien podía ir a por todas.

Él se rio entre dientes.

—Eso es perfecto, nena. Me gusta que anheles mi tacto. Quiero que te mueras por follar.

—¿Se lo dices a todas las mujeres?

Él ladeó la cabeza como si considerara la pregunta de verdad.

—Por lo general no digo nada. Pero no sé por qué contigo no puedo estar callado. No estoy seguro de cuál es la causa. ¿Te molesta?

Ella lo negó con la cabeza.

—Me encanta.

—No puedo prometerte que continúe haciéndolo cuando estemos más ocupados, pero... sí. Me gusta provocarte con mis palabras. ¿Sabes que te sonrojas? Tu piel es tan blanca que el

rubor se extiende por todas partes. Y eso me gusta.

Bailey notó que le ardían las mejillas, y se rio.

—¿Te gusta?

—Sí. —Él la besó en los labios y en la barbilla y luego siguió hasta sus pezones. Antes de que pudiera protestar, sumergió de nuevo los dedos entre sus pliegues, buscando su clítoris.

Ella abrió y cerró las piernas entre gemidos cuando él no se detuvo.

Joaquin hundió un dedo en su interior sin dejar de rozar el nudo de nervios con el pulgar.

—¡Dios mío, Bailey! Eres muy estrecha. Me muero por metértela.

Ella no respondió, no podía hablar,



ni siquiera podía pensar. Por fin, dejó de luchar contra lo inevitable y se entregó al explosivo placer que la invadía.

Cuando él introdujo otro dedo en su interior, buscó un lugar en las profundidades sin dejar de frotar el clítoris en círculos más pequeños, jugando con ella. Haciéndola sentir dolorida y anhelante. Pero la necesidad creció y se intensificó hasta que la cabeza le dio vueltas. Hasta que su vientre y sus muslos temblaron. Hasta que contuvo la respiración con desesperada necesidad, esperando el siguiente golpe.

El éxtasis siguió creciendo. Comenzó a marearse. El deseo gritó en su interior esperando un solo roce

más...

—Eres jodidamente sexy. Ahora te correrás. Venga..., hazlo por mí.

Joaquin apretó los dientes al ver el atractivo sonrojo que cubría todo el cuerpo de Bailey. Se había preguntado durante lo que le había parecido una eternidad cómo sería ver y oír que se corría. Volvió a chuparle un pezón y lo succionó mientras apretaba los dedos contra un punto de su interior, lo que hizo que la respiración femenina se convirtiera en jadeos. Ella gritó con fuerza; un sonido lleno de necesidad, desprovisto por completo de control. La vio abrir mucho los ojos mientras

buscaba los de él: una mirada llena de súplica que fue directa a su pene.

¡Hostia puta!, lo iba a destrozar.

Con el siguiente gemido, ella ciñó sus dedos y el clítoris se puso duro como una piedra bajo su pulgar. El latido se incrementó cuando ella surcó el orgasmo, un orgasmo que, según él sospechaba, no había sentido en su vida. Saber que era el primer hombre que le mostraba el placer, imaginar que era el único que la había llevado al éxtasis, le llevó peligrosamente cerca del límite.

—Joaquin... —lloriqueó ella mientras arqueaba la espalda.

Él no dejó de estimularla mientras atravesaba la cresta del placer, y después la acompañó en el descenso

hasta que la oyó jadear, con los ojos azules llenos de asombro. ¡Dios, le iba a estallar el pecho! Notaba una sensación inexplicable en el corazón. Se hinchó de orgullo porque, aunque no era más que un hombre, era el hombre que ella necesitaba esa noche.

¿De dónde coño había salido ese pensamiento?

Un largo rato después, ella soltó un suspiro. Estaba ruborizada. Su cuerpo se había quedado laxo y tenía una mirada soñadora.

—Eso sí ha sido un orgasmo. — Ella lo miraba con una sonrisa maliciosa.

—Lo ha sido. — Tragó saliva, intentando reprimir la necesidad de

deshacerse de los vaqueros y follarla de forma salvaje. Pero, como era lógico, sabía que ella necesitaba recuperarse. ¿Sería capaz de darle tiempo? No era lo mismo, pero tampoco era fácil.

—Te deseo, Bailey. —Frotó su clítoris una vez más y ella gimió retorciéndose. Cuando la vio separar más las piernas, como suplicando que continuara, supo que era suya de nuevo. Que sería suya por completo.

—Sí... —Ella se movió inquieta, todavía borracha por la estimulación y la liberación de dopamina, hormonas y endorfinas.

—Pídeme que te folle. —Las palabras fueron un áspero gruñido; el único sonido que pudo emitir.

Seguramente debería haberle dicho que quería hacer el amor con ella, pero, como siempre que se trataba de Bailey, no era capaz de ser paciente ni de controlarse. Ni siquiera estaba seguro de poder repetir su nombre hasta que se hubiera hundido en ella y encontrado el olvido que supone la liberación.

Su respiración se volvió entrecortada mientras esperaba la respuesta. Ella parpadeó y trató de concentrarse; la vio separar los labios, brillantes, hinchados y rojos, y arquear las caderas hacia él.

¡Dios! Si no podía clavarse pronto en ella, acabaría volviéndose loco.

—Fóllame, Joaquin.

Seguramente debería advertirla de

que eso no iba a ser romántico, tierno ni fácil. Quizá debería respirar hondo y hundirse lentamente. Pero llevó los dedos al cierre del pantalón y su mente se puso en automático. Desabrochó el botón y bajó la cremallera, separó la tela y buscó entre sus piernas. Lo único en lo que podía pensar era en el nirvana que era su vagina. Lo único en lo que podía pensar era en la espesa necesidad que surcaba sus venas. Nunca había sentido esa urgencia. Ninguna mujer le había hecho anhelar la satisfacción de esa manera.

La sujetó por las caderas y se colocó frente a su abertura. Un leve contacto de su sensible glande en sus pliegues húmedos y resbaladizos hizo



que le bajara un escalofrío por la espalda. Dejó caer la cabeza y gimió al tiempo que empujaba hacia delante. No podía penetrarla todo lo rápido que quería, no podía perderse en ella todo lo profundamente que quería.

No tardó demasiado en darse cuenta de que estaba muy cerrada. Él gruñó mientras trataba de entrar con cortas embestidas.

—Nena... —susurró contra sus labios—. Respira hondo.

Una vez que lo hizo, capturó su boca y la consumió con un exigente beso. Mientras lo hacía, Joaquin se arqueó hacia delante. Su cuerpo avanzaba un agónico centímetro cada vez y, al instante, ocupaba el espacio

que ella había cedido.

Cuando su glande se deslizó dentro de ella, sintió un sofocante calor; luego la sensación se intensificó. No quería romper el beso, pero emitió un largo gemido. Debajo de él, ella contuvo el aliento sorprendida y separó las piernas todavía más.

La sensación fue todavía más intensa de lo que había imaginado. ¡Joder! Era más potente que el sueño más erótico. Se hundió un poco más, rezando para no estar haciéndole daño. Había pasado mucho tiempo para ella y su último novio había sido un jodido idiota en la cama. Pero... ¡Dios!, sumergirse en ella estaba siendo más difícil que traspasar la seguridad de Fort

Knox.

Le mordió el labio inferior.

—Respira. Eso es. Coge aire. Sí..., déjalo salir.

Cuando lo hizo, su cuerpo se aflojó. Se introdujo por completo en su interior. Su sexo hinchado lo envolvió, robándole el equilibrio y la capacidad de hacer nada que no fuera perderse en ella para conseguir que se corriera de nuevo.

Se retiró, y le bajó un escalofrío por la espina dorsal. Gimió y la sujetó con más fuerza. ¡Hostia! Iba a perder el control.

Le cogió la barbilla y buscó sus labios una vez más, preso de la sensación de estar dentro de ella en todos los sentidos. Hundió la lengua en

su boca con el mismo ritmo que su pene. Bajaba, se hundía, se arqueaba, se retorció y comenzaba de nuevo.

Tenía que conseguir que se corriera otra vez. Y no sabía cuánto tiempo iba a contenerse al hundirse en aquel dulce y apretado sexo.

Puso una mano debajo del culo de Bailey y la movió, deslizándola un poco. Se apoyó en las rodillas y empujó de nuevo, arrastrando el glande por el punto más sensible de su interior al tiempo que presionaba contra el clítoris. Ella aulló, apretó los puños y subió las piernas para acunarle las caderas. Nunca había estado con una mujer tan sexy como esa.

Se hundió profundamente,

empujando hasta el final de su pasaje apretado. El grito de goce puro que ella emitió fue casi tan bueno como el éxtasis que le atravesaba de pies a cabeza.

—Voy... —jadeó ella sin aliento—.

Voy a...

—Córrete, nena. Sí. ¡Joder!

¡Córrete!

Joaquin curvó la espalda con una expresión de éxtasis mientras seguía empujando en su interior con un ritmo lento y castigador, friccionando su interior con cada envite. Ella gritó como un animal salvaje, tirando de las esposas y haciendo sonar las cadenas contra la cabecera. Lo apretó con los fuertes músculos de sus piernas con la misma intensidad que su sexo. El placer no solo

chisporroteaba: ardía. Resultaba explosivo, le hacía hervir la sangre en las venas, carbonizaba su contención y difuminaba su capacidad de hacer otra cosa diferente a compartir el orgasmo con ella. La próxima vez —y la habría — iría más lento; encontraría la manera de no clavarse en ella con todas sus fuerzas. Le encantaría follarla más despacio. Sin duda.

—¡Joder! —Sentía los testículos pesados y tensos, le hormigueaban. La reveladora escalada de sensaciones estaba a punto de alcanzar un nivel estratosférico. La estrechó con fuerza mientras se preguntaba cómo iba a evitar perder la cabeza. Cuando comenzó el orgasmo, ya sabía que no se parecería a

ningún clímax anterior.

Prefería renunciar a sus próximos cincuenta años antes de perderse los próximos treinta segundos con Bailey.

En cuanto aquel pensamiento inundó su cerebro, sumado al agrídulce olor del sexo de Bailey y su aroma floral y exótico, perdió el control.

La presión en su interior se transformó en una agonía sexual. Lanzó un grito crudo y se hundió todavía más en ella, siguiendo el ritmo, cada vez más engrosado y, a continuación, lo inundó la liberación con una explosión de éxtasis puro.

En aquel momento se dio cuenta de que se había vuelto loco del todo, porque ni había pensado en usar un

condón. Y ese simple hecho lo aturdió de tal manera que no podía hablar. Nunca, jamás en su vida, se había olvidado de usar preservativo. Pero eso no era todo. Le había entregado a Bailey mucho más que su semilla. En el interior de su pecho, algo se retorció y le arañaba, le estremecía. Bajó la vista hacia ella, se recreó en sus labios entreabiertos, en sus maravillados ojos azules, en sus erizados y jugosos pezones.

«Mía... mía... mía...».

Sí, toda suya. Nunca había considerado suyas a sus anteriores amantes, y se preguntó si esa necesidad de atarla a él pasaría con el tiempo.

Mientras se perdía en ella con



aquel impactante orgasmo que parecía no tener fin, lo dudó sinceramente.

Bailey escuchó los sonidos que hacía Joaquin en la ducha y movió la cabeza. Después de que Joaquin se retirara de su interior lentamente y le soltara las esposas, notó que él había reducido su cuerpo a una masa temblorosa. Entonces abandonó la cama para ir al cuarto de baño. Las lágrimas apenas habían comenzado a aparecer cuando él abrió la puerta y entró en el aseo.

De hecho, se metió en la ducha con ella sin que lo invitara.

—¿Qué te pasa? —preguntó Joaquin, rodeándola con sus brazos.

Él se había acercado demasiado. Emocionalmente se sentía como si la hubieran golpeado; no solo había invadido su espacio personal, sino que golpeaba su psique, lo que provocaba una alarmante vulnerabilidad.

Intentó dar un paso atrás, pero él no cedió un ápice.

—Bailey... —le advirtió.

—Nada. —No sabía qué otra cosa responderle—. Esta noche, la fiesta, la foto, el sexo... Ha sido demasiado.

Él suavizó la expresión.

—Si te he follado con demasiada fuerza, lo siento.

Parecía que lo decía en serio.

—Ha sido muy intenso. No me esperaba eso.

—Ni yo —admitió él—. Suelo ser más suave.

Ella sacudió la cabeza.

—No era eso lo que necesitabas. Creo que yo tampoco. Sin duda no fue parecido a la última vez.

Él apretó los dientes.

—Borra eso de tu memoria.

¿Estaba celoso? A pesar de que le parecía una locura, era la única conclusión a la que podía llegar.

—No te preocupes —le dijo ella—. Es la razón de que mi primera vez fuera la última.

—¿Estás de broma?

Joaquin parecía conmocionado. Se suponía que, dada su edad, debería haber mantenido relaciones sexuales un

montón de veces. Pero no había descubierto lo bueno que podía ser hasta que tuvo sexo con él.

Bailey lo rechazó.

—Puedo ducharme sola. No es necesario que me ayudes.

—Lo siento. Ha sonado mal. —Se acercó a ella de nuevo y le rodeó la cintura con las manos para atraerla hacia su cuerpo—. Solo me has sorprendido.

Eso le molestó, y lo empujó.

—¿Te ha sorprendido que no vaya acostándome con cualquiera?

—No. No es eso lo que quería decir. Olvídalo. Estás recelosa e irritada. Mi mente todavía está fundida por el placer. No pienso largarme. —Lo vio coger el jabón como si el asunto

estuviera zanjado.

Ella se sintió incómoda y aliviada a la vez. Por dios, qué indecisa.

—Estás demasiado acostumbrado a salirte con la tuya.

—No siempre, pero lucho por lo que sé que es correcto.

Como por ese caso. O por salvar su vida. O por no dejarla sola para poder ordenar sus sentimientos.

Joaquin frotó el jabón perfumado entre sus manos para hacer espuma y lo dejó de nuevo en el estante.

—Date la vuelta.

—Puedo lavarme sola.

—Lo sé. —Él suspiró—. ¿Podrías dejar de mostrarte tan obstinada por un segundo y permitir que me ocupe de ti?

Me hundí en tu interior con la fuerza de un obús. Solo quiero asegurarme de que estás bien para poder sentirme un poco menos culpable.

Si lo decía así... Asintió y se dio la vuelta, ofreciéndole su espalda y retirando el cabello de su camino.

Él le deslizó las manos por la columna y al llegar a los omóplatos las dirigió hacia sus costillas. Le rodeó la cintura con fuerza y la atrajo bruscamente hacia él para besarla en el sensible punto en que se encuentran el hombro y el cuello. Le sopló la piel y le mordisqueó el lóbulo de la oreja mientras frotaba las enjabonadas palmas de sus manos en sus caderas y, a continuación, la apretó contra su cuerpo.

—Eres tan jodidamente guapa... —  
murmuró.

Ella se estremeció cuando le mordió el cuello camino de su otra oreja.

—Gracias por confiarme tu cuerpo, por poner tu vida en mis manos.

Cuando Joaquin le puso la palma de la mano sobre el estómago y comenzó a deslizarla hacia abajo, ella se puso rígida. Él movió los dedos más abajo, entre los hinchados pliegues de su sexo y su sensible clítoris.

Bailey abrió la boca al tiempo que le sujetaba la muñeca, cerrando los ojos.

—Detente. En cuanto me he metido en la ducha, me he dado cuenta de que nos habíamos olvidado de usar condón.

—Estoy sano —le juró él—. Si quieres que te lo demuestre, lo haré.

—Pero a menos que seas estéril, no es ese nuestro único problema.

—Pase lo que pase, nos enfrentaremos a ello juntos.

Ella se volvió hacia él.

—Tu familia, la gente con la que creciste, no te ven nunca. ¿Por qué molestarte por una chica tan estúpida como para permitir que la secuestraras y te acostaras con ella? No lo harás. Apuesto lo que sea a que si mañana te dijera que estoy embarazada, huirías horrorizado. Acepto la culpa que me corresponde, pero hazme un favor: no vuelvas a tocarme.

Porque la idea de acercarse a



Joaquin, de acabar enamorándose de él para acabar sola, era más de lo que podía soportar.

Pasó junto a él en dirección a la puerta de la ducha. Él la retuvo sujetándola por el brazo.

—Eso no es así. No usar un condón ha sido un error mío. Asumo la responsabilidad por completo. Si te quedas embarazada...

—Basta. No... no sigas. Has puesto toda mi vida patas arriba ¿y no eres capaz de respetar mi deseo? ¿No puedes dejarme en paz?

Él ladeó la cabeza; parecía peligroso y seguro de sí mismo.

—Si pensara que manteniéndome alejado se resolvería la situación, nada

me haría más feliz que intentarlo. Pero la gente que te importa siempre se aleja de tu vida, así que no creo que quieras que repita el patrón. No importa lo mucho que protestes.

Ella no podía mirarlo. ¡Maldito fuera por leer tan bien en ella y decir lo más adecuado! Se estremeció, una vez más al borde de las lágrimas. Odiaba la forma en que se le había metido bajo la piel.

Se zafó de su agarre.

—¿Puedo disponer al menos de cinco minutos a solas?

—Solo cinco —gruñó él—. No salgas de la habitación ni te metas en líos. Y no creas que no me importas. He luchado por ti desde que te vi. Y no

pienso detenerme.

Ella cogió una toalla y abandonó el baño. Después de ponerse el camisón que Callie le había llevado, se metió bajo las sábanas. Se puso de lado, mirando hacia la pared, y se preguntó qué demonios había ocurrido esa noche. Joaquin la había hecho sentir mujer a todos los niveles. Se había abierto a él y ahora no sabía parar. Peor aún, para cuando había logrado ordenar sus caóticos pensamientos, sus cinco minutos habían terminado.

El sonido del agua de la ducha se interrumpió. La puerta de cristal se abrió y un minuto después él salió del cuarto de baño con una toalla rodeándole la cintura. Ella observó su

piel bronceada y resbaladiza, su enorme y duro cuerpo, sus agudos ojos color avellana.

Se había retirado de la cara el cabello húmedo y unos riachuelos de agua se deslizaban por su pecho musculoso. Sin querer, succionaba todo el aire de la estancia. A ella se le secó la boca... Si seguía mirándolo y se dejaba llevar por el impactante placer que había recibido, acabaría haciendo alguna estupidez como arrojarse de nuevo a sus brazos.

—Buenas noches. —Se obligó a darse la vuelta y quedar de espaldas a él.

Joaquin pronto dejaría la habitación y regresaría a la suya; entonces podría

respirar.

Un momento después, escuchó el susurro de la toalla y luego sintió que el colchón se hundía a su espalda. Rodó sobre sí misma y lo vio meterse en la cama gloriosamente desnudo, a su lado.

—¿Qué haces?

—Dormir contigo. Pídeme que te abrace.

—Jamás preguntas nada, ¿verdad?

Él sonrió de medio lado.

—No si puedo evitarlo.

Quería enfadarse con él, pero no era culpa suya hacer el amor como un dios. Después, había tratado de hacer que se sintiera bien, aunque obviamente la había perturbado. Pero eso no le convertía tampoco en uno de los malos.

Si Joaquin le daba miedo en el plano emocional, era más culpa de ella que de él. La relación con su familia era cosa suya, no de ella.

—Puedes abrazarme —cedió con un suspiro.

Joaquin se deslizó hacia ella en la cama y la rodeó con un brazo. Él le acarició el cuello, y su erección se acomodó contra sus nalgas. La sensación era agradable, reconfortante, dominadora y protectora. Perfecta para ella.

—Estás... —Movió el trasero contra su pene.

—¿Duro? —le murmuró el al oído —. Tú me pones así. Por lo general soy un hombre con la suficiente madurez

para controlarme. Así que no te tocaré a menos que me lo pidas.

Ese era el problema con él. Una parte de ella se sentía tentada a darse la vuelta entre sus brazos, pasarle la pierna por la cadera e invitarle a entrar de nuevo en su cuerpo. Otra parte sabía que necesitaba tiempo para procesar lo ocurrido esa noche... y sus futuras complicaciones.

—Buenas noches.

—Jamás había visto las ventajas de pasar la noche con alguien. Pero tú las haces muy evidentes —dijo él al tiempo que la besaba en el cuello y en la oreja—. Buenas noches.

El frío la envolvió. Bailey se estremeció mientras miraba la pequeña granja que consideraba su hogar. Había caído más nieve la noche anterior y todo parecía tranquilo. Se estremeció dentro de su pijama rosa y se preguntó cuánto tiempo querría papá que se quedara fuera, en el fuerte de su hermano. ¿Dónde se había metido mamá? Se había dado un baño..., pero ¿no era la hora de cenar?

Quería entrar de nuevo en casa, calentarse, pero su padre la había mandado fuera y le había dicho que se quedara allí, no importaba lo que oyera. Los gritos que procedían del interior habían estado llenos de terror y dolor. Había habido también otros ruidos, más fuertes. Se había quedado paralizada por



el miedo después de que un hombre calvo diera una patada a la puerta trasera y entrara corriendo. Desde entonces, había habido una voz masculina gimiendo, llena de agonía.

No sabía qué hacer.

—Por favor, no lo hagas. —La voz que había estado escuchando temblaba. Era la de su padre. Sonaba débil..., dolorida.

Comenzó a salir del fuerte para correr hacia él, pero recordó las severas palabras de su padre.

«Ocúltate ahí fuera y no te muevas. Canta nuestra canción mentalmente. No importa lo que oigas, quédate quieta».

Vaciló. La recorrió un escalofrío. Los dedos de los pies se le habían

entumecido ya dentro de los calcetines.

Por fin, escuchó el chirrido de la puerta trasera. El desconocido que había entrado antes salió al exterior. Sostenía a su padre por el brazo y lo arrastraba consigo. Su padre no luchaba, y tropezaba cada dos por tres. De hecho, cuando se volvió para mirar hacia el fuerte, tenía la mejilla manchada de sangre. Cuando sus ojos se encontraron con los de él, la inmovilizó con una mirada sombría.

El desconocido tiró de nuevo del brazo de su padre, arrastrándolo hacia el coche. Vio un rastro de sangre en la nieve. Su padre estaba herido. ¿Aquel hombre lo llevaba al médico? ¿Dónde estaba su madre? ¿Y sus hermanos?

El hombre metió a su padre en un coche negro que ella no había visto antes y se puso a explorar el patio. Ella se encogió y lo miró entre las grietas de metal. El desconocido tenía los ojos claros y pequeños. Parecía enfadado.

Se mordió el labio. ¿Y si había sido él quien le había hecho daño a su padre?

Antes de que pudiera decidir qué hacer, el hombre se metió en el coche y se marchó. Observó que el vehículo se hacía cada vez más pequeño, hasta desaparecer en el camino de tierra. No entendía lo que había ocurrido.

El tiempo pareció alargarse, y el frío, finalmente, la hizo abandonar su escondite. Se enderezó y salió lentamente del fuerte para entrar de

puntillas por la puerta de atrás.

En el interior reinaba la calma. No se escuchaba la tele, ni había risas o sonidos en la cocina.

Recorrió una habitación tras otra, observando con el ceño fruncido las manchas rojas que había en todas las paredes y en el suelo del salón. Antes de entrar en la habitación de sus padres, se quitó los calcetines y, a continuación...

Todo se desvaneció. De repente, salía corriendo por la puerta de atrás con el pijama manchado. El viento soplaba cuando empezó a recorrer el camino con los pies descalzos. Le castañeaban los dientes cuando una pareja en un sedán azul se detuvo. Se metió en el cálido interior del vehículo y

se balanceó adelante y atrás llena de confusión. No sabía qué decir.

Se despertó con un jadeo.

Se incorporó con la mano apretada contra el pecho y respirando con dificultad. Tenía el corazón acelerado.

La pesadilla que la había atormentado toda su vida seguía martirizándola otra vez. Esta vez habían aparecido en sus visiones cosas que no recordaba de antes. Viktor Aslanov; hasta ese momento no lo había reconocido en su sueño como su padre.

Tampoco había visto nunca al extraño que hirió a Viktor antes de llevárselo de allí, que era lo que su mente adulta le decía que había ocurrido. Sabía que el ruso había sido

torturado, que luego lo mataron y, por fin, arrojaron su cadáver a la cuneta.

Pero lo importante era que el desconocido que acababa de ver en su pesadilla le resultaba familiar.

—¿Bailey? —Joaquin se sentó a su lado—. ¿Qué has soñado?

Ella movió la cabeza con aire ausente, tratando de encajar todas las piezas. Le asaltó una molesta sensación.

—¿Dónde está la foto?

Él la rodeó con un brazo y la estrechó contra su cuerpo.

—¿La de McKeevy? En la mesilla de noche. Espera, que la cojo...

—No. —Se zafó del abrazo de Joaquin para levantarse y encendió la lamparita de la mesilla de noche. Como

en su sueño, sintió el impacto del frío; tenía los pies congelados y le temblaba la mano cuando cogió la fotografía.

Sí, era el tipo que había visto, con aquellos diminutos ojos azules.

Se estremeció con fuerza antes de que su piel quedara cubierta por una capa de sudor frío.

Joaquin se puso a su lado.

—¿Qué pasa? Cuéntamelo.

—Este hombre estaba en mi sueño. Jamás lo había visto hasta esta noche, pero hoy sí. Irrumpió en nuestra casa y se llevó a Viktor, lo arrastró hasta un coche.

—¿Antes mató a todos los demás en la casa?

—No lo sé. Quizá. —Todo le

resultaba confuso.

—¿Qué dijo cuando los mató?

—Yo no estaba en el interior. En mi sueño, Viktor me había ordenado que me escondiera en lo que usaba mi hermano como fuerte. Me dijo que me quedara allí. Pero después de que el hombre se lo llevara, volví a entrar. —Negó con la cabeza antes de mirarlo parpadeando. Joaquin era ahora quien la hacía sentirse protegida y segura. Lo necesitaba—. Esta parte jamás había estado incluida en el sueño.

—¿Y esa parte es la única que es nueva?

—En realidad no. —Frunció el ceño—. Hay una parte en blanco en el medio, entre el momento en que entro en



la casa y vuelvo a salir corriendo, ya cubierta de sangre. Lo que pasa entre esos instantes no soy capaz de visualizarlo.

Él la rodeó con sus brazos.

—Has bloqueado esos recuerdos durante años porque te resultan traumáticos, pero están empezando a aparecer. Es posible que los haya provocado ver la cara de McKeevy. ¿Estás segura de que estaba en tu sueño?

—Muy segura. Estaba más joven, un poco menos calvo, pero sus ojos fríos eran los mismos.

Joaquin le besó la coronilla, y ella se recreó en su calidez.

—Estás temblando —dijo él.

—Este sueño siempre me ha dado

miedo. —Miró a Joaquín; era grande y fuerte, de alguna manera su ancla en ese mundo loco y enrevesado que ahora habitaba—. Pero ahora estoy aterrada.

—Lo sé. Regresa a la cama. —Él intentó quitarle la foto de la mano.

—No. Tengo que pensar sobre ello.

Clavó los ojos en la brillante imagen del hombre que seguramente había acabado con toda su familia. En apariencia, no resultaba particularmente desagradable ni llamativo. Si lo hubiera visto en persona en otro momento, estaba segura de que habría pensado que era maestro o cajero en un banco, cualquier ocupación en la que tuviera que ser educado. No le gustaría poner buena cara y habría maldecido a los

alumnos o clientes para sus adentros. Pero al verlo ahora, supo que estaba mirando a un asesino.

—Sabemos que dejó Houston y se dirigió hacia el norte. No sabemos dónde está en este momento, pero sí dónde podremos localizarlo el sábado.

—En la boda de Callie y Sean. —  
Tuvo miedo por su nueva amiga.

Joaquin asintió con la cabeza.

—Tengo que llamarlos y hablarles de esta novedad. Sabíamos que McKeevy era miembro de LOSS y una potencial amenaza. Pero ahora podemos decir con una seguridad de un noventa y nueve por ciento que fue él quien mató a tu familia y quien irrumpió en tu casa de Houston. Es un cambio en el juego.

—Estamos en mitad de la noche —  
protestó ella.

—No me importa. La situación está llegando a un punto crítico. No sé por qué se han fijado ahora en ti, después de todos estos años. Pero quizá Sean pueda averiguarlo.

Ella puso una mano en su fornido hombro.

—Espera.

Sabía que en el momento en que llamara a los demás, el peligro se haría más real. Había vivido en una burbuja durante los últimos días. Disfrutando de la fantasía de haber comenzado una nueva vida durante las últimas veinticuatro horas. Sin embargo, su pasado había chocado con su presente.

Si quería tener un futuro, debía salir de su capullo y hacer frente a todo.

Joaquin la llevó de vuelta a la cama y se acurrucó a su lado antes de mirar la pantalla del móvil.

—No son las cuatro todavía. Voy a esperar una hora, pero no más. Mi instinto me advierte de que el tiempo no corre a nuestro favor. McKeevy está a la caza.

Y sabiendo lo que aquel psicópata le había hecho a su padre, y cómo había maltratado a las víctimas que Joaquin había tratado de proteger, solo podía estar de acuerdo con él. Sin embargo, saber que disponía de una hora de paz la sumía en una felicidad absoluta. Aunque él tenía razón: aquella espera podía

suponer un precio demasiado elevado.

—No importa. Adelante, llámalos.

Joaquin asintió y marcó el número de Thorpe.

Quince minutos después, Thorpe entraba en el club acompañado de Callie y Sean. Hunter y Logan les pisaban los talones. Y, al parecer, Axel no había llegado a marcharse.

El grupo se reunió en el salón principal del club, todavía decorado con la parafernalia de la fiesta de Thorpe. Joaquin explicó a los demás el sueño de Bailey. En cuanto mencionó la conexión con McKeevy, en la habitación cayó un silencio absoluto.

—Solo es un sueño —indicó Hunter—. Eso no significa que sea

verdad. Si fuera así, Logan lamería piruletas gigantes mientras canta canciones de One Direction.

—¡Oye! —Logan le dio a su hermano un puñetazo en el hombro—. Jamás me ha gustado la mierda que tocan esos británicos.

—Pero todos sabemos que adoras las piruletas —intervino Thorpe, arrastrando las palabras.

—¿Podemos concentrarnos en lo importante? —gruñó Joaquin—. Hasta este momento, todo lo que ocurre en el sueño de Bailey son hechos confirmados.

—Sin embargo, ¿no es posible que ver la imagen haya hecho que lo incorpore al sueño? —sugirió Thorpe.

—Es posible cualquier cosa —  
reconoció Joaquin con los dientes  
apretados—, pero...

—El sueño siempre ha sido para mí  
más bien un recuerdo —intervino Bailey  
—. Y era consciente de que le faltaban  
piezas. Todavía faltan. Lo que ocurre en  
el medio está en blanco. Sin embargo,  
McKeevy forma parte de él, encaja a la  
perfección.

Joaquin asintió.

—La tortura es la especialidad de  
McKeevy.

—No siguió su espantosa rutina con  
ninguno de los Aslanov —señaló Sean  
—. Solo con Viktor. A los demás solo  
les pegó un tiro. —Hizo una mueca  
mirando a Bailey—. Lo siento.



Ella movió la cabeza. Lloraba la pérdida de sus familiares, pero no los recordaba.

—Quizá tenía prisa. Quizá le interrumpieron. Quizá... No lo sabemos... —insistió Joaquin—. No sería la primera vez que se larga sin desmembrar a sus víctimas.

Ella frunció el ceño. ¿De qué estaba hablando? ¿De quién? Tomó nota mental para preguntarle a Joaquin más tarde.

—Lo cierto es que en cuanto vi la fotografía, me resultó familiar y aterrador. Supe que lo había visto antes; mi sueño solo me dio la respuesta —le contestó a Sean—. Sé que parece una locura, pero lo que digo es verdad.

—Todo encaja —insistió Joaquín—. LOSS llevaba quince años buscando los resultados de la investigación de Aslanov. Si pensaban que él mismo había guardado una copia, le habrían visitado, amenazado a su familia y torturado para sonsacarle la información. También han ido detrás de Callie, esperando que ella supiera algo antes de intentar eliminar ese fleco suelto. Solo que no dieron con ella hasta que fue demasiado tarde. Ese contratiempo les habrá cabreado mucho, en especial a McKeevy.

—He estado pensando... —Sean se pasó la mano por la cara antes de mirar a Callie—. Creo que debemos posponer la boda.

Ella sacudió la cabeza y su coleta oscura le rozó los hombros.

—Ni hablar. Esos cabrones han dictado mi vida durante mucho tiempo. No voy a permitir que sigan haciéndolo en el futuro.

—Cielo...

—Podemos protegerla. —Thorpe cruzó los brazos sobre el pecho—. Tú estarás a su lado y yo también.

—Tara y yo asistiremos —prometió Logan—. Ayudaré a tus chicos.

—A menos que Kata se ponga de parto, nosotros también iremos —aseguró Hunter—. Haré todo lo posible para mantener a Callie a salvo. ¡Joder! Casi todos los miembros de Oracle estarán presentes, y tú sabes que Jack se

convierte en un monstruo cuando alguien amenaza a las mujeres. Podemos blindar el lugar y utilizarlo como la oportunidad perfecta para atrapar a McKeevy.

—Joder, se me ha ocurrido una idea para capturarlo antes de que Callie pise el pasillo principal. Ni siquiera interrumpiría la boda —añadió Logan.

—Por favor, Sean... —Callie alargó la mano hacia su prometido.

Él se la cogió.

—No me gusta esto.

—Quiero casarme ya contigo. Y quiero ponerme el vestido de novia antes de que me lo impida la barriga.

—Yo prefiero tenerte viva a muerta —replicó él.

—Dudo que McKeevy vaya a

intentar algo en un acontecimiento importante. No creo que LOSS pretenda atraer ese tipo de atención —colaboró Hunter.

—Seguramente —asintió Sean.

Pero era evidente que no daba nada por esa idea.

—Además, Callie no ha desvelado que su padre destruyó su copia de la investigación. Así que quizá se trate de una misión de reconocimiento del terreno o para buscar pistas —sugirió Joaquin, volviéndose hacia Bailey—. Quizá sepan que estás en Dallas, con Callie. Quizá McKeevy espera que asistas a la boda.

—Y que seas una presa fácil —añadió Axel—. Porque si ese loco tiene

que elegir entre vengarse de Callie o torturarte a ti para conseguir los resultados de la investigación de Viktor Aslanov, ¿qué elegiría?

La idea de ver a ese hombre en persona, incluso aunque fuera en una iglesia llena de gente, la hacía sentir tanta ansiedad que creyó que se desmayaría. Pensar que podía arrinconarla a solas... hacía que la inundara un pánico absoluto.

—Creo que no deberíamos quedarnos aquí —intervino Joaquin—. Sabemos que McKeevy irrumpió en tu casa y la destrozó y que luego se marchó de Houston y se dirigió al norte, hacia Dallas. Si sospechara que estás aquí, nada lo detendría.

Ella no quería poner a nadie en peligro, en especial a esas personas a las que consideraba ya sus amigos.

Logan asintió.

—En tu lugar, metería a Bailey en un coche y saldría disparado hacia Tombuctú.

—Y yo. —Hunter se encogió de hombros—. No veo por qué Callie puede formar parte de sus objetivos, salvo que quiera intentar vengarse. Pero Bailey... es una apuesta segura.

—Eres el último eslabón de la investigación —le recordó Axel.

Thorpe y Sean intercambiaron una mirada antes de clavar los ojos en Joaquin, que asintió con la cabeza.

—Nos vamos a marchar.

Ella quiso llorar. Resultaba irónico que hubiera llegado aterrada al Dominium, deseando estar en cualquier otro lugar. Sin embargo, en solo dos días, se sentía más cerca de esa gente que de ninguna otra persona desde hacía años.

—¿Se os ocurre algún lugar al que ir? —preguntó Sean.

—No. Pero pronto lo sabremos.

—Conocemos una buena casa flotante en las afueras de Las Vegas —contribuyó Thorpe, guiñándole un ojo a Callie.

—¡Mitchell! Eso ha sido un golpe bajo. —La joven resopló, tratando de no sonreír—. Y casi una idea maravillosa.

—¿Solo casi?



Sean la rodeó con un brazo y la besó en la sien.

—Sin casi —confesó ella con un suspiro.

Joaquin se limitó a asentir.

—Tengo algunas ideas propias. Da igual, nos iremos dentro de dos horas.

Se levantó y ayudó a Bailey a ponerse en pie. Ella no quería marcharse, pero no se le ocurría ninguna forma de evitarlo.

—Gracias por todo. —Vio como él tendía la mano a Thorpe y, a continuación, a Sean—. Os deseamos la mejor suerte en la boda y en el futuro.

Sean retuvo su mano.

—Cuando el peligro haya desaparecido, volved a visitarnos.

—Siempre seréis bienvenidos. —  
Thorpe sonrió y se giró hacia Bailey,  
que contenía las lágrimas a duras penas  
—. Cuídate.

—G-gracias a los t-tres —dijo de  
corazón.

Callie se levantó y la miró con  
tristeza antes de tenderle los brazos.

—Ten cuidado. Mantente a salvo.

Bailey asintió y la abrazó, sabiendo  
que no podría mantener esa promesa. Ni  
siquiera estaba segura de volver a tener  
la oportunidad de ver a esas personas.

—Lo haré. Vas a ser una novia  
magnífica y una gran madre.  
¡Felicidades!

Ella quería decir algo más, pero en  
ese momento Hunter lanzó a Joaquin una

mirada penetrante.

—¿Qué le digo a tu hermana?

—Nada, no hay nada que decir. —

Cerró los dedos alrededor del brazo de Bailey—. Vámonos.

No tardaron demasiado en recoger sus cosas. Joaquin y ella apenas llevaban nada cuando llegaron al Dominium. Aparte de los artículos que Callie le había llevado, Bailey se iba con las manos vacías. A pesar de que le hubiera gustado disfrutar de algunas de las comodidades que tenía en su casa, sabía que McKeevy había destruido gran parte del lugar. Otra razón más para despreciarlo. Se preguntó si, aparte de Blane y el ballet, tenía algo por lo que valiera la pena regresar.

—¿Lo has recogido todo? — preguntó Joaquín mientras miraba la habitación que habían compartido la noche anterior, clavando los ojos durante más tiempo en la cama.

—No había mucho que recoger.

—Cierto. —La miró a la cara y suspiró—. Nena, no te preocupes, yo te protegeré. Sean continuará trabajando, lo mismo que Jack Cole y sus muchachos, para mantener a Callie a salvo.

Bailey tenía miedo, pero seguramente no tanto como debería. Joaquín ya había demostrado que era inteligente y que iba un paso por delante de McKeevy. Su pesar era por perder a gente que le importaba.

«Es la historia de mi vida...».

—Lo sé.

Él levantó la mochila que había llenado con sus pertenencias con una mano. Con la otra cogió la de ella. Bailey apreció el consuelo que le ofrecía ese gesto. Por difícil que le resultara dejar atrás a sus nuevos amigos, estar sin ese hombre sería mucho más devastador.

¿Qué haría cuando ya no fuera su guardaespaldas y se alejara para proteger a otra persona o en cumplimiento de una nueva misión? No quería pensarlo. No podía permitir que un hombre que conocía desde hacía solo unos días se apoderara de su corazón y tuviera capacidad para aplastarla. Era

preocupante, sí. Quizá estaba enamorándose de él, pero cuando él se hubiera marchado de su lado, tendría que continuar adelante. Lamentablemente, ya sabía que iba a ocurrir, igual que era consciente de que su marcha le dolería muchísimo.

Cuando los dos abandonaron el dormitorio y recorrieron el pasillo vacío, pasaron por el salón principal, la enorme mazmorra, que alguien había limpiado, haciendo desaparecer cualquier rastro de la fiesta. Incluso la estridente muñeca hinchable había sido desinflada y formaba un charco de plástico sobre la barra, justo debajo de la espantosa ropa interior que había lucido. En mitad de la estancia, Logan

miraba a su alrededor hasta que por fin recogió un bolso de la mesita donde habían dejado los regalos.

Los miró cuando entraron.

—Buena suerte, pareja. Kata te va a echar mucho de menos, tío.

Joaquin se tensó.

—Gracias. ¿Pretendes implantar una nueva moda con ese bolso?

Bailey parpadeó. Joaquin había evadido con una pregunta burlona responder a la verdad que Logan había dicho. La muerte de su padre debía de haber sido muy traumática para él. ¿Por qué no lo había superado todavía? ¿Por qué no quería estar en contacto con su propia familia?

¡Dios! La vida de Joaquin estaba



llena de secretos, de misterios dentro de misterios, de acertijos. Entre eso y la falta de sueño, el cansancio pesaba como una losa. La molestia que sentía entre las piernas también era un potente recordatorio del hombre que tenía al lado. Aun así, lo único que quería era que Joaquín la tocara de nuevo.

—¡Ja! —replicó Logan con acritud—. Tara y yo teníamos prisa anoche. Se dejó el bolso aquí y me ha enviado un mensaje para que lo recoja. De todas formas, creo que mis colores son el gris y el negro. —Levantó el complemento con una sonrisa cursi—. Incluso tienen esos bolsillos tan ingeniosos para llevar armas ocultas... —Ladeó el bolso y cayeron al suelo con estrépito una

pequeña colección de juguetes infantiles: un par de chupetes, un sonajero de múltiples colores, algunos libros de tela con velcro y una pequeña pelota musical.

Ella se quedó congelada cuando escuchó la canción. Se le heló la sangre en las venas.

—¿Qué es eso? —preguntó, señalándola.

Logan recogió el juguete cuando sonaban los últimos acordes de la cancioncilla .

—Una pelota.

—No, la canción.

—*Hickory dickory dock* — respondió él—. ¿No la habías oído nunca?

—Sus padres eran rusos —  
intervino Joaquín en tono de  
advertencia.

—No, sí la he oído. ¿Cómo es la  
letra? ¿Puedes cantarla?

—Dime qué es lo que se te ha  
ocurrido. —Joaquín dejó la mochila en  
el suelo y le pasó un brazo por los  
hombros en una muestra silenciosa de  
apoyo.

—Es algo..., un vago recuerdo. No  
puedo asegurar nada. —Rebuscó en su  
memoria sin encontrar nada y suspiró  
con frustración—. No lo sé. Por favor,  
cántala.

Logan asintió.

—«*Hickory dickory dock*. El ratón  
subió al reloj. Marcó la una. El ratón

cayó. *Hickory dickory dock*». —Se frotó la nuca con una mueca—. Suena menos estúpida cuando se la canto a las niñas.

Ella sacudió la cabeza.

—Esa no es la letra que me enseñaron.

—A lo mejor tus padres te la cantaban en ruso —sugirió Joaquin.

—No. Hablaba de una valla, un árbol grande, un granero y girar tres veces. —Fragmentos de su memoria surgieron en su mente.

Logan pareció muy confuso.

—Jamás he oído esa versión.

—Me la enseñó Viktor Aslanov.

—¿Qué más da? —Joaquin se puso la mochila al hombro y la guio hacia la

puerta—. Seguro que es una tontería.  
Vámonos ya. Adiós.

Ella lo miró. ¿Por qué había sido tan brusco?

—¿Puedo quedármela? —le preguntó a Logan antes de que Joaquin la alejara de allí—. Te la devolveré tan pronto como pueda.

—Claro. —Logan le tendió la pequeña pelota.

Ella cogió el juguete; era esponjoso y suave. Entendió por qué gustaba a los bebés. La sacudió, pero la pelota permaneció muda.

—Tienes que hacerla rodar. — Logan señaló la mesa que había contenido los regalos la noche anterior con la barbilla.

Lo hizo y, al momento, comenzó a sonar la melodía. Las palabras que Viktor le había enseñado volvieron a sonar en su cabeza una vez más. Pero ¿realmente le habría cantado esa canción su padre biológico? Una parte de ella quería decirle que sí, pero su yo más racional...

—Creo que no es necesario. —Le tendió la pelota a Logan—. No voy a dejar a tus hijas sin su juguete.

—Si es para refrescar tu memoria, quizá la necesites. Créeme, ya la he oído suficiente durante los últimos meses, así que perderla de vista un tiempo será lo mejor que podría pasarme.

—¿Tus niñas no la echarán de menos? —repuso vacilante.

—Seguramente, pero ni Tara ni yo echaremos de menos que lllore una cuando la tiene la otra. De verdad. — Logan le tendió de nuevo la pelota—. Llévatela. Si te sientes mejor, en realidad nos estarás haciendo un favor.

Cada una de esas personas había sido amables, protectoras y cercanas... Se preguntó si volvería a verlas de nuevo. ¡Mierda! Iba a acabar llorando.

Joaquin la acompañó a la puerta y se dirigieron a su SUV gris. El sol comenzaría a asomarse pronto por el horizonte, pero seguía siendo de noche a su alrededor. No podía dejar de preguntarse si McKeevy estaría acechando escondido en la oscuridad, esperando una oportunidad para ir a por

ella. En el Dominium se había sentido segura, igual que con sus nuevos amigos. Ahora ya no era así.

El interior del vehículo olía a cuero y a Joaquin. Él tiró la mochila en el asiento trasero y se sentó detrás del volante. Tras encender el motor salió del aparcamiento sin luces. A esas horas apenas había tráfico, y recorrieron algunas calles antes de que él encendiera las luces y pisara el acelerador, alejándose del club.

—¿A dónde vamos? —le preguntó en voz baja.

—No lo sé. —Joaquin parecía tenso y preocupado—. Tengo que pensar en algún lugar seguro, pero con McKeevy y LOSS persiguiéndote, creo



que debemos empezar a jugar al ataque y tratar de utilizar cualquier cosa que te haga recordar el día que murió tu familia. Puede que eso nos ayude. Si tu padre guardaba una copia de los resultados de su investigación...

—No lo sé. Pero si lo hubiera hecho, yo no lo recordaría. Apenas tenía cinco años.

—Sin embargo, tus recuerdos están volviendo. Existe la posibilidad de que podamos sacar información de tus sueños. Cualquier detalle que puedas recordar podría salvarte. Háblame de la pelota.

—La música está despertando algo. No sé qué es exactamente. Por ahora está... borroso. ¿Por qué no querías que

Logan lo supiera?

—Es mejor para él no saber nada que pueda interesar a LOSS.

Supuso que era cierto. No quería que las personas que habían intentado ayudarla corrieran peligro. De hecho, rezaba por que ahora que ella se había marchado, Callie pudiera tener la boda perfecta.

Con un suspiro, apretó la pelota que Logan le había entregado. Se sentía casi reacia a escuchar de nuevo la canción, como si el sonido pudiera abrir la caja de Pandora. Pero la musiquita rondaba en su mente, burlándose de ella. Además, si la información era poder, no podía alargar el proceso.

Lanzó la pelota contra la guantera y

la cogió cuando vino de vuelta. Comenzó a sonar cuando tocó su mano:

—«*Hickory*, cerca de... algún sitio. No puedo recordar qué se oculta..., no recuerdo dónde...».

El resto de la canción se desvanecía en su conciencia mientras trataba de recordar las primeras estrofas. Quizá si conseguía cantarlas, las demás líneas vendrían solas.

—¿Algo?

—No es suficiente. Empieza con «*Hickory*» como la versión de Logan. Luego es diferente. Déjame intentarlo de nuevo.

Volvió a lanzar la pelota a la guantero para que sonara la melodía:

—«*Hickory* cerca del muelle. El

ratón se oculta en... *algún sitio*. A partir de la valla pintada, salta tres veces».

—¿En dónde?

—Es todo lo que recuerdo.

Su incapacidad para acordarse de la canción era frustrante. No era que hubiera esperado hacer rebotar la pelota un par de veces y que la letra inundara casi de forma mágica su mente. Sin embargo, aquellas lagunas en sus sueños, el destino de su familia y el hecho de no ser capaz de recuperar la memoria hacían que se le revolviera el estómago. ¿Por qué no podía cerrar los ojos y conseguirlo sin más?

—Respira hondo y relájate.

Hizo lo que Joaquin le sugería, pero aquella pregunta insidiosa impedía

que lo lograra.

—Nada.

—Espera —insistió él—. Pásame la pelota.

Ella dejó caer la pequeña esfera en la palma de su mano con una mirada de soslayo. Él se detuvo en un semáforo y lanzó el juguete a la consola. Bailey cerró los ojos de nuevo.

—«*Hickory* cerca del muelle. El ratón se oculta en la granja. A partir de la valla pintada, salta tres veces a la izquierda. Camina recto hacia... algún sitio. *Hickory* cerca del muelle». — Suspiró, cada vez más frustrada—. ¿Crees que es importante?

—Viktor Aslanov escribió esta rima por alguna razón.

—Era ruso. Quizá no conocía bien el idioma.

—Es posible. Pero no tenemos nada más. Lo que vas cantando parecen las instrucciones para encontrar algo.

—O es una fantasía por tu parte. De todas formas... parece que mi memoria no quiere recordar.

—No has pensado en ello demasiado tiempo. Prueba una vez más.

—Mientras él tomaba el desvío que llevaba al norte, ella volvió a escuchar la melodía.

Nada. Seguía sin poder recordar a dónde decía la rima que debía caminar en línea recta.

—Lo siento. —Meneó la cabeza.

—No pasa nada. Descansa un rato y

seguimos después. Quizá deberías cerrar los ojos y probar a dormir un poco.

Ella lo miró como si hubiera perdido la cabeza.

—Estoy demasiado alterada para dormir.

Él se encogió de hombros, entendiéndola.

—Y yo debería tomar un café.

—No suelo tomar demasiado, pero suena bien.

—Bien. Vamos a evitar todo el tráfico en hora punta que podamos. Cuando lleguemos a las afueras de Dallas nos detendremos.

—En Houston las cosas se pusieron muy feas, así que me gusta la idea de alejarnos de allí, pero ¿por qué vamos

al norte?

—Porque en el sur no vamos a encontrar nada —repuso él—. No tiene sentido regresar a Houston.

—Cierto. —Sobre todo porque McKeevy sabía dónde vivía. Su contrato de alquiler terminaba dentro de dos meses y tenía previsto renovarlo. Pero dada la situación, cuando estuviera a salvo buscaría otro lugar.

Si es que llegaba a estar a salvo de nuevo.

—Estoy tratando de pasar al ataque. Si luego tenemos que desviarnos al este o al oeste, lo haré.

Eso tenía sentido.

—¿Qué has querido decir con pasar al ataque?



—¿En una palabra? Dejar de huir. Creo que LOSS no te quiere a ti, sino lo que puedes recordar. Y eso es el lugar donde tu padre podría haber ocultado los resultados de su investigación.

—¿Por qué los buscan con tanto ahínco?

—Podría haber un millón de razones, pero apuesto a que es por lo que Sean sugirió: están convencidos de que pueden alterar genéticamente a sus soldados y vencer al ejército de Estados Unidos. Recuerda que quieren separarse de la Unión.

—Eso parece... ciencia ficción.

—Por lo que podemos deducir, la investigación de tu padre estaba muy avanzada. Estaba a años luz de sus

colegas. También es posible que fuera un estafador y que LOSS hubiera apostado por sus posibilidades y no se concretaran.

—Imagino que pedirían alguna prueba. —¿Por qué si no iban a pagar tanto dinero a un científico? —Frunció el ceño.

—Sí, también lo he pensado. Algo los ha hecho pensar que esta información resolverá todos sus males, porque están dispuestos a matar por ella. Quizá el avance que recibieron los convenció de que necesitaban el resto. ¿Quién puede saberlo? Nuestro problema es, simplemente, mantenernos con vida. Creo que la clave es encontrar lo que tu padre podría haber ocultado.

—¿Sabes con certeza que ocultó algo?

—No —admitió Joaquín—. Pero un hombre no tira su vida por el retrete sin una buena razón..., eso seguro.

Ella se encogió de hombros.

—No pareces molesto por haber perdido tu trabajo.

—Soy un firme creyente en la justicia. No he renunciado a ella. Solo la buscaré por un camino diferente.

«Entonces, ¿qué?», se preguntó, aunque permaneció en silencio. Quizá no quería saber el camino que seguiría Joaquín una vez que hubiera pasado el peligro.

—Así que estás dispuesto a buscar lo que Viktor Aslanov puede haber

ocultado. ¿Por dónde vamos a empezar?

Lo vio vacilar.

—He pensado sobre ello. Creo que tenemos que volver a la escena del crimen.

—No sé dónde realizó su investigación.

—Pero conocemos el lugar donde LOSS lo fue a buscar y mató a tu familia. Quizá tenían la intención de encontrar allí la información.

—¿Quieres regresar a la granja que veo en mis sueños? —La idea le horrorizaba, aunque... tenía cierto sentido.

—Sí.

—No sé dónde está —protestó de forma automática.

—Sean nos lo puede decir.

Seguramente podría, pero...

—LOSS ha tenido algo así como quince años para rebuscar en el lugar. Si mi padre ocultó allí la información, ¿no habrían dado ya con ella? ¿El lugar no habrá sido ocupado por otra persona?

—Lo averiguaremos. Pero si quiero que despierten tus recuerdos, tengo la esperanza de que algo de la propiedad te resulte familiar. Podrías ver... algo y tener un *flashback*. La foto de McKeevy hizo maravillas.

No podía negarlo, aunque lo deseara.

—Tengo miedo.

—No me extraña. Jamás he sido capaz de enfrentarme a la casa en la que

crecí. Tú perdiste allí a toda la familia y no sé qué puedes recordar así. Has sido la mujer más valiente del mundo desde que te saqué de Houston. ¿Serás capaz de aguantar un poco más? ¿Por mí?

Su discurso tenía parte de zalamería y parte de chantaje. Ella suspiró. Pero ¿qué otra cosa podía hacer? Si quería disponer de su vida, tenía que explorar todas las posibilidades.

—Sí.

Joaquin llamó a Sean mientras se dirigían hacia el norte. A su lado, Bailey dormía profundamente. Se habían detenido en un lugar de comida rápida a

desayunar y tomar café. Cuando les entregaron la bolsa grasienta por la ventana del establecimiento, ella había arrugado la nariz. A continuación, había retirado el queso y mordisqueado el sándwich con delicadeza.

Él sonrió al recordarlo y, acto seguido, le lanzó una mirada. No sabía por qué se sentía tan unido a ella. Había sido capaz de alejarse de todos los que habían formado parte de su vida. Su madre tenía a sus hermanas. Sus hermanas, a sus maridos. Ninguna lo necesitaba.

Bailey sí lo hacía.

Sin embargo, no se trataba de lástima. Nada más lejos de la realidad. No le gustaba alejarse de ella, incluso

estaba extrañamente desorientado cuando no la tenía cerca. Le encantaba ver su sonrisa, y se empalmaba cuando la veía reír. Ahora, que se mostraba serena, le invadía una sensación de paz. ¿Qué cojones le estaba pasando?

—¿Estáis bien? —preguntó Sean a modo de saludo cuando respondió a la llamada.

—Genial. Gracias. Vamos en el coche —dijo en voz baja para no molestar a Bailey—. ¿Tienes la dirección de la granja donde Bailey vivía con sus padres?

—¿Vais a ir allí?

—No se me ocurre otra cosa. Aunque Bailey tiene razón, LOSS ha tenido quince años para peinar el lugar.



—También los federales. Llevaron allí todo tipo de equipos de búsqueda; desde rayos X a cámaras de infrarrojos... y no encontraron nada más que una colonia de ratones en el granero.

—Pero ellos no disponían de los recuerdos de Bailey.

—Algo que tú sí tienes. Vale la pena intentarlo.

Sean le facilitó los datos y luego le comentó sus planes para que la boda fuera lo más segura posible. Joaquín sabía que Bailey odiaba perdérsela, y si era sincero consigo mismo, a él le pasaba lo mismo. Sean y Callie se merecían que su matrimonio comenzara con buen pie; él jamás había visto una relación que comprometiera a tres

personas, pero con la voluntad férrea de Thorpe, la dedicación de Callie y la capacidad pacificadora de Sean, les auguraba un gran futuro.

Joaquin se preguntó qué coño sería de su vida cuando el caso finalizara. Ahora ya no tenía trabajo. Su apartamento no podía considerarse un hogar. Se había alejado de su familia y su mejor amigo estaba muerto. Tenía más de treinta años... y no tenía nada que lo atara.

¡Dios! ¿Estaba escuchándose? Tendría que mover su culo llorón y seguir adelante. Conseguiría otro trabajo, otro caso, otro piso de mierda..., quizá incluso más amigos.

Pero no encontraría otra Bailey.

Aquel pensamiento fue como un puñetazo.

—¿Hola? —dijo Sean—. ¿Estás escuchándome?

—Sí. —Se concentró de nuevo en la conversación—. Lo siento. Se ha interrumpido la cobertura. ¿Puedes repetir lo último que has dicho?

—Claro. Ten cuidado. Si damos con algo más, te mantendré informado.

—Muchas gracias, tío.

—Y ve poniéndonos al corriente de todo. Callie está muy preocupada por vosotros.

Eso le encantaría a Bailey.

Sintió la boca seca.

—Gracias.

Cuando colgó, agradeció haber

comprado un vehículo con un navegador GPS. Introdujo la dirección en el buscador y esperó. Solo doce horas y quizá algo podría cambiar...

Viajaron hora tras hora. Bailey miró por la ventanilla mientras el paisaje iba variando lentamente. La tierra llegó a parecer un plano quieto, solo el follaje se movía. El aire se hizo más frío. La primavera podía haber llegado a Texas, pero en el norte todavía no había despuntado.

Después de Little Rock, los rastros de civilización empezaron a diluirse. La esquina noreste de Arkansas seguía cubierta de nieve. En Misuri aún era

invierno, a pesar de estar en abril. Ella todavía no le había preguntado a Joaquín a dónde estaba llevándola.

Y lo cierto es que no estaba segura de querer saberlo.

Cada milla que pasaba, se le encogía más el estómago. Cada célula de su cuerpo parecía tensarse de terror. ¿Y si ver la casa de su infancia desbloqueaba sus recuerdos? ¿Y si no lo hacía? ¿Y si solo recordaba el baño de sangre que McKeevy había hecho con su familia? No podía creer que hubiera escapado solo porque su padre la había enviado a esconderse fuera y LOSS no había prestado demasiada atención a cuántos hijos tenía Aslanov.

—Estás muy callada —comentó

Joaquin finalmente.

—Estoy bien.

—No me mientas. Estás preocupada.

—Sí, lo estoy —admitió—. ¿Y eso cambia algo?

Él suspiró mientras entraban en Illinois.

—¿Ni siquiera tienes hambre?

—¿Vas a darme más comida basura? —La idea le revolvió el estómago.

—Es lo más probable. Trato de llegar a nuestro destino antes del anochecer. No tiene sentido buscar en la propiedad en la oscuridad.

—De todas formas, no vamos a tener demasiado tiempo antes de que

anochezca. Debes de estar cansado. Llevas todo el día conduciendo y no has dormido demasiado la noche pasada.

—No me arrepiento de lo que pasó ni por un segundo. ¿Y tú?

Ella sintió las mejillas calientes.

—Me gustó mucho. Desde luego, ahora entiendo por qué hay tanto alboroto con el sexo.

Bailey pensaba que la mayoría de los hombres se sentirían orgullosos cuando una chica alababa su destreza sexual. Él frunció el ceño.

—Así que soy bueno en la cama, pero no ha significado nada, ¿no?

—No... er... —¿Por qué ese hombre la reducía a un manojito de nervios con tanta facilidad?—. Estoy

escapando para salvar mi vida. Y tú no vas a quedarte conmigo. Tu hermana lo dejó muy claro anoche. ¿Por qué entonces te importa tanto?

Él soltó un gruñido.

—Vamos a posponer esta conversación hasta que se solucione todo lo demás, pero no ha terminado.

«¡Genial!», pensó con ironía.

Se detuvieron y dieron cuenta de un almuerzo más saludable. Unos sándwiches de carne procesada no eran su mejor apuesta alimentaria, pero ella llenó el suyo de verduras; eran lo mejor que podían comer. Si por algún milagro llegaba a la audición que había la próxima semana, iba a estar en forma. Después, continuaron el viaje en



relativo silencio. Ella puso la radio y buscó una emisora de música; las canciones se convirtieron en algo tan estático como los kilómetros que recorrían.

Cuando faltaba muy poco para el anochecer, Joaquin hizo girar el SUV para meterse en un camino de tierra. Ella notó que se le revolvía el estómago, y se preguntó si acabaría vomitando el almuerzo. De alguna forma, sabía que el trayecto por ese camino sería muy corto. Le pareció una eternidad y, al mismo tiempo, no fue lo suficientemente largo.

Joaquin no tardó en reducir la marcha. El GPS le indicó que su destino estaba a la izquierda. Ella se llevó las manos al estómago mientras miraba lo

que parecía una inofensiva casa de campo algo descuidada, la edificación que se había convertido en la casa de los horrores en sus pesadillas.

La estructura seguía pintada de blanco, aunque los años y la climatología la habían maltratado en algunos puntos. El columpio que había a un lado en sus sueños estaba oxidado y parecía candidato a acabar en un contenedor de basura. Los restos del fuerte de su hermano asomaban entre dos árboles inclinados. Si no hubiera sabido que estaba allí, nunca lo habría encontrado. Una cortina colgaba en una ventana de la fachada, y ella supo que correspondía a la cocina. De hecho, la tela tenía impresas pequeñas tazas de té

y platitos. El tejado había visto días mejores.

Todo el lugar parecía encantado.

—Estás pálida. ¿Ves algo que te resulte familiar?

Sintió que la invadía la tristeza antes de verse inundada por la rabia. LOSS se lo había quitado todo, y ahora que estaba allí sentada mirando la casa, recordó la risa. A su padre le gustaba hacerle cosquillas por las mañanas. Su madre les enseñaba a bailar a su hermana y a ella en el salón.

Las oscuras necesidades de una organización por dominar el mundo habían acabado con todo lo que ella amaba en un abrir y cerrar de ojos.

—Todo —confesó con voz

temblorosa.

Joaquín salió del coche y lo rodeó para abrirle la puerta.

—Si estás demasiado cansada para hacerlo hoy, podemos volver mañana.

Ella sacudió la cabeza. No quería marcharse y pasar la noche aterrada sabiendo que tenían que regresar...

—Ya estamos aquí. Terminemos con esto.

Pareció como si él quisiera decirle algo pero se contuviera, limitándose a tenderle la mano para ayudarla a salir del SUV.

—¿Estás preparada?

«No».

—¿Por qué no iba a estarlo?

—Hace tres días no tenías ni idea

de que eras Tatiana Aslanov. Si también regresan tus recuerdos, puede llegar a resultarte abrumador.

Ella supuso que era lógico, pero el hecho de que él hubiera tenido en cuenta sus sentimientos le encantó. Qué distinto era ahora lo que pensaba de él que cuando se despertó encadenada a una cama en el Dominium.

—Sí.

La cogió de la mano.

—Estaré contigo.

—¿Aquí no vive nadie?

Joaquin hizo una mueca al tiempo que entrecerraba sus ojos color avellana.

—No. Sean estuvo investigando y descubrió que había estado vacía todo

este tiempo. Tu padre dejó la casa y todo lo que contenía a su tía, una hermana de su madre, pero todavía vive en Rusia. Al parecer, ella se negó a venderla con la esperanza de que te encontraran algún día y la quisieras.

El hecho de que un pariente que no conocía se preocupara por ella en el otro lado del mundo la conmovió, pero sabía que nunca podría pasar la noche en ese lugar.

—¿Quieres decir que hay una llave escondida en alguna parte?

—Es cosa de los federales. Pero Sean me ha dicho cómo encontrarla.

Joaquin la condujo hasta un lado de la casa. Junto a la puerta de atrás, la que tantas veces había aparecido en sus

sueños, había una caja de seguridad colgada de la manilla. Él marcó el código con seguridad, y se abrió una pequeña bandeja, dejando a la vista una llave.

—¿Quieres abrir tú? —preguntó él al tiempo que la cogía entre sus dedos.

—No. Entrar me va resultar bastante difícil ya. Por favor, ve delante.

Solo Dios sabía lo que vería. ¿Alguien habría limpiado las paredes y sustituido las alfombras después de los asesinatos? Si todavía quedaban evidencias, ¿sería capaz de seguir adelante? ¡Mierda! Comenzaba a costarle respirar.

—Sígueme. Y si tienes que dejarlo, que descansar o que hablar al

respecto..., ya sabes.

—Soy consciente de ello.  
¿Podemos acabar de una vez?

Porque si tardaba mucho más tiempo, acabaría vomitando.

Él asintió con la cabeza mientras la miraba. Parecía tenso. No, tenso no, preocupado.

—Como tú quieras. A tus órdenes.  
Era curioso que le gustara quitarle el mando en la cama, que asumiera el control absoluto cuando estaba en peligro su seguridad y, sin embargo, cuando se trataba de algo traumático y emocional... se limitara a quedarse a su lado, apoyándola. Preocupándose.

—Gracias. Sé que este caso te ha supuesto mucho, que has hecho



demasiado para mantenerme con vida. Tu sentido de la justicia es increíble. Lo que has sacrificado para ayudarme y tratar de salvar a unas mujeres que no conocías es poco menos que extraordinario.

Él le indicó que lo dejara y clavó la mirada en el lateral de la casa. Por fin, introdujo la llave en la puerta, pero no funcionó.

—Debe de abrir la puerta principal.

—Supongo. —Ella se encogió de hombros.

Tirando con suavidad de su mano, la condujo hasta el porche delantero. Allí la llave funcionó a la perfección, sin encontrar resistencia, y cuando

Joaquin accionó la vieja manilla, la puerta se abrió con un chirrido. Desde el interior de la casa se precipitó una corriente de aire frío que le impactó contra la cara. Comenzó a temblar sin control, desde el interior de su cuerpo.

Empujó más la puerta y entró. A medida que avanzaba, el aire viciado inundó sus fosas nasales, haciendo que casi cayera de rodillas.

—Me preguntó cuánto tiempo hace que nadie pone un pie aquí. —Él también retrocedió ante el olor.

Ella arrugó la nariz y husmeó por el interior.

—Parece que mucho tiempo.

El pequeño salón se seguía pareciendo tanto a sus recuerdos que se

sintió abrumada. La alfombra de color chocolate, que había visto mejores días, seguía cubriendo el suelo. Había un sofá de cuadros azules que no combinaba bien con ella contra la pared. La mesa auxiliar aún tenía encima un tapete de encaje. La arañada mesita de café descansaba delante del sofá, llena de rasguños dejados por los camiones de juguete de su hermano. Y todo estaba cubierto por una gruesa capa de polvo.

Bailey se envolvió la cintura con los brazos. La temperatura no era lo único frío allí. La gelidez del ambiente había traspasado su piel hasta llegar a sus venas. El terror que había impregnado la casa aquel día todavía persistía.

Respiró hondo, tratando de tranquilizar sus inestables nervios. Nunca se había considerado demasiado valiente, así que estar allí era todo un logro. Quería huir. Pero no podía, y lo sabía.

—¿Estás bien? —le preguntó él, acercándose a ella.

Gracias a Dios, estaba Joaquin. No habría podido hacerlo sin él. Puede que no fuera a quedarse con ella para siempre, pero le agradecería toda su vida que estuviera ahora junto a ella.

—E-eso intento.

—¿Preparada para recorrer la casa? Dejaré la puerta abierta.

Eso podía ayudar a aliviar un poco lo que sabía que sería una de las

experiencias más difíciles de su vida. Asintió con un gesto tembloroso.

Tras atravesar con pasos vacilantes el salón, llegaron al comedor. La pálida tela de las sillas seguía mostrando señales de las manchas que habían dejado los niños que habían comido allí. Sus ojos se detuvieron en el asiento junto al que había sido de su madre: ese había sido su sitio. La desvaída mancha rosada que había en la esquina era debida al ponche de fruta que se le había derramado en una ocasión. Su padre siempre ocupaba la cabecera de la mesa y preguntaba a sus hermanos mayores sobre los deberes.

Cada recuerdo parecía muy claro ahora. ¿Cómo podía haberse olvidado

durante tanto tiempo de su pasado? ¿Durante años incluso? Y más todavía si contaba hacia atrás. Su madre se recogía a menudo el pelo y bailaba por toda la casa cuando pensaba que su «bebé» estaba durmiendo la siesta. Bailey solía escaparse de su cama para observarla. A sus hermanos les gustaba jugar al escondite en el interior de la casa, en especial si nevaba. Si su padre estaba viendo la televisión o estudiando sus notas, perdía los estribos y les gritaba. Pero siempre acababan dándose abrazos, haciéndose cosquillas y riéndose.

Cuando llegó con Joaquin hasta la cocina, se detuvo. Las estropeadas encimeras de linóleo blanco cubrían la

parte superior de los armarios de roble pasados de moda. Algunas de las puertas colgaban ahora de las bisagras. Supuso que la comida habría sido retirada, o el hedor sería insoportable. La nevera blanca seguía en la esquina, pero ya no vibraba. Los fogones habían sido viejos quince años atrás, pero en ese momento parecían una reliquia.

Los recuerdos sobre su madre eran más fuertes allí. Según su padre, no había sido buena cocinera, aunque siempre le habían agradecido su esfuerzo. Su madre trabajaba durante horas para tratar de hacer un guiso especial, sobre todo durante los fríos inviernos. Su padre a menudo sonreía por su esfuerzo, pero parecía ahogarse

al probar el resultado.

Sintió que sus labios se curvaban. Guardaba buenos recuerdos de aquella estancia. Olvidados, como la última fiesta de cumpleaños de su hermano, cuando la tarta cayó al suelo de la cocina antes de que nadie hubiera podido probarla. Su último verano allí, un perro viejo había entrado en el patio, sin chip ni identificación alguna. Le habían llamado X-Man. El enorme cruce de pastor alemán no duró mucho porque la edad se lo llevó, pero ella recordaba con cariño al animal que siempre la había protegido, y había llorado mucho el día de su muerte.

—Todo va bien, ¿verdad? — preguntó en voz baja Joaquin.



Ella sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas, aunque asintió.

—Estoy recordando todo. No sé... Todo este tiempo de mi vida estaba en blanco, y ahora que estoy aquí, me acuerdo de todo.

Él le acarició el cabello con ternura.

—Estoy contigo. Si algo te asusta, agárrate a mí y ya está. Si recuerdas algo sobre el caso...

—Te lo diré.

—O si quieres hablar de cualquier otra cosa, aquí estoy.

Joaquin la siguió fuera de la cocina a través de la sala que daba al patio trasero. Allí, Bailey recordó correr entre las macetas. Aunque en ese

momento toda la vegetación estaba latente, esperando que finalizara el largo invierno, salvo la maleza marrón que casi cubría la valla de atrás.

En el otro lado de la estancia, vio la parte de la casa que más había temido: el pasillo que conducía a las habitaciones. Mientras miraba el negro agujero, un nudo de terror le atenazó las entrañas. Lo que no quería recordar estaba en ese lado de la casa.

—¿Preparada?

Estaba anocheciendo, tenían que hacerlo ahora. Asintió despacio con la cabeza, sintiendo que la chirriante tapa de la caja de Pandora se abría en su cabeza.

Dio un paso hacia la puerta de la

primera habitación. En el momento en que las zapatillas deportivas de Joaquin golpearon el parquet gastado, vio a otro hombre de pie en el mismo lugar. Cerró los ojos y dejó fluir el recuerdo. Su padre la había recogido esa tarde y la había abrazado mientras cantaba con ella su versión de aquella canción infantil, y luego le prometió que no la olvidaría. Por fin, la había enviado hacia la puerta trasera que había al final.

Ella no quería abrir los ojos y mirar el largo pasillo que llevaba hasta allí, pero no podía dirigir la vista hacia otro lado. Era un espacio alargado, oscuro, húmedo y aparentemente inocuo. Pero en el momento en que movió los párpados, la asaltó una visión del

pasado. Las paredes estaban salpicadas de rojo. Los brillantes suelos de madera estaban cubiertos de líquido caliente. Había sangre por todas partes. Lo había visto después de que hubieran arrastrado a su padre lejos de allí, después de que hubiera salido del fuerte de su hermano. ¿El extraño había entrado y les disparado a todos?

Frunció el ceño; tenía el recuerdo muy cerca, pero no podía acceder a él. Algo se lo impedía...

—¿Es necesario que hagamos aquí una pausa o quieres seguir adelante?

Ella quería largarse de la casa ya, y esa no era una opción. Solo tendría futuro si se enfrentaba al pasado.

—Sigamos.

La primera habitación a la derecha era la de su hermano. Se acercó de puntillas al umbral y vio unas paredes azules desteñidas. El póster de *La guerra de las galaxias* había sido arrancado por la mitad, pero los bordes seguían pegados a la pared. Las literas ya no tenían sábanas, y era visible una enorme mancha roja que estropeaba el colchón de la cama de abajo. Y no pudo bloquear el recuerdo de su hermano en su cama, sin vida, sangrando por el balazo que había recibido en la cabeza. Había cumplido nueve años apenas unas semanas antes.

Se estremeció y se llevó la mano al pecho.

—Mikhail, mi hermano, fue

asesinado en su habitación.

¿Quién le haría eso a un niño? ¿Por qué?

No podía seguir mirando, y se retiró de la puerta. Joaquin estaba allí para apoyarla. Él la rodeó con sus brazos y le apretó la cabeza contra su pecho, canturreando palabras sin sentido. No importaba que ella no entendiera lo que decía, porque sus caricias dejaban muy claro que iba a estar con ella. No parecía que solo quisiera respuestas para resolver un caso, al contrario, ella hubiera jurado que estaba preocupado de verdad.

Lo rodeó también con sus brazos y sollozó ahogadamente contra su pecho. Fue él quien los sacó de allí y se apoyó

contra la pared, alejándola de la tragedia.

Durante largos minutos, Joaquin la dejó reposar contra su cuerpo, prestándole su apoyo y su fuerza mientras ella lloraba. Bailey hipó porque temía lo que encontraría al lado, pero una rápida mirada a su alrededor le demostró que la luz del sol se desvanecía y estaba agotándoseles el tiempo. No creía que pudiera tener fuerza para regresar allí por la mañana, así que debía concluir en ese momento aquel terrible recorrido por esa casa desgarradora. No sabía si recordaría algo importante o no, pero tenía que intentarlo.

—Estoy bien —aseguró,

retirándose.

Él la retuvo agarrándola por los brazos antes de ponerle un dedo debajo de la barbilla para levantarle la cabeza. Después de echar un largo vistazo a sus rasgos e intercambiar con ella una mirada profunda, Joaquin emitió un suspiro. Era evidente que aquello no le gustaba, pero sabía que tenían que hacerlo.

—Ven conmigo.

Recorrieron el siguiente trecho de pasillo juntos antes de detenerse en la siguiente puerta, la habitación que había compartido con su hermana, Annika. Las paredes ya no eran de un amarillo soleado. La suciedad que cubría los cristales de las ventanas y el sol



poniente hacían que la estancia pareciera triste y llena de sombras. La pálida alfombra todavía mostraba las cicatrices en forma de manchas de sangre salpicada en el lado más alejado de la habitación. La puerta del armario estaba entreabierta como un terrible recordatorio.

Al igual que le había ocurrido en la habitación de Mikhail, recordó lo que vio allí aquella noche horrible. Su hermana mayor había tratado de ocultarse de su asesino en el armario, pero él la había encontrado. Así la había hallado ella después, acurrucada y encogida en un rincón de la pequeña oscuridad. El desgraciado la había cazado en el suelo y apagado su vida.

Los últimos momentos de Annika debían de haber sido aterradores.

Se preguntó por qué ella se había salvado cuando no lo había hecho ninguno de sus hermanos.

—Tengo que salir de esta habitación. —Se dio la vuelta y regresó corriendo al pasillo.

Joaquin la siguió.

—¿Era tu dormitorio?

Ella asintió.

—Mío y de mi hermana. Yo dormía en la litera de arriba.

De hecho, recordaba haberse despertado por la mañana temprano y haber buscado a su madre para pedirle tortitas.

Su madre.

Casi se le detuvo el corazón mientras se dirigía hacia el final del pasillo, donde estaba la habitación que habían compartido sus padres. Recordaba haberlos oído discutir a veces. Y también haber escuchado gemidos y gruñidos ahogados, lo que sospechaba que habían sido sus padres haciendo el amor.

La acogedora cama de matrimonio no tenía sábanas, y el colchón era ahora de un blanco sucio. Las mesillas de noche no estaban ocupadas por el reloj y las joyas que siempre se quitaba su madre antes de dormir. El banco junto a la ventana todavía poseía un acolchado asiento con flores pintadas, pero el paso de los años lo hacía parecer anticuado y

descuidado.

Se acercó un poco más, pero no pudo obligarse a entrar en la estancia. No quería recordar a su madre en un charco de sangre, como si hubiera oído los disparos y los gritos de Annika, hubiera querido salir y la hubieran abatido a ella misma.

Lo ocurrido aquel día volvió a su cabeza. Recordó el frío que la envolvía mientras recorría el pasillo, las carnicerías que había encontrado en cada habitación, cada una más horrible que la anterior. Hasta que vio a su madre, sangrando pero ya sin vida, en el suelo. Se vio tratando de despertarla mientras miraba aterrada sus ojos abiertos y vacíos. Había gritado, se

había lanzado contra su madre para abrazarla con fuerza, pidiéndole que la cogiera entre sus brazos y le asegurara que el mundo no había terminado.

En un silencio mortal, había huido de aquella casa de horror, preguntándose si el mal iría a por ella también. Cuando salió al pasillo, resbaló en la sangre y se quitó los calcetines antes de empujar la puerta de atrás, para ir hacia la nieve. El resto de los hechos encajaban en su sueño, todo el camino que recorrió hasta que la pareja del sedán azul la había encontrado. Después... no recordó nada anterior a su vida con Bob y Jane Benson.

—¿Nena?

—Mi madre murió aquí. —Señaló

un lugar a apenas medio metro—. Encontré su cuerpo. Recuerdo haberlos encontrado a todos muertos.

Joaquin la atrajo hacia sí, y ella supo que la comprendía.

—Estoy aquí. Lloro, enfádate o... lo que sea que necesites.

Lo que realmente necesitaba era marcharse.

—No hay nada más que ver en esta casa. Quiero irme.

—Estoy contigo. Vamos.

La condujo al patio, hacia el aire fresco. De pie en el exterior, Joaquin le encerró la cara entre las manos mientras el sol se hundía por el horizonte. Los rayos de sol incidieron en el bronceado rostro masculino haciendo que su piel

pareciera dorada. La preocupación que ella leyó en sus ojos color avellana casi hizo que le fallaran las rodillas.

—No voy a presionarte más si puedo evitarlo —murmuró él—. Dime qué quieres hacer.

—Estoy bien. —Tenía que estarlo—. Terminemos con esto.

Él asintió con la cabeza.

—¿Tu padre utilizaba el granero para algo?

—¿Para la investigación? —Lo negó con la cabeza—. Mi madre lo limpió para que pudiéramos jugar allí, pero pensábamos que era espeluznante. Estaba cayéndose incluso entonces, así que no lo usábamos demasiado.

—Entonces, ¿no trabajaba ahí?

—Jamás. Puedo contar con una mano el número de veces que recuerdo ver a alguien entrar ahí.

Él asintió con gravedad.

—Tengo que mirar lo que hay en el interior para asegurarme de que Viktor no ha ocultado la investigación en un lugar tan obvio. Aunque, si fuera tan simple, ya lo habría encontrado otra persona. Sin embargo, debo intentarlo de todas formas. ¿Te quedas aquí o me acompañas?

Ella no quería estar sola, pero él necesitaba aprovechar la escasa luz diurna que quedaba. Los restos del fuerte de su hermano, encajado entre dos árboles, la llamaban. Debía mirar allí mientras todavía hubiera sol. No sabía



de cuánto tiempo había dispuesto su padre para guardar algo en esa zona. La secuencia temporal de ese día estaba un poco enredada en su cabeza. No recordaba que su padre hubiera estado en el exterior hasta que McKeevy apareció y lo arrastró consigo.

—Venga, ve. Estoy segura de que tanto los federales como los hombres de LOSS han registrado cada centímetro cuadrado de la granja, pero yo voy a hacer una comprobación por mi cuenta. —Se movió en dirección al lugar donde acostumbraba a jugar su hermano.

Joaquin pareció reacio a alejarse de ella, pero por fin asintió.

—Si necesitas algo, grita.

—Gracias. —Apreciaba sus

palabras más de lo que podía expresar.

Mientras él caminaba hacia el granero que había detrás de la casa, ella se dio la vuelta y respiró hondo antes de avanzar despacio hacia los árboles. La mayoría de las piezas metálicas que su hermano había unido con cinta para formar las paredes verticales de su fuerte habían desaparecido. Algunas estaban dispersas por el patio. Otras no estaban.

Ella se arrodilló entre los árboles, recordando aquel fatídico día. Su padre la había enviado fuera con instrucciones precisas para que se ocultara en silencio, cantara mentalmente su canción y permaneciera quieta. Se acordó de preguntarle si era un juego. La sonrisa

de Viktor había sido tensa cuando asintió y respondió que era un juego muy serio. ¿Podría comportarse como una niña mayor y no fallar?

Ella asintió con alegría mientras deseaba que su madre hubiera hecho más tortitas y no un guiso para la cena. Luego...

Se dejó caer al suelo y apoyó la espalda contra el más grande de los dos árboles, apretando las rodillas contra el pecho como aquella tarde. Cerró los ojos y trató de recordar cualquier otra cosa que su padre pudiera haberle dicho. Podía haber ocultado en cualquier parte los resultados de su investigación. ¿Quizá en una caja de papel? ¿O sería en algo más pequeño?

¿Quizá un aparato electrónico? No lo sabía. Tampoco recordaba nada más, salvo a su padre besándola y diciéndole que la quería antes de dirigirse con decisión hacia la casa.

Lo siguiente que recordó la hizo jadear. Se atragantó, incapaz de respirar. Los pensamientos le daban vueltas en la cabeza. El corazón le rugía.

Tomó aire de forma entrecortada y gritó.

Joaquin oyó un grito capaz de helarle la sangre que provenía del otro lado de la pequeña granja. Sacó la Sig que llevaba en la espalda a la altura de la cinturilla, quitó el seguro y corrió junto a Bailey, atenazado por el pánico.

La encontró sola, acurrucada contra un árbol, tratando de hacerse lo más pequeña posible. Tenía los ojos cerrados y la boca abierta. Las lágrimas se deslizaban por la comisura de sus ojos mientras temblaba como si hubiera sufrido una descarga eléctrica.

Él se arrodilló delante de ella, la cogió entre sus brazos y la atrajo hacia su cuerpo.

—¿Qué te ha pasado? Dímelo.

Bailey lo empujó y se puso en pie.

—¡Sácame de aquí! —Ella vio el SUV al otro lado del patio y corrió hacia allí—. ¡Tengo que salir de aquí!

Él la persiguió y la alzó contra su pecho.

—Cuéntame lo que ha pasado. ¿Alguien te ha molestado? ¿Te han amenazado? ¿Te han asustado?

—No.

Así que, al menos por el momento, solo luchaba contra su memoria, no contra un enemigo de carne y hueso.

—Bueno, tengo que cerrar la casa,

y luego podemos marcharnos. Respira hondo. —Abrió la puerta del copiloto y la dejó en el asiento, donde la acunó contra su torso—. No te soltaré hasta que estés tranquila. Venga, coge aire.

Bailey comenzó a llorar con más fuerza. Aquello lo destrozó, la preocupación le rompió el corazón. ¿Cuánto más tendría que sufrir ella en tan poco tiempo? Todo su mundo estaba patas arriba. Sí, vale, era para salvarla. Para vengar a Nate, para atrapar a aquellos psicópatas que habían disparado al único amigo que tenía.

Se sintió culpable.

—No puedo. —Ella intentó respirar hondo, pero no pudo porque se puso a llorar de nuevo.

Su llanto era tan sentido que había desequilibrado su sistema respiratorio. Estaba demasiado pálida y sus ojos azules parecían enormes. ¡Joder! Tenía que ayudarla.

Joaquin la agarró por los hombros.

—Nena, mírame. Mírame a los ojos. Tienes que coger aire profundamente..., así. Sí. —La alabó cuando por fin lo logró—. Y déjalo salir poco a poco. Cuéntame qué es lo que te ha dado tanto miedo.

Ella se tapó la cara con las manos. Le temblaban los hombros. Siguió llorando en silencio, sin descanso. ¡Mierda! Quería poder soportar ese dolor por ella. Ojalá no hubiera tenido que entrar en su vida como un huracán,



ojalá hubiera logrado atrapar antes a McKeevy y a LOSS sin haber destruido su mundo... Pero si hubiera ocurrido así, jamás la habría conocido. Si hubiera ocurrido así, Bailey no lo habría cambiado de la forma en que lo había hecho.

¡Joder!, se había enamorado de ella. ¿Cómo no se había dado cuenta antes?

—¿Bailey? —la presionó con suavidad.

Ella se encogió sobre sí misma y movió la cabeza.

—Cierra la casa y vámonos.

Odiaba dejarla sola ni siquiera un instante, pero no había otra opción.

—Tardo menos de dos minutos.

¿Quieres quedarte con mi arma?

Bailey abrió los ojos con horror.

—¡No! Llévatela, llévatela. No puedo...

Joaquin guardó el arma con un seco movimiento de cabeza antes de correr hacia la casa, donde se aseguró que la puerta lateral estaba cerrada antes de dirigirse a la principal, cerrándola con la llave que luego devolvió de nuevo a la caja de seguridad. Con una mirada al coche, comprobó que ella no se había movido: todavía no había sido capaz de salir del *shock*.

Corrió de nuevo, esta vez hacia ella. No podía negar que le hacía feliz salir de aquella casa. Tenía un mal presentimiento; era como si la tragedia

de tres muertes sin sentido todavía marcara las paredes y perturbara el aire. Tenía que llevarse a Bailey lejos de allí.

En el momento en se acercó vio que parecía todavía más pálida y que respiraba con más dificultad. Ya era suficiente.

—Vámonos de aquí.

—Espera —lo detuvo ella—. He recordado algo...

Bailey comenzó a temblar de nuevo. Dada la configuración del asiento y el techo del vehículo, él no tenía forma de llegar a ella, así que accionó la palanca para reclinar el asiento y la echó hacia atrás hasta casi posición horizontal. Entonces, se inclinó sobre ella y le acarició la mejilla.

—No es necesario que hablemos de ello aquí.

Ella asintió de forma vigorosa con una mirada muy triste.

—Ya sé lo que le pasó a mi familia.

—No tienes por qué revivir el momento en que McKeevy entró en la casa y disparó a tus seres queridos. Lo entiendo.

—E-es q-que no lo hiz-zo él —hipó sin dejar de temblar—. L-lo hiz-zo mi p-padre.

—¿Viktor Aslanov mató a tu familia? ¿Quieres decir que les disparó él?

—Sí. Ahora lo recuerdo todo. Me dijo que me escondiera fuera, sin hacer ruido, que cantara nuestra canción

mentalmente y que no entrara. Después de eso me abrazó, me dijo que me quería y volvió a entrar. Oí disparos, gritos y más disparos. Siguió un terrible silencio. Estaba paralizada y no sabía qué hacer. Me senté, balanceándome hacia delante y atrás. Luego llegó McKeevy; vestía algún tipo de uniforme militar azul. Entró en la casa e hirió a mi padre antes de arrastrarlo hasta su coche. No volví a verlos.

Joaquín la vio tomar aire con brusquedad una vez más; no podía soportar aquella mirada perdida en sus ojos.

—Ah, nena... No sé qué decirte. Fue un infierno.

—Lo perdí todo. —Sonaba triste,

sola... Nuevas lágrimas aparecieron en sus ojos.

Él sabía lo que se sentía al perder. Recordaba perfectamente la terrible noche que su madre lo sentó a su lado y le dijo que su padre había muerto. El *shock* había sido como sufrir el impacto de una barra de acero en el plexo solar. Entumecimiento, negación, rabia... Se acordaba de cada emoción, de cada una de las sensaciones. En aquel momento tenía casi trece años, edad más que suficiente como para entender el concepto de la muerte y las razones que había detrás del máximo sacrificio de su padre. Bailey había tenido cinco y era imposible que hubiera comprendido qué era la muerte ni la violenta tragedia que

la acompañó.

Cuando la vio por primera vez, imaginó que era un ser frágil y delicado. Ahora sabía lo fuerte que era. De alguna manera, se las había arreglado para salir adelante, para tener una vida, para ser una niña relativamente feliz. Incluso después de perder a la gente que consideraba sus padres, había seguido perseverando.

—No lo has perdido todo —juró él—. Yo estoy aquí. No voy a irme.

Ella lo miró con cautela, como si no se lo creyera. ¿Y por qué iba a hacerlo? Después de todo lo que le había dicho su hermana y todo lo que él mismo había admitido, era difícil confiar en sus palabras. Pero tenía

intención de demostrárselo.

¿Estaba pensando en algo más que consolarla en ese momento? ¿Quería que fuera su novia? ¿Su esposa? ¿Quería realmente estar atado a una mujer?

No, pero con Bailey no lo consideraba estar atado a nadie, sino conectado a alguien que hacía diferente su vida. Ella llevaba luz. Le hacía sentir nuevo. No sabía qué haría sin ella.

—La cuestión es que... Viktor Aslanov me enseñó la canción infantil que cantamos antes. Solo a mí. Me dijo que tenía que ocultarme mientras la cantaba mentalmente y luego... —tomó aire como si le costara reunir valor y él le puso la mano en el hombro para darle ánimo—, luego entró y disparó al resto



de la familia. Quizá sabía que LOSS había enviado a alguien a por él.

Joaquin asintió.

—Tenía que saber que no podía ocultar de forma indefinida a una esposa y tres hijos. Seguramente se dio cuenta de que emplearían tácticas terribles para conseguir la información que buscaban, por lo que en lugar de permitir que su familia sufriera o que utilizaran su sufrimiento para forzarlo, los mató de la manera más humana posible.

—Resulta tan irreal... Viktor Aslanov no era un hombre violento. Reía. Amaba. Me... —Bailey comenzó a llorar de nuevo.

Joaquin se sentía impotente para aliviarla, y eso lo frustraba todavía más.

—Lo más probable es que se viera arrinconado e hiciera lo que pensaba que era necesario. Seguramente murió lamentándolo, pero no podía vender o entregar más información a LOSS. Su último día con vosotros debió de ser agrídulce.

—Me cantaba esa canción una y otra vez. Me la hizo cantar con él. Me dijo que no la olvidara nunca. Debe de significar algo.

Ella asintió con la mirada vidriosa. Parecía perdida. Joaquin había visto expresiones similares en personas que habían sido testigos de demasiada violencia o los horrores de la guerra. No era de extrañar que hubiera tenido pesadillas durante tantos años.

—Creo que sí. Cántame otra vez lo que puedes recordar.

Ella buscó la pelota y se la entregó. Él lanzó la esponjosa bola al salpicadero. Cuando la recogió se pusieron a escuchar la melodía, ella cerró los ojos y se concentró. Joaquin no la interrumpió.

—«*Hickory* en el parque. El ratón se esconde en la oscuridad. En la valla pintada, tres pasos a la izquierda. Sigue el camino de la señal cerca del muelle...» —La vio encogerse de hombros—. Eso es. Antes estaba confundida, pero... eso es...

—Es un mapa verbal. —Se metió en la camioneta y miró a su alrededor—. No veo ningún parque, valla pintada o

muelle... Si con «*hickory*» se refiere a un nogal, no hay ninguno en este patio.

Recorrió el entorno con la vista.

—No sé dónde estábamos cuando empezó a enseñarme la canción. Estoy agotada. Quizá si descanso un poco y luego vuelvo a pensar en ello...

Él esperó que tuvieran tiempo antes de que McKeevy se lo arrebatara o Bailey explotara. Sabía que haría todo lo posible para ayudarlo, pero el estrés emocional que estaba soportando era casi más del que podía aguantar cualquier persona.

—¿Sabes si hay algún lago cercano donde pudiera haber un parque con un embarcadero?

Ella hizo una pausa y luego lo negó

con la cabeza en silencio. Bailey necesitaba una buena comida, una copa de vino, una noche de sueño reparador y que la abrazaran. Por mucho que quisiera encontrar todas las respuestas, no estaba entrenada para soportar misiones, como él.

—Vámonos. Encontraremos un mapa detallado de la zona en internet y ya veremos si suena la flauta.

Ella dejó caer los hombros.

—Siento que estoy fallándote.

—Oh, no, nena. Nada de eso. Hoy te has presionado demasiado. Te ha resultado difícil, pero has seguido luchando. Estoy muy orgulloso de ti. — Le puso la mano sobre la mejilla—. Vamos a buscar un poco de comida de

verdad y una buena cama. ¿Qué te parece?

Ella lo miró y parpadeó antes de clavar en él sus ojos azules.

—¿Te quedarás conmigo?

—Claro. Cada momento y, seguramente, más de lo que deseas. — Subió el respaldo y se acomodó en el puesto del conductor, detrás del volante —. Reclínate en el asiento y cierra los ojos. Te mereces un descanso. Una vez que hayas reposado, volveremos a pensar en esto y lo veremos con otros ojos. Quizá estemos pasando por algo evidente o tal vez tengas más recuerdos.

—Quizá. —Ella sonaba distante y cansada.

Joaquin le cogió la mano antes de alejar el vehículo de la pequeña casa que tan llena estaba de recuerdos horribles. Mientras lo hacía, marcó el número de Sean con intención de comunicarle las revelaciones que había tenido Bailey. El teléfono sonó mientras él echaba un último vistazo a la granja por el espejo retrovisor. Esperaba no tener que volver allí nunca más. Y si lo hacía, sin duda sería demasiado pronto.

Bailey miraba por la ventanilla del SUV el paisaje cambiante, que se transformaba poco a poco de rural en suburbios. No tenía ni idea de a dónde pensaba llevarla Joaquin, ¿acaso

importaba?

Tenía los sentidos embotados, y pasaba del *shock* a la desilusión y al desconcierto. ¿Cómo no se había dado cuenta hasta ahora de que Viktor había matado a su mujer y a sus dos hijos mayores? ¿Lo habría sabido el FBI y había preferido ocultar ese hecho? Se preguntó qué otras terribles verdades acechaban en su pasado, esperando a que las recordara o tropezara con ellas.

—¿Quieres cenar antes o prefieres dormir?

Antes de visitar la casa de su infancia había estado muriéndose de hambre. Pero en ese momento dudaba que pudiera comer un solo bocado.

—Quiero ducharme.



Necesitaba sentirse limpia, no como la chica engendrada por un padre loco o tan desesperado como para matar a su familia. Aquel tipo de angustia solía aparecer en las noticias o en la primera página de un periódico. Cuando se había enterado en ocasiones de finales similares, siempre había pensado que la familia debía de sufrir problemas todo el tiempo. ¿Por qué nadie se había dado cuenta y les había ayudado? ¿Por qué la gente siempre se limita a mirar hacia otro lado? En su caso no había ocurrido nada de eso, al menos según lo que ella recordaba. Y debía saberlo. Todo lo que había hecho ese día había sido con intención de resucitar sus recuerdos perdidos. Si hubiera habido broncas o

violencia en su familia, sin duda se habría acordado.

—Una ducha, por supuesto. Pero antes de buscar un lugar, necesito llenar el depósito del coche.

Después de parar brevemente en una gasolinera, Joaquin entró a pagar mirando el teléfono. Unos minutos después salía con un par de botellas de agua en la mano.

—Hay un lugar decente no muy lejos de aquí. Puedes ducharte y luego decidir si quieres comer o dormir.

—Tú necesitas comer algo — señaló ella. Preocuparse por él era mucho más fácil que pensar en su horrible día.

—Luego me ocuparé de eso. —

Joaquin le cogió la mano—. En este momento prefiero estar aquí, apoyándote en lo que sea necesario. Lo que sea, ¿de acuerdo?

¡Bendito fuera! Sin duda había sido su pilar. No se había alejado de ella ni una sola vez. Es más, parecía entender a la perfección que todavía no podía hablar de lo ocurrido. Y quería creer que cuando necesitara que alguien la escuchara, estaría allí.

«¡Bienvenida a la tierra de los engaños! ¡Disfruta de tu estancia!».

—Gracias. —Ella le apretó la mano—. No tenías por qué sufrir mi dramática experiencia y sus consecuencias.

—Tú no tenías que sufrir que te

secuestrara. Ni que te obligara a conocer una identidad completamente nueva. Ni que te llevara a un club de BDSM, te presentara a mi hermana, te zurrara... —Lo vio hacer una mueca.

A pesar de la tensión del día, el desprecio que mostró por sí mismo la hizo sonreír.

—Dicho así, eres un verdadero príncipe azul.

—Lo sé..., ¿vale? ¿Qué puedo decir? —Él se encogió de hombros—. Me esfuerzo en descolocar a una chica, literalmente.

Ella esbozó una leve sonrisa. Dejarse llevar por sus bromas era mucho más cómodo que revivir de nuevo una y otra vez la muerte de su

familia.

—¿Podrías no intentarlo tanto la próxima vez? —le siguió la corriente ella.

—Por lo general voy a tope, pero veré lo que puedo hacer.

Recorrieron en silencio el resto del trayecto hasta un motel de carretera. Joaquin entró en el aparcamiento del establecimiento y entró para pedir una habitación, dejándola oculta en el SUV, tras los cristales tintados. Ella deseó poder cerrar los ojos y hacer que el horror que había vivido ese día desapareciera. Desde que regresó a la casa donde había pasado los primeros años de su infancia, tenía un mal presentimiento del que no era capaz de

deshacerse. Así que se mantuvo alerta ante cualquier persona sospechosa.

Una familia se bajó de un todoterreno, parecían cansados de viajar. La madre condujo a los tres niños y todos sus juguetes hacia la entrada mientras el padre se ocupaba del equipaje.

Desde el interior del motel salió una pareja. La mujer miró a su alrededor de forma clandestina y luego se volvió hacia el hombre, que la besó de forma apasionada. Cuando se separaron, ella miró el reloj y buscó las llaves en el bolso. Llevaba una alianza, él no. Se dirigieron cada uno a un coche. Bailey se preguntó si el marido de esa mujer sabría que ella tenía un amante, o si

había pasado por alto las señales que anunciaban los problemas de su hogar.

Otro hombre, que vestía una sudadera con capucha, aparcó cerca de la recepción y salió del sedán plateado con las manos en los bolsillos de la chaqueta. ¿Sería el marido de la mujer?, se preguntó mientras examinaba el aparcamiento. Los ojos del tipo parecían tan vacíos que ella se estremeció. Sin embargo, él desvió la mirada con rapidez como si estuviera buscando a alguien. Bailey soltó un suspiro de alivio.

En ese momento Joaquin atravesó las puertas y se dirigió al SUV.

—Tenemos una habitación en la planta baja. También hay una salida a la

interestatal, por si acaso.

Ella se alegró de que él hubiera pensado en esas cosas. Si era sincera, lo único que había tenido ella en mente era darse una ducha caliente que arrastrara toda la mugre del día. Era una pena que quitar las manchas de su alma no fuera tan fácil.

—Gracias.

Con un movimiento de cabeza, él puso el vehículo en marcha. Pasaron junto a la zona que había recorrido el hombre de la capucha, pero el tipo había desaparecido. Seguramente habría entrado en el hotel. Ella se encogió de hombros y miró en otra dirección. Vio a la mujer casada alejándose en su vehículo. Su amante parecía clavado en



el suelo junto a un deportivo, observando cómo se alejaba. Parecía destrozado.

Bailey sospechaba que se sentiría así cuando Joaquin se diera cuenta por fin de que se sentía demasiado unida a él y se alejara.

La tristeza la invadió, incluso pesaba más que el tumulto que había supuesto ese día. Aquella extraña mezcla de emociones la hacía sentir como si disfrutara de todo lo bueno y lo malo de la vida a la vez. Tenía un pasado oscuro y había vivido una infancia falsa. ¿Por qué no disfrutar de lo bueno que se le presentaba en ese momento?

Joaquin detuvo el SUV en una

esquina, aparcando tan cerca de la puerta trasera como pudo. Le entregó la llave y cogió la mochila.

— Habitación 192. Abre la puerta y déjame registrarla antes de entrar.

Había visto esa táctica en la televisión, y no entendía cómo podía haber entrado alguien antes en esa habitación, pero si así se sentía más tranquilo, estupendo. De hecho, con aquel mal presentimiento que la atenazaba, cualquier precaución era poca.

Cuando se acercó a la habitación, echó un vistazo al aparcamiento, pero no vio a nadie, así que metió la llave en la cerradura. La luz se puso verde y se escuchó un leve chasquido. Joaquín

empujó la puerta y sacó el arma de la espalda, quitando el seguro. Ella contuvo la respiración mientras él examinaba cada rincón, el armario, el cuarto de baño, debajo de la cama...

—No hay moros en la costa —dijo él indicándole que entrara.

Cuando lo hizo, dejó que la puerta se cerrara a su espalda. Se deshizo de la mochila y aseguró la cerradura.

—Date la ducha. Voy a mirar en la guía telefónica si puedo encargarme algo de comida de verdad.

Ella asintió y se dirigió directa al cuarto de baño. Era funcional, pero si había agua caliente y champú, era todo lo que necesitaba de verdad.

Después de desnudarse, se puso

bajo el chorro caliente y dejó que derritiera su estrés. El calor caía en cascada por su cuero cabelludo, por su pelo, hasta rodar por su piel. Cogió la pastilla de jabón y la deslizó por su cuerpo antes de enjabonarse el pelo. En su mente, estaba haciendo lo posible para lavar el terrible acto que su padre había llevado a cabo por una cuestionable misericordia, las pesadillas que la habían atormentado durante años y la incertidumbre de no saber dónde estaría al día siguiente.

Pero en lugar de eliminar las emociones que la asfixiaban, estas rugieron con más fuerza a través de ella. Había hecho todo lo posible para reprimirse y no desmoronarse en el

coche, pero ¿y ahora? La inundaron con la rapidez inexorable de un maremoto. Todo el dolor, la confusión, la incredulidad y la tristeza la asaltaron a la vez. Sus lágrimas se liberaron y se convirtieron en un constante goteo que acabó convirtiéndose en un pequeño arroyo. Por fin, su autocontrol se rompió y el llanto se transformó en un aguacero que le oprimió el corazón hasta que no pudo respirar ni moverse. No pudo hacer otra cosa que sentarse en el borde de la bañera y sollozar.

No supo cuánto tiempo levaba allí sentada, medio debajo del chorro de la ducha, cuando Joaquin llamó a la puerta.

—¿Nena? —dijo desde el otro lado—. ¿Estás bien? He encontrado una

pizzería.

Oyó sus palabras, quiso decirle que no podía pensar en comida, pero cuando abrió la boca, lo único que salió de ella fue un tembloroso suspiro y, a continuación, un incontrolable y entrecortado sollozo.

Él no se molestó en llamar de nuevo, solo empujó la puerta y entró. Ella trató de encogerse sobre sí misma. Se sentía vulnerable como si le estuvieran cortando la piel hasta hacerla sangrar por cada poro. No quería que él la viera como una víctima, como una tragedia, como una chica digna de su piedad.

Pero ¿cómo iba a verla si no en ese momento?

Otro atormentado sollozo. Él atravesó el pequeño cuarto de baño en dos pasos y se sentó a horcajadas sobre el borde de la bañera, donde la envolvió entre sus brazos para apretarla contra su cálido cuerpo.

—Bailey... No llores. Oh, nena. — La acunó—. Estoy aquí.

—Me siento rota. —Se las arregló para decir entre las lágrimas.

—Nunca lo estarás —juró él—. Has tenido un día duro. Conozco muchos hombres que no habrían aguantado ni la mitad que tú.

Quizá. Ella no supo si lo que decía era verdad, y su cerebro estaba demasiado ocupado para procesarlo. Miró el agua que corría por el fondo de

la bañera. El largo pie desnudo de Joaquín estaba empapado, lo mismo que la pernera del pantalón. Debía de estar mojándole también la camisa con su piel y su cabello húmedos. Sin embargo, él no mostraba ninguna señal de querer separarse ni de proteger su ropa del agua. Se limitó a abrazarla y a canturrear por lo bajo.

—Solo puedo imaginar lo que estás pasando. Has cargado con este secreto demasiado tiempo. Saber que ha estado encerrado ahí dentro tiene que ser horrible.

—Me siento... No sé cómo explicarlo. —Sacudió la cabeza—. ¿Responsable? Pero no creo que con cinco años hubiera podido evitar lo que



ocurrió.

—No. Si Viktor no te hubiera dicho que te ocultaras, habrías muerto también ese día. O te habría matado él, como hizo con los demás, o McKeevy te habría torturado para averiguar si sabías algo útil antes de acabar contigo.

Todo lo que decía era cierto, pero eso no hacía que las palabras fueran más fáciles de digerir.

—Me gustaría haber sido capaz de decirlo todo antes. No sé. De haber hecho algo.

—Eso tampoco habría cambiado nada. Lo que deseas es haber tenido más poder sobre la situación, tanto ahora como antes.

Ella no lo había pensado de esa

manera, pero él tenía razón. Entendía perfectamente lo que quería decir.

—Sí. Es como si sintiera que he hecho un mal servicio por no decir la verdad antes. Y ahora estoy enfadada con Viktor, con LOSS, con McKeevy...

—Y seguramente conmigo. Por haberte obligado a esto.

—Tratabas de salvar vidas. No sé dónde estaría si no hubieras salvado la mía. Lo más probable es que muerta. Y nunca habría sabido la verdad. Gracias por ser mi caballero andante.

Él le encerró la cara entre sus manos y la miró como si quisiera decir algo. Pero ella vio lo que necesitaba en sus ojos: su fuerza, su apoyo, su sensatez. Por primera vez en su vida,

supo lo que era elegir a alguien con el corazón. No había podido elegir a ninguno de sus padres ni cómo habían acabado sus relaciones con ellos. También había pasado entre un montón de amigos sin más. Mirándolo de forma retrospectiva, supuso que se había acercado a Blane porque era divertido, interesante y muy servicial en lo referente al ballet. Pero Joaquin... llenaba su corazón como no había hecho nunca nadie.

No podía negar que lo amaba.

Era posible que al día siguiente siguieran juntos, pero era probable que no fuera así. No podía controlarlo. Lo único que podía hacer era estar con él en ese momento. Era un bálsamo para su

alma maltratada. El calor que ahuyentaba el frío de su corazón. La hacía sentir viva, y en ese momento lo necesitaba.

—¿Quieres besarme? —jadeó.

Él apretó los labios contra los de ella, pero se detuvo un momento después y se retiró.

Ella quería más. Le rodeó el cuello con los brazos y separó los labios para él antes de hundir la lengua en el interior de su boca.

Joaquin se puso rígido y se echó hacia atrás.

—Bailey, necesitas comer y dormir.

—No.

—Estás alterada y no voy a aprovecharme de ti.

Adoró su sentido del bien y del mal. Podía ser demasiado retorcido para algunas personas, pero ella le entendía. Para él, un final justo podía justificar el uso de medios terribles. No era un hombre que secuestrara a la ligera. Igual que no era de los que se aprovechaba cuando pensaba que no sería capaz de negarse.

—No lo harás. Te estoy pidiendo que me consueles con tu contacto, con tu afecto. Que reemplaces los recuerdos malos con algo bueno. ¡Ayúdame!

Él frunció el ceño mientras la contemplaba, clavando sus ojos en los de ella de forma inquisitiva. Por fin, se levantó y se inclinó para cerrar la ducha. Luego la ayudó a colocar la alfombra

del baño y la envolvió en una toalla, escurriendo el agua que goteaba de su cabello antes de mojar el suelo.

Con suavidad, él dejó caer los mechones sobre su espalda.

—No tengo preservativos. Hoy mismo compré una caja, pero está en el coche. Si esto es lo que quieres de verdad, iré a por ellos.

Sí, debería hacerlo. Y sí, ella debía permitirle que lo hiciera.

—No. —La palabra salió con brusquedad de sus labios.

No quería perderlo de vista. No soportaba separarse de él ni un momento. No era lógico, pero ¿cuándo era racional la desesperación? Necesitaba sentirlo de la forma más

elemental, como hombre y mujer.  
Natural y real.

Sin nada entre ellos.

—No quiero que uses condones.

Él vaciló.

—Bailey, no creo que...

Ella se puso de puntillas y fundió sus labios con los de él al tiempo que le abría los vaqueros con las manos. En ese momento no quería pensar. Y tampoco quería que él pensara. Necesitaba sentir. ¿Qué más daba si era imprudente? Además, el resto de su vida se había ido a la mierda por causas ajenas a ella. Quería ese instante con él. Una conexión pura que nadie podría borrar, algo que no olvidara jamás. ¿Era pedir demasiado?

Joaquin se echó hacia atrás y le sujetó las muñecas antes de que pudiera bajarle la cremallera.

—Yo también te deseo. Te deseo con todas mis fuerzas. Cuando me hundí en tu interior sin barreras, sentirte a mi alrededor fue el mayor placer que tuve nunca. Daría cualquier cosa por volver a disfrutarlo de nuevo. Pero ¿y si te quedas embarazada?

Joaquin abrió la boca como si fuera a decir algo más, pero ella lo interrumpió.

—Lo sé. Sin embargo, en este momento no me importa. Llevo todo el día rodeada de muerte. Tengo que sentirme viva. No quiero percibirte a través del látex, sino piel con piel. No



haces más que decirme que estás aquí para apoyarme. Pues hazlo. Por favor...

Él cerró los dedos sobre los de ella mientras miraba su rostro. Bailey supo en qué momento cedió y su euforia se disparó, haciendo que sintiera chisporroteos por todo el cuerpo.

—Joder... —murmuró él antes de tomarla en brazos y llevarla fuera del cuarto de baño.

Unos segundos después, la dejó caer sobre el colchón. Casi antes de que rebotara sobre la cama, la sujetó por los muslos y tiró de ella hasta el borde de la cama, donde le separó las piernas. Con bruscos movimientos, Joaquin se deshizo de la camiseta y se arrodilló. Ella apenas tuvo tiempo de adivinar sus

intenciones antes de notar sus labios en el sexo, de sentir cómo pasaba la lengua entre los húmedos pliegues, indagando en el clítoris.

Bailey gritó, impactada por las sensaciones. Pero él no le dio tregua, le abrió más las piernas y la devoró como si estuviera muerto de hambre y solo ella pudiera saciarlo. La enardeció por completo; sabía perfectamente dónde y cómo colocar la lengua para despertar cada terminación nerviosa de su sexo.

Ella miró hacia abajo y observó la oscura cabeza de Joaquin entre sus piernas. Como si la hubiera sentido, él abrió los ojos y atrapó su mirada. Sentir su boca en su sexo mientras se miraban a los ojos era lo más erótico que hubiera

imaginado nunca. Una nueva llamarada de excitación la recorrió de pies a cabeza.

—Pellízcate los pezones. Quiero verte —exigió él, apretándole el muslo.

Ella se ruborizó. Jamás se había tocado los pechos cuando se masturbaba, pero saber que él estaría mirando cómo maltrataba las pequeñas protuberancias, esperar que eso le volviera loco..., hizo que quisiera hacerlo.

Sin vacilar, se sujetó los pezones entre el pulgar y el índice y apretó. El repentino cosquilleo que bajó directo a su clítoris la sorprendió. Joaquin gimió y continuó lamiendo el pequeño brote de nervios con un renovado brío, un ritmo

voraz e insaciable.

Bajo su contacto, la piel parecía arder. Bailey se tensó sobre la cama, notando cómo su maltratado corazón se hinchaba. Joaquin era peligroso, distante y frío, pero no era irresponsable. Si ese hombre estaba dispuesto a tener algún tipo de conexión permanente con ella, a arriesgarse a crear nueva vida, también debía de sentir algo muy profundo por ella.

—Eso es —la instruyó—. Ahora hazlo con más fuerza. Ponte los pezones rojos. Haz que me muera por tenerlos en mi boca.

Las palabras la hicieron gemir. Ella no supo cómo, pero hizo lo que él le ordenó sin apartar la mirada mientras él

le chupaba el clítoris, haciéndola retorcerse de deseo.

Un apretón, un pellizco, un roce, sentía que la dura cresta se llenaba de sangre y se hinchaba cuando él usó los dientes, rozando el punto más sensible. Bailey abrió la boca y, por instinto, apretó los pezones con más fuerza. Él capturó de nuevo la carne entre los dientes y apretó con más fuerza, dándole un poco de lo que ella necesitaba. Bailey jadeó. Al retorcerse otra vez los pezones, el leve y delicioso dolor despertó un nuevo nivel de deseo. ¿Cómo sería si él capturara la punta con su boca caliente y los atormentara todavía más? ¿Cuán intenso podría llegar a ser el orgasmo cuando él

empujara su rígida longitud en su interior?

Una vez más, él atrapó el clítoris entre sus dientes; no lo hizo con fuerza, pero fue suficiente para que ella gritara. En cuanto el agujón del dolor se disolvió, rugió el placer. Su sangre comenzó a hervir. Las sensaciones se incrementaron, concentrándose entre sus piernas. Conocía esa sensación. Solo él se la había hecho sentir antes.

—¿Joaquin?

—Espera, nena. No he terminado de atormentarte.

—Pero...

—¿A quién perteneces en este momento?

Ella vaciló, tratando de pensar. Él

bajó la cabeza y la lamió, pero evitó el punto más sensible, el que la lanzaría al abismo.

—¿A quién? —ladró.

—A ti —pudo decir.

—Bien. Así que vas a esperar.

Ella se retorció tratando de aliviar la necesidad de su cuerpo y el dolor implacable que él había creado. Siguiendo su instinto, se cogió los pechos y volvió a apretar con fuerza las puntas. Joaquin cogió de nuevo su clítoris sin dejar de mirarla con ojos ardientes, prometiendo sin palabras que le iba a dar un tipo de éxtasis que le dejaría la mente en blanco. En cuanto él la tocaba, el orgasmo se acercaba, ocupaba su cuerpo con una urgente

oleada de deseo que no estaba segura de poder contener.

Gimió y se retorció, abriendo las piernas y rogándole que la llenara. La sujetó por las caderas con dedos ansiosos mientras la devoraba de forma codiciosa, despojándola de cualquier rastro de autocontrol.

—Estás a punto. Lo deseas. —No era una pregunta. Él sabía que era un hecho.

—Sí, por favor. Ahora.

Una parte de su mente registró que estaba suplicándole que la follara. Sonaba desenfundada y desesperada, y no le importaba. Si él satisfacía el dolor, si se convertía en uno con ella esa noche y llenaba todos los espacios oscuros y



vacíos que sentía en su cuerpo y en su corazón, no le importaba nada más.

Él soltó un gemido ronco y seductor.

—Me encanta oírte suplicar, nena. Ahora ya estoy preparado para oír tus gritos.

Bailey ni siquiera había llegado a procesar sus palabras antes de que él se pusiera en pie, la empujara más arriba en la cama, se abriera la cremallera y se bajara los pantalones. Su pene surgió libre, grueso y oscuro, ya preparado. Joaquin la cogió por las caderas, preparándose para poseerla. Ella contuvo el aliento cuando empujó y la llenó, dilatando sus delicados tejidos, friccionando cada nervio anhelante. Su carne se estremeció de dolorido placer ante su repentina invasión. Contuvo el

aliento, le clavó las uñas en los hombros y dejó caer la cabeza.

—¡Mírame! ¡Córrete! —le gruñó él al oído.

Sus miradas se encontraron y se perdió en sus ojos color avellana mientras se disolvía. Sintió el corazón contra las costillas, rugiendo en sus oídos. Tenía paralizados todos los músculos del cuerpo y dejó de respirar, dejó de pensar en nada que no fuera Joaquín. Gritó su nombre mientras ceñía su pene. Un salvaje gemido se escapó de sus labios cuando él comenzó a embestir con violencia, prolongando la llama del éxtasis hasta convertirla en algo cercano a la agonía, aguda y afinada. Sus gritos llenaban la estancia, rebotaban en las

paredes, inundaban sus oídos.

—¡Joder, sí! —la animó con un largo gruñido.

Debajo de él, ella se arqueó. La explosión de felicidad la invadía por completo. Cerró los ojos, recreándose en la ferocidad de su clímax.

—No, mírame. —Él le tendió la mano y le retiró el pelo mojado de la frente.

Obediente, abrió los ojos de nuevo. Esta vez, la conexión removiό algo en su corazón. No se trataba solo de amor, sino de posesión. El instinto le decía que Joaquin la estaba reclamando para siempre. Bailey se entregó a él de forma voluntaria, encantada de ello..., de la perfección.

Pero a partir de ese momento, él también era suyo. Lucharía, moriría por él. Formaría parte de ella. Construiría con él una nueva familia.

Quizá empezando esa noche.

Aquel pensamiento incrementó la necesidad en su interior. La estimuló con cada exigente empuje de su cuerpo, lanzándola al límite otra vez más.

El placer era como una droga en sus venas. Se derritió a su alrededor como mantequilla. Estaba segura de que su suspiro de felicidad, su media sonrisa de borracha, la hacían parecer torpe. Pero en ese momento, no habría podido reprimir ese deleite por ningún motivo. Él la hacía feliz.

Apenas había comenzado a

relajarse cuando Joaquin se retiró y le cubrió la boca con un beso duro, sumergiendo la lengua en su interior como un hombre hambriento. Su urgencia la excitó de nuevo, y le devolvió el beso con toda la pasión que solo él despertaba en ella.

—Te necesito. Tengo que... ¡Joder! Dime si soy demasiado brusco.

Sin saber lo que él buscaba, le permitió hacer lo que quisiera. Confiaba en él. Puede que no fuera perfecto. Puede que no estuviera de acuerdo con los métodos que utilizaba a veces. Pero jamás le había hecho daño a propósito.

—Sí.

Soltó un gruñido gutural cuando la hizo rodar sobre su vientre y le rodeó la

cintura con un brazo. Con un tirón, la puso sobre manos y rodillas y la sostuvo con su antebrazo de acero. Un momento después, sintió el glande buscando su entrada. Su carne húmeda se abrió de forma voluntaria para él y, a continuación, la penetró hasta el fondo.

Ella gritó. En esa posición su sexo parecía más estrecho. Era como si él ocupara cada espacio de su funda... y algo más.

—¿Te he hecho daño?

¿Se había vuelto loco?

—No. —Apenas podía respirar, pero ¿a quién le importaba el aire cuando sentía tanto placer?—. Es asombroso.

—Es jodidamente bueno —

murmuró él al tiempo que llevaba la mano a sus sensibles pezones.

Su roce la sorprendió porque sustituyó la saciedad con un frenesí irreprimible de deseo. ¿Cómo podía hacerla sentir así con tanta rapidez, con tanta facilidad?

No había logrado responder a esa pregunta antes de que las apuestas subieran otra vez. Él se inclinó sobre su espalda y deslizó la mano por su pecho, por su clavícula hasta sujetarle la barbilla con los dedos. Entonces le echó la cabeza hacia atrás y comenzó a clavarse en su sexo con movimientos cortos y profundos que la lanzaron a otra violenta oleada de placer.

—Eres como una droga de la que



no puedo saciarme. Cuando no estoy dentro de ti, solo puedo pensar en follarte. Y cuando lo estoy, no pienso más que en llenarte por completo y ser tu dueño.

Sus palabras la hicieron estremecerse cuando la condujo a una espiral de jadeos y deseo imprudente. No podía negar que su afán de posesión la hacía sentirse suya por completo. Nunca había sentido nada igual, y sabía en lo más profundo que solo él podía conseguirlo.

Bailey se retorció debajo de su cuerpo y se movió con él. Al unísono, encontraron el ritmo correcto. Él inclinó las caderas mientras se retiraba para arrastrar su acerada longitud a lo largo

de todas sus terminaciones nerviosas, haciéndola jadear y aferrarse al edredón. Ella se empujó hacia él cuando volvió a hundirse en su interior con un ronco gruñido. Repitieron el movimiento una y otra vez, en un ritmo aparentemente interminable. Bailey perdió la noción del tiempo, del mundo que los rodeaba, e incluso se olvidó de respirar. Solo necesitaba a Joaquin. La aturdió la forma en que él frotaba su torso, húmedo de sudor, por su espalda mientras seguía follándola con fuerza para introducirse más profundamente en su interior. Escuchó un trueno, vio las estrellas y... ¡maldición!, el cielo se abrió.

Su cuerpo se sacudió de una forma

casi angustiada cuando se corrió de nuevo con un grito.

Joaquin soltó un sonido entre la sorpresa y el dolor. Cuando él perdió el ritmo, ella se volvió loca. Juntos se dejaron caer en un clímax desgarrador. Bailey dio la bienvenida a la húmeda corriente que inundó sus entrañas cuando eyaculó en su interior.

La idea de que existiera la posibilidad de concebir debería haberla aterrorizado. Las bailarinas que se quedaban embarazadas acostumbraban a despedirse de sus carreras. Ella llevaba toda su vida trabajando para ser la mejor. Sabía que había una gran posibilidad de ser elegida para un papel después de la audición de la semana

próxima, si podía ir, claro estaba.

De alguna manera, nada de eso parecía tan importante como estar con ese hombre y compartir la vida con el resultado de su amor.

Ese tipo de pensamientos eran peligrosos, pero si él evitaba la cercanía con cualquier persona —tal y como le había dicho Kata—, ¿por qué estaba allí, arriesgándose a que pudiera quedarse embarazada? Tenía la esperanza de que en algún lugar en lo más profundo de su corazón, Joaquín quisiera tener una vida con ella en vez de seguir vagando en soledad. Tenía la esperanza de que él pudiera amarla a su vez.

Una hora después estaban sentados en la cama, comiendo pizza. Joaquin le sonrió mientras cogía otro trozo.

—¿Tu recuerdo favorito? — preguntó él mientras arrancaba un trozo de queso.

Ella lo pensó durante un momento y luego se rio.

—Cuando tenía ocho años, mi madre adoptiva rescató a un perro llamado Beau. Era un cruce de terrier y perro salchicha. Sin duda fue el perro de mi padre, siempre intentando ser un macho, a pesar de lo pequeño que era.

»En una ocasión, mi padre trasladó la barbacoa bajo el alero de la cocina, porque empezó a llover. La casa tenía dos puertas correderas de cristal hacia

el patio, y una estaba justo delante de la sala donde desayunábamos. Así que mi padre estaba allí, junto a la parrilla, frente a la cristalera. A mi madre le encantaban los cactus. Había plantado muchos justo delante del cristal. Beau apoyó las patas delanteras en el vidrio para estar más cerca de mi padre, pero luego no pudo bajar. Acabó sobre los cactus. Yo estaba haciendo los deberes arriba y mi madre estaba con la colada. Lo siguiente que oímos fue un alarido enorme y salimos corriendo. Beau estaba de puntillas, intentando evitar un cactus enorme, pobrecito. No sería divertido si no fuera porque mi padre tuvo que recurrir a unas pinzas para sacar todas las espinas que el perro

tenía clavadas en la parte inferior de su cuerpo. Pasó una hora consolando al perro mientras trataba de no reírse. — Frunció el ceño—. Creo que es una de las pocas veces que recuerdo ver feliz a mi padre adoptivo. No fue el mejor día de mi vida, pero siempre me hace sonreír. ¿Y el tuyo?

Su sonrisa se extendió hasta dejar los dientes al descubierto.

—Cuando tenía quince años, tuve mi primera novia de verdad. El día de nuestra primera cita, no voy a mentirte, era un año mayor que yo y esperaba tener suerte. Quería verme bien para la chica, así que lavé toda la ropa que tenía intención de llevar esa noche. También puse una lavadora de ropa blanca para

tener la ropa interior limpia.

Bailey se rio en voz alta.

—Estabas ansioso, ¿no?

—Sí, era profundamente idiota.

Kata tenía una camiseta roja y quería gastarme una broma, así que se coló en el cuarto de la lavadora y puso esa camiseta en el tambor. Antes de seguir debo decirte que había metido allí dentro toda la ropa interior que poseía. Y el lavado era con agua caliente.

Bailey lo miró con la boca abierta.

—¿Salió toda de color rosa?

—Oh, sí. De un extraño y vivo color rosa. Quise matarla. A veces creo que es un milagro que haya llegado a la edad adulta.

—Entonces, ¿no tuviste suerte esa



noche?

—No. —Y seguía poniéndole de mal humor.

Con una risa indulgente, ella se sintió en paz. No estaban hablando como personas que huían de un peligroso asesino mientras buscaban información valiosa, sino como amantes disfrutando de su mutua compañía. Una vez más, la sensación de perfección se filtró en sus venas. Nunca en su vida se había sentido como si realmente perteneciera a alguna parte, no le había ocurrido con nadie. Pero sabía a un nivel profundo y visceral que pertenecía a ese hombre. Quería decírselo y admitir que lo amaba, pero no lo hizo. ¿Había dicho esas palabras a alguien como si fueran

algo más que una broma?

Si era así, no lo recordaba.

—¿El peor recuerdo? —inquirió, preguntándose si se lo diría.

Él bajó el trozo de pizza y se quedó pensando.

—La muerte de mi padre lo fue durante mucho tiempo. Recuerdo haberlo visto por la mañana, antes de salir para el trabajo. Volvió la cabeza y me dijo que si seguía echando azúcar en los cereales, acabarían pudriéndoseme los dientes. Él estaba bebiendo café, y le respondí que ese brebaje le pudriría el cerebro. Era uno de nuestros rituales. Escuchar la noticia de su muerte esa noche fue difícil, pero irreal, ¿lo entiendes? Realmente la acepté a la

mañana siguiente, cuando me serví los cereales y supe que no volvería a decirme que no añadiera azúcar. Lo puse todo en la basura y me fui a mi habitación, donde golpeé mi almohada hasta que me dolieron los nudillos. No volví a comerlos nunca.

A Bailey se le rompió el corazón por el niño que había idolatrado a su padre caído en servicio. De alguna forma, ella había tenido la suerte de ser demasiado joven para recordar a su verdadera familia y cómo murió. Los recuerdos que había recuperado a lo largo del día eran los primeros que la hacían sentir cierta conexión con los Aslanov. Se dio cuenta de que habían sido una familia cariñosa, y que había

experimentado por primera vez la sensación de pérdida por que no formaran parte de su vida.

Joaquin recordaba cada momento de su dolor. Bailey alargó la mano para acariciarle el hombro y besarle la comisura de los labios. Notó un vago sabor a *pepperoni*. Cuando sus miradas se encontraron, estuvo segura de que su expresión le decía que se había convertido en la luna y las estrellas para ella.

Contuvo la respiración, preguntándose si iba a tratar de esconderse de ella. Aquella intimidad ¿sería demasiada para Joaquin? Con cierta sorpresa, vio que él se inclinaba y que le cubría la boca con sus labios para

besarla durante un largo minuto.

—Contigo me resulta fácil hablar, incluso de mi padre. Me entiendes.

—Sí. Lo querías y te resultó difícil perderlo.

Él se encogió de hombros.

—Tú has perdido mucho más. Hoy ha sido un día difícil para ti. Estoy muy orgulloso de ti por cómo lo has superado. Has recordado muchísimas cosas. ¿No te ha sorprendido?

—Sí, mucho. Pero ha sido como si visitar la granja desbloqueara alguna parte cerrada de mi mente. Los sueños que tengo desde hace tanto tiempo se han fusionado con recuerdos reales que permanecían ocultos en mi cabeza. De pronto, tenía todas las piezas del puzle.

No lo esperaba.

—Creo que mucha gente se habría visto desbordada al llegar a este punto. Pero tú no te has puesto histérica ni has llorado, solo has seguido adelante.

—Era necesario. Si quiero tener futuro, entonces tengo que superarlo. Así que... creo que tenemos que tratar de averiguar a qué lugar se refiere la rima que Viktor me enseñó. Me gustaría que en las palabras hubiera algo que me diera una pista.

—Lo que te enseñó era muy complicado para que lo recordara una cría de cinco años. Tenía que saberlo. ¿Recuerdas si te cantó esa rima toda tu vida? ¿Recuerdas cuándo te la enseñó?

Bailey se mordió el labio mientras

consideraba la pregunta.

—Recuerdo que me la cantaba por las noches. Esa mañana también lo hizo. —Frunció el ceño, tratando de aclarar los recuerdos borrosos, pero era como mirar una serie de instantáneas o películas caseras que representaban distintos momentos—. Cuando la cantamos durante las últimas horas, ya lo sabía. Recuerdo que se emocionaba cuando le demostraba lo bien que me salía.

—Entonces, ¿no era completamente nueva? —Joaquin se inclinó cerca de ella. Al apoyar el brazo en la rodilla doblada, la sábana cubrió sus muslos velludos y su pene quedó expuesto entre sus piernas.

Ella trató de no distraerse, pero era impresionante, tan masculino que resultaba imposible no fijarse.

—No. —Logró reconducir sus pensamientos a la conversación clavando la mirada en el pedazo de pizza que se enfriaba en su mano.

—¿Recuerdas si te llevó a algún lugar antes? ¿Si te mostró algún embarcadero o una valla pintada? ¿O si alguna vez te enseñó el ratón sobre el que cantaba?

¿Así que esa era la cuestión de su vida, literalmente? Emitió un suspiro y dejó el trozo de pizza a medio comer en la caja. Cerró los ojos, tratando de pensar, aferrándose a cualquier recuerdo que llamara su atención. Parecían



aleatorios. Mikhail tirando un camión por el inodoro y obstruyendo la tubería. Annika tratando de ayudar a su madre a cocinar y quemándose la mano con aceite hirviendo, lo que requirió que fueran a urgencias. Su madre quejándose de tener que permanecer en una tienda de campaña cuando fueron de acampada...

—¡Eso es! —Se sentó y miró a Joaquin con entusiasmo—. Nos fuimos de camping. No sé cuándo ni a dónde, pero sí tengo grabada la idea de que mi padre pretendía tener unas vacaciones en familia, así que nos metió a todos en el coche como muy de repente. Mi madre no hacía más que protestar, pero Viktor quería ir de excursión al aire

libre, así que compró una tienda de campaña y nos llevó de un lugar a otro. No hacía calor ni frío, así que supongo que era primavera u otoño. —Se aferró a uno de los recuerdos que daban vueltas en su cerebro—. Creo que otoño. Recuerdo ver hojas doradas en uno de los campamentos. Una mañana, mi padre me llevó de pesca. Lo recuerdo porque mi hermano quería ir con él y se enfadó con mi padre por no llevarlo.

—¿Qué más recuerdas?

Se mordió el labio.

—Fuimos a un lago..., quizá... —

Sacudió la cabeza, deseando que los detalles no fueran tan difusos—. Aparcamos y salimos del coche.

Recuerdo estar muy contenta por estar a solas con mi padre; casi nunca ocurría. Pero luego, cuando abrió el maletero, no tenía equipo de pesca, solo una pala. — La imagen se hizo más clara y se hundió en ella, recordando más—. Me sentí confusa por eso. Cuando le pregunté, Viktor me dijo que quería que hiciéramos un juego. —La última pieza encajó en su mente, dejándola casi sin aire—. Él quería ocultar algo y enseñarme cómo encontrarlo. ¡Oh, Dios mío...!

—Eso es, nena. —Joaquin la cogió por los hombros, al parecer para equilibrarla, para proporcionarle apoyo—. Cuéntame todo lo que recuerdes.

—Llevábamos ya unos días de

acampada. Me parece que nos trasladábamos a un sitio nuevo cada día. A mi padre le gustaba conducir durante horas. Decía que se iba a dar un paseo solo y luego, cuando volvía, parecía como si nada. Hasta el día que me dijo que quería ir a pescar. Esa mañana no lo guardamos todo para ir a otro lugar, sino que Viktor me despertó temprano y nos fuimos juntos. No tardamos demasiado en detenernos, luego caminamos. Me ayudó a subir una valla pintada de verde, creo. La gente había grabado en ella sus iniciales y la habían pintado por encima. Viktor se detuvo allí y se puso a cantar para mí. Recuerdo que quería que cantara con él. Después me acuerdo de estar saltando hacia la izquierda tres

veces desde el poste de la valla una y otra vez, hasta que me caí entre risas.

—¿Y qué más?

—Recorrimos un camino de tierra.

Me señaló un letrero que decía que no había salvavidas. Entonces, hizo un agujero en la tierra y ...

—¿Y? —la presionó Joaquin.

—No lo sé. El recuerdo se detiene ahí. Viktor enterró algo, pero no sé qué es ni dónde se desarrolla la escena. Ni siquiera sé si es realmente un recuerdo en el que está ocultando los resultados de su investigación.

Joaquin le cogió la cara entre las manos.

—¿Quieres saber qué creo? Te enseñó esa canción porque ya tenía un

plan y había decidido compartirlo contigo. Así que te enseñó cómo encontrar su legado cuando crecieras. De esa manera, podría conservarlo.

—¿Por qué no compartirlo con alguno de mis hermanos mayores? No podía saber si yo llegaría a recordarlo.

—Nunca lo sabremos —repuso Joaquin con tristeza—. Es posible que no se viera con fuerzas para disparar a una niña tan pequeña. O quizá pensó que LOSS creería que tú no sabrías nada de su trabajo y te dejaría en paz. He mirado la información. Tu hermano tenía problemas en el colegio.

—El ruso era su lengua materna. Creo que no hablaba inglés antes de ir a la escuela. Cuando era pequeña mis

padres biológicos hablaban casi siempre en inglés. Recuerdo que mi madre decía que era mejor para nosotros. Pero odiaba ese lenguaje. —De hecho, la recordaba en la cocina, chasqueando la lengua al tiempo que le decía lo tonto que era.

—Y las aptitudes de tu hermana se centraban principalmente en la danza, por lo que he leído.

—Sí. Incluso cuando tenía siete años, sus profesores de ballet alababan sus habilidades. Yo iba a la misma escuela y no estaban tan emocionados conmigo.

—Quizá se basara en eso —señaló Joaquín—. Tus notas escolares indican que destacabas en los ámbitos

académicos relacionados con el inglés. Así que tal vez fuera por esa razón. Quizá pensó que algún día, cuando recordaras la canción y lo juntaras todo, pudieras descifrar su investigación o continuarla.

Bailey se encogió de hombros.

—Quizá estamos dándole a un hombre desesperado mucha más racionalidad de la que en realidad tenía.

—Como ya hemos dicho, jamás lo sabremos.

Ella movió la cabeza. Aquello la entristecía.

—¿Y ahora qué? Sabemos que la rima no se refería a ningún lugar cercano a la granja.

—Por eso el FBI no encontró nada.



Pensaban que LOSS tampoco porque la escena del crimen estaba contaminada y la casa destrizada cuando llegó el sheriff. Según dijo Sean, en el FBI especulan que, después de arrastrar a tu padre fuera de la casa, LOSS la registró de arriba abajo. Creen que el sheriff regresó antes de lo que esperaban y eso los detuvo, pero después de que limpiaran la escena del crimen, volvieron a terminar el trabajo. Tu tía, la que vive en Rusia, contrató a alguien para que limpiara la propiedad y tratara de restaurarla dentro de lo posible. La compañía informó de un posible acto de vandalismo, pero las paredes carecían de grafitis, algo que habría aparecido si los culpables hubieran sido adolescentes

aburridos. Asimismo, no se encontraron restos de drogas, algo de esperar en el caso de adictos.

—Seguramente LOSS no encontró nada.

—Cierto. —Él suspiró—. ¿Recuerdas algo que pudieras haber visto en esas vacaciones con tu familia? ¿Algún punto de interés?

—Hasta ahora, no. Lo seguiré intentando. ¿Qué haremos si encontramos realmente los resultados de la investigación? ¿Qué les impedirá venir detrás de mí?

—Creo que tenemos que imitar lo que ha hecho Sean y ser visibles, hablar sobre el hecho de que hemos encontrado lo que tu padre investigó y que se lo

hemos dado a los federales. Lo que sea necesario para que esa gente deje de perseguirte. Estoy seguro de que Sean y Callie nos ayudarán.

Ella asintió. Si encontraban los resultados de la misteriosa investigación de su padre que tantos muertos había provocado, Callie les ayudaría. Sean había trabajado en ese caso cuando todavía era agente del FBI. Sabía jugar sus cartas y atacar. Era bueno tener amigos.

Mientras comía la pizza, comenzó a meditar sobre el viaje de su familia, sobre su pasado y su futuro..., sobre el hombre que tenía enfrente. Resultaba divertido, no había comido ese tipo de comida desde hacía más de dos años, y

sabía mejor de lo que recordaba. O quizá se lo parecía porque estaba saboreándola envuelta solo en un sábana mientras estaba en la cama con el hombre que amaba.

Él terminó un trozo y se limpió las manos.

—¿Te sientes mejor? ¿Estás cansada?

—Por extraño que resulte, me siento feliz —admitió—. Me gusta estar aquí contigo. —Se sonrojó y sonrió—. Pero también estoy asustada. ¿Cuánto tiempo podemos buscar algo que podría no recordar nunca cómo encontrarlo? ¿Y si no damos con ello? ¿Cuánto tiempo tardarán en encontrarnos?

Joaquin apartó la caja de pizza y

tiró de ella hacia su cuerpo.

—Lo averiguaremos cuando sea necesario.

—No puedo esperar que pierdas un mes o más de tu vida y...

—Confío en ti. Eres inteligente. De hecho, has tenido un enorme progreso ya en solo dos días. No lo dudo, lo acabarás recordando. Relájate. Sé paciente contigo misma.

Trató de seguir su consejo. Cerró los ojos, respiró hondo y se fundió con él. Desesperada, intentó despejar su cabeza, dejando atrás la ansiedad que impedía que afloraran los recuerdos.

Nada.

—Sigues tensa —señaló él.

—Necesito respuestas ahora. Más

tarde podrían no servir ya. McKeevy trata de matarme, así que esperar no es una opción.

—Te protegeré —prometió él—. Estamos juntos en esto.

—¿Por qué? —Miró sus ojos color avellana en busca de una respuesta—. No quiero parecer desagradecida. Me has salvado la vida y me has ayudado a recuperar parte de mi pasado, algo que no habría conseguido sola. Lo aprecio, pero... —Hizo una pausa, buscando las palabras más adecuadas para explicarse—. Hace cuatro días no me conocías. Salvarme te ha costado el trabajo. Sé que te gusta estar solo, así que ser mi niñera tiene que ser horrible para ti.

Él la puso en su regazo y la rodeó

con sus brazos.

—No he perdido el trabajo por tu culpa. Estaba en este caso antes de saber tu nombre. No tenía planeado detenerme, me daba igual lo que me costara. Yo...

—Hizo una mueca, y luego maldijo entre dientes.

—No ibas a permitir que murieran más mujeres de esa manera tan horrible, lo sé. Tu sentido de la justicia es una de las cosas que más admiro de ti.

—El deseo de hacer justicia es por aquellas víctimas que torturaron y mataron, pero buscar a Tatiana Aslanov no es la verdadera razón por la que te salvé. Tenía un amigo. —Suspiró—. Se llamaba Nate, era un investigador privado al que conocí en la academia.

Ella lo observó luchar para decir las siguientes palabras. Lo que estaba tratando de contarle le provocaba un gran dolor. Él frunció el ceño al tiempo que su mirada se nublaba.

—Cuéntamelo...

—Kata no se equivocaba cuando dijo que me aparté de mi familia después de la muerte de mi padre. Pasé muchos años preguntándome el sentido de la familia y los amigos. Con el tiempo, acabas teniendo que enfrentarte a la jodida tragedia de perderlos. Acabé dándome cuenta de que cuanto menos gente me importara, menos dolor sufriría.

—Pero tienes una madre y dos hermanas que te adoran. Yo daría



cualquier cosa por tener lo que tú no quieres.

—Nunca lo consideré desde esa perspectiva hasta que te conocí. Me había convencido de que estaba bien, que disfrutaba de una vida sencilla, que mi familia seguía adelante sin mí. Nate fue la primera persona que me importó desde la muerte de mi padre. Éramos buenos amigos. Nos emborrachábamos juntos y lo pasábamos bien el bar. Entrenamos juntos, lo que significaba superar juntos a los oficiales. No me di cuenta de lo mucho que significaba para mí hasta que lo contrató una de las víctimas de McKeevy. Ella temía que estuvieran siguiéndola y fue, finalmente, alcanzada por el largo brazo de LOSS.

Tan pronto como Nate descubrió la verdad, irrumpieron en su casa y le metieron un tiro en la cabeza. Después de superar el *shock* inicial, me envolvió una furia fría y absoluta. No estoy seguro de haberlo superado todavía.

Ella sintió una opresión en el corazón.

—¿Cuánto tiempo ha pasado?

—Menos de una semana.

Ella se echó hacia atrás y lo miró con sorpresa.

—Lo siento mucho. Has soportado demasiado últimamente. Tanta muerte, peligros..., huérfanas a las que hacer de niñera... No has tenido tiempo de llorar a tu amigo.

—No creo que lo haga nunca. —

Suspiró—. Solo perdería el tiempo.

Ella no contaba con que la sorprendiera de nuevo, pero él acababa de demostrarle que estaba equivocada.

—Joaquin..., ¿alguna vez has llorado por tu padre?

—No. Quise hacerlo un par de veces, pero me contuve. Tenía que ser el cabeza de familia. Mi madre no necesitaba niños que se escondieran tras sus faldas, y menos un bebé.

—¿Estás tomándome el pelo? Llorar no te convierte en un bebé. Lloré durante semanas después de la supuesta muerte de mis padres adoptivos. Dejé de asistir a la universidad y apenas ensayé. ¡Dios! Casi no salí de casa durante meses. ¿Eso me convierte en un bebé? Y

no se te ocurra decirme que lloré porque soy una mujer.

Su expresión de timidez le hizo pensar que estaba a punto de responderle algo así.

—Creo que siempre he considerado las emociones como una debilidad. Me siento inseguro desde... la muerte de Nate. No pude ir a su funeral porque estaba tratando de que no fueras la próxima víctima. Fue un alivio, aunque me hizo sentir culpable. También sé que Nate lo hubiera aprobado. No le importaba sacrificarse por los demás. Es algo que siempre admiré de él.

—¿Estaba casado?

—No. Era un solitario como yo.  
Ella frunció el ceño.

—¿Por qué?

Joaquin la miró perplejo.

—No lo sé. Jamás me contó la historia de su vida. Superamos la academia juntos, bebimos y anduvimos con mujeres. Jamás permití que nadie se acercara a mí. No hablamos de ese tipo de cosas. Solo... nos entendíamos.

Ella pensó que no parecía una gran amistad, pero ¿quién era ella para juzgarlo? Solo sabía mucho de Blane porque el bailarín era un libro abierto, y él sabía cosas sobre ella porque la interrogaba sin piedad. Quizá también ella se había cerrado a la gente. Pero no lo haría más, y menos cuando veía el futuro y una familia con ese hombre a su alcance. Ojalá pudiera derribar el muro

con que se protegía y convencerlo de que dejara a un lado su dolor.

—Lamento que lo perdieras. —Lo abrazó y frotó su mejilla contra la de él, recreándose en el áspero contacto con su barba incipiente—. Si alguna vez quieres hablar sobre él, sobre tu padre o tu hermana, o sobre lo que sea, aquí estaré. Tú me has apoyado mucho, especialmente hoy.

—¿No estás enfadada por que te haya arrebatado la vida que conocías por culpa de Nate? ¿No te molesta saber que lo hiciera por venganza?

Ella se encogió de hombros. Era posible que algunas personas interpretaran así sus actos, pero sabía que debajo de la rabia que sentía por la

muerte de Nate, era la clase de hombre que solo quería impedir que hubiera más asesinatos. Quería salvar a la gente. Ahora solo tenía que demostrarle que no debía permanecer al margen mientras lo hacía.

Se inclinó hacia delante y lo besó en los labios. Se sentía bien. Era lo correcto. Sonrió al retirarse.

—¿Sabes? Creo que hemos sido buenos el uno para el otro. Tú me has ayudado a conocer la verdad sobre mí misma y yo he conseguido que te abras y me cuentes tus secretos.

—Sí, y más tarde me has animado a llorar —ironizó él—. ¡Genial!

Ella hizo un mohín.

—Sé que no te parece algo

positivo. Pero es posible que no seas capaz de avanzar hasta que lo consigas. Incluso me hará feliz secarte las lágrimas.

Él puso los ojos en blanco.

—Como tengas que hacer eso, seguro que dejo de ser un hombre.

—Para mí no son así las cosas. Eres muy hombre.

Él esbozó una sonrisa de orgullo y luego hizo una mueca al verle la piel justo debajo de la barbilla. Le pasó un dedo por aquel punto sensible.

—Te he dejado una marca. ¡Dios!, lamento haber sido tan bruto. Pero cuanto te tengo cerca, pierdo cualquier rastro de delicadeza. Espero que si te hago daño la próxima vez, me digas



algo.

«¿La próxima vez?».

¿El esperaba acostarse con ella otra vez? ¿Y si encontraban pronto los resultados de la investigación de Viktor? ¿Sería el fin de su relación o se habría vuelto tan adicto como ella?

—Bueno, conozco otra manera de que puedas seguir sintiéndote muy hombre conmigo.

Él arqueó una ceja.

—¿Cuál?

—¿Por qué no me demuestras una vez más lo varonil que eres? —Ella arrojó la sábana a un lado y se tendió en la cama antes de dirigirle una mirada sensual.

Joaquin contuvo el aliento. Su cuerpo se tensó de pies a cabeza; su pene se irguió fuerte y orgulloso, preparado de nuevo. La había poseído hacía una hora como mucho. Ya no tenía diecisiete años. Sí, le gustaba el sexo, pero dada la naturaleza de su trabajo, no lo había disfrutado tan a menudo como quisiera. Así que su obsesión por Bailey no tenía sentido... y tampoco le importaba. Se sentía bien. La deseaba y quería más de ella. No quería que se sintiera poco deseada si él la rechazaba.

«Sí, claro. Como si fuera a ocurrir».

Apartó también la sábana y le reveló lo mucho que lo excitaba mientras acariciaba la longitud perezosamente con la mano.

—¿Es esto lo suficientemente varonil para ti?

Ella fingió pensárselo, pero él notó que jadeaba, y reprimió una sonrisa.

—No sé. Ver no es lo mismo que sentir. ¿Cómo sé que la segunda vez será al menos la mitad de buena que la primera?

Le gustaba que bromeara con él.

—¿Sabes? Es posible que tengas razón. Quizá estarías más convencida de mi capacidad si hiciera algo más que

acariciarme la polla. Veamos... ¿Cómo quieres que te lo demuestre?

Ella hizo un mohín frunciendo sus exuberantes labios.

—Se me ocurren un par de ideas.

—A mí se me ocurren muchas más —aseguró él, soltando su erección para pasar el pulgar por su pezón—. ¿Quieres que te las enseñe?

—Mmm..., quizá... —Lo miró con una expresión tan hambrienta en aquellos enormes ojos azules que él estuvo a punto de perder el control. El cabello de Bailey se desparramaba alrededor de su cabeza como una nube dorada, y mientras la miraba, estuvo a punto de empalarla de un solo envite—. Antes tienes que contármelas.

—Prefiero sorprenderte. ¿Confías en mí? Por favor...

Ella no vaciló.

—Sí.

Joaquin se sintió todavía más aliviado al ver que ella captaba al instante el cambio de ánimo de las bromas.

—Jamás te haría daño —aseguró al tiempo que le cogía la cara entre las manos.

—Lo sé.

—Quiero... explorar esto contigo.

—No sabía muy bien de qué otra manera decirle que quería experimentar gran parte de lo que había visto en el Dominium con ella, así como otras muchas cosas que todavía no había

ideado. Si existía una manera de darle placer, quería ser el hombre que se lo diera.

—¿Te refieres a esta noche? Porque tenemos que matar algunas horas, y la programación de la tele es un aburrimiento.

—No, no me refiero a eso. —  
Joaquin suavizó su expresión. A pesar de la necesidad de follársela, era consciente de que ella necesitaba saber que lo que compartían era mucho más—. Tienes algo a lo que no me puedo resistir. No sé lo que es ni a dónde nos llevará, pero sé que no podría separarme de tu lado en este momento de ninguna manera. No quiero.

Vio que se le llenaban los ojos de

lágrimas antes de brindarle la sonrisa más deslumbrante, llena de radiante felicidad.

—Eso es también lo que yo siento —dijo ella—. Apuesto a que nunca se te ocurrió que terminara siendo algo más que una aventura cuando me secuestraste en Houston.

Él resopló.

—¡Joder! Jamás pensé que tendríamos siquiera una aventura. El sexo era lo último que tenía en mente hasta que te vi bailar.

Bailey lo miró con el ceño fruncido.

—¿Cuándo me has visto bailar?

—La noche que te secuestré. Estabas ensayando en el salón de tu casa

y...

—¡Oh, Dios mío! ¿Dónde estabas?  
¿Me miraste a hurtadillas por la  
ventana?

—Estaba escondido en el armario,  
encogido, con las rodillas a la altura de  
las orejas.

—Es que es un espacio muy  
pequeño.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? Y  
se volvió todavía más enano cuando me  
empalmé.

Ella no pudo ocultar su diversión.

—¿En serio?

—¿Te hace gracia? —la desafió.

—Quizá un poco. —Pero en sus  
ojos bailaba la risa como si lo  
imaginara en el agobiante espacio



luchando contra una erección de campeonato.

—¿Sabes? No puedo demostrarte mi masculinidad si estás riéndote de mí. Ese tipo de falta de respeto merece un castigo, ¿no crees?

La sonrisa de Bailey desapareció.

—¿Un castigo?

Él asintió y se sentó en el borde de la cama poniendo la mano encima del muslo.

—Súbete a mi regazo con el culo al aire, nena. La última vez que lo intentamos, no pude terminar de darte los azotes. No respondiste con sinceridad.

Ella se mordió el labio y se retorció, apretando un muslo contra otro.

Ahora que Joaquín sabía en qué señales fijarse: se dio cuenta de que Bailey no había tenido miedo la otra vez. La había sorprendido la excitación que sintió, eso la estremeció y, posiblemente, la avergonzó. En esta ocasión sería muy diferente.

—Bailey... —Él le sujetó la barbilla con suavidad—. Hazlo o di tu palabra de seguridad. Es «rojo», ¿lo recuerdas?

Ella asintió. Su respiración se había vuelto entrecortada.

—Sí.

—Tienes que elegir. Si tienes problemas para aclarar tus pensamientos, dímelo para que podamos llegar a una respuesta adecuada para los

dos.

La observó mientras se humedecía el labio inferior con la lengua, y se dijo a sí mismo que pronto sabría lo que se sentía cuando esa boquita rodeara su polla. Por ahora aguardaba la nueva experiencia conteniendo la respiración. Sería una buena forma de comprobar cuánto confiaba realmente en él en cuestión de sexo.

Por fin, ella se sentó, gateó por la cama y se detuvo a su izquierda.

—¿Me ayudas? No quiero hacerlo mal.

—No lo harás mal, pero siempre que lo necesites te ayudaré.

La cogió por la cintura y la colocó sobre su regazo. Una vez que la tuvo

boca abajo sobre los muslos, con el culo justo debajo de la línea de su visión, se perdió en su olor, en el calor que transmitían sus piernas desnudas, en el pelo sedoso que caía hasta el suelo, en sus nalgas, tan prietas y redondas ante él. Podría cubrir cada una de ellas con una mano, y ese hecho le fascinaba, igual que el pálido tono rosado de su piel. Ella movía los muslos sin descanso, con la respiración entrecortada.

—¿Joaquin?

Él le pasó la mano por el trasero antes de bajar al muslo, consolándola de forma silenciosa.

—Dime, ¿en este momento tengo luz verde?

—¿Cómo los semáforos? Sí.

—Bien. Deja entonces que continúe. Si la experiencia fuera demasiado abrumadora para ti, sabes cómo detenerme. —Al ver que asentía, apresó su pelo con el puño y tiró con cuidado, levantándole la cabeza—. ¿Quieres decirme algo?

—Sí.

Sabía que debía soltarle el cabello, pero le gustaba demasiado la sensación. Así que se limitó a aflojar la presión al tiempo que le acariciaba la curva de las nalgas con la mano izquierda.

—Esto me pone a cien. ¿Te gusta que te tire del pelo?

—Sí —jadeó ella.

—¿Te gusta estar en mi regazo?

—Sí. —Ahora su voz sonó casi como un gemido.

Lo que significaba que a ella también le excitaba. Tragó saliva.

—¿Quieres que te dé unos azotes?

Ella se mantuvo en silencio un rato.

—Mmm...

—¿Sí o no, Bailey? Sé sincera.

—Es difícil.

Él notó que no quería responderle.

—¿Es porque te preocupa que si dices que no me sienta defraudado o molesto? No será así. Fui demasiado brusco la primera vez. No te había pedido tu consentimiento. No teníamos una palabra de seguridad. No me estaba controlando. Quiero volver a hacerlo, pero de la forma correcta.

—La primera vez me gustó — admitió ella por fin—. Te dije que no porque me daba vergüenza. ¿Quién se excita porque le dé unos azotes el hombre que la secuestró? No entendía por qué me sentía así.

—Siempre ha existido una intensa química entre nosotros, nena. Me parece que siempre la habrá. Pero esto no saldrá bien si no somos sinceros. Así que ahora tienes que hablar... ¿Verde o rojo?

Ella soltó un tembloroso suspiro.

—Verde. Deseo esto. Lo deseo mucho.

Joaquin no era capaz de describir lo mucho que le excitaba que ella disfrutara de esa elección.

—Lo tendrás. Yo también lo deseo.

No se molestó en añadir nada más, levantó el brazo y lo dejó caer, usando solo la fuerza de la gravedad. Miró la leve huella de su mano que apareció en la nalga de Bailey antes de desaparecer con rapidez. Hizo lo mismo en el otro lado con idéntico resultado. Mmm..., no quería hacerle daño de verdad, pero aquello no estaba satisfaciéndole por completo.

—¿Te pica?

—Un poco. —Pero su tono indicaba que le había parecido una sensación muy leve y quería más.

—¿Cuándo te gustó más? ¿Ahora o la última vez? Piénsalo bien y sé sincera.



—La última vez.

—A mí también. Lo intentaré de nuevo.

Con rapidez, levantó de nuevo el brazo. En esta ocasión, bajó la mano con un zumbido casi audible. El choque de la palma de su mano contra su piel fue cien veces más excitante. El jadeo de dolor que ella emitió multiplicó por diez la sensación. La huella de su mano parecía roja en contraste con su pálido trasero.

—Esto ya es otra cosa. —Una enorme satisfacción le inundó. Le encantaba ver su marca en ella—. ¿Bailey?

—Sí. —La aguda respuesta le indicó que también le había dado lo que

ella deseaba—. Más, por favor.

—Será un placer.

Dejó caer los golpes uno tras otro, con un ritmo salvaje pero constante, hasta que sus nalgas adquirieron un brillante color rosa que pronto se transformó en rojo vivo. Se detuvo por un momento, saliendo de la neblina del deseo. Cada vez que le daba un azote, crecía la sensación que invadía su cabeza, como si fuera todopoderoso y estuviera vinculado a esa mujer. Esa vez, hubiera jurado que podía leerle la mente.

Solo para asegurarse, vaciló y escuchó la entrecortada respiración de Bailey, observando el rubor de su excitación subiendo por su espalda. Le

tiró del cabello y le giró la cabeza al tiempo que se inclinaba para verle los ojos. Su mirada era aturdida, vidriosa, y decía lo excitada que estaba. Con una sonrisa, metió los dedos entre sus muslos buscando su sexo. Estaba mojada. «Perfecto».

Trató de sosegar su dificultosa respiración y absorbió enormes cantidades de aire al tiempo que le acariciaba el trasero.

Bailey se arqueó hacia la mano.

—Cuando... cuando me acaricias de esa manera, es como si hundieras el calor en mi carne. Como si me llegaras más adentro.

—Estás excitada.

—Por completo.

—¿Te duele el coño?

—Sí.

Que ella lo admitiera solo hacía crecer su deseo.

—¿Quieres que te folle?

—Ahora mismo.

Si no hubiera sonado desesperada y jadeante, podría haber parecido que ella tenía algún tipo de control, pero su voz indicaba que este pendía de un hilo. ¡Joder!, igual que le ocurría a él.

La levantó de su regazo y la ayudó a colocarse de cara a él antes de pasar uno de sus muslos por encima de los de él. Bailey quedó a horcajadas y él buscó hasta encontrar su empapada abertura. A continuación la cogió por las caderas y la penetró con una única embestida

violenta que lo condujo hasta el fondo de su sexo.

Ella abrió la boca y lo miró con impotencia al tiempo que le ponía las manos en los hombros, clavándole las uñas.

—Joaquin...

—¿Quieres más? ¿Más suave? ¿Qué quieres, nena?

—Más. No quiero que seas más suave. Te he sentido en todo mi interior. El hormigueo me baja por los muslos. El ardor que siento en el clítoris me está matando.

—¿Quieres correrte?

Ella asintió frenética.

—Por favor.

—Nos correremos juntos, así que

vas a tener que esperarme.

La vio hacer una mueca, como si supiera que esa espera sería una tortura, pero reprimió cualquier protesta.

—Vale.

—Bueno, quiero escucharte, Bailey. Si te gusta, suspira, grita, llámame por mi nombre. Mi objetivo es hacerte perder el aliento.

Ella abrió la boca para decir algo, pero él la interrumpió con otro envite. Lo único que pudo emitir después fue un agudo grito que casi no sonaba humano. Lo ciñó con su sexo al tiempo que él paseaba con pereza el pulgar por su clítoris, sintiéndose gratificado cuando se repitió el sonido, aunque en esta ocasión pareció más bien un gemido.

Escucharlo le hizo hervir la sangre como si estuviera febril, y una especie de urgencia se apoderó de él. Le clavó los dedos con un poco de fuerza en las caderas y empezó a embestir, clavándose en ella. Ahora, ella salió a su encuentro, buscando aquellos envites lentos y profundos. Cuando se retiraba, las sensaciones eran tan agudas que estuvo seguro de que arrancarse la piel a tiras le afectaría menos. Se vio atravesado por un escalofrío y se perdió en el ritmo. Subía al tiempo que ella bajaba. Juntos crearon una especie de felicidad que le dejaba los ojos en blanco, y comenzó a emitir una serie de largos gemidos.

Siguió moviéndose con más fuerza

mientras su sexo lo absorbía con un latido que indicaba que se aproximaba el orgasmo. Incluso aunque no hubiera sentido esa palpitación, lo habría sabido por el color que adquirió la piel de Bailey, por la forma en que le tiraba del pelo, por la mirada indefensa que apareció en sus ojos azules.

—Estoy a punto —gimió ella.

—Bien. Muy bien, nena... Sí... —

Él apenas podía formar una frase coherente en ese momento. El placer anulaba cualquier pensamiento. No podía respirar con la suficiente rapidez, no podía hundirse lo bastante profundo. No podía saciarse con ella, jamás desaparecería aquel deseo por Bailey. El pensamiento hizo arder su mente y



palpitar su pene—. ¡Ahora!

Se apoderó de sus labios, seguro de que si no la poseía de todas las formas posibles se volvería loco. Sumergió su lengua en su cálida boca al tiempo y ella le salió al encuentro. Capturó sus gritos mientras se corría.

Sus duras embestidas lo hicieron alcanzar un brutal placer. Volvió a hundirse en ella de nuevo, liberando el torrente de necesidad en su interior. Sin duda estaban jugando con fuego, y no le importaba. Si pudiera estar siempre con ella, sería todavía mejor.

Su ritmo se sosegó al tiempo que los latidos de su corazón y su respiración. Ella se derrumbó sobre él, y se sujetó mientras apoyaba la cabeza

en su hombro, abrazándolo como si fuera la única ancla de su vida. Justo como él quería. No tenía prisa por retirarse de su interior, por ducharse y marcharse como solía hacer con sus amantes. No, una parte primaria de él quería quedarse en su interior todo el tiempo que pudiera, plantar su semilla más profundamente hasta que estuviera listo para eyacular de nuevo en su interior.

Una parte de él lo impulsaba a decirle que la amaba.

¿Qué diría ella? ¿Sabía lo que era el amor realmente? Tal vez. Quizá. Más o menos. ¿Quién coño lo sabía? Lo único que podía decir era que Bailey le afectaba de una forma muy intensa y que

no podía imaginar la vida sin ella.

Entonces, ¿qué cojones iba a hacer cuando LOSS y McKeevy llamaran a su puerta? Se negaba a perderla. No había podido evitar perder a su padre y a Nate, pero se quedaría con Bailey cada paso para mantenerla a salvo.

Bailey le estrechó con más fuerza, y él la besó en el cuello, en la barbilla, de nuevo en los labios.

—No puedo estar sin ti.

Ella se quedó paralizada y lo miró como si entendiera la profundidad de ese momento, como si se sintiera tan unida a él como él a ella.

—No tendrás que hacerlo, te lo juro.

Esa noche no durmieron demasiado. Joaquin la despertó dos veces más para hacer el amor con ella, cada una más lenta y tierna que la anterior. Al final, él le apresó el pelo con el puño y la miró directamente a los ojos mientras se deslizaba en su interior con una decisión y firmeza inexorables. La poseyó y ella se rindió. Buscando también la devoción y el placer.

El sol asomaba por detrás de las cortinas que oscurecían las ventanas del hotel, despertando a Bailey de su profundo sueño. Cuando se dio la vuelta en la cama y abrió un ojo, vio a Joaquin sentado a su lado en la cama, con un mapa extendido sobre las sábanas y el móvil en la mano. Examinaba el papel

con el ceño fruncido.

—Buenos días, rayo de sol. —Él parecía fresco y descansado, como si ya se hubiera duchado y vestido, dispuesto a enfrentarse al día.

—¿Por qué no estás durmiendo? —graznó ella.

—Me sentía demasiado inquieto. Estaba intentando descubrir dónde podría haberte llevado Viktor para ocultar lo que espero que sean los resultados de su investigación. No hago más que mirar el mapa, pero hay demasiados lagos.

Ella sujetó la sábana y se sentó haciendo una mueca. Sentarse al lado de un hombre atractivo con el olor a sexo todavía pegado a la piel y un aliento en

consonancia era algo que pretendía corregir lo antes posible.

—Vengo ahora. —Se bajó de la cama, cogió la mochila y se dirigió al cuarto de baño.

Tras usar el inodoro con rapidez, se metió en la ducha. Puso la cabeza debajo del chorro de agua caliente y dejó que empapara su pelo. Sentir aquella calidez sobre la piel era una necesidad imprescindible. Gimió.

De pronto, la cortina de la ducha se abrió y una ráfaga de aire frío le erizó la piel. Abrió los ojos y vio que Joaquin la observaba con una mirada ardiente que le hizo preguntarse con qué rapidez podría tenerla en la cama, con su erección dentro de su sexo otra vez.

Se sonrojó y trató de cubrirse con la cortina.

—¿Qué haces?

—¿Además de disfrutar de la vista?

—ironizó él arrancando la cortina de su mano—. Te he oído gemir y me he preguntado si estabas pasándolo bien sin mí.

Ella chascó la lengua.

—Menudo pervertido, solo he gemido porque sentir el agua caliente es un placer.

—Ajá... —repuso él arrastrando la palabra mientras miraba de arriba abajo su figura desnuda.

—¡Es cierto! Y ahora me miras sin vergüenza alguna como si fueras el lobo feroz y yo Caperucita.

—Me gusta la analogía. Vamos a recrearla. —Se estiró hacia ella.

Bailey se echó hacia atrás, y lo señaló con un dedo.

—No me tocarás más hasta que esté limpia y haya comido algo. De lo contrario voy a tener que quejarme a la ONU o algo así, porque no sigues las reglas de la Convención de Ginebra.

Él soltó una carcajada que rebotó en las pequeñas paredes del cuarto de baño.

—¿De la Convención de Ginebra? Ni que fueras una prisionera de guerra, nena.

—Estoy segura de que las reglas que se aplican a los secuestradores también pueden aplicarse a los dioses



del sexo.

—¿Soy un dios del sexo? Me encanta... —Su sonrisa se hizo más grande—. Es tu día de suerte. Hay un poco de café allí, cerca del televisor. No es muy bueno, pero es café.

—Eso es todo un reclamo —replicó ella, sacándole la lengua.

—Sí. Y estoy seguro de que te van a encantar las magdalenas que he encontrado en el comedor del desayuno cuando he bajado a por el mapa.

—No lo creo. ¿Comes esta basura todos los días? ¿Tienes algo en contra de las proteínas?

Él se encogió de hombros.

—Estaba muy limitado, no quería dejarte sola en el hotel más de un

minuto.

Ella suspiró. Joaquín tenía razón. Las opciones desde un punto de vista nutricional eran limitadas, pero no iba a morirse de hambre.

—Vale. ¿Estás utilizando el mapa para tratar de averiguar a dónde me llevó Viktor cuando era niña?

Él asintió con la cabeza.

—¿Recuerdas algún punto de referencia que vieras en ese viaje? Si es así, debería ser capaz al menos de saber si fuiste al norte, al sur, al este o al oeste. Ahora mismo no tengo ningún punto de partida.

—¿Me permites un minuto a solas? Tu miradita me está distrayendo.

—¿No quieres que te mire? —se

burló él. Como si no lo supiera.

—No. Porque no quiero saltar sobre ti antes de desayunar. Entonces me perdería en ti y jamás averiguaría dónde tenemos que ir.

—Exacto. —Él asintió sonriente—. Voy a ir a buscar café y magdalenas para que los puedas tomar al salir de la ducha. No me hagas esperar demasiado o voy a tener que hacértelas pagar... Y a la mierda la Convención de Ginebra.

Ella sacudió la cabeza y se rio.

—Venga, vete. Loco.

Joaquin se alejó de mala gana, y ella terminó de ducharse, se vistió y se cepilló los dientes. Con el pelo envuelto en una toalla y la piel limpia se sentía casi humana de nuevo.

En cuanto ella salió del cuarto de baño, él le entregó el desayuno precocinado que había improvisado.

—Ahí tienes.

—Por lo menos sé que no quieres matarme de hambre por saber las respuestas. —Pero aquella bollería industrial parecía haber sido hecha con papel reciclado. Podía quejarse, pero apreciaba su intento. A pesar de ser un momento difícil, estaba divirtiéndose mucho.

—Y... ¿todavía no tienes nada? — le preguntó al tiempo que señalaba el mapa que había sobre la cama.

—Nada. No creo que consiga nada hasta que sepa para dónde tirar, en qué dirección viajó Viktor y desde qué lugar.

Tengo que averiguarlo con rapidez, tenemos que dejar la habitación a las once.

—Todavía tenemos tiempo, ¿verdad? No puede ser tan tarde. — Bailey miró a la mesilla de noche en busca de su reloj—. ¿Las diez y cuarto? ¿He dormido tanto?

—Sí. Supongo que te dejé agotada. — Parecía orgulloso de sí mismo.

Ella le dio un puñetazo en el brazo.

—Eres imposible..., pero sí, quizá sea así.

—Entonces es mi día de suerte. Bueno, salvo la parte en que se supone que te salvo de los malos. Todavía estoy trabajándola.

—Oh, lo aprecio. —Ella se puso

seria y tomó un sorbo de café, tratando de no ahogarse—. ¡Oh, está asqueroso!

—Lo siento.

Ella se encogió de hombros.

—No es culpa tuya. ¿Puedo ver el mapa?

Se obligó a tomar otro sorbo de café y cogió una magdalena mientras él colocaba el mapa para que lo viera mejor. Pero no encontró nada que le resultara familiar. No recordaba haber visto ninguna señal que dijera que salían de un estado y entraban en otro. Parecía que en sus recuerdos de ese viaje había un enorme agujero negro.

—Si tuviera que hacer una suposición, creo que Viktor se dirigió hacia el norte. En la zona de los Grandes

Lagos hay muchos muelles y señales cerca del agua. Sin embargo, podría haber ido a otros lugares. Hay muchos lagos en el camino... ¿Quizá os dirigisteis hacia Washington?

Ella negó con la cabeza.

—No. Cada lugar al que nos llevó parecía fuera de lo común. No nos cruzamos con mucha gente. En ninguno de los campings teníamos demasiada compañía. No recuerdo que tuvieran muchas comodidades. Por otra parte, solo tenía cinco años, quizá mis recuerdos no sean demasiado objetivos.

Joaquin le puso el brazo sobre los hombros.

—Necesito alguna pista que seguir. No podemos dar vueltas sin rumbo hasta

encontrar algo que te resulte familiar. Sería como buscar una aguja en un pajar. Cualquier dato que me des podría ser interesante.

Miró el mapa de nuevo, pero todas las pequeñas líneas que representaban carreteras y caminos se mezclaban ante sus ojos. Suspiró llena de frustración.

—Quizá debería... Esto te parecerá una locura, lo sé... Pero si pudieras encontrar un lugar en el que pudiera bailar, eso podría ayudarme. Me ayuda a centrar la mente.

—¿Bailar? —Lo vio parpadear.

Sí, había sabido que a cualquier persona que no se pasara la vida en puntas le parecería una locura. Era difícil de explicar que así podía



conseguir que sus pensamientos fluyeran como lo hacían sus movimientos. A veces, cuando se centraba demasiado en algo, no pasaba nada. Sin embargo, liberar la tensión y limpiar su mente de todo lo superfluo jugaba a su favor. Pero no podía tratar de explicárselo.

—Por favor...

—Vale. Creo que vi una sala adecuada cuando fui a la planta baja. Podemos guardar todas nuestras pertenencias e ir allí. Incluso trataré de encontrar algo de proteínas para ti en cuanto nos marchemos.

Bailey se acercó a él y se colgó de su cuello. Un profundo ardor iluminó de nuevo sus ojos. ¿Dejaría alguna vez de mirarla de esa manera? Cielos, esperaba

que no.

—Eso suena perfecto. Gracias.

Sin decir una palabra más, recogieron sus cosas y las guardaron en la mochila de Joaquin. Luego él abrió la puerta y echó un vistazo al aparcamiento. Debía de estar vacío, porque él le hizo una señal. En efecto, no había nadie a la vista.

Joaquin la condujo por un pasillo hacia la zona de recepción. Había una variedad de salas de reuniones a ambos lados del pasillo principal. Algunas de las puertas estaban cerradas, y se oían voces al otro lado. Pequeñas señales avisaban de que esas estancias estaban siendo usadas.

Joaquin la guio más adelante, hasta

que llegaron a un enorme salón de baile, y abrió la puerta. Estaba vacío, salvo algunas mesas a los lados, montones de sillas, y un montón de manteles de lino.

—He visto un letrero antes en el vestíbulo. Esta noche, algunos empresarios harán una entrega de premios en la cena, pero no empieza hasta las seis y media.

—Empezarán antes, pero nosotros ya no estaremos. ¿Puedes dejarme sola unos minutos? —Ya esperaba ansiosa el momento en el que podría convertirse en una con la música, aclarar sus pensamientos y ser ella misma.

—No. —Su negativa fue inmediata y brusca—. No sabemos quién más podría haber por aquí. No voy a dejarte

sola, en especial cuando vas a entrar en una especie de trance en el que no prestarás atención a tu entorno.

—Dudo que nadie vaya a prestarme atención —argumentó ella.

—Quizá, pero no estoy dispuesto a correr el riesgo —replicó con un encogimiento de hombros—. Tú eliges. O bailas conmigo en la habitación o no bailas.

Ella frunció el ceño. Sabía que la había visto bailar antes. No es como si fuera una actividad privada, pero lo hacía para su público. ¿Sería capaz de conectar con sus pensamientos usando el movimiento para despojarse de cualquier pretensión y simplemente respirar? No lo hacía de buena gana

delante de nadie.

Aun así, debía elegir. ¿Y no lo había hecho ya?

—Vale. ¿Puedes devolverme el móvil? Es donde tengo la música.

—Solo si me prometes hacer caso omiso a los doce mensajes de voz.

Lo miró como si se hubiera vuelto loco.

—¿Doce?

—Estoy seguro de que todos son de Blane, salvo uno, que corresponde a un número que no está en tus contactos. Todavía estoy investigándolo, pero sin resultados por el momento.

Ella suspiró.

—Bueno. Blane tiene que estar a punto de volverse loco.

—Vivirá. De hecho, seguramente tiene más posibilidades de vivir si no conoce tu paradero.

Joaquin tenía razón, ¡maldito fuera!  
Le tendió la mano.

—De acuerdo. No escucharé los mensajes de voz ni intentaré devolver las llamadas.

—Te estaré vigilando. —Él sonrió mientras le ponía el móvil en la palma de la mano.

—Estás comportándote como un hermano mayor demasiado protector. No soy Kata.

Él la miró de soslayo.

—Si de verdad piensas que me he comportado como tu hermano durante las últimas horas, entonces voy a tener

que desnudarte de nuevo y follarte a base de bien, porque parece que ya se te ha olvidado.

Jamás lo olvidaría.

—No, qué va.

—Me alegra oírlo. —Le guiñó un ojo.

Ella se relajó al ver su camaradería, y cuando cerró los dedos alrededor del teléfono, desapareció parte de la tensión. Pasó el dedo por las pantallas, dándose cuenta de que la batería estaba casi llena.

—¿Lo has cargado?

—Por si acaso llamaba alguien interesante.

No le gustaba que hubiera invadido su privacidad, pero comprendía que lo

había hecho para tratar de atrapar a los psicópatas que la perseguían. Así que se mordió la lengua y buscó la música. Una de sus canciones favoritas había sido siempre genial para hacer el calentamiento, y comenzó a estirarse mientras las primeras notas flotaban en el aire. El movimiento hizo que su cuerpo resucitara. Agradeció que Callie le hubiera proporcionado ropa elástica con la que podía moverse con libertad.

Esa canción se unió a la siguiente. Lamentó no disponer de zapatillas de punta, pero podía bailar perfectamente sin ellas. Por eso, cuando sintió que se le habían soltado los músculos y la música comenzó a estimular su alma, se deslizó por el vasto espacio vacío. La



alfombra no era su superficie favorita, y cuando vio que había parquet junto a una de las paredes, como si fuera una pista de baile, corrió hacia allí. Saltó y ejecutó un *jeté* sobre la dura superficie. Al instante se dejó llevar por una serie de *pirouettes* y permitió que la música invadiera su cuerpo y su mente.

Cada canción daba paso a otra. Trató de abrir su mente sin centrarse en el hecho de que Joaquin la observaba, pero casi podía sentir su fascinación desde el otro lado de la sala. Era algo que le daba confianza en sí misma. Por primera vez se sentía hermosa y femenina mientras danzaba, algo así como si fuera una niña que hiciera realidad sus sueños.

Recordó las veces que Viktor le permitía jugar con Annika en el fuerte de Mikhail. Ella y su hermana eran princesas encerradas en una torre. Su padre quería rescatarlas; al final, acababa haciéndoles cosquillas y todos se reían.

Las vacaciones que había disfrutado poco antes de la matanza no habían sido nada divertidas. Él ya no se reía ni les hacía cosquillas. Recordó que sus padres habían discutido la noche antes de que Viktor la llevara al lago. Habían estado en un gran pradera el día anterior, pero no solo había un campo, también visitaron un museo. Frunció el ceño, tratando de concentrarse en ese dato.

Comenzó otra canción. Realizó un *arabesque* y, a continuación, llevó la pierna delante de su cuerpo en un lento *développé*. El museo... representaba un momento en que la fotografía era una novedad. Había un montón de fotos en blanco y negro en las que aparecían cadáveres sobre los campos. Había uniformes de diferentes colores y...

—¡Gettysburg! —gritó por encima de la música, y luego se dio la vuelta y se metió el móvil en el bolsillo delantero mientras corría hacia él—. Visitamos Gettysburg.

—¿Gettysburg? ¿Dónde fue la batalla?  
—preguntó Joaquin.

—Sí. —Compartió sus recuerdos con él y, al hacerlo, las imágenes que poblaban su cabeza se volvieron más nítidas—. Nos fuimos del campo de batalla a primera hora de la tarde. Recuerdo que mis hermanos tenían hambre y que Viktor estaba frustrado porque todos queríamos marcharnos antes de que él hubiera podido ver cada centímetro del lugar.

—¿Le interesaba lo relacionado

con la guerra?

Ella se encogió de hombros.

—No lo creo. Parecía más interesado en los alrededores que en las exposiciones.

—¿Podría estar buscando un sitio donde ocultar los resultados de su investigación?

—Es posible. Pero ¿por qué en tierras federales?

—Quizá pensó que si podía enterrarlo allí, estaría más seguro. Nunca lo sabremos. ¿Crees que abandonó esos planes?

Ella asintió.

—Se enfadó, pero al final cedió. Comimos unas hamburguesas en un sitio de comida rápida y seguimos adelante.

Tardó un par de horas en detenerse de nuevo.

—¿Al anochecer? —Al ver que ella volvía a encogerse de hombros, Joaquin le hizo otra pregunta—. ¿Recuerdas por qué lado del vehículo se podía ver el sol?

Ella trató de imaginarse en el coche. Era difícil concentrarse en un solo recuerdo cuando eran tantos los que la asaltaban de forma simultánea e inconexa.

—Estuvimos tantos días en el coche durante ese viaje que no sé si mis recuerdos son precisos. Pero creo que Viktor no llevaba gafas de sol. Y el asiento de atrás parecía más caliente de lo normal. Así que quizá el sol estaba

detrás.

Joaquin sacó el mapa de la mochila y se arrodilló para extenderlo ante ella. Señaló un punto.

—Aquí está Gettysburg. Así que desde el sur de Pennsylvania viajó hacia el este. ¿Recuerdas cuánto tiempo estuvisteis en el coche?

Ella sacudió la cabeza. Le frustraban aquellos nebulosos recuerdos. Aferrarse a las menudencias que iba recordando era una cuestión vital. Sin embargo, no conocía los detalles que Joaquin necesitaba.

Frunció el ceño mientras intentaba concentrarse a fondo.

—Me parece que mis padres discutieron porque llegamos a un

*camping* cuando ya caía la noche. Mi madre se quejó porque apenas quedaban un par de horas de luz y no íbamos a tener tiempo.

—Así que se detuvo en algún lugar a menos de tres horas al este de Gettysburg. Un sitio cerca de un lago. ¡Joder! —maldijo entre dientes—. Creo que este mapa no es tan detallado como necesito. —Lanzó el papel a un lado y buscó otro en el móvil—. La pantalla de mi teléfono es demasiado pequeña, ahora nos sería muy útil disponer de un portátil.

—¿Por qué no llamas a alguien que pueda ayudarnos? —sugirió ella—. Sean o Hunter. Incluso Kata.

Él la miró en silencio.



—Por lo general trabajo solo, pero sí..., buena idea. —Buscó la lista de llamadas recientes y apretó la pantalla. A continuación puso el altavoz. Unos segundos después, se escuchó una voz masculina:

—¿Estás bien? Kata está preocupada por ti.

Hunter. Bailey sonrió para sus adentros. El antiguo SEAL encontraría su respuesta con rapidez.

—Sí, estamos bien. Cansados y con ganas de comer algo decente, pero seguimos con vida. No creo que nos estén siguiendo, pero estamos ojo avizor. —Joaquin informó a su cuñado de todo lo que ella había recordado en la casa y esa misma mañana—. Así que

estamos buscando un lago al este de Pennsylvania o al norte de Maryland. ¿Puedes encontrar algo? También busco cualquier sitio que tenga una valla pintada de verde cerca de un parque en los alrededores de un lago.

—Eso va a ser difícil de encontrar —comentó Hunter—. Necesito un poco de tiempo para examinar información y mapas *on-line*.

Transcurrieron unos minutos de relativo silencio. Ella sentía que la ansiedad le corroía las entrañas. ¿Y si no eran capaces de encontrar los resultados de la investigación de Viktor? ¿Y si no podían seguir avanzando porque ella no era capaz de recordar nada más?

—He encontrado un par de posibilidades, pero no sé si hay alguna valla verde. Voy a tener que profundizar más. Los lugares más probables parecen ser los lagos Memorial, Locust, Crystal y Pocono. Si lo que buscas es agua sin más, también hay que tener en cuenta los ríos Susquehanna, North East y Delaware. ¡Joder! Hay muchísimos. Sigue apuntando: el lago Beltzville, el Harmony, el...

—¡Eso es! —lo interrumpió Bailey. Le había dado un vuelco el corazón al reconocer uno de los nombres—. Acabo de recordarlo. Llegamos al *camping* justo antes del anocheecer. ¿Recuerdas que te dije que mis padres estaban discutiendo? Pues mi hermano bromeó

con nosotras al respecto: «Menos mal que hemos llegado al lago Harmony».

—Encaja perfectamente —confirmó Hunter—. Está a menos de tres horas de Gettysburg. Dadme un momento a ver si encuentro una valla verde.

—Ya me lo dirás —dijo Joaquin—. Bailey y yo tenemos que salir ya. Es la hora de abandonar el motel y no quiero permanecer demasiado tiempo en un lugar para que nadie nos encuentre. Vamos a meternos en el coche, y nos dirigiremos al lago Harmony. Si averiguas cualquier otra cosa o eres capaz de adivinar exactamente en qué parte del lago está esa valla, llámame. Con suerte, pronto podremos resolver este misterio.

Hunter se mostró de acuerdo y se despidieron. Joaquin se volvió hacia ella con una mirada intensa en la cara.

—Venga, vámonos ya. Tengo el presentimiento de que estamos acercándonos.

Bailey también lo tenía, pero no podía decir que le gustara lo que sentía. Llevaba mucho tiempo sufriendo un temor persistente que le había puesto un nudo en la garganta hasta casi impedirle tragar. Y, aun así, ¿qué más podían hacer?

—Vale. —Emitió un suspiro—. Pero antes de nada, dime, ¿dónde están esas proteínas que me prometiste?

Él asintió con la cabeza.

—En la carretera vi un sitio donde

dan tortitas las veinticuatro horas. ¿Te valen las proteínas de los huevos?

Sonaba perfecto.

—Por supuesto.

Se fueron menos de dos minutos después. Bailey volvió a fijarse en el hombre que había visto el día anterior con una sudadera. Estaba sentado en el vestíbulo cuando pasaron, leyendo el periódico con aire concentrado. Si no estaba allí para seguirla o para espiar a la esposa que engañaba a su marido, ¿qué le había llevado hasta allí? Podía tratarse de cualquier cosa. Después de todo, los clientes de ese motel tenían sus propias vidas y asuntos de los que ocuparse.

En el exterior, el día era claro, frío

y ventoso. Se subieron al SUV y Joaquin se incorporó a la carretera. En cuestión de segundos, se mezclaron con el tráfico hasta que estacionaron en un aparcamiento casi vacío.

Tras dar cuenta de unos buenos platos de huevos con beicon y fruta, regresaron al vehículo para ponerse en marcha. Con la barriga por fin llena, ella se perdió en sus pensamientos. Si encontraban el resultado de la investigación de Viktor en el lago, ¿qué harían luego? ¿Joaquin retomaría su vida normal y ella la suya? ¿O sus caminos estaban ahora demasiado entrelazados para separarse?

Echó una mirada de reojo a su fuerte perfil, a la nariz larga, los labios

gruesos y las envidiables pestañas. Parecía concentrado en el camino, aunque de vez en cuando miraba por el espejo retrovisor. Estaba muy tenso. Aunque él había logrado ocultarlo hasta ese momento con maestría, había llegado un momento en que la tensión se podía palpar. Ella sintió una opresión en el pecho.

—Dime, ¿cuál es el mejor escenario si encontramos los resultados de su investigación?

—Informaremos a los federales. Después no sé. Quizá LOSS deje de buscarte si sabe que ya no tienes lo que buscan. Quizá tengamos suficiente para condenar a McKeevy.

—¿Y en el peor?



—Entrar en el programa de protección de testigos, quizá. Eso si LOSS no te encuentra antes. Pero yo voy a hacer lo imposible para que no ocurra.

—Lo sé. —Y lo hacía.

Cuando Joaquin la secuestró, no confiaba en él. La había drogado, arrancado de todo lo que le resultaba cómodo y familiar y a continuación la obligó a mirar más allá de sus padres adoptivos y aceptar la realidad. Le había odiado por ello. ¿Cómo podía haber cambiado todo en menos de tres días?

—Sé que son unas opciones horribles —murmuró él.

Lo eran, pero no le sorprendían.

—Entonces, ¿hay alguna

posibilidad remota de que cuando acabe esto tenga una vida normal?

Él vaciló y agarró el volante con fuerza.

—Me encantaría decirte que es posible y probable, pero sería mentira.

Seguramente no era el momento de preguntarle al respecto, pero era posible que no tuviera tiempo más tarde.

—¿Y si me he quedado embarazada?

—Lo trataremos si ocurre, si tuvieras que declarar contra los miembros de LOSS para que los condenen, hablaríamos con los federales o entraríamos en el programa de protección de testigos.

Ella lo miró boquiabierta.

—Pero si me acompañaras, estarías renunciando a tu familia durante el resto de tu vida.

—Hace una semana, eso no me habría perturbado en absoluto. Ahora sí que me molestaría no volver a ver a mi madre, conocer a su marido o al bebé de Kata. Pero aun así, te elijo a ti.

Sus palabras hicieron que le diera un vuelco el corazón, y le pareció que podía explotarle en cualquier momento. Joaquin le había dicho que la amaba en todos los sentidos, salvo con palabras. Aquel sentimiento calentó todos los huesos de su cuerpo.

«Yo también te amo».

Fueron pasando los minutos y los kilómetros. La autopista 15 se convirtió

en otra, y luego tomaron la Interestatal 81, al llegar a las afueras de Harrisburg. A partir de ahí, continuaron hacia el noreste a través de un terreno en renovación. Incluso dos semanas antes, los árboles habrían estado desnudos por los estragos del invierno. Ahora, sus ramas tenían nuevos brotes, pequeños y provisionales, pero pronto tendrían nuevas hojas creciendo, llenando los árboles de nueva vida, hasta que se volvieran doradas en otoño, cuando caerían para prepararse para el invierno una vez más. El círculo de la vida, que se completaba.

Bailey deseó saber cómo continuaría su propio círculo. Esperaba no sufrir una muerte temprana ni décadas

de soledad.

El paisaje comenzó a resultarle algo más familiar cuando Joaquin tomó un desvío hacia la Interestatal 80.

—No estamos lejos. ¿Quieres ir al baño?

—Sí, me vendría bien. Y quizá también un café.

—Perfecto. —Él desvió el coche al ver un restaurante de comida rápida a media tarde.

Ella se volvió y vio un sedán plateado. ¿No había visto ese mismo vehículo en el motel? ¿Estaba siendo paranoica?

—¿Ves el coche que está aparcado en el medio? —le indicó sin mirar el automóvil en cuestión, por si acaso.

Joaquin estaba pensando lo mismo.

—Sí, el gris. Lo he visto un par de veces. Se detiene cuando lo hacemos nosotros.

La leve sensación de malestar se convirtió en miedo.

—¿Crees que...?

—No lo sé. Lo único que me impide sospechar demasiado es que a las otras víctimas las secuestraron y, a continuación, las interrogaron. No se me ocurre ninguna razón por la que quisieran cambiar su *modus operandi* contigo.

Ella ladeó la cabeza, de acuerdo con él.

—Nos dirigimos a Poconos. Es un destino de vacaciones. Quizá estemos

intentando escaparnos unos días. Nos detenemos mucho en la carretera. — Trató de convencerse a sí misma—. Quizá sea una coincidencia que paremos a la vez a comer u orinar.

—Lo averiguaremos.

Cuando regresaron de nuevo al SUV para recorrer la última media hora hasta el lago, Joaquin vio de nuevo el coche plateado. Cuando se incorporaron a la carretera, el vehículo permaneció vacío, en el aparcamiento. Solo entonces se relajó. Una camioneta roja y un remolque blanco se dirigieron a la autopista a la vez que ellos. Observó de forma superficial todos los automóviles

intentando no preocuparse de lo que el destino tenía reservado para el futuro de Bailey.

Por primera vez en su vida adulta, le interesaba algo más que el trabajo. Quería volver a casa y que estuviera esperándole una mujer. Le encantaría tener algún niño con ella y asegurarse de que no se convertía en un adolescente desafiante. Le daba miedo, pero quería echar raíces y tener un futuro con Bailey.

¿Y si LOSS los encontraba y cortaba de golpe ese futuro antes de que empezara? ¿Y si ella moría mientras crecía en su interior una vida que hubieran creado juntos?

La idea le volvía homicida y le inundaba de un paralizador terror a la



vez. Solo imaginar lo que sería perderla a ella y a la familia que podían construir le destrozaba.

Joaquin cogió su mano y se la apretó, disfrutando de su piel cálida y suave. Necesitaba estar seguro de que estaba bien. Mientras la miraba, se dio cuenta de que ella también parecía nerviosa.

—¿Estás bien?

—Evadir a los que van contra el gobierno no es exactamente tan divertido como salir con unos amigos a tomar unos vinos, pero intento gestionarlo.

Él esbozó una leve sonrisa.

—¿Ves algo que te resulte familiar?

—Ninguna cosa en particular. Solo recuerdo pensar que el camino hasta el

lago era precioso. Estoy segura de que el tiempo ha cambiado el entorno.

—Por supuesto.

—Y también es otra época del año.

Estoy segura de que cuando vine con mi familia era octubre, recuerdo los colores dorados del otoño. Ahora está empezando la primavera.

—Lo sé. Tenemos que fijarnos en cualquier cosa que te resulte familiar.

Un momento más tarde, sonó el móvil de Joaquin. Lo sacó de la guantera y miró la pantalla antes de pulsar un botón para activar el manos libres.

—¿Hunter?

—Sí. Me ha llevado un tiempo, pero tengo varias respuestas para ti.

—Suéltalas —dijo él con las

entrañas encogidas.

—He encontrado algunas posibilidades. Creo que es probable que estuvieran en un *camping* que cerró hace unos seis años. En uno de los comercios locales a los que llamé haciéndome el tonto me dijeron que recordaban una valla verde cerca de un embarcadero. El lugar lo compró otra persona hace años y se puso a reacondicionarlo. Ahora hay un restaurante en los terrenos. Te enviaré un mensaje de texto con la dirección.

Cuando sonó un pitido en el móvil un minuto después, le dio las gracias.

—A ver qué encontramos. Te mantendré informado.

—Como sabía que tenías las manos ocupadas, llamé a Sean para informarle

por si podía hacer algo. Está avisando al FBI de Filadelfia. Van a tener en alerta a sus agentes. Llama al número que recibirás en el móvil si encuentras algo. No tardarán ni una hora.

Sonó otro pitido.

—Gracias.

—De nada. Me gustaría poder estar apoyándote, me sentiría mejor si Bailey estuviera protegida por más personas.

Su primer impulso fue protestar, pero sabía que Hunter solo estaba siendo precavido.

—Cuando nos fuimos, no estaba seguro de lo que íbamos a encontrar, y ahora no podemos permitirnos el lujo de esperar.

Hunter gruñó como si no estuviera

de acuerdo, pero tampoco podía refutar su razonamiento.

—Además —continuó Joaquín—, permanecer en Dallas no era una opción con McKeevy preparado para intervenir en la boda de Callie.

—O no... El fotógrafo que lo contrató comunicó que su nuevo ayudante no respondía a sus llamadas, por lo que dejó un mensaje diciendo que Timothy Smith estaba despedido. Sean fue con algunos federales a la dirección que le dio y resultó ser un vertedero, literalmente. Al parecer, todas sus direcciones conocidas eran basureros de alguna ciudad.

—Encantador...

—Eso es McKeevy, un sociópata

encantador —resopló Hunter—. Manténme informado. Si no lo haces, dejaré que tu hermana te dé una patada en el culo la próxima vez que la veas.

Joaquín se rio. La idea de que una mujer embarazada y unos quince centímetros más baja que él pudiera golpearle era ridícula, pero si alguna podía conseguirlo, esa era su hermana.

—No lo quiera Dios. Te tendré al tanto de las novedades.

Cuando colgaron, comenzó a seguir las indicaciones para llegar al antiguo *camping* cuyos datos le había enviado Hunter en un mensaje de texto. La carretera dio paso a caminos venteados, aunque el paisaje era impresionante. Jamás había estado en esa parte del

país, pero no le importaría explorarla a fondo. Seguramente el otoño debía de ser una época preciosa.

Unos minutos después, llegaron a la zona del *camping*. Se había convertido en un restaurante y en ese momento estaba vacío. Miró la hora en el móvil: eran las cuatro menos veinte de la tarde. Al rodear la diminuta cintura de Bailey con el brazo para conducirla hasta la puerta, vio un letrero que indicaba que no abrían hasta las cinco.

Miró a su alrededor, hacia el aparcamiento y más allá del perímetro ajardinado. Había un camino hasta la orilla del lago.

—¿Ves algo que te resulte familiar?

—Veo una valla... y un

embarcadero. —Se mordió el labio, parecía tensa y preocupada—. No sé. Si estamos en el lugar correcto, ha cambiado mucho. El aparcamiento no existía, era una zona de tierra. El árbol que recuerdo no era tan grande.

—Piensa que eras una niña pequeña, por lo que lo veías todo desde aquí. —Se puso en cuclillas—. Y si era otoño, estaría lleno de hojas, no se verían las ramas desnudas como ahora.

—Eso es cierto —admitió ella, inclinándose también para mirar las copas de los árboles—. ¿Es un nogal?

—No soy especialista en árboles, pero es posible.

La vio suspirar.

—También es posible que esta sea



una búsqueda inútil.

—Sí. Pero por si acaso debemos seguir adelante.

Bailey se incorporó y se dirigió hacia la valla, que acarició con los dedos. Ahora estaba teñida de un color más oscuro. Joaquin se acercó a un viejo poste cerca de la orilla donde había un letrero que ponía «SALVAVIDAS FUERA DE SERVICIO».

Ella le miró y sus ojos se iluminaron.

—Recuerdo esa señal —indicó calibrando el espacio entre la valla y el letrero—. No estaba muy lejos. Si la valla fuera todavía verde... la imagen sería muy similar a entonces.

—Hay un camino —señaló él.

—Ahora está asfaltado, pero si me acerco al letrero y salto tres veces a la izquierda... —Ella llevó a cabo lo que decía y acabó, precisamente, en medio del sendero.

Todo parecía encajar en su lugar.

Joaquin se acercó al ver que ella se tambaleaba.

—Epa... ¿Estás bien?

—Lo recuerdo todo, y creo que estamos en el lugar correcto. En mi cabeza veo a Viktor dando los saltitos antes de dirigirse hacia un montículo que había hecho en la base de ese árbol.

—¿Estás segura? Porque ese es justo el tipo de recuerdo que necesitamos.

—En mi mente estoy eliminando

todo lo que ha cambiado, y pienso que en realidad podríamos encontrar algo enterrado junto a ese tronco. ¿Tenemos una pala?

«¡Joder!».

—No vengo preparado para cavar.

—Hizo un inventario mental del material que guardaba en el maletero—. Se me ha ocurrido una idea. No es perfecta, pero podría intentarlo.

Corrió de regreso al coche y desapareció detrás del follaje un instante. Odiaba dejar sola a Bailey aunque fuera un momento, pero no había ni un alma a la vista, estaban perdidos en la maravillosa naturaleza.

Un monovolumen verde que había visto días mejores entró en el

aparcamiento con brusquedad, casi inclinado sobre dos ruedas. Él se tensó hasta que vio que lo conducía una mujer y que estacionaba detrás del edificio, cerca del lugar donde se encontraba Bailey.

Un momento después, la joven morena salió del coche. Tenía puesto un delantal y hacía malabarismos con las llaves mientras cerraba el vehículo y corría hacia la parte trasera del restaurante. La mujer abandonó pronto el lugar, dejando que la puerta del local se cerrara a su espalda con un audible clic. El negocio se abriría dentro de una hora, era lógico que alguien se pusiera a cocinar y a preparar las mesas.

Joaquin soltó un suspiro de alivio y

recogió la palanca que necesitaba en el maletero del SUV. Luego vio algo que le heló la sangre. La camioneta roja que había salido tras él la última vez que se detuvieron a comer. Se acercó y echó un vistazo al interior. Estaba vacía.

Después de memorizar la matrícula, corrió hacia el lugar donde se encontraba Bailey con el material en la mano. Se sentiría muy feliz si sirviera como arma. Sería un buen apoyo para la Sig que llevaba guardada en la cinturilla del pantalón, en la espalda.

Le comentó a Bailey que había visto aparcada la camioneta roja al otro lado del edificio.

Ella frunció el ceño, preocupada.

—¿Crees que es la misma que

vimos?

—Eso parece. Pero podría ser otro empleado o el propietario. Vamos a concentrarnos en nuestra tarea, aunque debemos mantener los ojos abiertos.

Él se puso rígido y la rodeó con sus brazos.

—Me encantaría poder olvidarme de todo esto. No tengo ninguna necesidad de descubrir nada sobre las investigaciones de Viktor. Ha muerto ya demasiada gente por su causa. Si encontramos algo importante debajo de la tierra, podría ser lo peor que le hagamos a la humanidad.

—Los secretos no permanecen enterrados —advirtió él—. Si no lo encontramos nosotros, lo hará otra

persona. Y podría ser cualquiera, un ser sin escrúpulos. Es necesario que lo desenterremos y que lo hagamos público. Si son las últimas notas sobre su investigación, debemos asegurarnos de que todo el mundo sabe que las hemos entregado a las autoridades correspondientes. Eres la única que recuerda el plan de Viktor. Solo tú puedes poner fin a esto.

—Lo sé. —Parecía atormentada por ese hecho—. Venga, vamos a hacerlo.

Él entendía cómo se sentía, y deseó poder quitar ese peso de su espalda.

—¿Recuerdas a qué lado del árbol enterró... lo que sea?

Ella estudió los troncos con la nariz

arrugada.

—No exactamente. Dudo que fuera del lado que da al río, así que vamos a empezar por aquí.

Señaló a la izquierda, junto a unas raíces que sobresalían.

Joaquin se puso en cuclillas para examinar el terreno.

—¿Estás segura?

—No. Pero creo que él habría evitado estos —repuso ella señalando los márgenes del árbol—. Por la erosión. Supongo que no lo habría escondido en el frente del árbol, porque sería el ángulo que más posibilidades tenía de ser invadido por la gente que usara el aparcamiento. ¿No crees que elegiría el lugar menos accesible?



—Sí. —Ella le había sorprendido de muchas formas y todavía no había terminado, seguía impresionándole con su ingenio, su agudeza y su determinación—. Buen razonamiento. Empezaré a cavar aquí.

Clavó la palanca en el suelo. La herramienta no colaboraba. El tiempo y las pisadas habían aplastado la tierra y estaba muy compactada.

Excavó durante interminables minutos y Bailey le ayudó con las manos. Notó que el sudor comenzaba a resbalarle por las sienes, bajo la camiseta hasta la cinturilla de los pantalones. Junto a él comenzó a surgir un montón de tierra. Tenía las manos negras. El sol estaba poniéndose ya y

pronto se ocultaría tras una montaña cercana.

—Estoy empezando a preguntarme si quizá... —confesó él—. Si quizá estamos cavando en el lugar equivocado.

—Ocurrió hace muchos años y recuerdo que Viktor excavó durante mucho tiempo. Creo que vamos bien.

Él tenía sus dudas, pero no había ninguna otra opción más atractiva. Si se daban por vencidos, ¿qué haría con Bailey? ¿Buscar otro hotel para pasar la noche? ¿Volver a acostarse con ella una y otra vez sin descanso, hundiéndose en sus delicadas curvas hasta que ninguno de ellos pudiera pensar con claridad? ¿Levantarse por la mañana y encontrar

una buena pala para poder recorrer el lago con la idea de que algo en él le resultara familiar a ella? Ese plan sonaba tan bien como cualquier otro.

—Seguiremos diez minutos más. Luego lo dejaremos por hoy. Una vez que el sol se oculte tras la montaña, no habrá luz. Las farolas del aparcamiento están en el otro lado, cerca de la puerta del restaurante. —Volvió a clavar la palanca en el suelo y separó la tierra con las manos.

A su lado, Bailey también llenó sus delicados dedos con la tierra y la añadió al montón.

—Lo sé.

Sonaba muy decepcionada. ¡Joder! Una vez que le había dado todas las

pruebas de su vida anterior, ella le había creído a pesar de que podía parecer una locura. Bailey no tenía pruebas de nada, pero podía otorgarle el beneficio de la duda hasta que su teoría ya no fuera posible.

—Sé que estás preocupada y enfadada. Lo arreglaremos. Es posible que este no sea el lugar adecuado, pero vamos a seguir...

La barra de hierro golpeó algo duro y metálico.

¿Había cambiado por fin su suerte?

—¿Qué ha sido eso? —preguntó ella, arrodillándose junto a él.

—Ayúdame. —Clavó el extremo de la palanca en el suelo y la movió hasta que pudo distinguir los bordes de una

caja. La golpeó varias veces para adivinar el tamaño. Los dos juntos retiraron la tierra que la envolvía, tratando de llegar a lo que habían encontrado.

—No puede tratarse de una tubería de saneamiento o alcantarillado, ¿verdad? —preguntó ella.

—No. Es una forma cuadrada, no hay duda. Lo que no sé es qué profundidad tiene. Sigue retirando la tierra.

Cinco minutos se convirtieron en diez. El sol se hundió en el horizonte. ¡Joder!, tenían que darse prisa. Podía aparecer gente para cenar o tomar una copa en cualquier momento y preguntarles qué demonios estaban

haciendo en la zona del aparcamiento. Tampoco le gustaba nada haber visto la camioneta roja no muy lejos de allí, pero no tenía ni idea de dónde estaba su propietario en ese momento.

El sudor le hacía brillar la piel. La ansiedad le había acelerado el corazón. Le dolían los dedos por la forma en que tenía que agarrar la palanca para excavar el duro terreno, que seguramente había estado helado durante la mayor parte del invierno. La tierra se le había metido bajo las uñas y no iba a poder limpiarlas en seis meses, pero no le importaba. Estaba convencido de que estaban a punto de descubrir algo que podría salvar a Bailey, y que le permitiría superar su pasado como

Tatiana Aslanov.

Se arriesgó a mirarla. Tenía la frente cubierta con una fina capa de sudor y algunas gotitas más sobre el labio superior. Le dio tiempo a ver sus pezones, erizados bajo la camiseta púrpura que llevaba. Se había recogido el pelo de cualquier forma en lo alto de la cabeza y tenía la mirada concentrada en el suelo. Nunca le había parecido tan guapa, y eso que siempre se lo parecía, en cualquier momento, en cualquier lugar. Haría lo que fuera para mantenerla a salvo. Para hacerla suya.

Joaquin metió la mano en el agujero que había excavado y siguió con los dedos el borde metálico del objeto. Sin duda era una especie de caja.

Ella siguió excavando por el otro lado y, por fin, levantó la mirada hacia él con una expresión llena de emoción.

—Tengo los dedos por debajo del borde.

Estaban muy cerca.

—Déjame intentarlo... —Él hundió los suyos más profundamente en la tierra, dibujando el borde con las yemas hasta que pudo deslizarlos más abajo—. Yo también.

Bajó la mirada hacia el agujero, tratando de ver lo que hasta el momento solo habían sentido, pero las copas de los árboles impedían el paso a los moribundos rayos del sol y solo pudo vislumbrar un foso oscuro.

—¿Puedes tirar de ella? Creo que



si somos capaces de moverla, quizá lograríamos sacarla.

Él sospechó que ella tenía razón.

—Venga, vamos a hacerlo. Con cuidado. No creo que se rompa, pero no nos arriesgaremos.

Se detuvieron y tensaron los músculos, moviendo el descubrimiento por un lado y luego por el otro. Por fin, el sol se ocultó por completo, hundiéndose en la montaña. Las sombras se hicieron más alargadas en el aparcamiento mientras ellos seguían concentrados en el agujero. Ella levantó su lado y la tierra resbaló hacia el fondo. Los bordes afilados de la caja metálica se clavaron en sus dedos cuando tiró de ella para acercarla a los

últimos restos de luz solar para descubrir su aspecto.

—¿No está cerrada con llave? —  
Bailey sonaba confusa.

—A mí también me sorprende. Pero supongo que no encontró la manera de darte una llave. No sabía si podrías conservarla hasta que fueras adulta. Ya es todo un logro que consiguieras recordar la ubicación de la caja, así que no quiso correr el riesgo. Se conformó con la esperanza de que recordaras la canción. Además, con un buen par de tenazas y algo de sentido común, cualquiera podría abrirla.

—Bien pensado.

Joaquin puso los dedos en el pasador que mantenía cerrada la tapa,

pero ella le tocó el brazo con suavidad.

—¿Puedo hacerlo yo? —parecía nerviosa y seria a la vez.

Eso era algo que tenía que hacer ella. Ser la primera persona que viera lo que su padre había enterrado hacía más de quince años le permitiría cerrar esa etapa de su vida. Con un poco de suerte, ella vería exactamente la razón por la que había muerto su familia, por la que su vida había estado llena de destrucción, tanto ahora como antes. Rezó para que nada de lo que hubiera allí dentro le hiciera daño ni incrementara todavía más el peligro. Pero por fin se había acabado aquella locura de buscar una aguja en un pajar. Ahora podría llevarse a Bailey lejos de

allí.

—Hazlo —repuso entregándole la caja.

Tensa, pero aliviada, Bailey cogió el recipiente metálico con sus manos. No era demasiado grande, unos veinte por quince centímetros. Después de tantos años enterrado, no se podía adivinar el color original. Pasó los dedos por la parte superior y sospechó que una vez había sido gris plomo. Una pegatina plastificada de lo que parecía un ratón estaba pegada en la parte superior, amarilla por el tiempo y la tierra. Viktor había pensado en todo para que relacionara la rima con la ubicación de la caja, hasta poner un ratoncito.

Puso los dedos temblorosos sobre

la cerradura. Había una lengüeta con un agujero en medio que encajaba en un saliente, impidiendo que la caja se abriera por accidente. Vio que le temblaban las manos cuando lo soltó y levantó la tapa.

Joaquin se inclinó sobre ella, y ambos se asomaron para ver el contenido. En el interior había algo pequeño y cuadrado, envuelto en un plástico de burbujas. Bailey alargó los dedos, pero luego vaciló.

—Adelante —la alentó él—. Esto es lo que tu padre quería que encontraras.

—¿Qué ocurre si esto..., sea lo que sea..., no hace desaparecer mis problemas con LOSS?

—Nos encargaremos de eso a su debido tiempo, pero él te mantuvo viva por esto. Échale un vistazo.

La ansiedad y la emoción la recorrían de pies a cabeza cuando metió la mano en la caja y retiró el paquete de plástico. Arrancó el sello de las burbujas y movió los dedos con torpeza por culpa de los nervios y las prisas.

Estuvo a punto de caérsele. Se mordió el labio para contener un grito mientras retiraba la capa protectora para ver de qué se trataba.

—Es un dispositivo de almacenamiento electrónico —murmuró—. Viktor me dejó información. Tienen que ser los resultados de su investigación. Me dejó la información

que puede llegar a cambiar el mundo.  
¡Oh, Dios!

—Es una tarjeta flash, la precursora de la SD. Mi madre tenía una cámara que utilizaba para almacenar las imágenes. —Joaquin le rodeó la cintura para sostenerla, y ella agradeció su apoyo.

Habían encontrado lo que su padre le dejó, lo que podría hacer que estuviera segura de una vez por todas. Y también Callie.

—Yo me lo llevaré —dijo una voz a su espalda.

Ella se dio la vuelta y se encontró con el hombre de la sudadera con capucha que había visto en el hotel apuntándolos con un arma.





A Joaquin se le heló la sangre en las venas. Un poco más allá del hombre de la pistola, estaba la camioneta roja al ralenti. ¡Cabrones! Debería haberse dado cuenta... Tendría que haber dudado más de la misteriosa aparición del vehículo, explorado los alrededores. Pero había permitido que la impaciencia por ayudar a Bailey se interpusiera en el camino de su habitual cautela. Ese fracaso podía costarles la vida.

Incrementó la fuerza con la que agarraba a Bailey.

—No lo hagas.

—No te hagas el héroe, dame el disco —se burló el agresor.

¿Para que les disparara en el momento en que lo tuviera en sus manos? Supo que tenía que hacer que aquel tipo siguiera hablando.

—¿Cómo lo habéis sabido?

—Os seguimos desde la granja Aslanov. Estuve vigilando el lugar con la esperanza de que pasarais por allí. Me alegro de no haberme equivocado.

—¿Era tuyo el sedán plateado que había en el motel? —soltó Bailey.

—Pues eres bastante espabilada para ser una bailarina.

Joaquin no se molestó en preguntar por qué aquel cabrón no se había

enfrentado antes a ellos. Por supuesto, había estado esperando, cruzando los dedos para que Bailey recordara dónde había escondido Aslanov los resultados de su investigación.

Ella frunció el ceño.

—Entonces lo cambiaste por la camioneta roja en el restaurante de comida rápida, cerca del lago...

—Una vez más, me has pillado. ¡Felicidades! —respondió el hombre, arrastrando las palabras—. Basta de charla. Venga, dame el disco, bailarina, o los dos moriréis.

—Yo te lo daré —se ofreció Joaquín.

La irritación fue palpable en los rasgos de su agresor.

—Esto no es una negociación. No me gustan los federales, ni siquiera cuando dejan de serlo. Atrás.

¿Ese tipo sabía quién era? Eso hizo que volviera a evaluar a su enemigo, que iba claramente un paso por delante de ellos. Su agresor no era demasiado alto, un metro setenta y tantos, y bastante flaco. La capucha de la sudadera ocultaba un rostro joven. En una lucha cuerpo a cuerpo, podía vencer a aquel chico, a pesar de que el tatuaje que bajaba por el lateral de su cuello anunciaba que era un tipo duro.

Joaquin evaluó sus limitadas opciones... ¿Debía seguirle la corriente? ¿Atacar con rapidez con la esperanza de poder propinarle un buen

golpe antes de que le metiera una bala entre los ojos? ¿Sería capaz de sacar su arma y acertarle antes de que el otro hombre disparara? ¿Alguna de esas opciones conseguiría que Bailey tuviera tiempo suficiente para huir?

Seguramente no.

Estaban jodidos.

Deseó haber hecho caso a Hunter y haber pedido refuerzos, pero era demasiado tarde para rectificar. Sin embargo, no pensaba rendirse sin luchar.

Dejó caer suavemente el brazo que tenía en los hombros de Bailey hacia su espalda, para acceder al arma.

—¡Quieto, idiota! —advirtió el hombre—. Las manos arriba.

«¡Joder! —hizo una mueca—. ¿Y

ahora qué?»

El criminal apuntó a Bailey con su arma.

—¡Hazlo! O la mato mientras miras.

No tenía elección. Pero su objetivo era mantener a Bailey con vida. Subió las manos por encima de la cabeza.

—Da un paso y aléjate de ella.

«¡Mierda!». ¿Eso significaba que aquel capullo iba a dispararle, dejando a Bailey a su dudosa merced? Una vez más, no tenía opciones. Dio un paso hacia la izquierda, alejándose del tembloroso cuerpo de Bailey, al tiempo que le decía con la mirada que haría todo lo posible para mantenerla viva. Ojalá pudiera encontrar la manera de

distraer a ese tipo durante unos segundos...

—Bien. Me gusta la cooperación —aseguró el hombre de la sudadera—. Empecemos...

Entonces, sin avisar primero, el tipo apretó el gatillo del arma y disparó al cuello de Bailey.

Joaquin sintió que se le helaba la sangre al ver que ella se tambaleaba hacia atrás. La vio caer al suelo y se arrodilló a su lado. ¿Qué había pasado? No podía estar muerta. Los pensamientos se enredaban en el interior de su cabeza.

Inspeccionó su cuerpo con el corazón desbocado. Bailey no sangraba, y un pequeño dardo sobresalía de su

cuello. Se dio cuenta de que la pistola solo había emitido un silencioso silbido.

El atacante comenzó a reírse.

—¡Qué bueno! Es una pistola de dardos tranquilizantes, idiota. ¿No te has dado cuenta?

En el aparcamiento había demasiadas sombras para poder obtener una mirada detallada. Joaquin dio gracias a Dios de que no estuviera muerta, pero iba a tener que disparar a ese bastardo para sacarla de allí en una pieza. Por suerte, no tenía problemas con ello.

—Bailey —la llamó.

—Mmm... —Ella no parecía consciente.

Empezó a preocuparse.



—No puede oírte —dijo con desprecio el cabrón de la sudadera—. Estará dormida, al menos, durante las próximas doce horas.

—Te daré el disco con los resultados de la investigación —aseguró cogiendo la tarjeta flash—. ¿No es lo que quieres?

—¡No la toques! —gritó el agresor—. Aléjate de ella y levanta las manos, ¡joder! —El tipo cogió la pistola con la otra mano para introducir la primera en el bolsillo de la sudadera y sacar una semiautomática. Al instante, cubrió el dedo con el gatillo—. La necesito viva, aunque a ti no. Arrodíllate. Y ten en cuenta que me gusta la posibilidad de acabar con una basura que se ganaba la

vida como agente federal.

Joaquin se levantó y se alejó, sabiendo que si se arrodillaba de nuevo, no volvería a ponerse de pie. Su mejor posibilidad de salvarse, de salvar a Bailey y la investigación era ponerse a cubierto y disparar a ese idiota.

—¿De verdad? —le desafió—. Me encantaría tener la oportunidad de deshacerme de la escoria que desgarró este país.

Si iba a salir de esa con vida, tenía que distraerle. Y estando en una esquina de un aparcamiento vacío, tenía unas opciones limitadas.

Dobló una rodilla como si fuera a agacharse, pero se limitó a coger el disco y lanzarlo al asfalto.

—¡Puto idiota! —gritó el criminal antes de tirarse a por él.

Joaquin aprovechó para levantar a Bailey y arrastrarla con él para ponerla a cubierto, pero no podía sostenerla y empuñar el arma a la vez.

«¡Joder!».

Levantó la vista y comprobó que el tipo de la sudadera había recuperado el disco y se lo estaba metiendo en el bolsillo.

La arrastró para ocultarse detrás de un tronco enorme. En el aparcamiento reinaba ahora la oscuridad, pero a pesar de eso no era imposible alcanzarlo. Como si quisiera demostrárselo, su atacante disparó. La bala pasó rozándole el hombro.

El atacante fue tras él con una maldición. Seguramente tenía intención de huir llevándose consigo a Bailey y el disco. Aunque no iba a dejar un cabo suelto si podía evitarlo.

Otra bala pasó silbando junto a su oreja mientras alcanzaba el tronco y se parapetaba detrás. Entonces sacó la pistola. Asomó la cabeza desde detrás del tronco y vio que el tipo se acercaba a él. Disparó y, sin duda, no le dio, porque el atacante disparó de nuevo. En esta ocasión, la bala impactó en la corteza del árbol.

Joaquin se arriesgó a ponerse en cuclillas y luego se inclinó para echar un vistazo. Fue así como vio que otro hombre abría la puerta de la camioneta

roja, que estaba estacionada a bastante distancia, con una pistola en la mano. El nuevo atacante se acercó, con los rasgos oscurecidos por las sombras del atardecer.

Al unísono, sus dos adversarios le dispararon una lluvia de balas. Él se pegó al suelo y retrocedió poco a poco hacia el lago. Si los dos se acercaban disparando a la vez, no iba a tener otra salida más que por el agua. Pero no quería dejar a Bailey a su merced. Solo Dios sabía qué podían hacerle. Sin embargo, ella les resultaba más útil viva que muerta.

Sus opciones también estaban limitadas por la munición que tenía en el arma.

—¡Eres hombre muerto! —gritó uno de ellos.

Joaquin se acercó más al agua. Esperaba que la mujer que había en el interior del restaurante hubiera oído los disparos y hubiera llamado a la policía. Podía ser su única oportunidad de salir de aquel aparcamiento vivo. Sin eso, sería superado en número, potencia de fuego y por su preocupación por Bailey.

—Coge a la chica —dijo el segundo asaltante, que llevaba una camiseta negra, acercándose al árbol empuñando el arma. Tenía tatuada una bandera americana ardiendo en el antebrazo y una expresión dura, como si hubiera sufrido cincuenta años. También lucía una calva y tenía una cara familiar.

McKeevy. ¡Joder! Se le detuvo el corazón.

—No puedo acercarme a ella mientras ese idiota siga disparándome —se quejó el tipo de la sudadera.

—¡Oh, lo haré yo! ¡Eres un puto llorón! —le insultó McKeevy.

Joaquin se asomó y descubrió que el tipo llevaba a Bailey sobre el hombro, como si fuera un bombero. «¡Hijo de puta!». Ella estaba en brazos de un psicópata enfermo que disfrutaba atormentando a las mujeres hasta la muerte, que experimentaba con ellas las formas de tortura más horribles que nadie podía imaginar.

El idiota de la sudadera asintió.

—Vale. Voy a cargarme a ese tipo.

Joaquin no podía perder el tiempo. Se arrastró hasta el otro lado de un arbusto antes de ponerse en pie y apuntar al criminal más joven. Apretó el gatillo. Al mismo tiempo, el hombre disparó, pero su bala iba dirigida a la posición que había ocupado antes, cerca del árbol. El tipo falló y luego se tambaleó cuando el tiro de Joaquin le dio en el pecho, justo en la mitad de su caja torácica. Comenzó a sangrar antes de caer al suelo.

Sin perder un segundo, corrió sobre el cuerpo inerte del hombre hacia McKeevy, que le había cogido mucha ventaja y se dirigía al camión rojo. La figura laxa de Bailey colgaba sobre su hombro, con el torso caído sobre la



espalda del atacante. Estaba demasiado lejos para poder alcanzarle limpiamente, no tenía la seguridad de que no le daría a ella, sobre todo sin la ventaja de la luz solar. Sin embargo, si aquel psicópata conseguía llegar al camión y se marchaba, dudaba que volviera a ver a Bailey con vida.

Se plantó sobre los dos pies e intentó estabilizar el temblor de sus manos.

«Calma. Atención. Respirar».

Apuntó y disparó dos veces. El tiro pasó muy alejado de su blanco en movimiento, y la distancia era cada vez mayor.

Los pensamientos daban vueltas en su cabeza. Estaba quedándose sin

opciones. No había querido afinar con McKeevy por proteger a Bailey, pero no ocurría lo mismo con los neumáticos de su vehículo.

Alteró su objetivo y apuntó antes de disparar de nuevo. La primera bala impactó en una llanta, pero la segunda alcanzó su objetivo. McKeevy podría salir del aparcamiento, pero no llegaría demasiado lejos sin arreglar o parchear la rueda. Solo por si acaso, disparó al neumático, acertando. Luego se puso de nuevo en posición, esperando el momento en el que aquel cabrón dejaría a Bailey en el asiento para subirse detrás del volante, dejando desprotegida su espalda.

«Tres..., dos..., uno...».

Justo cuando estaba apretando el dedo en el gatillo de su P229, el tipo que le había atacado previamente saltó sobre su espalda y empezó a luchar con él por el arma. Joaquin se defendió clavándole un codo en el estómago y propinándole un gancho de derecha en la mandíbula, seguido de un disparo entre los ojos. El atacante cayó al suelo como un fardo, por fin muerto.

Para entonces, McKeevy estaba saliendo del aparcamiento en la camioneta roja. Joaquin corrió tras él, poseído por una fría oleada de temor, pero era demasiado tarde para impedir que aquel loco se llevara a Bailey lejos de él; quizá no volvería a verla.

Tres horas después, Joaquin se paseaba por la oficina del sheriff local, intentando buscar una solución. Se pasó una mano por la cara, la preocupación le corroía las entrañas como si fuera ácido. ¿Cómo estaría Bailey? ¿Seguiría viva? ¿Estaría empezando McKeevy en ese momento a romper su delicado cuerpo en pedazos?

No podía pensar en eso o se volvería loco y la emprendería a golpes con lo que tenía a su alrededor.

—¿Un café? —le ofreció el ayudante Williams con una mirada de lástima.

—No. —Lo vomitaría.

En cuanto la camioneta roja desapareció de su vista, Joaquin corrió

al SUV y trató de alcanzarle, pero McKeevy y su vehículo habían volado. Dudaba que pudiera pillarlos a pesar de que el camión tuviera las ruedas pinchadas.

Aun así, lo intentó, pero no pudo vislumbrarlos antes de llegar al punto en el que el camino se encontraba con la carretera principal. Aún perdido y preocupado, se negó a renunciar y comenzó a recorrer el mismo trayecto por el que habían llegado, sin dejar de acelerar ni un solo momento, mientras llamaba una y otra vez a la oficina del FBI en Filadelfia.

Todavía seguía hablando con los federales sin encontrar ninguna señal de la camioneta roja cuando le detuvo un

control policial. Lo hicieron salir del SUV y le pusieron unas esposas más rápido de lo que era capaz de parpadear. Cada una de sus manifestaciones y explicaciones cayó en oídos sordos.

Supo entonces que la camarera del restaurante había advertido al sheriff sobre un tiroteo en el aparcamiento. Joaquin colaboró con ellos exponiendo detalles sobre lo ocurrido. El miembro de LOSS Andrew Vorhees había aparecido muerto en el asfalto. ¡Que le dieran!

Durante las últimas dos horas, había intentado de todas las formas posibles evitar ser acusado de asesinato para poder seguir buscando a Bailey antes de que fuera demasiado tarde.

Después de unas cuantas llamadas a Sean, la policía había entrado finalmente en razón cuando llegaron un par de agentes federales de la oficina de Filadelfia. Estaban trabajando en la escena del crimen y valorando la muerte en defensa propia de Vorhees. Muy pronto, le dejarían libre.

Pero McKeevy tenía una ventaja de tres horas.

—Hemos encontrado la camioneta roja abandonada en una zona industrial a ocho kilómetros del lago.

Joaquin soltó una maldición, pero intentó reprimir el resto.

—McKeevy no sabía que iba a tener que enfrentarse a unas ruedas pinchadas ni que le haríamos frente, así

que es posible que no tuviera preparado un vehículo de repuesto. ¿Sería posible conseguir una lista de los automóviles robados en las inmediaciones durante las últimas horas?

Un agente tecleó en un viejo equipo informático.

—Un Mercedes deportivo rojo recién salido del concesionario y un monovolumen de dos años.

—Imagino que es más probable que haya robado el monovolumen —aseguró él—. Lleva un rehén, no se arriesgaría a huir en algo tan llamativo como un deportivo rojo.

Uno de los federales de Filadelfia —Joaquin no era capaz de recordar su nombre, así que le llamaba por un



genérico «número dos»— asintió.

—McKeevy huye en dirección oeste. Estamos examinando el móvil prepago de Vorhees. Había recibido un par de mensajes de texto. McKeevy y él tenían órdenes de llevar a la chica y los resultados de la investigación de Aslanov ante los líderes de LOSS en un remoto paraje del condado de Decatur, en Iowa. Hemos hecho una llamada a los agentes de Kansas City y Omaha para que pongan controles policiales en las carreteras de ambos estados. Pero incluso así es posible que se salte todos los impedimentos. No está de más recordar que además de independentistas son especialistas en supervivencia. Generan sus propios

alimentos, matan sus propias reses. También han construido carreteras y túneles propios.

—¿Podría ir volando? —preguntó Joaquin.

—Para ello requeriría la aprobación de un plan de vuelo por parte de la agencia estatal. —Hizo una mueca—. Y antes deberá encontrar un avión y un piloto. De todas formas, nos pondremos en contacto con pilotos privados en la zona. Aun así, no creo que vaya a ir en avión, a pesar de que hasta Iowa hay un largo trayecto.

Estaba de acuerdo. Y si McKeevy la llevaba hasta allí por tierra, los federales y él tendrían tiempo de que un juez les diera una orden de registro. Eso

podría llevarles un día, seguramente algo más. Incluso aunque la obtuvieran en pocas horas, McKeevy estaría a solas con Bailey durante demasiado tiempo. Una vez que ese psicópata llegara hasta su escondite, había muchas posibilidades de que la sometiera a horas de aterradora tortura antes de matarla.

La sangre se le heló en las venas al sopesar su próximo movimiento. Lo cierto era que ya no podía considerarse un agente federal. Ese caso no era el suyo. Las posibilidades de que lo apartaran eran muchas. Pero no podía sentarse cruzado de brazos y esperar a que uno de los «buenos» se convirtiera en el héroe que liberara a Bailey.

Tenía que llegar tan cerca de aquella guarida como fuera posible.

—¿Puedo marcharme? —preguntó.

El agente federal miró al sheriff, que asintió, y luego a su compañero, que también asintió.

—Necesito que alguien me lleve junto a mi coche. —Estaba calculando ya mentalmente el tiempo que tardaría en llegar a Iowa.

—Está en el aparcamiento del condado. Maureen te llevará —se ofreció el agente—. Pero tienes una rueda pinchada.

No podía perder el tiempo reparando el vehículo.

—¿Dónde podría alquilar un coche?

Tras un par de sugerencias, que le llevarían horas, se sentía como si fuera a explotarle la cabeza. De pronto, le sonó el móvil, y el número de Sean apareció en la pantalla.

—Hola, no puedo hablar ahora a menos que tengas algo nuevo. —Se había puesto en contacto con Sean después de que lo arrastraran a la oficina del sheriff, por lo que no esperaba ninguna actualización.

—¿Dónde estás?

—Todavía estoy en el condado de Carbon, en Pennsylvania. En la oficina del sheriff.

—Date prisa. Estoy en el avión privado de Xander, en el aeropuerto de Filadelfia, repostando y esperándote.

Le iban a ayudar a rescatar a Bailey.

El alivio aplastó la montaña de miedo que le oprimía el pecho. Bendito fuera Xander por prestarles el avión. Y bendito fuera también Sean por abandonar Dallas y a su prometida menos de setenta y dos horas antes de su boda para echarle una mano.

—Te debo una, tío. Una muy grande. Llegaré lo antes posible.

—Bien. Apura, que por lo que sé, tenemos que legar a Iowa.

«Joder, ya lo sé».

Una vez que colgó, los federales se mostraron de acuerdo en llevarle al aeropuerto lo antes posible siempre y cuando les prometiera no interferir en su

investigación. Aceptó, aunque fuera mentira, pero habría jurado que tenía cuatro cabezas con tal de asegurarse el transporte.

El tenso recorrido pareció no terminar nunca, y miró una y otra vez la hora en su teléfono, pensando que Bailey podría haber muerto cada uno de esos minutos. ¿Dónde estaría en ese momento? No tenía manera de saberlo. Conocían la matrícula del monovolumen que sospechaban que había robado McKeevy, pero ¿y si se habían equivocado? ¿Y si también se había deshecho de ese coche?

El miedo le carcomía por dentro hasta agrietar la dura cáscara que solía mostrar al exterior. Tenía que llegar a

tiempo de salvar a Bailey.

En cuanto los agentes lo dejaron en la terminal de los aviones privados, Sean le salió al encuentro.

Le estrechó la mano después de haberse colgado a la espalda la mochila que le había devuelto el sheriff y de haberse asegurado que su arma tenía el seguro puesto.

—Gracias por venir con tanta rapidez. Sé que estás a punto de casarte y...

—Callie entiende muy bien por qué está pasando Bailey. Nos pusimos de acuerdo de inmediato. Tenía que estar aquí.

Después de estar toda una década huyendo de LOSS, era muy probable que



la heredera lo entendiera mejor que nadie. El respeto que sentía por ella se incrementó un poco más.

—Si conseguimos rescatar a Bailey y acabar con LOSS, Callie tampoco tendrá que preocuparse de nuevo.

—En este momento, solo le preocupa tu chica. Tengo que enviarle un mensaje en cuanto tenga noticias. Thorpe está intentando mantenerla tranquila.

—No es necesario que hagas esto.

—La familia de Kata es nuestra familia. —Sean le dio una palmada en la espalda.

Siguió a Sean a través del edificio en un aturdido silencio hasta la pista de aterrizaje. ¿Por qué alguien que conocía desde hacía solo un puñado de días

estaba dispuesto a interrumpir los planes de su boda para ayudarle a rescatar a una chica que no conocían la semana anterior? No estaba seguro, pero agradecía sobremanera que así fuera.

Después de una rápida caminata hasta los accesos, los pensamientos seguían dando vueltas en su cabeza. Se agachó para entrar en la cabina y vio a Stone introduciendo datos con el teclado en un portátil.

—Hola, tío —le saludó el informático sin levantar la cabeza—. Sigo siendo portador de malas noticias.

—No es culpa tuya —aseguró él.

—Estoy mirando a ver si LOSS tienen algún tipo de intranet que pueda piratear. Si logro entrar en sus

comunicaciones internas, estaremos mejor informados para planificar nuestros próximos movimientos.

«Bien pensado». Stone ya había localizado a Bailey una vez, quizá lo consiguiera en otra ocasión más.

—Te lo agradezco.

Stone sacudió la cabeza como si quisiera quitarle importancia al hecho y continuó concentrado en el ordenador.

A su derecha, Hunter se levantó para saludarle tendiéndole la mano.

—Haremos todo lo posible para traerla de vuelta.

—¿Cómo es que estás aquí? —preguntó a su cuñado al tiempo que le estrechaba la mano—. Tu mujer está a punto de tener un bebé...

—Su esposa no va a dar a luz en los próximos cinco minutos —explicó Kata, saliendo del baño que había en el fondo del avión—. El ginecólogo me permite viajar hasta dentro de dos semanas. Así que después de una breve discusión...

—De una rabieta —la corrigió Hunter.

—... mi marido y yo pensamos que era mejor que os acompañáramos —continuó Kata como si Hunter no hubiera abierto la boca—. No solo soy su esposa, también soy tu hermana.

Y no debería estar allí. Esa misión podía resultar peligrosa. Miró a Hunter como si se hubiera vuelto loco. Su cuñado se encogió de hombros.

—Ha aceptado permanecer alejada de cualquier peligro. Stone la vigilará.

La mirada de Joaquin cayó entonces en un hombre de más edad, sentado junto a Hunter. Se parecían mucho, sobre todo en las marcadas líneas faciales y los impactantes ojos azules.

El hombre se levantó y le tendió la mano.

—Caleb Edgington. Soy el padre de Hunter.

—¿El marido de mi madre? — preguntó aturdido, al tiempo que se la estrechaba.

¿Por qué coño estaba allí ese tipo? Sí, se lo veía en forma para la edad que tenía, pero no tenía tiempo de ayudar a un abuelo si le dolía la espalda o

cualquier cosa por el estilo.

—Sí.

—Agradezco tu ayuda, pero esto podría ser una experiencia peligrosa que requiriera de buen estado físico.

Caleb le miró con frialdad y, de pronto, Joaquin se sintió gilipollas.

Hunter se aclaró la voz.

—Mi padre sirvió en el ejército durante veinticuatro años y se retiró cuando era coronel de las Fuerzas Aéreas. Luchó en Kuwait y Afganistán. Ha participado en entrenamiento de combate y misiones clandestinas por todo el mundo. Desde hace más de una década, es consultado como especialista militar y posee su propia empresa privada de seguridad. Es un genio en

tácticas.

El hombre que poseía aquel impresionante currículum cruzó los brazos sobre el pecho.

—Estoy aquí porque me lo pidió mi mujer.

Joaquin no pudo descifrar su tono. Parecía simple, pero... por debajo subyacía una pizca de desaprobación en su voz. Naturalmente, Caleb estaba dando el gusto a su mujer, que deseaba que su díscolo hijo la llamara o visitara más. Intentó no sentirse culpable. En ese momento no tenía tiempo de pensar en esas cosas.

—Claro. Gracias.

—Nosotros no nos conocemos, pero ahora somos familia. Y en las

familias, todos se ayudan.

Alucinante. Más gente dispuesta a ayudar a un desconocido solo porque en el camino la sangre de sus familias se había mezclado. Había visto interactuar a todo el grupo en los últimos días, pero jamás había contado con que le incluyeran en sus filas. Se sintió avergonzado muy a su pesar.

Sabía que no tenía tiempo en ese momento para examinar ese sentimiento, así que se dirigió al grupo.

—¿Sabemos algo más?

—Hemos alertado a las oficinas de Kansas City y Omaha —informó Sean—. Todas las carreteras están vigiladas. Les preocupa que LOSS descubra que estamos tras ellos y envíen a McKeevy a



otro lugar. Así que han emitido una orden de búsqueda para él. Hay patrullas en todos los caminos entre Iowa y aquí, y vigilarán por si aparece cualquier persona que se ajuste a la descripción. También han hecho circular imágenes de Bailey. Aparte de eso, solo queda esperar.

El comandante anunció unos momentos después que iban a despegar y que tenían que ponerse el cinturón de seguridad. Joaquin vio que el único asiento disponible estaba al lado de su hermana.

Se sentó en él, dejó la mochila entre sus pies y se puso el cinturón. Unos momentos después, estaban en el aire y llegaron a la altitud de crucero. El

silencio era amenazador.

—He averiguado un montón de cosas —soltó de pronto Stone, sin dejar de tocar las teclas del ordenador—. LOSS no tiene ninguna clase de intranet o sistema de comunicación interna.

—Sabemos que están usando móviles prepago —intervino Sean.

Stone asintió.

—He comprobado todas las empresas de vuelos *charter* privados en un radio de cien kilómetros desde el lago Harmony. En el registro no veo ningún vuelo en los últimos minutos que se ajuste a los datos. No significa que sea imposible, pero sí muy poco probable.

—Así que es casi seguro que va

conduciendo —reflexionó Caleb en voz alta.

Joaquin asintió.

—Eso explica por qué drogaron a Bailey.

—Sí, no quería conducir toda la noche con una rehén poco colaboradora —añadió Hunter.

Joaquin agradeció poder pensar en algo constructivo.

—Tendrá que cambiar de vehículo a menudo y, si es inteligente, robará algunas matrículas cada vez que robe un nuevo coche para mantener alejadas de su rastro a las patrullas policiales durante más tiempo.

—Seguramente —convino Sean.

—Si toma la Interestatal 80, que es

el camino más recto —señaló Stone—, es posible que alguien le detecte si saben qué vehículo deben buscar en un momento dado, así que trataré de mantenerme al día con los informes de coches robados. Sin embargo, algunas personas no se dan cuenta de que les han robado el coche hasta la mañana siguiente, cuando quieren ir al trabajo.

—Algunas partes de la Interestatal 80 son de peaje, ¿verdad? —probó Kata—. Quizá las cámaras hayan captado algo.

—Esa sería la razón para cambiar las matrículas —razonó Hunter.

—Es cierto. —La joven volvió a reclinarsse en su asiento con un suspiro.

—Y las cámaras de las cabinas de

peaje no suelen captar imágenes del conductor —agregó Stone—. Además, tendría que introducirme en las bases de datos de muchos estados y ver horas de imágenes.

Bailey no disponía de tantas horas.

—Por si es de ayuda, McKeevy lleva una camiseta negra. —Joaquin se pasó la mano por el pelo—. Pero incluso si una cámara hubiera captado la imagen de su cara después de anochecer, no creo que se vea mucho.

—Cierto. —Stone hizo una mueca ante ese pensamiento—. Será lo suficientemente inteligente como para ocultar su rostro. También podría tomar algunas carreteras secundarias para ir más tranquilo.

—Si yo fuera él y tuviera tiempo extra, es lo que haría. —Sean cogió una botella de agua cercana.

—Así que lo más seguro es que lleguemos a Iowa antes que McKeevy. —Fue Joaquin quien dijo en voz alta lo que todos estaban pensando—. ¿Solo vamos a tener que esperar a que aparezca? ¿Dónde?

Y se preguntó cómo iba a evitar volverse loco.

—Tendremos tiempo de dormir y comer —explicó Sean—. Y eso nos dará ventaja. McKeevy no podrá parar demasiado porque viaja con un rehén. Puesto que te deshiciste de Vorhees, el conductor con el que se turnaría, cuando llegue estará cansado y hambriento.

—Y tendrá hasta ganas de hacer pis —se burló Stone.

—Tendrá que parar a echar gasolina —señaló Kata.

—La Agencia está haciendo lo posible para señalar las estaciones de servicio en la ruta.

—¿Por qué no ponen un control a lo largo de la carretera, lejos de la guarida de LOSS? —miró a Sean expectante—. Se puede camuflar como un control de alcoholemia.

—En el momento en que los camioneros lo vean, empezarán a divulgarlo por sus frecuencias. Estoy seguro de que McKeevy los estará escuchando y actuará en consecuencia. —Sean se encogió de hombros.

—Entonces, ¿no van a hacer nada?

—preguntó Kata en un tono que indicaba que le parecía una sugerencia ridícula.

—No, es mejor que piense que se está saliendo con la suya y sorprenderle al llegar a su destino, y no asustarlo antes de tiempo. Solo Dios sabe lo que se le ocurriría hacer a continuación.

Kata suspiró.

—Es una pena que no podamos rastrear el móvil de Bailey.

Joaquin recordó algo en ese momento. Cogió la mochila y buscó el aparato en su interior, pero ya sabía que no estaba allí. Lo tenía Bailey. Si McKeevy era listo, se lo habría quitado hacía mucho tiempo, pero quizá estaba demasiado ocupado conduciendo y no se



le había ocurrido registrar a una mujer inconsciente. Quizá estaba demasiado asustado como para pensar que podrían rastrear un teléfono.

—Es posible que ella todavía lo lleve encima —explicó a los demás, mirando al *hacker*.

—¿Qué número tiene? —ladró Stone.

Joaquin miró su agenda y luego le dio las cifras. Contuvo el aliento.

«¡Oh, Dios! Por favor, que sea así de fácil...». Ojalá pudieran localizar a Bailey con una simple búsqueda de un iPhone y una llamada a las autoridades.

Los dedos de Stone volaron de nuevo sobre el teclado. Lo miró mientras esperaba... Vio su expresión

de perplejidad y cómo fruncía el ceño. Después de escribir algunos datos más y deslizar el pulgar por el teclado a toda velocidad, suspiró.

—Parece que McKeevy lo lanzó fuera de la carretera cerca de Milton, Pennsylvania.

Se le detuvo el corazón. Se le revolvió el estómago. Borrar cualquier esperanza de un plumazo era casi tan cruel como haberla albergado.

—La buena noticia es que, sin duda, McKeevy va hacia el oeste, tal y como pensábamos.

—¿Tienes una idea de cuánto tiempo hace que lo tiró?

Stone indagó un poco más en el portátil.

—Hace aproximadamente tres horas.

Un callejón sin salida. El terror le paralizaba el corazón, le revolvía el estómago hasta que pensó que vomitaría. ¡Joder! No podía perderla ahora.

Sin nada más que discutir, todos permanecieron en silencio. Sean escribió un mensaje, sin duda para Thorpe o Callie. Stone siguió tecleando en el ordenador con un frenesí que hizo que Joaquin quisiera romperle los dedos. Hunter y Caleb reclinaron las cabezas como si hubieran cerrado los ojos. Envidiaba la capacidad de algunos soldados para dormir en cualquier situación. Él sentía demasiado miedo para intentarlo. A su lado, Kata miraba

por la ventanilla.

Ahora que no podía hacer nada activo para recuperar a Bailey, solo tenía que permanecer sentado y esperar hasta llegar a Iowa..., pero no era capaz. Odiaba sentirse impotente y sin esperanza, preguntándose una y otra vez si Bailey estaría sufriendo mientras él no podía salvarla. El único aspecto positivo de todo eso era que McKeevy la había drogado. Ella estaría dormida durante horas. Tenía que creer que aquel psicópata enfermo no le haría daño hasta que tuviera la oportunidad de interrogarla.

De pronto, Kata le cogió la mano. Se volvió para mirarla y observó cómo su hermana se acariciaba el vientre de

forma inconsciente. Era irónico: unos días antes, había sentido algo cercano al desprecio al saber que Hunter y su hermana habían formado un hogar e iban a tener un bebé. Ahora los envidiaba. ¿Cómo sería poder mirar a Bailey todos los días y verla acariciarse la barriga donde crecía la vida que habían creado juntos? ¿Besarla cada noche, tener hijos, envejecer juntos?

—No voy a darte consejos —dijo Kata—. Estás volviéndote loco y tienes todas las razones para hacerlo. Veo que te sientes responsable y...

—La amo —murmuró él.

—Lo sé. Me di cuenta en la fiesta de Thorpe. Jamás te había visto preocuparte de esa manera por nadie,

así que estoy aquí para ayudarte a salvarla. Es buena para ti, y después de casi dos décadas, quiero recuperar a mi hermano.

—No puedo ayudarla en este momento y eso me está matando. ¿Qué tipo de protector soy? ¿Qué cojones haré si no soy capaz de salvarla?

—No te pongas en lo peor —le aconsejó ella—. Sé que parece imposible. Pero hubo un psicópata que me apuntó a la cabeza mientras Hunter lo miraba. Estuvo a punto de lanzarme por la ventana. Si ese idiota que me amenazaba no hubiera impedido, sin saberlo, que me cayera, estaría muerta.

Joaquin no lo sabía. Incluso a pesar del pánico que sentía por Bailey, aquel

pensamiento lo perturbó. Podría haber perdido a su hermana hacía varios años y no lo había sabido. «¡Joder!».

—Pero nos libramos —aseguró ella—. Jugamos nuestras cartas lo mejor posible y la suerte nos sonrió. No se puede perder la fe.

—Bailey está inconsciente. Indefensa. —Oyó el tono de alarma en su voz e hizo una mueca.

—Pero McKeevy está solo, y todo indica que está conduciendo. Sabes que estará concentrado en la carretera y en que no le atrapen. Su siguiente objetivo será leer lo que pone el disco.

Su razón era consciente de ello, pero ¿y su corazón? No sabía si lograría sobrevivir.

—No puedo perderla —jadeó.

—Esto chicos harán todo lo posible para asegurarse de que no lo haces. Es posible que tú no los conozcas, pero yo sí. Te prometo que harán todo lo humanamente posible para conseguir algo casi imposible.

Joaquin no lo dudaba. Solo esperaba que fuera suficiente.



Bailey despertó lentamente, por etapas. Y al instante notó que sus pies parecían bloques de hielo. Era como si sus músculos tuvieran que soportar un millón de kilos y cualquier movimiento supusiera un esfuerzo sobrehumano. El sueño la invitaba a encogerse y seguir durmiendo, pero su vejiga protestaba; tenía que levantarse ya.

Recordó vagamente que había tratado de despertarse con anterioridad, y hubiera jurado que estaba en la parte posterior de un vehículo en movimiento.

La inundó una difusa imagen de un hombre agachado sobre ella que le clavaba una aguja en el brazo... Después nada. ¿Había sido un sueño? ¿O, como todo lo demás, era un mal recuerdo?

Reunió fuerzas y trató de incorporarse. No fue capaz de mover los brazos; los tenía pegados a la mesa. Pero eso no tenía sentido.

Abrió mucho los ojos y miró a su alrededor. Lo que vio la hizo jadear de terror. La tenue iluminación permitía ver una habitación pequeña llena de rincones oscuros. No había ninguna ventana, y ella estaba tumbada sobre una superficie fría y dura, que brillaba como acero inoxidable. ¿La camilla de un

quirófano? Sí, y la habían atado a ella. El suelo estaba cubierto de plástico y en las paredes colgaban toda clase de cuchillos, hachas, escalpelos y tijeras. Vio otros instrumentos que no sabía cómo se llamaban, pero la aterrizaraban igual.

¿Dónde demonios estaba?

La puerta se abrió en ese momento y entró un hombre que le resultó vagamente familiar. Llevaba un uniforme militar de color azul claro que recordaba haber visto una vez cuando era niña, la última vez que vio a Viktor. No pertenecía a ningún cuerpo militar conocido, pero se le había quedado grabado de forma indeleble en la memoria.

Él cerró la puerta con una sonrisa que resultaba aterradora.

—Buenos días. Estaba esperándote.

Ella miró a su alrededor una vez más; le daba miedo preguntar para qué.

Estudió de nuevo su cara, preguntándose por qué le resultaba familiar. Luego cayó en la cuenta de que Joaquin le había mostrado una fotografía de ese tipo. Cuando era niña, lo había visto arrastrar a su padre fuera de su casa; fue la última vez que lo vio. Ese hombre era Joseph McKeevy.

Se quedó helada de terror.

—¿Dónde está Joaquin? —Le temblaba la voz.

—Si te refieres a esa escoria de la agencia federal con la que has estado

follando, te diré que se escapó. No te preocupes. Le seguiré la pista y me encargaré de él en cuanto acabe contigo.

No quiso saber qué significaba eso.

—¿Dónde estamos?

—En un lugar del que no escaparás jamás —prometió él con aire de suficiencia—. Y dado que eres tú la que está atada a la mesa, las preguntas las hago yo. Así que será mejor que te calles a menos que te diga que hables. Las mujeres son como los críos, es mejor mirarlas que oírlas.

Quiso decirle que era un misógino, pero no se atrevió. Prefirió consolarse con la idea de que él no entendería el insulto.

Después de un largo momento de

silencio, él sonrió.

—Me alegro de que aprendas tu lugar con tanta rapidez. Los que lo hacen sufren menos. ¿Necesitas ir al cuarto de baño?

—Sí. —Cualquier oportunidad de escapar, daba igual lo inalcanzable que fuera, pasaba por estar desatada de esa camilla.

Él soltó el velcro que aseguraba sus muñecas y tobillos con un sonido siseante, y luego la puso en pie. Bailey sintió un mareo y se estiró para no perder el equilibrio, aunque solo encontró aire. Después, McKeevy la empujó hacia una puerta entreabierta, en el lado opuesto de la habitación. Él se rio cuando la vio caer de rodillas.

—Menuda bailarina. Ni siquiera eres capaz de estar de pie, zorra estúpida. Venga, ve. —Él señaló la puerta con un gesto—. Tienes dos minutos o iré a por ti. Entonces las cosas se pondrán feas.

Entró en un diminuto cuarto de baño y encendió la luz. No había ninguna ventana y los armarios estaban vacíos. Parecía viejo. A pesar de que olía también así, se las arregló para orinar y volver a subirse los vaqueros. Tras lavarse las manos con rapidez, regresó a la estancia, donde la esperaba McKeevy.

—Súbete a la mesa. —Lo vio acariciar la fría superficie metálica.

—¿No puedo estar de pie?

—No.

La respuesta fue más bien un gruñido, pero ella sabía que si se tendía allí, la mataría. Todas las herramientas que colgaban en las paredes estaban fuera de su alcance. No podía tratar de huir ni atacarlo. Carecía de la fuerza necesaria para someterlo, y el elemento sorpresa no sería suficiente como para contrarrestar ese hecho. ¿Qué podía hacer? Vaciló; los pensamientos eran un torbellino en su mente.

—Cuanto más tiempo estés ahí parada, más me voy a enfadar. Y más dolorosas serán tus últimas horas.

Por lo que su muerte no era una cuestión de «si», sino de «cuando». Sin embargo, no estaba dispuesta a tumbarse



y dejar que la matara como si fuera una chica buena.

—Tengo mucha sed. ¿Podría tomar agua?

—¿Acaso piensas que esto es un hotel?

—No, pero tengo la boca seca. Esperaba que...

—¡Dios! Eres un coñazo. —Él suspiró y se inclinó hacia una nevera pequeña que había encastrada en el banco de madera para herramientas que ocupaba todo lo largo de una de las paredes. No apartó la mirada de ella mientras metía la mano allí, sacaba una botella y se la daba.

Muy despacio, Bailey desenroscó la tapa, valorando cualquier opción

disponible para escapar. Él se interponía entre ella y la puerta. Todo lo demás eran paredes. Trató de aplacar su frustración mientras tomaba un trago de agua. Tenía que haber algo que pudiera hacer para intentar salvarse. Se aferró a la certeza de que si Joaquín estaba vivo, estaría buscándola. Pero ¿y hasta entonces? Tomó otro sorbo sin dejar de pensar. Sin embargo, no se le ocurría nada.

De pronto, McKeevy la agarró de la muñeca y le arrancó la botella de agua de la mano.

—Suficiente.

Antes de que pudiera resistirse, la puso sobre la camilla y se sentó a horcajadas sobre ella. Bailey luchó y se

retorció, intentando liberarse, pero él la golpeó con fuerza. Se dio con la cabeza contra el duro metal y notó un fuerte dolor en la mejilla. Dado que él la superaba con facilidad, la inmovilizó muy pronto contra la fría mesa. Menos de un minuto después, había vuelto a asegurar las correas.

McKeevy se rio de ella una vez más.

—Zorra estúpida. Solo por eso, me aseguraré de que tienes un final tan horrible que llegas a él gritando.

El frío que se extendió por su sangre no fue debido a la baja temperatura del ambiente. Sus palabras le hicieron sentir un horror brutal. Joaquin le había mostrado imágenes de

las carnicerías que era capaz de hacer ese hombre. Incluso en ese momento, seguramente Joaquin estaba pensando en todas las posibilidades de lo que ese psicópata podía llegar a hacerle.

Deseó poder tranquilizarlo o, al menos, decirle que no le echaba la culpa de cómo acabaría la situación. Esperaba que no se encerrara en sí mismo de nuevo si ocurría lo peor. Si había aprendido a cambiar, a saber que la vida era corta y valía la pena compartir amor todos los días que se estuviera en la tierra, podía irse en paz. Le consolaba la idea de que su muerte podría darle más vida.

Notó que se le llenaban los ojos de lágrimas y los cerró. McKeevy iba a

despojarla de la piel y los huesos, de la sangre y el corazón, de la vida. Pero se negaba a entregarle también su dignidad.

Él no vio sus lágrimas ni se preocupó por el estado en el que ella se encontraba. Se limitó a alejarse para regresar junto a ella al poco rato. Bailey abrió un ojo. McKeevy llevaba en la mano unas tijeras de podar, que abría y cerraba con sus manos carnosas.

—Por lo general, me gusta empezar seccionando los dedos de las manos uno a uno. Es una parte muy sensible, y la gente empieza a pensar que ya no podrán tener una vida normal, si es que llegaran a liberarse. Empiezo lentamente, como lo siento de verdad. Me tomo mucho tiempo para llegar al segundo porque así

va apareciendo el miedo. Es mucho más probable que suelten cualquier información que tengan. Pero estoy seguro de que tú valoras más los dedos de los pies.

A ella se le detuvo el corazón al ver que él se desplazaba junto a ella con una maligna sonrisa para cogerle el pie izquierdo.

—Vamos a empezar con el meñique, y luego veremos si me dices o no lo que sabes.

Ella apenas podía hablar por culpa del terror.

—Ya tienes la investigación. Yo solo tenía cinco años cuando murió Aslanov. No sé nada más.

—¿Hay más copias de la

información en algún lugar?

—No lo creo. Mi padre no me dio más pistas a seguir ni ninguna indicación de que hubiera un segundo escondite. Sé por las noticias que le dio una copia a Daniel Howe, que es el hombre que financió la investigación. Howe la destruyó. Viktor conservaba otra copia, la que tú tienes en tu poder. Eso es todo lo que sé.

McKeevy se pasó la mano por la barba incipiente que le cubría la barbilla.

—¿Quién más sabe que existe esta copia de los resultados de la investigación?

—¿De que la encontramos? —Sacudió la cabeza—. Llegasteis

demasiado rápido. No nos dio tiempo de informar a nadie.

—Pero el gilipollas con el que calentaste la cama está en contacto con los federales. ¿Con quién ha hablado antes de encontrarla? ¿A quién crees que ha llamado desde entonces?

Se negó a decirle la verdad. No quería implicar a Sean ni poner en peligro a Callie, por si acaso no los había relacionado con ellos. Seguramente ella perdería los dedos de los pies y la vida de todas formas, así que... ¿qué más daba?

—No lo sé. A un federal. No me dijo nombres. No confiaba en mí. Yo solo era un rehén.

—Sí, claro... —se burló—. Uno



que le gustaba mucho. Anoche tuve una habitación junto a la vuestra y escuché los gritos.

El horror inundó sus venas. ¿Los había escuchado hacer el amor? No supo qué decir.

—Es que...

—No quiero tus mentiras. Parece que Muñoz te gusta bastante. Y no me creo que no sepas nada sobre la gente con la que habló. Te voy a dar una oportunidad más. Cuéntame cuáles eran sus planes después de encontrar la información. ¿A quién iba a dársela? Y antes de que vuelvas a mentirme, quiero recordarte que puedo ir al grano y empezar a quitarte órganos mientras todavía estás viva. Eso siempre acaba

conduciendo a una muerte agonizante y llena de gritos. Sé qué órganos seccionar primero para que supliques que acabe contigo. He tenido mucha práctica. Dime, ¿cuál es tu respuesta?

Ella se mordió el labio. En el momento en el que abriese la boca y soltase la siguiente mentira, él iba a actuar.

—Tienes que entenderlo. Cuando lo conocí, me había drogado y me había sacado de mi casa en medio de la noche.

—Ese cabrón se me adelantó por un par de horas. Tenía mis planes y él me los jodió. Entonces estuve seguro de que tenías que ser Tatiana Aslanov.

—No sé nada. Mi única esperanza era que el sexo le apaciguara.

—No me has hecho la misma oferta  
—gruñó McKeevy.

Ella no podía decirle que los psicópatas con los dientes manchados y problemas de olor corporal no eran lo suyo. No terminaría bien. Aun así, no se atrevía a ofrecer su cuerpo a McKeevy. Solo serviría para posponer su ejecución, no para salvarse. Y acabaría odiándose a sí misma durante ese corto periodo de tiempo.

—Mantuvimos relaciones sexuales sin protección. No sé si tiene alguna enfermedad... —Era una excusa débil, pero la única que tenía.

Él se burló y luego sacudió la cabeza.

—Si tuviéramos más tiempo, te

exigiría una mamada en condiciones, pero sé que va a venir a por ti. Y que traerá consigo a los federales. Además, no quiero sus sobras. Empieza a hablar.

—Te juro que no sé nada. No puedo darte información que no poseo. Por favor... —Esperaba apaciguarlo. Parecía del tipo que disfrutaba aprovechándose de los más débiles.

McKeevy le pasó el filo de las tijeras de podar por el pie, trazando una delgada línea de sangre.

—¿Estás segura?

Sintió el arañazo y contuvo el aliento, tratando de mantener su pánico a raya.

—Lo juro.

—¿Y no sabes nada sobre la

investigación de Aslanov? ¿Has leído sus notas? ¿Sabes lo que significan las fórmulas?

—Tenía cinco años. —Trató de no llorar, pero el terror comenzaba a apoderarse de ella.

—Apresamos a algunos sujetos de la investigación en América del Sur. Hay uno encarcelado en la mina, debajo del complejo. Tenemos que descifrar las notas de tu padre para seguir con las pruebas. Pero si no me puedes ayudar...

McKeevy se alejó y soltó las tijeras de podar para coger un bisturí de la pared. Una vez que se volvió apoyó la punta en su esternón y comenzó a presionar. Ella no se atrevió a moverse por temor a que lo hundiera más

profundamente. Gimió, deseando poder hacer algo más. Dios, ojalá tuviera oportunidad de liberarse y luchar, intentaría escapar con todas sus fuerzas.

De pronto, alguien golpeó la puerta.

—¡Joe!

—Estoy interrogando a una prisionera. —Parecía molesto cuando aflojó el bisturí.

La sangre se acumulaba entre sus pechos.

—Hay problemas. Klein está reuniendo a los oficiales.

—¡Joder! —Él soltó el bisturí sobre la mesa, justo por encima de su cabeza—. No vayas a ninguna parte — se burló de ella antes de girarse para marcharse.

En el momento en que la puerta se cerró a su espalda, Bailey tomó aire de forma entrecortada. El alivio que la inundó la dejó temblorosa. Sabía que eso era solo un respiro momentáneo, pero lo aprovecharía. No quería otra cosa que cerrar los ojos y escapar mentalmente, pero tenía que conservar el ingenio y encontrar la manera de salir de allí.

Paseó la mirada por la habitación y se retorció tan fuerte como pudo para ver si podía conseguir que las ataduras cedieran, pero estaba bien atada y no había forma de liberarse.

Justo cuando llegó a esa terrible conclusión, la puerta se abrió de nuevo. Estiró la cabeza para ver si McKeevy

había regresado para seguir donde lo había dejado, pero solo vio a una chica muy joven y embarazada. Cuando la muchacha entró en la habitación y pudo verla bien, calculó que tenía unos dieciséis años y que debía de estar de seis meses.

—No me hagas preguntas, límitate a escucharme. Otter Klein, el líder de LOSS, acaba de descubrir que los federales han rodeado las instalaciones y que tienen una orden judicial para registrarlo. Otter, Joe y el resto no van a rendirse sin luchar.

Recibió con agrado la noticia de que había ayuda en camino, pero se preguntó por qué esa chica estaba diciéndoselo, y si sus rescatadores



llegarían demasiado tarde hasta ella. ¿Acaso estaría esa joven tendiéndole una trampa? Quizá, pero no le quedaba más remedio que escuchar.

Mientras esperaba, se dio cuenta de que la chica estaba aflojándole la correa que le inmovilizaba la muñeca lo más silenciosamente posible. Bailey comenzó a mover la mano para acelerar el proceso, luchando para liberarse. Momentos después, la joven le retiró la mano izquierda de las ataduras y se concentró en el brazo derecho. La chica se trasladó luego a sus tobillos.

—¿Por qué me ayudas? —preguntó.

Su salvadora clavó en ella unos tristes ojos azules.

—Me escapé de casa a los catorce

años, después de pelearme con mi madre. Joe me recogió en la calle, prometiéndome que me llevaría con un amigo. Sin embargo, me trajo aquí y me violó. Este es el segundo bebé que me hace, así que no puedo ir a ninguna parte. No pienso dejar a mi hijo con él. Si logras escapar... ¿podrías decirle a mi madre que estoy viva? Este es su nombre y su dirección. —A la chica empezaron a caerle las lágrimas por las mejillas mientras apretaba un papel en su mano.

Se le rompió el corazón por aquella criatura de la que habían abusado, a la que habían capturado. No podía imaginar lo desesperada que debía de estar.

—¿Cómo te llamas?

—Destiny. —Se le quebró la voz.

—¿Cuántos años tienes?

—Acabo de cumplir dieciséis. Ven, te guiaré por el pasillo. Al fondo hay una mesa con linternas. Coge una y dirígete a las escaleras. Todos los hombres están reunidos, tratando de decidir qué hacer si vienen los federales, así que si te ocultas en las sombras, podrás atravesar la puerta. Una vez que lo hayas conseguido, verás un túnel. Corre en línea recta. No te desvíes. Y síguelo hasta el final. Lleva a un campo abierto al lado del complejo. Joe te trajo por ahí. El pueblo más cercano está a algunos kilómetros al sur, pero te encontrarás con los federales

antes de que lo alcances.

—Acompáñame —le dijo, cogiéndola de las manos—. Ve a por tu hijo y hagamos esto juntas.

—No puedo. —Destiny comenzó a llorar—. Las mujeres están haciendo paquetes de supervivencia por si hay que abandonar el recinto y andar hasta Canadá. Si no me presento, vendrán a buscarme y nadie podrá escapar. Se supone que debo estar reuniendo a los niños más pequeños. Los mayores están ayudándome.

Bailey quiso hacerle cientos de preguntas. ¿Aquellas mujeres estaban allí contra su voluntad? ¿Cuánta gente vivía en esa fortaleza? Contuvo la curiosidad. Esa información no era

relevante en ese momento.

—Haré lo posible por escapar de aquí e iré a ver tu madre, te lo prometo. Y si puedo hacer algo para liberarte, lo haré.

Las lágrimas mancharon las jóvenes mejillas de la chica.

—Lo agradecería mucho. Billy, mi hijo, merece una vida mejor. Apenas tiene un año, pero ya estoy preocupada por él. Si Joe supiera que estoy aquí, me mataría.

—Entonces, vamos.

Bailey no podía encontrar sus zapatos. Los necesitaría para caminar por el campo, pero no se arriesgó a perder sus posibilidades.

La chica asintió y entreabrió la

puerta, asomando la cabeza para mirar a ambos lados. La abrió de par en par e indicó a Bailey que corriera hacia la otra, al final de un largo y estrecho pasillo.

—Por ahí —susurró Destiny—.

Atraviesa esa puerta y sigue adelante.

—Gracias. —Bailey le apretó el hombro—. Me aseguraré de que tú también tengas una nueva vida.

—¡Que Dios te bendiga! —La chica recogió su larga falda y echó a correr en dirección opuesta.

En esa parte de la sala, pudo escuchar a los hombres hablando sobre los «putos» federales. Sonó un fuerte golpe seguido por el sonido de puños y algunos gruñidos. Se abrió una puerta y

los pasos se precipitaron hacia el pasillo. Alguien volvió a gritar, esta vez una maldición. ¿Ya la habían pillado? ¿Alguien había descubierto que se había ido? No perdió el tiempo averiguándolo. Con el corazón desbocado, corrió hacia la salida y abrazó la sombría oscuridad, con sus pisadas resonando por el suelo industrial. A cada paso que daba, rezaba para llegar hasta la puerta antes de que alguien la descubriera. Si no lo conseguía... Sí, conocía las consecuencias.

Joaquin se sentía como si hubieran pasado treinta años desde que despertó junto a Bailey y no treinta horas.

Aquella pesadilla parecía interminable.

Se paseó por la oficina del sheriff del condado en Leon, a unos quince kilómetros de la guarida de LOSS; luego se volvió hacia Sean.

—No me gusta la estrategia de ejecutar una orden de registro cuando no hemos visto todavía a McKeevy. Seguramente habrá alertado a LOSS de que estamos tras ellos. ¿Y si se deshacen de ella por culpa de esto?

Sean alzó las manos al escuchar la pregunta.

—Me gustaría saber qué coño está pasando. Tiene que haber llegado hace horas. Encontraron el SUV que robó en Davenport a cuatro kilómetros de aquí. El sheriff local cuenta con una unidad K-



9 y los perros han detectado el olor de Bailey por todo el vehículo. Ella ha llegado al menos hasta ahí. De alguna manera, la ha introducido en el complejo sin utilizar la carretera. Ahora mismo hay un montón de agentes peinando el área. Tienes que confiar en que se está haciendo lo mejor o acabarás volviéndote loco.

—¿Es necesario que te recuerde lo que ese monstruo es capaz de hacer? — No podía dejar de preguntarse una y otra vez qué terror podía estar sufriendo Bailey en ese momento. Incluso si consiguieran recuperarla con vida, ¿volvería a estar entera de nuevo, por dentro y por fuera? La preocupación, la absoluta ignorancia, lo estaban matando.

Hunter se acercó por detrás y le dio una palmada en la espalda.

—Respira, colega. Tanta preocupación no va a ayudarla.

Su mente sabía que no podía ayudar a Bailey si seguía así. Pero desde la muerte de su padre no se había permitido preocuparse por nada ni nadie. Se había olvidado de cuánto se podía sufrir. Dolía, ¡joder! Estaba destrozado. Y el miedo estaba haciendo sangrar su alma.

Trató de respirar hondo.

—¿Hay alguna novedad?

—No. Pero sabremos algo dentro de una hora. El agente especial encargado del caso va a dejar que acompañemos a su gente, aunque

tenemos que permanecer al menos a quinientos metros de distancia del complejo. Aun así, estaremos cerca en caso de que Bailey te necesite cuando la rescaten. Sé que querías entrar...; yo también quería. Sin embargo, tenemos suerte de que nos hayan hecho esta concesión. No van a ceder más.

Joaquin sabía que era más de lo que podría esperar, y, seguramente, estaban violando todos los protocolos en vigor, ya que ninguno de ellos era agente federal. A pesar de todo, había querido formar parte del equipo que rescatara a Bailey... si seguía con vida.

—¿Cuándo salimos?

—Dentro de cinco minutos. —Sean le lanzó una barra de proteínas, y luego

una botella de agua—. No has comido nada en todo el día; hasta que no lo hagas, no dejaré que te muevas.

No creía que pudiera tragar, pero si eso significaba la diferencia entre acompañarlos o quedarse, lo haría.

—Genial.

Sonó el móvil de Sean, y cuando vio la pantalla, sacudió la cabeza.

—Es Callie... —Tecleó un mensaje de respuesta y lo leyó en voz alta—: «Pronto habrá noticias. Paciencia, cielo. O Thorpe te enseñará mientras no estoy».

Lo vio sonreír cuando envió el mensaje. La vida de Sean era cada vez mejor en todos los sentidos. Joaquin, sin embargo, no sabía si tendría algo por lo

que vivir cuando acabara el día.

Se obligó a comer la barrita y a beber. Cargó su arma con el cartucho que Hunter le había dado y la guardó. Las tropas comenzaron a reunirse cerca de la puerta. El FBI había invadido la oficina del sheriff, y eso era lo único que le daba esperanzas. La Agencia quería lo que había en ese disco flash. Tenía la esperanza de que si lo recuperaban ese mismo día, lo destruirían.

Sean le hizo una seña y se unió al grupo mientras salían por la puerta. Había un montón de SUVs negros esperando delante. Él no sabía de dónde habían salido, y tampoco le importaba. Hunter besó a su esposa en un momento

privado, asegurándole que pronto estaría de regreso, y le pasó la mano por la abultada barriga de forma cariñosa. Joaquin se preguntó qué pasaría si el marido de su hermana no volviera a casa. Se quedaría destrozada, igual que estaba él en ese momento. Se envolvería en el dolor y quizá jamás lo superaría. Y no la culparía. Sin embargo, la vio sonreír y besar a su marido como si asumiera aquel terrible riesgo y lo aceptara con todas sus consecuencias. No la entendía.

Mientras recorrían un corto trayecto hacia el sur, hacia una extensa pradera, intentó dejar a un lado aquel terrible miedo que lo devoraba por dentro.

Después de lo que le pareció un

interminable viaje, el primer coche se desvió de la carretera principal y accedió a un camino de tierra lleno de baches.

—Aquí es donde os dejamos. Estaremos de vuelta lo antes posible. No podéis ir al complejo. No interfiráis. — El agente al mando miró a Sean—. Permíto que os quedéis aquí como un favor especial hacia ti, no hagas que me arrepienta.

—Entendido. Gracias —repuso Sean, bajándose del asiento delantero del todoterreno.

Hunter lo siguió, abriendo la puerta trasera derecha. Su padre le siguió y salió del vehículo al tiempo que Joaquin hacía lo mismo por la puerta del lado

izquierdo. Soplaban una fuerte brisa. Cuando empezó a anochecer, los cuatro se miraron y comenzaron a caminar hacia un campo abierto, cubierto de hierba. Joaquin tenía la sensación de que iba a ser una noche muy larga. Cada paso suponía un desafío. Incluso respirar se había convertido en una tarea insalvable. Tenía que seguir adelante por Bailey.

Sean se despidió de los federales, que se alejaron en medio de una nube de polvo.

—¿Qué es lo que se nos permite hacer? —preguntó Joaquin. Aquellas limitaciones le irritaban.

—Podemos explorar un poco —sugirió Sean—. Stone me indicó en un



mensaje que hay una cantera abandonada no muy lejos de aquí. Os apuesto algo a que LOSS ha usado los túneles que ya había excavados y que existe una salida por allí. Este tipo de grupos paramilitares siempre suelen dejar una ruta de escape.

—En efecto —convino Hunter—. Si se enteran de que vas a llegar, los usan. ¿Los federales conocen esos túneles?

—Estoy seguro de ello, lo que no sé es si han sumado dos y dos, llegando a la conclusión de que LOSS está haciendo uso de ellos... —Sean se encogió de hombros.

—Deberíamos encontrar esa salida y vigilarla por si acaso los paramilitares

envían a sus soldados a luchar contra el FBI.

—Espero que sea justo eso lo que hagan. Stone ha investigado hoy un poco y me dijo que, durante el último año, LOSS ha comprado suficientes explosivos como para hacer volar por los aires su guarida. Esperemos que no lo hagan.

A Joaquin se le heló la sangre a medida que comenzaban a caminar en dirección a las coordenadas que Stone le había enviado a Sean. El paseo se prolongó durante el anochecer. Los federales debían de haber alcanzado ya su objetivo. Él agudizó el oído para ver si escuchaba ruido de disparos, pero solo había un extraño silencio. De

alguna manera, eso le aterró todavía más. ¿Habían llegado demasiado tarde? ¿LOSS había abandonado ya las instalaciones? ¿McKeevy había llevado a Bailey a un lugar completamente distinto y estaba divirtiéndose con ella?

Había un millón de posibilidades. Todas giraban en su cabeza, cada una más aterradora que la anterior. Se tragó el pánico que amenazaba con dominarlo. ¿Cómo coño había bajado la guardia y se había enamorado tan profundamente de esa mujer en tan solo unos días? Había sido una jugada estúpida, sobre todo porque sabía de antemano lo que podía pasar.

A medida que oscurecía, Sean y Caleb sacaron unas linternas que debían

de haber cogido en la oficina del sheriff. Se pusieron por parejas; Hunter se acercó a su padre para seguir adelante y Joaquin siguió a Sean mientras exploraban la zona que rodeaba la cantera.

La vegetación regresaba a la vida tras el largo invierno y punteaba con arbustos las suaves colinas. Encontraron el último monovolumen que había robado McKeevy abandonado tras el follaje. Estaban todas las puertas abiertas, así como el maletero. El FBI lo había registrado a fondo, y planeaba trasladarlo para examinar todos los indicios, así que sabía que allí no habría ni rastro de Bailey. La unidad K-9 no había podido decirle si estaba viva o

muerta cuando abandonaron el coche; aunque las pistas no proporcionaban datos suficientes, se negaba a pensar en la peor posibilidad.

Se oyeron sonidos estáticos en la radio que los agentes habían prestado a Sean, seguidos de voces apagadas. Sean la sacó del cinturón y la sostuvo en alto. Mientras escuchaban, los agentes se acercaron al complejo que era la guarida de LOSS discutiendo sobre el sistema que estos habían diseñado para detener a los intrusos. El perímetro del recinto estaba rodeado de alambradas menos costosas, levantadas con sencillo alambre de espino. Sin embargo, los perros guardianes que habían olido a los federales ladraban sin cesar.

Joaquin cerró los ojos. La estrategia de obedecer y jugar a ser un buen oficial del FBI no era lo suyo. Los federales tendrían que entrar a la fuerza en el complejo, y sería más difícil ahora que habían perdido el elemento sorpresa. «¡Joder!».

—Tenemos que encontrar la manera de llegar allí —insistió Joaquin—. Ahora. Van a fallar.

—Pueden superar las vallas y los perros. Esto no es nada inesperado. Ten paciencia —intentó tranquilizarlo Sean.

—¿Serías paciente si fuera Callie la que estuviera atrapada ahí dentro? —exigió.

—Haría lo que fuera necesario para rescatarla. —Sean le lanzó una mirada

de advertencia—. Relájate.

Joaquin le siguió maldiciendo por lo bajo cuando se alejó con la linterna. Sean tenía razón.

El antiguo federal alcanzó la cima de una pequeña elevación y frunció el ceño. Apuntó con la linterna hacia abajo, y se arrodilló junto a unas altas hierbas que se mecían con el viento.

—Me he tropezado con una plancha metálica. Está pintada de color verde oscuro para que se camufle con el follaje. —Metió las manos debajo y trató de levantarla—. Necesito ayuda.

Si esa era la puerta de entrada a la cantera, podrían entrar en el recinto. Quizá esa fuera la manera de rescatar a Bailey.

Se arrodilló al lado de Sean y juntos tiraron con todas sus fuerzas. La plancha era pesada y difícil de mover.

—¡Joder! ¿Por qué no se abre?

—Podría haber alguna clase de cerrojo en el interior —reflexionó Joaquín—. Necesitamos una palanca. Tengo una en mi coche, si se me hubiera ocurrido que la podríamos necesitar, la habría traído.

Un momento después estalló un rugido ensordecedor. El suelo tembló bajo sus pies y una bola de fuego iluminó el cielo. Había ocurrido en dirección opuesta.

«¡Bailey!».

Joaquín se tambaleó al mirar el muro de llamas en la distancia. Con el



corazón desbocado, corrió hacia allí, envuelto en una gélida sensación de incredulidad.

—¡No!

Sean lo persiguió y lo agarró por el cuello, reteniéndolo.

—¿A dónde te crees que vas, hombre? No puedes meterte dentro del fuego. Tienes que retirarte.

Esa clase de llamas alcanzarían una temperatura tan elevada que mataría al instante a cualquiera que estuviera cerca. Los más cercanos al perímetro de la explosión tendrían suerte si solo perdieran alguna extremidad, y la metralla que cayera alrededor podría perforarles la piel y afectarles a los pulmones. El incendio acabaría con

cualquier vida cercana. Cualquiera de esas cosas podría matar a una persona lentamente.

Cada una de las agencias de inteligencia implicadas había situado a Bailey dentro de ese lugar. O allí había estado hasta que explotó en miles de trozos.

Las cenizas y los escombros caían por las inmediaciones —un juguete infantil, el mango de un rastrillo—. Sean se puso las manos sobre la cabeza para cubrirse. Algo pesado aterrizó a menos de cincuenta metros con un rotundo sonido metálico. Joaquin miró con mudo horror cómo las llamas lamían el oscuro cielo mientras luchaba por seguir respirando.

Su mente seguía gritando que había perdido a Bailey y que su vida jamás estaría de nuevo completa.

Por la radio que llevaba Sean se oyó una sarta de maldiciones, otra explosión y luego sonidos inconexos. Todo parecía un caos de torpeza e incredulidad.

—Vamos a volver a la carretera principal y a buscar a alguien para que llame a los servicios de seguridad y emergencia. —Sean alejó a Joaquin de aquella carnicería.

No podía marcharse como si Bailey no le hubiera importado, ella había muerto allí. Aceptaba que se había convertido simplemente en parte de las cenizas del complejo. ¿Cómo iba a dejar

atrás su corazón... y la semilla de su familia y de su futuro?

«Por favor, Dios mío, haz un milagro. Que esté viva».

A pesar de que ese pensamiento cruzó por su mente, sabía que no era posible.

El entumecimiento que le había provocado el *shock* dio paso al demoledor dolor. Bailey se había ido. Había muerto. Ya no estaba. Él no había sido lo suficientemente bueno, lo suficientemente rápido. No la había salvado. Ella había padecido una trágica infancia, había vivido una adolescencia llena de mentiras, había conocido por fin la verdad sobre su identidad... a cambio de nada.

Él no sabía cómo iba a vivir sin ella. Aquella agonía le paralizaba y le hacía sentir todavía peor que cuando murió su padre. Cuando era niño, los sentimientos de impotencia y desesperación habían sido difíciles de tragar y procesar. Ahora que era un hombre, aquella tortuosa angustia era imposible de comprender o aceptar.

Incluso más. Le había fallado. Era culpa suya. Y no había manera de endulzar esa realidad.

Sí, imaginó que debería agradecer que fuera una explosión lo que le hubiera arrebatado a Bailey y no el cuchillo de McKeevy, pero en ese momento no era capaz de agradecer ni una puta cosa.

—La he perdido. —Su voz sonaba áspera y cruda cuando cayó de rodillas.

De pie, junto a él, Sean le ayudó a levantarse.

—Todavía no lo sabes. Es posible que esa explosión estuviera destinada a disuadir a los agentes o que ella no estuviera cerca.

—¡Mierda! —Se dio la vuelta y concentró toda su incredulidad y su furia sobre Sean—. Tú mismo has dicho que habían rodeado el complejo. Una explosión tan grande indica que está en llamas todo el puto lugar. Se suicidaron en masa y la arrastraron consigo. Está muerta. Y he sido yo quien lo ha jodido todo. —Se señaló a sí mismo—. La arranqué de la cama y la arrastré a esta

mierda.

—Habría muerto hace días en Houston si no la hubieras secuestrado. Sé que es horrible. Que estás cabreado. Me gustaría poder decirte algo para cambiarlo... Quizá era su momento, tú lo has hecho lo mejor que has podido.

—No es suficiente. —Se golpeó el pecho. Le ardían los ojos—. Nunca he permitido que nada me importe, porque el dolor de la pérdida es jodidamente difícil de soportar. Pero ella se me coló bajo la piel... Ella y esas zapatillas de baile, sus ojos azules y su enorme corazón... La única vez que permito que alguien me importe, la llevo derecha a la muerte. Es posible que ahora esté en el Cielo, odiándome.

¡Dios! El dolor era insoportable.

Hundió el rostro entre las manos.

Para su sorpresa, estaba llorando. Los ojos le ardían como si le hubieran clavado una docena de agujas, y las lágrimas trazaban senderos que ardían como el fuego por sus mejillas. Cuanto más las secaba, más había. ¿Por qué no paraban? ¿Cómo cojones había caído tan bajo? ¿Cómo podía volver a ser insensible? ¿Cómo podía volver a estar solo, a que no le importara nada ni nadie?

—Ella no te odia —trató de consolarlo Sean—. No voy a darte falsas esperanzas. Es muy posible que ya no esté entre nosotros. Pero Bailey sabía que te preocuparías demasiado, y



no querría que sufrieras.

Joaquin le escuchó. Era posible que Sean estuviera en lo cierto, pero eso no le ofrecía ningún consuelo. En ese momento no..., y quizá nunca. No se lo merecía.

—Vete de una puta vez.

—No voy a dejarte aquí.

—Vete. ¡Hazlo de una puta vez! —

Apretó los puños—. No te quiero a mi lado. Y no mandes a Hunter. No quiero estar con nadie. ¿Me has oído?

—¡Déjalo ya, hombre! No puedes enterrarte a ti mismo con... —Sean se interrumpió mientras miraba por encima de su hombro, algo que se movía más allá.

Joaquin se dio la vuelta. Contra los

últimos rayos del sol que ahora besaba el horizonte, se dibujaba la silueta de una mujer delgada que llevaba en la mano el haz de luz de una linterna; su larga melena ondeaba con la brisa, brillante como el oro. Él conocía el contorno de esa cara y de ese cuerpo. La suciedad le cubría las mejillas y tenía el pecho manchado de sangre.

Parpadeó. La miró boquiabierto. No era posible, sencillamente no era posible. Estaba alucinado. Ella era un fantasma o algo así.

Pero siguió acercándose.

—¿Bailey? —Su voz fue solo un susurro.

Ella asintió con la cabeza, tomando aire entre sollozos, y luego corrió hacia

él. Joaquin se acercó todavía más, aturdido por la sensación de irrealidad.

Ella se estrelló contra él y le rodeó con sus brazos al tiempo que hundía la cabeza contra su hombro. Notó otro sollozo contra su pecho y cómo ella se acurrucaba más cerca, como si su cercanía la reconfortara.

Él se quedó inmóvil, con las lágrimas corriendo todavía por su rostro.

Sean habló por la radio, informando a los agentes de que Bailey había escapado de la explosión.

Unos segundos más tarde, Caleb y Hunter se acercaron corriendo. Hunter la apartó de sus brazos y la sostuvo por los hombros. Su padre y él le hicieron

algunas preguntas. Sí, ella estaba casi ilesa. McKeevy había estado dentro del complejo. Y tenía el disco con la investigación, según ella sabía. Por desgracia había más personas en el interior, entre ellas mujeres y niños. Bailey comenzó a llorar de nuevo y Hunter la abrazó, tranquilizándola.

Joaquin permaneció de pie, sin parpadear. Gracias a Dios estaba viva. Solo por ese milagro, sería capaz de besar el suelo, de arrepentirse de todos sus pecados y agradecerlo todos los días durante el resto de su vida.

Pero no podría soportar la agonía de perderla de nuevo.

Unos minutos después, una enorme cantidad de SUVs negros inundaron la

escena. Una horda de agentes se bajó de los vehículos y caminó hacia ellos. Ahora se la llevarían, la interrogarían durante horas. Joaquín sabía que estaría mejor en sus manos que en las de él.

Hunter y su padre se convirtieron en sus sombras protectoras mientras los federales le hacían las mismas preguntas que ya le habían hecho ellos. Joaquín observó la escena en estado de *shock*, mientras el dolor todavía le atravesaba de pies a cabeza.

Sean se acercó a su lado.

—Ve junto a ella. Va a necesitar tu fuerza.

—No me queda ninguna que darle —murmuró, incapaz de apartar los ojos de ella. Incluso después de una

experiencia cercana a la muerte, seguía siendo la mujer más elegante y hermosa que hubiera visto nunca.

—Estás muy afectado y dices tonterías sin sentido. Os necesitáis el uno al otro —insistió Sean—. En especial ahora.

Él sacudió la cabeza, negándolo.

—No necesito a nadie, y ella está mejor sin mí.

A continuación llegaron los vehículos de emergencia. El sheriff local salió de su coche y se sorprendió tanto por la destrucción como por el humo que se elevaba por encima del fuego que pintaba el cielo de color naranja.

Un par de auxiliares médicos se

acercaron a Bailey con una camilla, seguidos de cerca por otros dos. Mientras los agentes del FBI seguían ladrando preguntas, los médicos les obligaron a echarse a un lado para medirle la presión arterial y preguntarle por sus lesiones. Ella se señaló el pecho. Joaquin necesitaba saber con desesperación qué le había ocurrido y la gravedad que tenía, pero se volvería menos loco si no lo sabía.

«Desconecta, aléjate, apaga tu mente».

No pasó demasiado tiempo hasta que la subieron a la ambulancia y la encerraron en su interior. Joaquin se encogió cuando vio que se cerraba la puerta, pero luego se armó de valor y le

dio la espalda.

—¿No vas con ella? —preguntó Sean con expresión de incredulidad.

¿Para qué? ¿Para preocuparse y verse envuelto en un frenesí de pánico? ¿Para arruinarle la vida un poco más? Tendría un buen futuro sin él. La iría a ver a distancia al cabo de un par de meses para asegurarse de que no se había quedado embarazada. Si era así... buscaría otro trabajo. Le pagaría lo que ella quisiera como manutención del niño con la puntualidad de un reloj.

—¿Cómo coño vamos a salir de aquí? —preguntó.

Sean negó con la cabeza, pero atrapó a alguien con llaves y juntos le hicieron subir en un vehículo.



—Creo que es necesario que te vea un médico —sugirió Sean—. Estás en estado de *shock*.

Sí, pero no por motivos médicos. Este era un tipo de angustia de la que nunca se recuperaría, y lo sabía.

—De eso nada. Estoy perfectamente.

Sean movió la cabeza al tiempo que se acomodaba en el asiento y luego concentró su atención en el otro agente.

—¿Puede llevarnos al hospital?

Entonces, volvería a ver a Bailey, presenciaria su dolor, se preocuparía si no estaba bien y se enamoraría un poco más de ella. ¡Oh, no, gracias!

—De camino, puede dejarme en algún lugar donde pueda coger un medio

de transporte hasta el aeropuerto. Mi misión ha terminado.

Bailey despertó en el hospital. Cuando movió las pestañas, abriéndolas lentamente, vio que la habitación no era grande, solo muy blanca. Las cortinas, de un soso color beis, se habían cerrado para ocultar la oscuridad de la noche. Otra cortina, esta vez azul, separaba su zona de otra cama vacía, aunque ahora estaba replegada contra la pared. Aun así, no estaba sola.

Hunter, Kata y Sean pululaban alrededor, acompañados de un hombre que se parecía a Hunter con veinte años más. No vio a Joaquin.

Recordó al instante lo que había ocurrido. La explosión todavía resonaba en sus oídos y le estremecía los huesos. Volvió a vivir la larga carrera por el oscuro túnel, con la tierra cayendo sobre su cabeza. La había aterrado la idea de verse enterrada viva. Se había topado, literalmente, con el final del túnel, al tropezar con una puerta metálica, que empujó con todas sus fuerzas. Joaquin estaba esperándola. Entonces supo que todo estaba bien. Se lanzó contra su pecho, segura de que podía dejar atrás a McKeevy y su pasado como Tatiana Aslanov. Que su mundo era por fin perfecto.

—¿Qué tal te encuentras? — preguntó Kata.

Le dolía un poco la cabeza y se sentía aturdida, pero por lo demás...

—Genial.

—Bien —intervino Hunter—.

Hemos estado muy preocupados por ti. ¡Joder!, mi padre ni siquiera te conoce y se ha estado paseando de un lado para otro lleno de inquietud.

El hombre de más edad sonrió y se presentó.

—Lo siento. Una vez que te conviertes en padre, lo eres para siempre, incluso aunque no seas mi hija.

Ella esbozó una débil sonrisa.

—Soy consciente de ello. ¿Dónde está Joa...?

—El médico ha venido a verte —intervino Kata—. Dice que estás en

buena forma. Te ha vendado el pie y te han dado un par de puntos en el pecho. Y salvo un par de moratones, estás bien.

—Espero que no te importe —dijo Hunter con una expresión tímida—. He mentido. Les he dicho que eres mi hermana para que el médico nos pusiera al tanto.

Algunas personas habrían sentido que Hunter estaba invadiendo su privacidad, pero ella no. Estaba preocupado, como todos los demás. De hecho, le emocionó aquel interés por su parte. Ahora solo quería saber dónde estaba Joaquin. ¿En el cuarto de baño? ¿Habría ido a buscar un café? ¿Estaría herido?

Aquella posibilidad la aterró. Trató

de sentarse.

Caleb le puso una mano en el hombro y se lo impidió.

—No puedes esforzarte o presionarás demasiado los puntos, cariño. Relájate.

—Vale. —Miró a su alrededor con el ceño fruncido—. Me pregunto... ¿dónde está...?

—El médico regresará pronto para darte el alta —aseguró Kata—. Te suministraron un sedante muy suave antes de ponerte los puntos. Al parecer, ya tenías otra sustancia más fuerte en el organismo... —Su entonación fue la de una pregunta.

Bailey asintió.

—McKeevy me drogó.

Y ella no quería pensar más en eso. Ya sabía que iba a tener pesadillas que la harían acudir a la consulta del psicólogo. El día que había pasado a merced de aquel psicópata había sido horrible. No deseaba la muerte de nadie, pero podía decir, sin temor a equivocarse, que le hacía feliz que ya no estuviera en la tierra. Esperaba que estuviera en el infierno, pagando lo que había hecho a todas sus víctimas.

—He hablado con los agentes que llevan tu caso —dijo Sean—. En cuando el médico se lo permita, vendrán a hacerte algunas preguntas. Por si no lo sabías, el complejo quedó totalmente destruido.

Pensó en Destiny, en su

protuberante barriga y en su otro niño, todavía pequeño, una terrible consecuencia que le entristecía.

—Una chica me ayudó a escapar. Lo único que me pidió fue que me pusiera en contacto con su madre. Tengo los datos en el bolsillo de los vaqueros.

Sean sonrió.

—Lo cierto es que Destiny ya ha llamado a su madre. Al parecer, algunas mujeres descubrieron que la intención de los hombres era hacer saltar el complejo por los aires con todos en el interior para que los federales no pudieran conocer sus intenciones, así que muchas de ellas cogieron a sus hijos y corrieron hacia la mina. Lograron escapar cerca de treinta personas.



También rescataron a otros prisioneros, personas que serán capaces de proporcionar una gran cantidad de información sobre las operaciones, finanzas, armamento y planes de LOSS, así como datos sobre cómo usaron la investigación de Viktor Aslanov. De hecho, uno de los hombres que liberaron es un exsoldado con el que pusieron en práctica los resultados.

—McKeevy me habló de él.

—Se llama Dante. Lo retuvieron allí durante casi un año. Los médicos están examinándolo en este momento. Estoy seguro de que en breve le transferirán a Washington, donde seguirán con las pruebas.

—¿Quiere eso decir que la

investigación de mi padre sirve para algo? ¿Han alterado el ADN de ese hombre?

—No lo sabemos a ciencia cierta. Si nos basamos en las declaraciones de Dante hasta el momento, diría que es posible. —Sean se encogió de hombros—. El tiempo lo dirá. Pero dado que LOSS no utilizaba ningún sistema de correo electrónico o almacenamiento digital, la investigación de Viktor desapareció con McKeevy y ese grupo de fanáticos. Por lo que sabemos, no existen más copias. Así que el pasado no volverá a molestarte de ninguna manera.

Podía cerrar ese capítulo de su vida. Sería imposible olvidar que había

sido Tatiana Aslanov cuando nació, pero podía seguir siendo Bailey Benson durante el resto de sus días.

—Gracias a Dios —suspiró—. Apuesto lo que sea a que Callie también está encantada.

Sean asintió.

—Es el mejor regalo de bodas que pudieron hacerle, creo. Está preparada para ser una chica «normal»... a su estilo.

—Ahí fuera hay un caos de medios de comunicación —advirtió Caleb—. Una vez que te den el alta, tendremos que atravesarlos, pero vamos a salir de aquí y regresaremos a Texas esta misma noche.

Eso sonaba fabuloso. Si pudiera

retomar una vida más o menos normal, podría acudir a la audición que tenía en Dallas el martes próximo. Y más allá... lo único que quería era pasar sus días y noches con Joaquin para forjar un buen futuro. ¿Quién sabía? Quizá algún día se convirtiera en la señora Muñoz. Sin embargo, en ese momento, se sentía feliz de poder ir paso a paso y descubrir lo que era estar juntos en unas circunstancias normales. Y estaba deseando empezar. Solo faltaba Joaquin.

Volvió a recorrer la habitación con la mirada.

—Bien, ¿dónde está...?

—Joaquin se ha marchado —la interrumpió Hunter con expresión solemne—. En cuanto supo que no

estabas lesionada, se subió a un taxi hacia el aeropuerto. No sabemos a dónde se dirigía.

La sorpresa la atravesó. ¿Después de todas aquellas veces en las que Joaquin le había jurado que estaría a su lado?

—¿Simplemente... se ha marchado? ¿Sin decir nada?

La expresión colectiva era sombría, la miraban todos con un poco de lástima, y eso dolía todavía más. Había pensado que Joaquin había compartido algo más que su cuerpo con ella, que le había mostrado parte de su alma. Que existía un lazo entre ellos, o eso había sentido. ¿Se había equivocado?

Sean le cogió la mano.

—Yo estaba con él cuando pensó que habías perecido en la explosión. Se volvió loco, Bailey. Se derrumbó por completo. Se recriminó no haber sido capaz de protegerte y aseguró que estarías mejor sin él. Creo que en este momento está superado por las circunstancias. Traté de retenerlo. Lo siento, no pude.

La vergüenza dolía, pero que él la hubiera abandonado provocaba un cráter en su pecho y lo llenaba de dolor ácido. La había dejado, igual que Viktor Aslanov, como Bob y Jane Benson. Podía añadir a Joaquin a la lista de personas que tras entrar en su vida y alterarla de forma que jamás podría deshacer la habían dejado sin mirar

atrás. Ella no podía fingir que no sabía por qué. Si se había sentido tan profundamente impactado por la pérdida de su padre, que no había llorado durante casi veinte años, desde luego no iba a arriesgar su corazón, su alma y su cordura por una mujer que conocía desde hacía apenas unos días. Y había sido una estúpida al pensar lo contrario.

Pero todavía había sido más estúpida al enamorarse de él.

Todos la miraron como si esperaran que se desmoronara. En el pasado, seguramente lo habría hecho. Y lo haría..., pero más tarde, cuando estuviera sola. En ese momento, estaba demasiado sorprendida. Y demasiado furiosa.

—No es que me sorprenda —logró murmurar sin sonar amargada—. Maldito sea.

—Es una cobardía por su parte. — Fue Kata quien recogió la antorcha verbal—. Cuando pueda poner las manos en su cuello, apretaré con todas mis fuerzas. Aprenderá el valor de la familia aunque tenga que matarle.

Hunter miró a su esposa de soslayo.

—El embarazo te ha vuelto sedienta de sangre.

—¿Acaso estoy equivocada? — preguntó Kata, en voz más alta y con mucho énfasis.

—No, cariño. Pero no es necesario que lo estrangules tú. Yo le daré una paliza por ti.



Kata cruzó los brazos sobre el pecho.

—Gracias. Haz que le duela. Pensaba que mi hermano había aprendido algo, maldito sea. Estoy harta de que se pase la vida huyendo.

—No sabe pasar un duelo —intervino Bailey—. No sabe cómo manejar el dolor. No actúa así para hacer daño, solo intenta mantenerse entero.

—Me importan una mierda sus razones. Ya no tiene doce años. Es un adulto, y esto es imperdonable. —Kata agitó un dedo delante de sus narices—. No te atrevas a defenderlo.

—Solo estoy explicando que lo entiendo. —Lo abandonada que se sintió

era la razón por la que nunca había tenido amigos cercanos. Bailey lo tenía clarísimo. Entendía que Joaquin creyera que alejándose iba a estar mejor. Él solo le estaba demostrando lo que había empezado a sospechar después de conocerlo: aislarse del mundo solo traía aparejados sufrimiento y soledad—. No puedo defenderlo, pero tampoco puedo odiarlo por ello.

Sin embargo, él la había destrozado, y deseaba llorar con todas sus fuerzas. Quería que regresara a su lado y le ofreciera su corazón. Sabía que no lo haría, así que tendría que conformarse con el tiempo que había pasado con él y aprender de su deserción. Lo único que valía la pena en

la vida era abrirse, desnudar su alma y estar rodeada de amor. Y eso haría en el futuro.

Tendría una noche de luto por lo que podría haber sido y rezaría para que Joaquin encontrara una vida y un amor en el futuro. Y después no permitiría que nada le impidiera a ella encontrar lo mismo.

Joaquin despertó en su apartamento el viernes por la mañana tras haber dormido tres horas de sueño intranquilo. La resaca era algo tan poco deseado como la notificación de que le había vencido el alquiler.

Se incorporó con un gemido. Le dolía la cabeza. La luz del sol que se filtraba por las persianas que no se había molestado en cerrar amenazaba con romperle la cabeza como si fuera un melón maduro.

Hizo una mueca mientras se

incorporaba antes de arrastrarse hasta el cuarto de baño, donde se acercó al botiquín. No tenía pastillas para el dolor de cabeza. «¡Genial!», pensó con ironía. Le había ocurrido lo mismo la noche anterior, cuando se acercó a la nevera en busca de comida y se la encontró vacía.

Hasta entonces, jamás se había dado cuenta de que no parecía que allí viviera alguien. Y no pudo evitar pensarlo de nuevo mientras se arrastraba otra vez a la cama. No había fotografías en las paredes ni en la mesilla de noche. No se veía ni un solo artículo personal en todo el lugar. No había recuerdos de familia ni ningún reconocimiento a sus logros, tampoco se veían regalos de amigos o recordatorios de sus seres

queridos. Las paredes blancas, un vulgar sofá negro de cuero, un edredón marrón y un dedo de polvo sobre todos los muebles impersonales que lo rodeaban. Jamás le había parecido tan jodidamente triste hasta que había imaginado el tipo de hogar que podría compartir con Bailey si fuera un hombre diferente.

La noche anterior se había acercado a la tienda de licores que había a pocos kilómetros, dando gracias de que no fuera domingo y de poder conseguir una botella. No le importó qué tipo de bebida le vendieran. Solo quería una forma de adormecer la constante marea de dolor que suponía estar alejado de Bailey y no tener que preocuparse por si se encontraba bien.

¿La habrían dado de alta? ¿Lo odiaría la mitad de lo que se odiaba a sí mismo en ese instante o Sean estaría en lo cierto? Conociéndola, lo entendería todo a la perfección. Sentiría lástima por él. ¡Dios!, esa idea casi le dolía más.

Al llegar la mañana, entendió con suficiente claridad que no podía beber tanto como para adormecer el tormento que suponía estar sin ella. Realmente había esperado poder pasar la noche en paz, pero se había convencido de que era imposible después de beberse tres cuartas partes de una botella de vodka. ¿En qué cojones estaba pensando? ¿Qué carajo iba a hacer ahora?

Movió la cabeza antes de dejarse

caer sobre la cama con un largo y tembloroso suspiro. ¡Dios, qué viejo se sentía! Y seguramente así era como se le veía. ¿Y qué tenía para demostrar su edad real? Un apartamento cutre del que le desalojarían en cualquier momento porque no estaba en él el tiempo suficiente como para pagar las facturas. Y... nada más. ¡Joder! Ni siquiera había asumido el compromiso que supondría tener una mascota. No, era sincero consigo mismo y sabía que no quería correr el riesgo de amar a un amigo peludo para sufrir por su pérdida cuando muriera. Ni siquiera era capaz de reunirse con su madre. Y su hermana pequeña sin duda estaba cabreadísima con él en ese momento.



¿Y si él hubiera muerto en Iowa?  
¿Qué legado habría dejado? ¿Su padre  
lo habría recibido en las puertas del  
cielo moviendo la cabeza con  
decepción?

¡Mierda! Odiaba aquel examen al  
que se estaba sometiendo.

Pero las preguntas, daba igual lo  
difíciles que fuera responderlas, no  
dejaban de dar vueltas en su cabeza.  
¿Qué habría sentido Bailey al despertar  
en el hospital y ver que él no estaba?  
¿Se habría sentido triste, destrozada o  
simplemente decepcionada? Se vio  
inundado por un leve pesar.

Con una maldición, se levantó de la  
cama y caminó hacia el cuarto de baño.  
Tras encender la luz, apoyó las manos en

el lavabo y dejó caer la cabeza. Tenía que encontrar otro trabajo. Quizá entonces podría olvidarlo todo, no sentir nada... y morir joven e ignorado. ¿Por qué ese no era un pensamiento alegre?

O bien, susurró una voz en su cabeza, podía dejar de volverse loco, encontrar la manera de ponerse sus pantalones y buscar a Bailey. Podía pedirle disculpas y encontrar la manera de lidiar con el hecho de que la muerte era parte de la vida. Quizá...

¿Podía ser que no fuera un peso tan grande?

Se miró en el espejo. Tenía ojeras, y un montón de arrugas que no había percibido inundaban las esquinas de sus ojos. Tenía otra de forma permanente

entre las cejas oscuras, producto seguramente de tener siempre fruncido el ceño. Incluso parecían haber surgido algunas canas en sus sienes. Su propia mortalidad no le molestaba, solo era una señal del paso del tiempo. Llegaría un día, si todavía seguía con vida, que vería que todos los que le importaban y amaba habían desaparecido, si no literalmente, sí en sentido figurado. Su madre se hacía mayor, ¿por qué desperdiciaba los años que le quedaban con ella? Sus hermanas tenían ya su propia vida.

Y Bailey... No podía pedirle que le esperara mientras encontraba la manera de sobreponerse. Si esa tarea le llevaba una década, ella se casaría, sería madre

y viviría feliz, todo ello sin él a su lado.

Se incorporó frente al espejo. Tenía que elegir un camino y seguirlo ya. El día siguiente podía ser demasiado tarde.

Tragándose los nervios, abrió el grifo de la ducha y se desnudó. El agua que caía sobre su cabeza le sentó bien, pero no se recreó en ello. Tenía muchas ideas en mente y también tenía que conducir. Además, debía hacer un par de llamadas telefónicas.

Veinte minutos más tarde, se dirigía hacia la puerta y, tras subirse al SUV, se dirigió al este por la Interestatal 10, disfrutando del cielo azul y la buena temperatura. No le gustaba tener que pasarse tres horas atrapado en sus propios pensamientos, pero creía que lo

necesitaba. Dos llamadas telefónicas lo distrajeron un poco. Stone le hizo reír mientras le proporcionaba la información que necesitaba. En cuanto colgó, volvió a razonar que su reacción el día anterior había sido sumamente exagerada. Lo había jodido todo.

Justo antes de llegar a su destino, se detuvo en una tienda y compró un ramo de flores. No sabía si el gesto serviría para algo..., pero pensaba que tenía que demostrar al menos que lo estaba intentando.

El GPS le condujo hasta la casa de la derecha y, muy pronto, estaba llamando a una puerta desconocida. Bonito lugar. Buen barrio. Todo estaba bien cuidado. Había flores por todas

partes.

¡Estaba jodidamente nervioso!

Esperaba que fuera su madre quien abriera la puerta, pero no tuvo suerte.

—Caleb. Hola. —Genial, eso sonaba estúpido. Pero ¿de qué otra forma se suponía que debía saludar a su padrastro, a quien apenas conocía?

—Hola. —El hombre se incorporó y apoyó un brazo musculoso en el marco de la puerta mientras lo miraba como si fuera un vendedor indeseado—. ¿Qué quieres?

—Hablar con mi madre. —No esperaba que fuera a resultarle fácil, pero ¿cómo iba a encontrar la manera de superar el obstáculo que suponía la muerte de su padre si no hablaba con

alguien que había estado allí y sufrido más que él?

—Quizá deberías haberla llamado antes —repuso Caleb arrastrando las palabras.

¿Y darle a Carlotta Muñoz Edgington una razón para evitarlo por cómo la había tratado durante tantos años?

—Lo siento. Es que... es que necesito verla.

Caleb clavó en él unos intensos ojos azules. Ahora sabía a quién se parecían Hunter y Logan. Contuvo una oleada de inquietud.

—Voy a ver si está libre. Pero antes de que te permita entrar en mi casa, quiero que entiendas que hago esto por

ella. Te echa de menos. Aunque después de ver la forma en que te has comportado durante el tiempo que hace que conozco a tu madre, no te respeto en absoluto.

«Bienvenido al club».

Bajó la mirada y frotó la punta de sus zapatillas deportivas contra el suelo.

—Quiero hacer las paces con ella. Tengo que empezar de alguna forma.

—Le diste la espalda a tu familia, dejándola en manos de un gilipollas integral que la sometió de una forma infame.

Él hizo rechinar los dientes.

—Siempre odié a Gordon. Traté de evitar que mi madre se casara con él, pero no quiso escucharme.



—Quería dar a sus hijos lo que no podía permitirse ella sola.

Lo sabía. Hasta que cumplió dieciocho años y se fue de casa, vio cómo el exmarido de su madre le minaba cualquier rastro de seguridad en sí misma y de autonomía, y eso casi lo había matado.

—Hice lo que pude para que no volviera a casarse y la ayudé económicamente. Pero si has estado un tiempo casado con mi madre, ya sabes que puede ser bastante obstinada.

Caleb dio un paso atrás con una insinuación de sonrisa en su cara y le dejó entrar en el fresco interior de su hogar.

—Eso no puedo discutírtelo.

Carlotta tiene sus propias ideas. Acaba de salir del turno del hospital. Voy a preguntarle si le apetece hablar contigo.

Eso le hizo sentir desconcertado.

—¿Ha vuelto a trabajar?

Caleb asintió.

—Fue su elección. A mí me haría más feliz tenerla toda para mí, pero trabajar fuera de casa es bueno para ella. Ha hecho nuevos amigos y ha recuperado el respeto en sí misma. Me preocupa que trabaje demasiado, y no me gusta que lo haga por las noches, pero nunca se lo impediría.

A su nuevo padrastro no le había llevado mucho tiempo entender a su madre y darle lo que necesitaba. La apoyaba, anteponiendo la realización

profesional a sus propias ideas. Dejó caer la cabeza; eso era lo que debería haber hecho por Bailey.

—Entonces has sido un buen marido para ella, aprecio lo que has hecho. Yo no he mantenido mis responsabilidades como hijo. —Se frotó la nuca—. Tengo... er... tengo la esperanza de comenzar una nueva etapa.

—Siéntate. —Caleb le indicó un sofá de color beis.

Joaquin veía a su madre en cada rincón de aquella sala. En el brillante suelo de madera oscura. La alfombra que cubría una parte dibujaba un patrón de líneas suaves en tonos crema y marrón, sin embargo, la habitación no resultaba demasiado femenina. Había

unas flores en un jarrón de cristal que daban un toque más moderno. En aquel espacio se mezclaba lo viejo y lo nuevo, calidez y sofisticación en cordial coexistencia.

—Gracias. —Se sentó en el borde del sofá y apoyó los codos en las rodillas. Estaba realmente nervioso.

—Voy a buscar a Carlotta.

—Espera —dijo a la espalda de Caleb—. Dime... Es feliz, ¿verdad?

—Sí, por fin. Tus hermanas y yo estamos muy unidos y compartimos muchos encuentros familiares. No hay discusiones ni enfados durante las vacaciones o cuando nos juntamos.

Joaquin sonrió, tragándose la fea certeza de que había perdido mucho

tiempo mientras estaba ocupado tratando de evitar cualquier contacto con ellos.

—Bueno, así es como debe ser la vida.

—Sí —convino Caleb—. Pero sé que su vida sería más plena si viera a todos sus hijos más a menudo.

Ella no era la única que se sentiría más completa, pero no podía decírselo a Caleb. Esa conversación ya era lo suficientemente incómoda, y algunas cosas tenía que decírselas a *mamá*<sup>4</sup> personalmente.

Se limitó a asentir.

Caleb se alejó y él intentó no dejarse superar por la inquietud. ¿Habría hecho ese movimiento demasiado tarde?

La espera se le hizo eterna mientras escuchaba el crujido de ropa en la habitación contigua. Un olor cálido y floral que siempre había identificado con ella fue lo primero que golpeó sus sentidos. Se levantó y se dio la vuelta. Allí estaba su madre, vestida de color rosa. No la veía desde hacía tres malditos años. Estaba igual y, al mismo tiempo, diferente. Sí, había perdido algunos kilos, seguramente para mantenerse a la altura de su atlético marido. Y llevaba el pelo un poco más largo, lo que le quedaba bien. Pero más que nada estaba diferente porque brillaba con una felicidad que Joaquín no recordaba haber visto nunca en su cara.

Un resplandor que no cuadraba para nada con el ceño fruncido con que lo miraba.

—Joaquin, ¿por qué has venido?

Ese no era el saludo que esperaba de su madre. Pero ¿por qué iba a ella a recibirle con los brazos abiertos después de la forma en que les había dado la espalda a ella y a la familia?

—Porque... me he dado cuenta de que mi comportamiento ha sido una mierda y quería pedirte disculpas.

Su madre lo consideró con la mirada.

—Disculpas aceptadas. Te agradezco que hayas venido a hacerlo en persona.

—Ten. —Le ofreció las flores,

sintiéndose muy incómodo—. Son para ti.

Ella cogió el ramo por el protector plástico. Sus ojos oscuros se iluminaron un momento, luego parpadeó, y el brillo había desaparecido.

—Me encantan. Gracias.

Joaquin miró cómo su madre salía de la habitación. Frunció el ceño mientras dudaba si seguirla o no. ¿Estaba demasiado enfadada con él para añadir nada más?

Por fin, decidió ver a dónde había ido. Cuando se detuvo al doblar la esquina, se encontró en una enorme cocina con muebles blancos y encimeras de mármol. Los accesorios cromados combinaban bien con los brillantes



paneles de acero inoxidable de los electrodomésticos. La casa era demasiado antigua para tener una cocina moderna sin que fuera cosa de ella.

—¡Guau! Menudo trabajo has hecho aquí.

Ella cogió un jarrón y lo llenó de agua.

—Sí. ¿Cómo lo has sabido?

—Resulta una cocina acogedora y bonita y... —Ya estaba... Volvía a parecer idiota.

—Caleb me ayudó. Nos mudamos a esta casa a finales del año pasado y desde entonces hemos estado renovándola. Me alegro de que te guste.

—Puso las flores en un jarrón y lo dejó en el centro de la isla rectangular—. Son

preciosas. Me alegro de que hayas venido. Siempre es bueno verte.

Su voz tenía un tono entre distante y desdeñoso. Él apretó los dientes y se recordó que solo estaba cosechando lo que había sembrado.

—*Mamá*, si tienes unos minutos, me gustaría hablar contigo. Por favor. Sé que no he sido un buen hijo.

—Eso está claro. Eres un buen hombre..., pero no el mejor hijo.

La madre con la que había hablado las últimas veces jamás lo habría hecho partícipe de sus sentimientos con tanta brusquedad. Supuso que debía agradecersele a Caleb.

—Ni siquiera estoy seguro de haber sido un buen hombre. Conocí a una chica

y...

—Eso he oído... —Su voz se hizo más fría.

Otra cosa que, sin duda, debía agradecer a Caleb.

—¿Tu marido te ha hablado de Bailey?

—Sí.

Su madre no se lo iba a poner fácil. Y no debería haber esperado que lo hiciera.

—Me gustaría hablar contigo sobre ella. Tú entiendes a las mujeres... y me entiendes a mí.

—¿Qué es lo que deseas saber? ¿Me necesitas para que te diga que te has comportado como un idiota? Lo has hecho. Esa niña ya ha sufrido bastante.

—Es cierto. —No podía no estar de acuerdo.

—Y tú la has hecho sufrir más, abandonándola cuando más te necesitaba.

Él dejó caer la cabeza.

—Lo sé. Me he dado cuenta esta mañana de que tengo miedo... Ya sabes, me da miedo que me importe la gente.

—La muerte de tu padre ocurrió en un momento difícil de tu vida. Lo adorabas. Siempre creí que luchabas para recuperarte de la conmoción y el dolor.

Sí, su madre le entendía.

—No lo conseguí del todo.

—No lo hiciste. Traté de ayudarte, pero no me lo permitiste.

Él se encogió de hombros.

—Te dejé fuera. ¡Joder! Dejé fuera a todo el mundo. Jamás permití que me importara nadie más. Y ahora ya no sé cómo hacerlo.

—Eso dijo Kata.

Por una vez, le alegró que su hermana hubiera metido las narices en sus asuntos.

—Ayer estuve a punto de perder a Bailey.

Su madre tardó un buen rato en responderle.

—Es cierto. Y no agradeciste que no hubiera sido víctima de esa desgarradora experiencia y siguiera viva, porque no has permitido que entrara en tu corazón de verdad.

—Mmm... Eso no es cierto —  
repuso, sorprendido de la astucia de su  
respuesta.

—Entonces, ¿no te dolió porque no  
tienes el menor deseo de comprometerte  
con ella? ¿Porque no la amas?

Joaquin hizo una mueca.

—No creo que protegerme de las  
emociones me impida sentir nada, pero  
ayer, cuando pensé que la había  
perdido..., no pude digerirlo. Me sentía  
como si mi vida hubiera terminado.  
Como si no pudiera seguir respirando  
sin ella. Me asusté.

Durante aquellos terribles  
momentos en los que había estado  
seguro de que ella había muerto, se le  
rompió por completo el corazón. El

terror puro y absoluto que sintió era de esas emociones imposibles de olvidar. La peor parte era que necesitaba dejar de cerrarse a todo el mundo, y no sabía cómo hacerlo.

—Ella estuvo a punto de perder la vida. ¿No crees que también estaba asustada? ¿No se te ocurrió que necesitaba consuelo y apoyo?

—No, no se me ocurrió. —Y la vergüenza que eso le producía le carcomía por dentro—. ¿Cómo lo superaste tú? Amabas a papá. ¿Cómo te enfrentas al hecho de que una parte de tu corazón ya no esté?

En el rostro de su madre se dibujó una triste sonrisa.

—Al principio, sentí que mi vida

no podía continuar. Estaba segura de que nunca podría volver a sonreír o a amar de nuevo. Después de un tiempo, me di cuenta de que Eduardo no habría querido que viviera así. Él estaba lleno de vida y amor. Lo echaba de menos cada día. A veces, todavía lo hago. Pero después de su muerte tuve que ocuparme de vosotros. Tuve que aprender a seguir adelante. Tenía que superarlo y arriesgarme de nuevo. Cuando uno inicia cualquier relación, lo hace sabiendo que puede doler.

—No sé cómo hacerlo. Me parece estúpido avanzar en algo y esperar que pueda ocurrir algo terrible.

—Quizá sí, pero si nunca te involucras con nadie, también te



perderás las cosas buenas. No vivirás los años de sonrisas y calidez, de caricias, de apoyo, de palabras amables, de risas y consuelo..., y todo para evitar un momento de dolor.

—La muerte de mi padre fue más que un momento de dolor. No ha cesado.

—Porque nunca trataste de seguir adelante. De vivir y amar de nuevo. ¿Crees que eso es lo que tu padre deseaba para ti?

Sabía que no. Lo negó con la cabeza.

—No sé de qué manera disculparme con Bailey. ¡Joder! Ni siquiera sé dónde está.

Su madre se sentó en un taburete a su lado y, por fin, le brindó una sonrisa

cálida de verdad.

—Dile «lo siento». Dile «te amo». Dile «quiero estar siempre contigo». Y espera a que te diga que sí. Si no lo hace, sobrevivirás. Eres fuerte, Joaquín. El dolor no te romperá, a menos que se lo permitas.

Su respuesta sonaba sencilla, y su fuerza le avergonzó. Su madre se había quedado viuda cuando tenía treinta y tantos. Estuvo casada con un gilipollas integral durante doce años. Por fin había encontrado un poco de felicidad. Parecía como si hubiera alcanzado una paz que le hacía sentir envidia. ¿Se trataba de algo tan simple como abrazar la vida, soportar tanto el bien como el mal y dejar atrás todos los fantasmas del

pasado?

Asintió lentamente.

—No tengo nada más, y no creo que pueda vivir sin ella. Como tan sutilmente has señalado, que no le haya dicho lo que siento no significa que su ausencia me duela menos, lo descubrí cuando pensé que estaba muerta. Anoche, cuando me sentí completamente solo, me di cuenta de que la había cagado.

—Quiero que seas feliz, hijo.

Era lo primero que decía que le hacía recordar a la madre que siempre había sido, la que siempre había sabido llegar al niño que fue.

—Me alegro de que seas feliz, *mamá*.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Buscar a Bailey. Supongo que luego me tocará rogar y arrastrarme. Y rezar. Voy a buscar otro trabajo. No quiero tener que pasarme la vida yendo de una parte a otra del mundo.

Carlotta sonrió y luego movió el brazo para cogerle la mano.

—¿Significa eso que vendrás a visitar a *mamá* con más frecuencia?

—Mucha más. Te he echado de menos. —La envolvió en un abrazo lleno de cariño y le dio unas palmaditas en la espalda cuando ella se puso a sollozar.

Muy despacio, se echó atrás y le acarició la mejilla. Los ojos oscuros de su madre estaban llenos de lágrimas de

felicidad cuando le brindó una sonrisa radiante.

—Te he echado de menos. Es la primera vez en veinte años que tengo a mi hijo.

—Sí. No pienso ir a ningún sitio.  
—Notó un nudo en la garganta y tuvo que tragárselo—. ¿Y qué pasa con las locas de mis hermanas? También me gustaría verlas.

Carlotta se levantó del taburete y fue a buscar su móvil.

—Las llamaré y les preguntaré si podemos juntarnos dentro de poco para cenar.

—Eso sería genial. Ya te diré cómo me va con Bailey.

Su madre le brindó su sonrisa más

misteriosa.

—Es posible que Kata haya mencionado algo sobre una boda que va a haber mañana en Dallas. Bailey tiene intención de asistir.

—La de Callie y Sean...

Eso tenía sentido. Bailey y la heredera se habían hecho muy amigas tras hablar de sus tragedias. Las dos habían sabido superarlas. Las dos habían decidido avanzar en busca de un nuevo futuro.

Era el momento de que él hiciera lo mismo. Esperaba que a Sean y Callie no les importara que estuviera presente en su día.

—Gracias, *mamá*. Te quiero.

—Yo también te quiero, hijo mío.

Ojalá mañana tengas suerte con esa chica tan encantadora. —Su madre se levantó, lo besó en la mejilla y se desvió hacia la parte posterior de la casa.

Así que... eso era todo. Había sido un poco brusca al principio, pero en general la reunión había ido mejor de lo que esperaba.

Se levantó y salió de la cocina para dirigirse a la puerta. Abandonó la casa y avanzó hacia el coche con el ceño fruncido. Mientras se acercaba con la llave en la mano, escuchó unos acordes de música clásica procedentes del patio trasero.

A su madre siempre le habían gustado las melodías latinas calientes y

pegadizas, y alguna balada romántica de vez en cuando. Caleb tenía sus años, pero no lo veía como aficionado a la música clásica. Se encogió de hombros; quizá lo había juzgado mal.

De pronto, la música se detuvo.

—Otra vez —insistió una voz masculina desde detrás de la valla—. Te sale mucho mejor, pero quiero volver a verte.

Conocía esa voz, la había oído anteriormente, al escuchar los mensajes de Bailey.

Mientras seguía el sonido, rezó para no haberse equivocado. Significaría que Bailey estaba muy cerca.

Con el corazón acelerado por la



anticipación, buscó la puerta al patio trasero. Al encontrarla, abrió lentamente para echar un vistazo a través de la ranura. No quería que Caleb y su madre pensaran que estaba espiando, pero hubiera jurado que la voz que acababa de oír era de Blane.

¿O es que estaba tan desesperado por ver a Bailey que su cabeza le jugaba malas pasadas?

En un primer momento, no vio a nadie. Solo tenía ante los ojos un largo tramo de hierba con un montón de muebles de jardín en un extremo. Las losas de piedra estaban cubiertas por una especie de caucho negro. ¿Qué coño...?

A continuación un hombre alto con

cara aniñada y un cuerpo de infarto recorrió la superficie oscura y esponjosa. Estaba cubierto por unas mallas azules y sonrió antes de tragar media botella de un sorbo.

—Venga... —Le hizo un gesto a alguien que quedaba fuera de la vista, más allá de una parrilla—. Creo que lo tienes.

Pero a Joaquin solo se le ocurría una razón por la que Blane estaría en casa de su madre: que Bailey también estuviera allí.

Esperó, muerto de impaciencia, con la esperanza de tener razón. Pero, si era el caso, ¿por qué su madre o Caleb no le habían dicho que ella estaba allí?

«A ver, idiota, revisa los hechos».

La había secuestrado, la había obligado a recordar un pasado violento y luego casi había conseguido que la mataran: nada de eso le convertía en una cita ideal. Lo más seguro era que no quisiera volver a verlo.

Si ese era el caso, haría todo lo posible para hacerle cambiar de opinión. Se negaba a vivir solo si podía tenerla entre sus brazos.

Un segundo después, sobre la alfombra apareció la criatura más elegante que hubiera visto nunca. Llevaba unas mallas de color rosa pálido que le cubrían desde el pecho hasta las delicadas zapatillas de puntas. Se había recogido el pelo en un desordenado moño en lo alto de la

cabeza. Parecía cansada, pero eso no le restaba ni una pizca de belleza. Al verla, el corazón amenazó con salirsele del pecho.

«Bailey...».

Blane le tendió la mano y, a continuación, se colocó en una postura. Ella aceptó sus dedos y le imitó, colocándose en su propia posición.

Un momento después, apareció su madre, que se acercó a un pequeño reproductor de música portátil situado un poco más allá de la parrilla. Fue ella la que apretó el botón en la parte superior del aparato, haciendo que los acordes volvieran a sonar de nuevo.

Bailey se alejó de Blane con expresión coqueta, pero la burla no era

tal porque tenía un brazo tendido hacia él, luego volvió a girar y elevó una pierna por detrás, dibujando una línea fuerte y espectacular con la espalda arqueada. Blane la persiguió, tratando de llegar a ella, pero Bailey se alejó de su alcance mediante un salto que ejecutó con una magnífica precisión.

Blane la persiguió de nuevo, en una especie de paso masculino de ballet que le hacía llevar el mando, pero en su rostro reflejaba un profundo anhelo. Temía que Bailey lo rechazara.

Él entendía perfectamente su preocupación.

Bailey permitió que Blane la atrapara durante un momento. Le rodeó la muñeca con los dedos y la apretó

contra su pecho, luego enjauló su delicada cintura con el brazo. La expresión de la joven era vulnerable y anhelante. Ella quería rendirse y amarlo, pero tenía miedo.

Esto podría ser muy bien el arte imitando la vida.

Blane acarició el brazo de Bailey al tiempo que acercaba su cara a la de ella.

Ella regresó y cuando Joaquin miró sus ojos, vio toda clase de vulnerabilidades brillando en sus ojos azules. Cada momento de deseo e incertidumbre, el dolor que producía confiar. Todo lo que había visto ya en su rostro cuando estaba bajo su cuerpo y le hacía el amor.

El baile era tan elegante como el que había presenciado en su casa de Houston, pero esta versión... Joaquín recordó lo que le había contado Bailey sobre la importancia de expresar las emociones en la danza. En aquel momento no le había prestado demasiada atención; si ella podía llevar a cabo los pasos con la mejor técnica, el resto no importaba. Sin embargo, estaba presenciando la diferencia con sus propios ojos. Ante él, Bailey estaba representando la difícil situación de su personaje. Contuvo la respiración, preocupado por su felicidad. No podía apartar la vista. Estaba como hipnotizado.

De pronto, una mano enorme cayó

sobre su hombro.

—No vas a acercarte más.

Caleb.

«¡Hostia puta! Pillado».

—¿Por qué no me habéis dicho que está aquí?

—Ni Carlotta ni yo pensamos que te merezcas hablar con ella hasta que te aclares. ¿Sabes ya lo que le vas a decir?

Él no había pensado cada palabra, pero quería decirle que la amaba. ¿Necesitaba ser más elaborado?

—Creo que sí. Quiero verla.

—Ahora está ensayando. Necesita hacerlo para estar a punto para la audición del martes. Quiere hacerlo bien. En este momento, la danza es su vida. La ayuda a seguir adelante.



La audición significaba mucho para ella. Él lo sabía. Era evidente que ahora había puesto en ello su alma, que había trabajado mucho para abrirse. No podía soportar interponerse en su camino. Se había comportado como un estúpido egoísta al dejarla sola en Iowa. Sí, ella era importante para él y esto era importante para ella; debía respetar sus sueños.

—Lo sé. ¿Se quedará con vosotros?

—Sí. Después de que le dieran el alta y respondiera a las preguntas de los federales, se negó a dar una rueda de prensa. No quiere que todo el mundo sepa que es Tatiana Aslanov, la hija del científico ruso. Quiere que la conozcan como Bailey Benson, la bailarina.

Se sintió orgulloso de ella. Ella no había permitido que nada —ni él ni recordar el pasado ni estar cerca de la muerte— la quebrara; se había sobrepuesto al dolor y al miedo para abrazar el futuro que quería.

¡Joder, debería aprender de ella!

Sonrió, incapaz de apartar los ojos de ella.

—¿A que es increíble?

—Sí. A tu madre le gusta mucho. Y también a tus hermanas. Esta mañana conoció a Mari y se cayeron bien.

Bailey era perfecta para él en todos los aspectos en los que podía pensar. Ahora solo tenía que encontrar la forma de decírselo, de demostrárselo, de enseñarle que estaba dispuesto a dejar a

un lado las tragedias de su propio pasado y cogerla de la mano para mirar al futuro.

—Tienes razón. Necesito un plan. Las palabras no serían suficientes.

—Seguramente no. Tienes demasiado que compensar.

—No puedo negarlo. Pero estoy decidido. —En realidad respetaba a Caleb por haberle hecho ver la realidad. No se conocían bien, pero ya empezaba a apreciarlo como nuevo padrastro. Evidentemente era bueno para su madre y su familia.

Se le ocurrió que Hunter no solo era su cuñado, sino su hermanastro. Y Logan y su esposa formaban parte ahora de su familia. Mientras había enterrado

la cabeza, intentando esconderse del pasado, todo había cambiado. Apenas podía esperar a ponerse al día.

Caleb lo miró de forma pensativa.

—He oído decir que has perdido tu trabajo por tratar de evitar que murieran más mujeres. ¿Es cierto?

—Y por vengar la muerte de un amigo. Sí.

Echaba de menos a Nate, y siempre lo haría. Además, se arrepentía de no haber profundizado más en su amistad antes de que fuera demasiado tarde. Pero se había jurado a sí mismo que no volvería a cometer ese error de nuevo.

—¿Tienes en perspectiva algún trabajo?

—No. Había pensado en ponerme a

buscar algo cuando me marchara de aquí. —Era viernes, pero quería empezar antes de que el fin de semana lo paralizara todo. ¿Por qué esperar para iniciar su nueva vida?

—Bien. Acompáñame. Acaban de llegar Hunter y Logan. Tengo que hacerte una propuesta, muchacho.

Joaquin frunció el ceño. ¿Por qué Caleb iba a echarle un cable? La primera impresión que había causado en él no había sido precisamente estelar.

Lanzó una última mirada a Bailey y se encogió de hombros.

—¿Dormiré aquí esta noche?

—Sí. Acompañará a Hunter y a Kata a la boda de mañana.

Joaquin soltó un suspiro de alivio.

—Claro. Venga, soy todo oídos.  
¿Qué se te ha ocurrido?

Caleb le puso la mano en el hombro.

—He decidido retirarme por completo y dejar la empresa de seguridad personal en vuestras manos, chicos. Tengo intención de persuadir a Carlotta de que viaje más conmigo para poder disfrutar de los años que nos quedan. Jack Cole tendrá que prescindir de Hunter y Logan, pero es un tipo de recursos. Lo superará. ¿Te unes al proyecto?

Parecía el trabajo perfecto para él, y el tipo de actividad que le permitiría quedarse en casa, cerca de Bailey, si ella lo aceptaba.

—Por supuesto. —Le tendió la mano—. Gracias.

Caleb asintió.

—Vamos a reunirnos con Hunter y Logan, y a soltarles la bomba, a ver qué opinan. ¿De acuerdo?

Joaquin rio por primera vez en mucho tiempo. Echó un último vistazo a la belleza de Bailey y luego se dirigió hacia el garaje acompañando a su padrastro.

Bailey miraba las enormes vidrieras de la capilla de madera, enmarcadas por flores blancas. Los rayos del sol iluminaban el cielo azul de una forma que solo había visto en Texas. A su

alrededor, unas cuarenta personas se habían reunido para presenciar la ceremonia. Estaba sentada junto a Kata, que se frotaba la barriga con una sonrisa. A su otro lado, Tara y Logan se daban la mano mientras compartían una mirada. Carlotta y Caleb eran los encargados de cuidar de las gemelas ese día, lo que los llenaba de felicidad.

Vio algunas caras conocidas en otros bancos. La alegría flotaba en el aire, y ella no dejaba de sorprenderse de que Callie la hubiera invitado a compartir una de las ocasiones más trascendentes de su vida. Todo era perfecto, o lo sería si Joaquin estuviera allí, a su lado.

Se negaba a permitir que la tristeza



arruinara el momento, y dejó ese pensamiento a un lado. La música de fondo subió de repente en un *crescendo* y las notas de un tema clásico, bellamente interpretado por el cuarteto de cuerda que había en una esquina, inundaron el ambiente.

Una princesita rubia de unos cuatro años caminó por el pasillo con un vestido blanco lleno de volantes. Tenía los ojos abiertos como platos, pero se enfrentaba al recorrido con valentía mientras lanzaba una mezcla de pétalos de rosa de colores blanco y rojo sobre una alfombra de terciopelo gris.

—Oh... —gimió Kata a su lado—.

¿Verdad que Chloe está preciosa?

—Es adorable —murmuró Bailey.

—Es la hija de Luc y Alyssa Traverson. —Tara señaló con discreción a una pareja que estaba al otro lado del pasillo.

Bailey había oído hablar del magnífico y famoso chef. Su mujer era impresionante. Parecían unos padres muy orgullosos.

Detrás de la niña había dos muchachos, uno un poco mayor que Chloe y el otro un poco más pequeño. Ambos llevaban unos pequeños almohadones con los anillos brillando en la parte superior.

Tara se rio.

—El mayor es Cal, el hijo de Deke y Kimber.

El diablillo tenía unos ojos

enormes de un color entre el verde y el azul, el pelo dorado y una expresión traviesa. Solo le faltaba bailar por el pasillo.

—El otro niño es el hijo mayor de Tyler, Seth. Se parece muchísimo a su padre —aseguró Kata—. ¡Oh, Dios mío! ¿Has visto cómo le ha guiñado el ojo a Guisantito?

—Sí, es igual que su padre. —Tara se inclinó hacia delante y dio la razón a Kata.

—Shhh... —les advirtió Logan cuando los niños se sentaron en la primera fila.

London fue la siguiente en recorrer el pasillo, envuelta en un precioso vestido de gasa azul Tiffany que flotaba

sobre su enorme barriga antes de fluir hasta el suelo. Llevaba el cabello rubio recogido en un romántico moño del que se habían soltado algunos mechones que caían sobre las sienes y la nuca.

Era la acompañante de Thorpe, que lucía con elegancia un magnífico esmoquin negro.

Sean esperaba junto al altar y sonrió a Thorpe antes de señalarle a London el camino. Los dos ocuparon sus lugares y se volvieron hacia el pasillo. En ese momento la música cambió. En lugar de la tradicional melodía de boda, se escucharon unos acordes encantadoramente inquietantes.

Callie apareció en el fondo de la capilla con un vestido blanco de cuentas

brillantes que hizo que Bailey contuviera el aliento. Y, a juzgar por la expresión de sus caras, Sean y Thorpe hicieron lo mismo. Un largo velo blanco flotaba sobre su espalda y la cola del vestido, pero ni siquiera el fino tul que cubría su rostro lograba disimular sus grandes ojos azules o la sublime alegría que curvaba sus labios rojos.

Llevaba el pelo negro azulado recogido como London, pero su moño era más intrincado y estaba adornado con brillantes cristales a juego con el vestido.

Bailey no había visto nunca una novia tan radiante.

—¡Oh, guau...! —suspiró Kata—. Me siento celosa. Cuando nos casamos,

yo llevaba puesta una falda de cuero y la primera blusa que cogí de la maleta.

—Estabas guapísima —aseguró Hunter.

Bailey se volvió para mirarlos. Le encantaría conocer esa historia algún día.

Callie se deslizó por el pasillo con decisión y, al llegar al final, le entregó el ramo de novia a London. Sean le cogió las manos y se miraron a los ojos. El amor que sentían el uno por el otro inundó la pequeña capilla, haciendo que en el aire flotara algo muy dulce. Era imposible pasar por alto la esperanza y la anticipación que esa unión suponía para su futuro.

La ceremonia no duró mucho

tiempo. Verlos recitar los votos la hizo llorar. Se notaba que los decían con sincera honestidad. Envidiaba a Callie, pero sabía que su amiga había tenido que superar un infierno para llegar allí, y se merecía ser feliz.

El juez de paz los declaró marido y mujer antes de indicar a Sean que podía besar a la novia. Él lo celebró con un grito que hizo reír a todo el mundo, y el fotógrafo se adelantó para capturar el primer apasionado y tierno beso como marido y mujer.

Cuando se separaron, Sean dio un paso atrás para dejar acercarse a Thorpe, que puso las manos en los hombros de Callie. La sonrisa que le dirigió hizo que Bailey notara una

opresión en el pecho. No se trataba solo de amor, sino de orgullo y devoción, de un fuerte compromiso para el futuro. Puede que él no fuera el novio, pero con esa mirada se comprometía a permanecer junto a Callie y ser su pareja igual que Sean; ella le susurró que lo amaba y Sean rodeó la cintura femenina con un brazo mientras Thorpe la besaba en la frente. Luego el dueño del Dominium se inclinó para capturar sus labios en una tierna y persistente promesa.

A continuación, los tres se dieron la mano y se volvieron hacia la multitud. Por el rostro de Callie corrían unas lágrimas de felicidad, y las expresiones de ambos hombres eran de orgullo y





¿Dónde se encontraría Joaquin en ese momento? Bailey sabía que debía dejar de atormentarse con ese hombre y lo que podía haber sido, pero dudaba mucho que lo consiguiera alguna vez. Aunque pocos, sus días juntos habían sido muy intensos. Cuando la raptó de su cama en Houston, no había imaginado que llegaría a enamorarse. Algunas partes de la última semana habían sido angustiosas, incluso terribles, pero había superado la situación siendo más fuerte y estando más segura que nunca de quién era. Al igual que Callie, había adoptado a aquel grupo de familiares y amigos como propio. Era posible que no pudiera tener al hombre que amaba; sin embargo, eso no significaba que fuera a

estar sola. Aunque eso no suponía mucho consuelo.

—Hace una temperatura perfecta para la recepción —comentó Tara al tiempo que lanzaba una mirada a Logan—. Deberíamos haber esperado para casarnos en abril. Agosto fue terrible.

—Llevaba esperando desde el instituto, cherry. No pensaba esperar nueve meses más —ironizó él.

Tara se rio.

—Apenas esperaste cinco minutos.

—¡Eh...! Fui mucho más paciente que Hunter. Él sí que esperó solo cinco minutos, literalmente.

Hunter se puso un poco rojo mientras atravesaban las puertas.

—Bueno, vi a la mujer que quería y

fui tras ella. ¿Por qué no empezar ya el resto de nuestra vida?

—Mmm..., podrías haber esperado a que estuviera sobria —le reprendió Kata.

«Bien, ahora necesito conocer ya esa historia», pensó Bailey.

—¿Y darte la oportunidad de escapar? Ni hablar. —Hunter sonrió.

Kata se acarició la barriga.

—Has conseguido tu deseo. Parece que ahora sí que no voy a ir a ninguna parte.

—No si yo puedo evitarlo.

Salieron de la capilla y se acercaron a la fila para felicitar a los novios. La ceremonia había sido corta y la gente se desparramaba ya por los

jardines.

Sean la abrazó al verla.

—¡Bailey! Me alegro de que hayas podido venir. ¿Qué tal estás?

—Genial. Ha sido una ceremonia preciosa. No me habría gustado perdérmela. Gracias por invitarme.

Callie apartó a su nuevo marido para llegar hasta ella, y las dos se fundieron en un largo abrazo. Bailey estaba encantada de la felicidad de su amiga.

—Estás impresionante —murmuró.

La sonrisa de Callie se hizo más grande y en sus ojos azules brilló una embriagadora expresión de paz.

—Es fácil cuando te sientes feliz. Espero que pronto te sientas igual,

cariño.

Ella sonrió con pesar.

—Quizá algún día.

—Estoy segura de que Joaquin te ama. Sean también está convencido. No se te ocurra rendirte, ¿me oyes?

—Es el día de tu boda —le recordó Bailey para cambiar de tema—. No te preocupes por mí. Dedicáte a disfrutarlo.

—Quiero que me envíes un mensaje de texto en cuanto termines la audición del martes contándome cómo te ha ido —exigió Callie—. ¿Me lo prometes?

—No quiero interrumpir tu luna de miel.

—Si estamos ocupados, lo leeré más tarde. Tampoco vamos a estar

haciéndolo dos semanas seguidas —  
repuso Callie sonrojada.

—¿Te apuestas algo? —intervino  
Thorpe arrastrando las palabras antes de  
coger la mano de Bailey y tirar de ella  
para abrazarla también.

Callie se rio.

—Sois incorregibles, los dos.

Sean se inclinó hacia ella.

—¿No querrás decir insaciables?

—Eso también —asintió Thorpe.

Ambos hombres hicieron chocar los  
puños y luego miraron a la novia como  
si todo su mundo fuera ella.

Bailey envidió a Callie de nuevo,  
pero se obligó a sonreír.

—Felicidades —le dijo a Thorpe.

Él la abrazó de nuevo.

—Gracias —murmuró él, pero luego frunció el ceño—. Pareces triste. ¿Te sientes sola?

Ella tragó saliva. ¿Por qué Thorpe le preguntaba eso precisamente en ese momento? Se suponía que debía disfrutar de su día. Además, él tenía que saber que se sentía sola. Sin duda, lo llevaba escrito en la cara.

—Sí, pero estoy decidida a seguir adelante. —Si Joaquin no estaba preparado para enfrentarse a sus demonios y abrazar lo que sentía, ella no podía hacerlo por él.

—Te mereces un futuro lleno de felicidad. Sé que lo harás genial en la audición de la semana próxima.

Cruzaba los dedos. Había trabajado



muy duro, y Blane se mostraba encantado con sus progresos y la forma en que por fin había sido capaz de transmitir sus emociones a través del baile. Por primera vez, se sentía completamente ella misma, y libre... Sí, triste, pero en paz con su pasado.

—Gracias.

—Me gustaría verte sonreír por lo que ello significaría. Y conozco a alguien que piensa lo mismo. —Thorpe señaló más allá de la magnífica fuente italiana, a una puerta de acceso a los jardines que estaba rodeada por una profusión de buganvillas.

Joaquin, vestido con un traje gris oscuro, la miraba como si fuera la única persona de la tierra.

A ella se le detuvo el corazón y luego volvió a latirle a toda velocidad. Contuvo un jadeo. ¿Por qué estaba allí? Solo para asistir a la boda. Si no quería verla, destrozaría de un plumazo ese estado zen que tanto le había costado alcanzar.

Apartó la mirada de Joaquin y miró fijamente a Thorpe.

—¿Por qué?

—Me llamó anoche. Escucha lo que tiene que decirte, ¿vale?

Callie le puso la mano en el brazo.

—Los hombres son unas criaturas muy tercas —aseguró al tiempo que lanzaba a Thorpe una mirada significativa—. A veces hay que ser paciente con ellos y dejar que se

disculpen.

Bailey no sabía si sería capaz. Seguramente debería resistirse y conservar su orgullo, pero tenía demasiadas ganas de ver a Joaquin, así que asintió.

Thorpe le apoyó la mano con suavidad en la espalda y la ayudó a caminar. Ella se obligó a mover un pie delante del otro casi como en un sueño, sin saber a dónde mirar salvo a Joaquin. Sin embargo, mientras atravesaba los jardines su corazón latía cada vez con más fuerza y la ansiedad le hacía sentir mariposas en el estómago.

Él se acercó a ella y la alcanzó con dos zancadas.

—Estás muy guapa.

Callie había tenido la amabilidad de prestarle un vestido esa mañana. Todavía no había pasado por Houston para limpiar su casa ni reclamar lo que quedaba de sus pertenencias. Tendría que hacerlo después de la audición, cuando decidiera qué haría con su vida. En sus planes entraba mudarse a algún lugar más cercano a la familia que estaba acogéndola en su seno.

—Gracias. —Bailey no sabía qué más decir. Era obvio que había regresado de Iowa, pero no sabía qué querría hablar con ella. Seguramente no debería sentirse tan ansiosa, pero necesitaba saberlo.

—¿Podemos hablar? —preguntó él —. Sé que no me lo merezco, pero te

debo al menos una disculpa.

Ella sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. No quería desnudar su corazón roto. No sabía si podría vivir consigo misma si lo hacía, así que luchó para reprimirse.

—Sé por qué te marchaste. —  
¡Mierda! Le temblaba la voz—. No es necesario que me expliques nada. Hice que te preocuparas, y no necesitabas...

—El temor a haberte perdido ha dejado mi alma al descubierto. Estoy dispuesto a luchar para merecerte, para demostrarte que te amo. No quiero perderte, Bailey, en especial cuando todo ha ocurrido por mi culpa.

Ella parpadeó y le miró boquiabierta.

—Er...

¿La amaba? ¿Acababa de decir que la amaba?

Los pensamientos daban vueltas en su cabeza. Tragó saliva y abrió la boca para volver a intentarlo.

—No fue culpa tuya. Lo hiciste lo mejor que pudiste.

Él lo negó con la cabeza.

—Debería haber disparado a McKeevy en el aparcamiento. Debería haber dado mi vida para evitar que te tocara.

Ella no necesitaba ni deseaba que Joaquin se sintiera culpable. Si era eso lo que le había llevado hasta allí, le eximiría en ese mismo momento para que siguiera su camino.

—Estoy bien.

—¿No has tenido más pesadillas?

—Por sorprendente que resulte, no.

He pasado ciertos momentos de pánico en los que me daba miedo estar sola, en especial por la noche. Me han dicho que es normal. Estoy pensando en tener un perro. —¿De dónde había salido eso? Bueno, ahora le daba por divagar—. Hablaré con un psicólogo sobre lo que me ocurrió de niña, así podré superarlo. No es necesario que te preocupes por mí.

Él frunció el ceño y sus ojos color avellana parecían más acuosos de lo normal.

—Siempre me preocuparé por ti, da igual lo que ocurra hoy. Pero si me das

otra oportunidad, me quedaré a tu lado y cuidaré de ti todos los días. Nunca, jamás volveré a alejarme.

Joaquin le cogió las manos y ella sintió que su contacto le provocaba un escalofrío que fue directo a su corazón. Sintió que se le debilitaban las rodillas.

—Lo siento. Te echo de menos. Te amo. —Bailey vio que hinchaba el pecho como si le doliera y que contenía las lágrimas—. Quiero estar siempre contigo.

Tuvo que reprimirse para no lanzarse a sus brazos y admitir que también lo amaba. Pero antes tenía que hacerle entender cómo se sentía.

—No es tan sencillo, Joaquin. Me he visto abandonada por todas las



personas que he amado, incluido tú.

Él cerró los ojos.

—Dios, si pudiera volver a vivir ese día de nuevo, todo sería diferente, nena. Hubo un momento, cuando pensé que te había perdido para siempre, que me asusté.

—Lo sé. Y también sé que no tenías intención de hacerme daño cuando me dejaste. Pero lo hiciste. —Suspiró—. Soy humana. Podría morir mañana. No puedo hacer nada al respecto. No puedo vivir preguntándome si vas a salir huyendo cada vez que el dolor o una posible pérdida te abruman.

Él lo negó con la cabeza. Parecía decidido y firme.

—Quiero estar contigo cada

momento que pueda, hasta que el destino decida que ha llegado el momento de que uno de nosotros exhale su último aliento, ya sea mañana o dentro de cien años. Pero no puedo pasar un segundo más sin decirte lo mucho que te amo. Sé que me puedes rechazar, y me lo habré ganado. Pero al menos me he enfrentado a mis miedos y he sido sincero por completo contigo.

¡Santo Dios! Parecía un hombre diferente. Ella lo observó, escudriñando los rasgos familiares de su cara, y se quedó sorprendida ante la resolución que mostraban.

—¿Qué es lo que te ha hecho cambiar?

—Tú —dijo como si la verdad

fuera evidente—. Me haces querer vivir el mañana, que esté preparado para enfrentarme a lo que venga, sea bueno o malo. —La atrajo hacia él y ella no se resistió—. Quiero que sepas que... He hablado con mi madre y hemos hecho las paces. He llamado también a Kata y a Mari esta mañana. Me he disculpado con ellas. No pienso volver a dejar de lado a mi familia. Incluso me he puesto en contacto con los padres de Nate para ofrecerles mis condolencias. Creo que ellos lo necesitaban.

—Eso está muy bien. —Y lo pensaba de verdad. Para Joaquin era un avance enorme. Quizá estaba hablando en serio.

—Caleb me ha ofrecido un trabajo.

Hunter, Logan y yo nos vamos a hacer cargo de su negocio. Los tres estuvimos hablando anoche durante horas, planeándolo todo. Estoy deseando... empezar. Sin embargo, mi vida sería mucho mejor si te tuviera a mi lado.

—Joaquin... —Ella se puso a llorar. ¿Cómo iba a poder resistirse a él?

—¿Me perdonas?

Había una diferencia fundamental entre él y todos los que la habían dejado antes. La mayoría se había alejado sin pensar en sus sentimientos. Joaquin estaba lanzándose al abismo para ingresar en su mundo. No había conspirado para dejarla, y se había acercado a ella con un plan, dispuesto a

convencerla para que regresara a su vida. Y eso era suficiente.

—Sí.

—¡Oh, gracias a Dios! —La estrechó con fuerza antes de enredar los dedos en su cabello—. Bailey Benson, cástate conmigo. Por favor, arráncame de esta miseria, ponme en mi lugar cuando sea necesario y déjame entrar en tu corazón como tú estás en el mío. Te prometo que no te defraudaré.

No podía haber sido más convincente aunque lo hubiera intentado. La necesidad que él transmitía la arrolló. Y también le amaba tanto que le dolía.

La felicidad hizo que volvieran a llenársele los ojos de lágrimas.

—¡Sí!

Joaquin esbozó una sonrisa y lleno de alegría, de vida, de alivio, metió la mano en el bolsillo y sacó un anillo con un solitario precioso. Ella miró el diamante y luego a su recién estrenado prometido. Sonrió, porque ahora veía claramente un futuro común. La euforia bullía entre ellos, no podían estar más emocionados.

Sellaron su nuevo vínculo con un beso que pronto se hizo exigente. Ella se apretó contra él y se fundieron en uno mientras los invitados a la boda aplaudían. Bailey lloraba y reía al mismo tiempo, segura de que por fin había encontrado a su familia.

---

4 En español en el original, igual que las siguientes. (N. de la T.)

# AGRADECIMIENTOS

Seguramente habréis oído la expresión «La unión hace la fuerza». Y sin duda es más cierto que nunca en el caso de este libro.

En primer lugar, tengo que dar gracias a todas esas autoras impresionantes que cuento entre mis amigas, las chicas veloces (sí, sin duda necesitamos otro nombre): Lexi Blake, Jena Jacob, Isabella LaPearl, Carrie Ann Ryan, Kennedy Layne, Carly Phillips, Stacey Kennedy y Angel Payne, por escribir codo con codo, por estar



allí día tras día y compartir esos alentadores mensajes de texto. No sabéis lo mucho que lo agradezco. Sin vosotras, me habría llevado mucho más tiempo terminar el libro.

Gracias a mi ayudante, Rachel, por conseguir mantenerme cuerda y por sus palabras de aliento mientras escribía esta historia.

No sería justa si no mencionara a la hermosa Liz Berry, cuya valiosa información ha ayudado a que vea este libro —y a veces la vida— de una forma totalmente nueva.

También quiero transmitir mi agradecimiento a la siempre paciente y servicial Chloe Vale. Ha estado a mi lado corrigiendo los errores de

argumento, de continuidad y estructura en los últimos cuatro libros. He llegado a confiar ciegamente en sus conocimientos de gramática, sus búsquedas en Google y, sobre todo, en su paciencia. Te aprecio más de lo que soy capaz de expresar. Eres increíble, algo que encaja completamente, ya que compartimos fecha de cumpleaños.

Por último, aunque no menos importante, quiero agradecer a mi increíble familia su apoyo, paciencia y comprensión. Nunca habría sido capaz de dar consistencia emocional a esta novela sin todo lo que he aprendido gracias a su amor incondicional. Gracias en especial a mi marido, que creyó en mí lo suficiente para dar un salto al

vacío y nunca mirar atrás.

¡Gracias, eres lo máximo!